

CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ

# DIAMANTES

de LUZ HELADA



Diamantes de luz helada

# Dramatis Personae

Relación nominativa de personajes, tanto de ficción como reales, que figuran en la novela o que son nombrados en la misma:

- **Ahmed Laraki.** Ministro de asuntos exteriores marroquí.
- **Alfred Atherton.** Subsecretario norteamericano de Asuntos Exteriores, encargado de los asuntos de África del Norte y Oriente Medio.
- **Alfredo.** Alférez del Ejército español.
- **Andrés Viciano.** Médico particular de Elvira Pineda.
- **Ángel del Moral.** Soldado fallecido en el Sáhara durante una acción armada en mayo de 1975.
- **Arturo Torres.** Comandante de zapadores.
- **Augusto Pinochet.** Militar chileno que propició el Golpe de Estado que acabó con la presidencia de Salvador Allende.
- **Basiri.** Líder independentista saharauí asesinado en 1970.
- **Carlos Arias.** Presidente del gobierno español.
- **Carlos Fernández Vallespín.** Teniente General del Ejército español, Jefe del Alto Estado Mayor Central del Ejército y presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor.
- **Carlos Junquera.** Oficial del Alto Estado Mayor destacado en Marruecos.
- **Dlimi.** Coronel, jefe del DGED, los servicios secretos marroquíes.
- **El Gali (nombre completo Brahim Gali Sidi Mustafá).** Jefe del ala militar del Polisario.

- **Elvira Pineda.** Madre de Violeta y abuela de Miguel.
- **Emilio Villaescusa.** General Jefe del Estado Mayor del Ejército.
- **Faid.** Contacto marroquí de Carlos Junquera.
- **Fata uld Mohamed uld Yama.** Miembro del Frente Polisario.
- **Federico Gómez de Salazar.** General del Ejército español y Gobernador General del Sáhara.
- **Francisco Franco.** Jefe del Estado español.
- **Hakim Adel.** Uno de los interlocutores del Frente Polisario en el extranjero.
- **Halihenna.** Líder del PUNS.
- **Hassan II.** Rey de Marruecos.
- **Henry Kissinger.** Secretario de Estado estadounidense.
- **Javier Delgado.** Contacto personal de Sagrario.
- **José Luis Vallejo.** Cirujano del Hospital La Paz, de Madrid.
- **José María Timón de Lara.** Coronel del Ejército español y Jefe del Tercio de la Legión Juan de Austria.
- **José Solís.** Ministro del Movimiento.
- **Juan Carlos de Borbón.** Príncipe de España y heredero en la Jefatura del Estado al fallecimiento de Franco.
- **Julián.** Contable de Elvira Pineda.
- **Kurt Waldheim.** Secretario General de las Naciones Unidas.
- **Leopoldo Bermejo.** Capitán paracaidista destinado en El Aaiún.
- **Louis Sherman.** Ciudadano estadounidense.
- **Luis Rodríguez de Viguri.** Coronel del Ejército español y Secretario General del Sáhara.
- **Luley (nombre completo Ueli uld Mustafa uld Sajed).** Jefe del ala política del Frente Polisario.
- **Manoucher Pishva.** Iraní y miembro de la comisión visitadora de

la ONU al Sáhara.

- **Marta Jiménez.** Cubana y miembro de la comisión visitadora de la ONU al Sáhara.
- **Miguel Casado.** Economista y consultor. Novio de Sagrario e hijo de Rogelio y de Violeta.
- **Mullay Abdellah.** Príncipe marroquí y hermano del rey Hassan II.
- **Nick Ross (Buby).** Aviador norteamericano y persona de confianza de Robert Parker.
- **Nizam.** Mujer de Fata uld Mohamed uld Yama.
- **Pablo Ignacio de Dalmases.** Director del diario La Realidad y de Radio Sáhara.
- **Pat.** Joven residente en Estados Unidos.
- **Pedro Cortina.** Ministro de Asuntos Exteriores.
- **Pino Ramos.** Canaria. Estudiante de medicina.
- **Rafael Ramos.** Padre de Pino Ramos.
- **Ramón Cuadra Medina.** Capitán General de Canarias.
- **Ricardo (Enrique) Arozarena.** Miembro del Alto Estado Mayor del Ejército.
- **Robert Parker.** Diplomático estadounidense.
- **Rogelio Casado.** Odontólogo. Marido de Violeta, yerno de Elvira y padre de Miguel.
- **Ruperto Amorós.** Marido de Elvira.
- **Sagrario Ortiz.** Periodista. Novia de Miguel Casado.
- **Salvador Allende.** Presidente chileno derrocado en septiembre de 1973.
- **Simeón Ake.** Natural de Costa de Marfil. Presidente de la comisión visitadora de la ONU al Sáhara.
- **Violeta Amorós.** Hija de Elvira, mujer de Rogelio y madre de

Miguel.

- **Wells Stabler.** Embajador de los Estados Unidos de América en Madrid.
- **Yaiza Bencomo.** Mujer canaria.

# Nota preliminar

Para que el lector menos iniciado en asuntos castrenses pueda hacerse una idea de los empleos del Ejército español que se nombran en la novela, indico a continuación y de forma resumida las distintas escalas, así como sus indicativos de menor a mayor responsabilidad y mando.

Es importante señalar que la siguiente relación hace referencia a la situación en el año 1975, que no coincide exactamente con la actual:

Escala de Tropa. Es la más básica y numerosa. Comienza con el Soldado para continuar con los cabos.

Escala de Suboficiales. En sus distintivos mayoritariamente llevan galones. El empleo más numeroso de esta escala es el de Sargento.

Escala de Oficiales. Nos encontraremos con tres empleos: Alférez, cuyo distintivo es una estrella de seis puntas; Teniente, dos estrellas de seis puntas y Capitán, tres estrellas de seis puntas.

Escala de Jefes. También tenemos otros tres empleos: Comandante, una estrella de ocho puntas; Teniente Coronel, dos estrellas de ocho puntas y Coronel, tres estrellas de ocho puntas.

Escala de Generales. Es la máxima responsabilidad en el Ejército. Sus distintivos son estrellas de cuatro puntas sobre sable y bastón de mando. Comienza con General de Brigada, continúa con General de División, después Teniente General y por último Capitán General.

# Preludio

La muchacha se mostró inquieta durante toda la comida.

—Bueno, ¿cuándo me dais el regalo?

—¿Tan apurada estás? —preguntó la madre que, al igual que su padre, disfrutaba del momento.

—Mamá, no todos los días se cumplen veinte años, y me apetece mucho saber qué vais a regalarme.

Intentaron capear las ansias de la homenajeadada hasta que el matrimonio y la hija bajaron a la calle ya que le habían prometido que se lo entregarían en un sitio apartado de Las Palmas.

Cuando salieron del portal se pusieron a caminar por la acera de la avenida Mesa y López, donde vivía la familia.

—Pero si es un lugar lejano, ¿por qué no vamos en coche? —la joven no entendía el proceder de sus padres.

Ambos callaron y dejaron que la muchacha siguiera andando, desconcertada, a varios metros por delante de ellos hasta que en un determinado momento, y al lado de la entrada a Galerías Preciados, el padre se detuvo en seco y llamó a su hija. Esta se volvió.

—¿Qué queréis, por qué os habéis detenido?

—Porque ya hemos llegado.

Miró incrédula hacia todos los sitios sin ver nada más que una calle con gente caminando, unas tiendas cerradas por ser domingo y una calzada con coches; unos estacionados y otros circulando. Nada destacable.

—Pero, ¿dónde está el regalo? —los miró, interrogante y perpleja.

Rafael sacó de su bolsillo unas llaves e hizo un gesto con la cabeza.

Aparcado a muy pocos metros del portal de su casa, un resplandeciente Renault 5 de color naranja brillaba más que las chapas de todos los coches de Las Palmas juntos. La joven se transformó y se abalanzó sobre sus padres de un salto, llenándoles de besos.

—¡Para, para! —pedían tanto Yaiza como Rafael.

—¡Un coche, un coche para mí! —chillaba la joven, eufórica.

Veinte minutos después, Rafael llegaba al aparcamiento del aeropuerto de

Gando, al volante del nuevo vehículo mientras su hija viajaba sentada en el asiento del copiloto y su madre se había colocado detrás. Se pasó todo el viaje mirando en ocasiones, y acariciando en otras, el salpicadero, cambiando de emisora y enredando con las cintas del casete. Pino se comportaba como una niña malcriada y consentida, pero no podía remediarlo. Su demostrada madurez se había aparcado durante unas horas.

Abrieron el capó y el padre explicó las partes más esenciales del motor a alguien que no prestó atención alguna.

—Hija, por favor, atiéndeme un poco, que estamos en 1975 y los conductores tenemos que saber algo de mecánica —la joven se limitó a darle un beso y a abrazarlo de nuevo. El padre sonrió.

También le contó dónde llevaba la rueda de repuesto, el gato, una pequeña caja de herramientas y un botiquín perfectamente equipado.

—Lo que el coche no lleva es médico incorporado —se disculpó Rafael—. Pero para eso ya estás tú.

—Papá, no digas eso, que todavía me quedan muchos cursos para terminar Medicina. Este año os habéis excedido.

—Hija, eres una muy buena estudiante y te mereces este regalo —apuntó la sonriente madre.

El padre tomó una máquina de fotos y se ofreció a perpetuar el momento, a lo que la feliz homenajeadada accedió encantada. Le gustaba mucho retratarse. Esa tarde vestía unas sandalias cerradas con una plataforma importante ya que pensaba que no era muy alta, unos pantalones ceñidos rojos terminados en una ligera campana sujetos por un ancho cinturón negro con una gruesa hebilla, una blusa blanca algo escotada y portaba un enorme bolso azul con un aro metálico como asa. En la foto salía también el coche nuevo. Automóvil y matrícula: GC-5036-F.

¿Quién iba a haber asegurado en ese momento que esa fotografía constituiría una pista clave para poner en paz un alma, tranquilizar un espíritu y cerrar un círculo que el tiempo mantuvo inacabado durante más de treinta años?

# El despido

Sagrario siempre se había preguntado si las premoniciones serían algo que se pudieran oler, o tentar, o incluso ver, si eran tangibles o si, en definitiva, era solo un sentimiento impalpable que surge desde nuestro propio estado de ánimo.

Y eso le sucedió aquella mañana cuando sonó el teléfono de su mesa de trabajo. Era muy habitual que su jefe la llamara durante la jornada laboral para preguntarle cualquier duda, para apremiarla con un plazo, para cambiarle completamente el guion y la agenda de su mañana pero, en aquella ocasión, Sagrario supo que el objeto de la llamada era algo muy distinto, incluso antes de escuchar su voz requiriéndola para que acudiera a su despacho, antes de oír aquellas escuetas y parcas palabras, vacías de emoción, de intención o hasta de malicia, antes de sentir en sus entrañas que la vida iba a cambiarle en tan solo unos minutos.

Una vez sentada en uno de los dos sillones de confidente escuchó las palabras atropelladas del que dejaría de ser su jefe en quince días, el tiempo reglamentario que se necesita para prescindir del servicio profesional de un colaborador. El maldito y apático torrente de excusas comenzó argumentando los súbitos e imprevisibles cambios del mercado, que corría el año 2008 y que los diarios digitales tenían cada vez mayor cabida dentro de los planes publicitarios de sus anunciantes, que las ventas de la prensa tradicional estaban disminuyendo de forma continua e irremisible, que no solo le sucedía a ellos, que era a todas las cabeceras...

—Por favor, sé más concreto —rogó la subordinada, que ya sabía perfectamente cuál iba a ser su futuro inmediato.

Y su jefe concretó. Le explicó que tenía quince días para abandonar la empresa y que sentía como si le pasara a él la noticia que le estaba anunciando.

En un intento postrero y casi despechado por salvar su empleo, la periodista propuso un cambio de sección, la búsqueda de un nuevo

acoplamiento dentro de la menguante plantilla de redactores que conformaba el cuerpo profesional del diario; pero la expresión de su jefe acortó el tiempo de la entrevista. La decisión ya había sido tomada y era irrevocable. No se lo dijo así. Ella sí lo sintió así.

Con la máxima dignidad que consiguió reunir, se levantó trabajosamente de su asiento y salió a la sala camino de su puesto de trabajo. Y fue cuando supo que llevaba en la cara una inconfundible marca al padecer la fría y temerosa mirada de todos clavada en sus ojos huidizos. Quizá contemplaban el espejo del mañana. En cinco minutos la vida le había mostrado un nuevo rostro, uno de los más feroces. Cuando más y mejor acomodada se hallaba desarrollando una profesión se encontraba que, por razones ajenas a su quehacer, a su talento y a su esfuerzo, tenía que quedarse en su casa sin dar contenido práctico a su vida. Tomó el teléfono y habló de nuevo con su jefe. Con entereza e intentando no derrumbarse, le pidió permiso para marcharse a su casa. Sabía perfectamente cuál iba a ser la respuesta que recibiría.

Llegó a su domicilio y se tiró sobre la cama sin, ni siquiera, quitarse los zapatos, ni el vestido, ni la vergüenza que todavía embadurnaba su cuerpo y sus ideas por haber sido tratada como si fuera un objeto prescindible del cual uno se cansa y tira a la basura, una baratija, un saldo de temporada que no se vendió y que ya carece de valor. Nada más. Y lloró, solo hizo eso, y durante una buena parte de la tarde. Bañada por las lágrimas que desfiguraban su rostro y lo enrojecían, Sagrario se preguntó muchas cosas, quizá demasiadas, saltando de lo personal a lo profesional, de lo banal a lo trascendente, del hoy al mañana, de su futuro en la vida y hasta de su relación con Miguel.

La llegada de su novio la sorprendió dormida. La tensión almacenada y el sofoco de la mañana socavaron su cuerpo hasta el límite de agotar sus fuerzas y caer postrada en una siesta improvisada y tardía.

Después del susto inicial que se llevó al verla desmadejada y abandonada, Miguel se acercó al cuerpo de Sagrario con la certeza de conocer la razón que la había conducido a esa situación. Lo habían hablado muchas veces durante las cenas de los últimos días y ambos sabían que su situación laboral se asimilaba a la de un funámbulo que camina sobre un fino y débil cable de acero.

—Me tenías preocupado —susurró—. Te he llamado varias veces al móvil

y lo tenías apagado. En la oficina me han dicho que te habías marchado antes, pero no me dijeron nada más —le contó, mientras acariciaba lentamente su pelo—. Tenía que haber llamado a casa.

Sagrario se incorporó y abrazó agradecida el cuerpo del joven porque era lo que más necesitaba en ese instante, un contacto físico con alguien, un deseo de descargar tensión o, en concreto, de transmitirla, de compartirla con otra persona.

El estómago se le había cerrado y no fue capaz de ingerir ni un trocito de la solitaria tortilla que tenía delante, y se limitaba solo a jugar con el tenedor moviéndola de un lugar a otro dentro del plato.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó, aun sabiendo que Miguel no podía responderle, que era una cuestión que tendría que resolver por sí misma sin más ayuda que unos oídos que se prestasen a escuchar sus hipotéticos avances y sus previsibles frustraciones.

—Sagra, hoy no es el mejor momento para formularte esa cuestión.

—Pero es normal, ¿no? Es normal que me pregunte qué coño voy a hacer dentro de dos semanas. No voy a quedarme en casa metida todo el día. Algo tendré que hacer —inconscientemente, su tono de voz se elevó y Miguel sintió que podía ser el centro de su enconamiento.

—Repito, hoy no es el momento de preguntarse por el futuro. Tenemos tiempo.

—No tanto, Miguel, no tanto. Tengo veintisiete años y aquí llevaba dos. Parecía que las cosas se habían estabilizado. Y mira.

El joven prefirió no responderle. Llevaba razón. Se limitó a asentir y a seguir con el sándwich que se había preparado.

# 1 de abril de 1975

Los ocho hombres levantaron las jarras, las chocaron en el aire y se las llevaron a los labios con delectación. Era el fin de un largo periodo de casi un mes en el que los miembros del equipo habían trabajado durante más de diez horas diarias: dos representantes de Arabia Saudita, otros dos de Kuwait, dos militares de alta graduación procedentes del Pentágono, un coronel marroquí y un representante británico. Sabían que ahora quedaba ultimar el informe, limar algunos detalles y, en tres o cuatro días, regresar a su país con la satisfacción del deber cumplido.

Nuevamente sentados, y una vez que comenzaron las conversaciones particulares, uno de los representantes de Arabia Saudita comentó con su circunstancial colega estadounidense algo que le parecía sorprendente y paradójico:

—Esto ha sido como preparar una estrategia de ajedrez pero jugando a la vez con las piezas blancas y negras.

El norteamericano sonrió.

—¿Como hacer un solitario jugando al ajedrez, quiere usted decir?

—Claro —confirmó el árabe en inglés, idioma que habían utilizado para comunicarse—. Desde que el hombre tiene uso de razón siempre ha estado planificando batallas. Es consustancial con su carácter. Y está comprobado que a más tiempo dedicado a diseñar la estrategia y sopesar todos los detalles más asegurado tienes el triunfo final. En el ajedrez sucede lo mismo. En mi casa, en Riad, juego mucho con uno de mis guardaespaldas, hombre sabio y paciente, y empleamos a veces varias horas en culminar una partida. Pienso con cuidado cada uno de mis movimientos e intento adivinar qué alternativas tiene el contrario, o qué opciones le estoy dejando.

Su interlocutor se limitó a beber un trago de cerveza y a dejarle hablar.

—Pero lo que hemos estado haciendo durante el último mes de marzo ha sido diseñar el guion de una acción bélica enfocada desde los dos lados del tablero. Sabía que era quien mandaba en las piezas blancas y también quien

ordenaba la estrategia de las piezas negras. ¿Se imagina haber asesorado a la vez a Montgomery y a Rommel en las arenas del desierto africano, a Napoleón y a Wellesley en las praderas de Waterloo o a Nelson y a Villeneuve en las aguas de Trafalgar, o diseñar coordinadamente el ataque y la defensa de Stalingrado como una única cabeza militar?

—Hemos hecho teatro —corroboró, después de escuchar atentamente las palabras de su colega y asentir mostrando su absoluta conformidad con los originales ejemplos aportados—. Por cierto, lo del teatro es algo muy propio de la ciudad en la que nos encontramos.

El árabe sonrió y bebió un buen sorbo de cerveza.

—Está buena, ¿verdad?

Después de degustarla con complacencia, el musulmán asintió aunque se avergonzaba de su actitud.

El británico y el marroquí se encontraban sentados uno al lado del otro. El africano comentó algo que no gustó al anfitrión:

—No podía imaginarme que ustedes también estuvieran con nosotros en este asunto —reconoció el de Rabat.

—El Reino Unido no puede permanecer al margen de todo aquello que nos concierne.

—No me diga que también les concierne aquella tierra, aquel desierto tan alejado de sus intereses.

—Permita que le recuerde que no hay nada en este planeta que sea ajeno a las conveniencias del gobierno de Su Graciosa Majestad. Absolutamente nada. Históricamente nuestra Corona ha tenido numerosos intereses comerciales en su continente, y países que hoy son independientes, como Ghana, Kenia o Nigeria fueron anteriormente colonias nuestras; por tanto, toda África es territorio de nuestra atención y, ni que decir tiene, también ustedes —añadió, con un cierto tono irónico.

—Veo que no solo ha estado trabajando con nosotros un estratega militar, sino también un documentado historiador —comentó con sorna.

—Y alguna cosa más, se lo aseguro —completó.

El grupo ocupaba un reservado en el restaurante del hotel Savoy, el establecimiento en el que todos se alojaban, el cual esos días había sido discretamente custodiado por las fuerzas de Scotland Yard para velar no solo por la seguridad de los miembros del comité, sino también por la discreción que tenía que revestir el encuentro.

—Antes de retirarnos a las habitaciones —planteó el representante británico—, les propongo un brindis.

Los otros siete asistentes se miraron algo extrañados. El anfitrión pegó dos fuertes palmadas y se abrió la puerta del reservado, momento en el que las caras de los hombres se transformaron y sus ojos se les iluminaron. Una docena de mujeres aparecieron portando copas de champán: trajes de noche largos de color malva e índigo, vestidos cortos de fiesta en tonos oscuros, una mujer con un traje de chaqueta de pantalón blanco, otra con una blusa negra semitransparente y pantalones anchos rojos... afilados tacones de aguja, bocas pintadas y brillantes, peinados recién salidos de la peluquería, uñas largas esmaltadas, mixtura de perfumes, maquillaje en las suaves pieles... todo un jardín prohibido en escena y unas sonrisas que resplandecían como el sol no lo hacía nunca en aquella ciudad.

—Tengo que reconocer —suscribió uno de los dos kuwaitíes al ver a las mujeres que se presentaban ante ellos—, que ustedes, en Occidente, saben entender la vida.

—No menos que ustedes en Oriente —rubricó el anfitrión.

# La propuesta

Sagrario se sorprendía de cómo pasaba el tiempo. Había transcurrido ya un mes desde la conversación con su superior y quince días desde la cena que le dieron sus compañeros a la cual, por supuesto, no acudió ninguno de los redactores jefes del diario. Nadie les echó de menos. Dado que conocían sus gustos, le habían regalado una delicada figura de un caballo de porcelana de Lladró, que agradeció a todos con unas cortas e improvisadas palabras que pronunció nada más terminar los postres. No pudo evitar emocionarse con el bello equino entre sus manos que simbolizaba el sincero cariño que le profesaban sus colegas. Prometió que lo guardaría con cuidado y que, en cuanto pudiera, la acompañaría en su próximo destino laboral.

Desde entonces no había descansado ni un instante. Se levantaba a la misma hora que Miguel y lo primero que hacía era deporte. Se marchaba a un parque cercano y regresaba a los tres cuartos de hora, sudando y feliz por haber liberado todos los fantasmas que habían dormido entre ella y su novio. Después se pasaba toda la mañana sentada al ordenador, enviando su currículum a todo lugar donde encajara su formación o experiencia. Había preparado dos versiones, una en español y otra en inglés, ya que estaba dispuesta, en contra del criterio de Miguel, a cambiar incluso de país para encontrar un trabajo adecuado a su aptitud. Odiaba tener que depender del sueldo de consultor de su pareja o del dinero que pudieran enviarle sus padres y se sentía como una parásita.

Su desencanto se tradujo en un nuevo silencio también en aquella cena.

—¿Qué tal se te ha dado el día? —preguntó Miguel, para intentar iniciar una conversación con su novia.

—Mal, como siempre.

—No puedes decir *como siempre* cuando llevas solamente dos o tres semanas en ello. Sabes que estos procesos son lentos. Además, ya has tenido un par de entrevistas —le recordó, pretendiendo animarla.

Era cierto. Dos antiguos conocidos de Sagrario se habían interesado por su

situación laboral y, después de mantener una reunión en sus despachos, se ofrecieron a buscarle un trabajo acorde con su capacidad. Lo que ocultó a su novio fue que ambos le propusieron que el siguiente encuentro fuera en un restaurante, por la noche, para comentar más detalles sobre sus experiencias laborales anteriores; algo a lo que ella se negó.

—Nunca sales de casa, solo para correr un rato. Te pasas todo el día pegada al ordenador y solamente lo dejas para comer o para dormir. Te vendría bien que te diera un poco el aire, salir del barrio.

Sagrario lo miró con expresión confundida. Parecía que no terminaba de entender su situación y lo sumamente incómoda que se hallaba en un estado que no era el suyo, sin cometido, sin responsabilidades, sin ocupación definida.

—Sé muy bien lo que estoy diciendo porque te recuerdo que durante varios meses estuve opositando, hasta que surgió lo de la consultora.

—Pero aquello no es comparable, Miguel. Tú estuviste opositando por voluntad propia, y esa fue tu decisión. Te pasabas muchas horas metido en casa porque era lo que querías, no porque alguien te hubiera señalado la dirección de la puerta.

Con suavidad, le tomó la mano y acarició su muñeca con el pulgar.

—Me ha llamado Elvira.

—¿Tu abuela?

—Sí, mi abuela Elvira. Hacía varios meses que no hablaba con ella — confesó Miguel, con cierto pesar—, y me ha encantado escucharla. Me ha pedido que vayamos a verla.

—¿Dónde vivía, en Almería o en Granada?

—En Almería —ratificó—, en un pueblo llamado Turrillas, cerca de Tabernas. Quiere que nos juntemos allí el próximo fin de semana, con motivo del Día de la Madre.

Sagrario negó con la cabeza.

—Miguel, lo último que me apetece ahora es viajar hasta Almería para visitar a tu abuela y ver a tus padres. No estoy para encuentros familiares y menos para que me pregunten por lo que hago, por dónde trabajo...

—Lo sé, pero a mí me apetecería mucho. Sería solo el fin de semana. Podríamos marcharnos el viernes al mediodía, ya que intentaría salir antes del trabajo, y regresaríamos el domingo a media tarde. Te prometo que no será más. Posee una mansión inmensa, ya la verás. Además, no tenemos que estar a

todas horas ni con ella ni con mis padres. Seguro que tendremos tiempo para nosotros —intentó animarla, a la vez que le guiñó un ojo con una pizca de picardía.

—Veo que no te pones en mi lugar, Miguel, y no es la primera vez.

—No se trata de que yo me ponga en tu lugar o tú en el mío. Nunca te he pedido nada relacionado con mi familia. De hecho, a mis padres solo los has visto una vez.

—Y fue suficiente —recordó.

—Sagrario... —Miguel guardó un intencionado silencio. Sabía que a veces pronunciar más palabras podía ser contraproducente—. Elvira está muy mayor, y parece ser que está enferma.

—¿Enferma?

—Eso me dijo mi madre. No creo que tengamos muchas más oportunidades de volver a verla. Además, los fines de semana suelen ser los peores días para buscar trabajo, y dicen que el mejor momento del año para visitar Almería es mayo. Se junta todo. ¿Tú has oído hablar de la alineación de los astros? —sonrió, mientras mostraba un rostro de intencionada bondad.

Apática, Sagrario siguió con la cena y pensó, aunque solo fuera un instante, que su novio tenía razón, que unos días de descanso podrían venirle bien, y que era posible que necesitara que le diera un poco el aire para aclarar las ideas y enfocar la búsqueda de trabajo con mayor eficacia.

Inconscientemente, y ante la certeza de volver a encontrarse con Violeta, Sagrario se trasladó desde su cocina a una lejana tarde en la plaza de Cánovas del Castillo, en Madrid.

# 10 de junio de 2006

Sagrario reconocía, mientras permanecía en uno de los asientos del autobús de la línea 27, que la predisposición que viajaba sentada y callada a su lado no era positiva. Sí, categóricamente. Incluso podía asegurar que no podía ser más negativa. Salía con Miguel desde hacía tan solo tres meses y le parecía todavía un plazo excesivamente prematuro para empezar con presentaciones familiares. Ella, que residía en Madrid desde que terminó COU, muy alejada de su familia y su entorno, se había acostumbrado a desenvolverse en soledad. Algunas amigas, las compañeras de piso, tres o cuatro novios que la defraudaron al segundo fin de semana, eran o habían sido las personas con las que había compartido una comedita confianza. Con Miguel llevaba algo más, y quizá por eso cuando él le propuso el encuentro, Sagrario se notó con menos fuerza, con menor rotundidad en sus argumentos para combatir aquella incómoda invitación. Una merienda no supondría un lapso mayor a la hora, quizá un poco más, y ella ya se había acostumbrado a mantener reuniones con personas desconocidas por espacios de tiempo muy superiores, de modo que terminó accediendo. Lo tomó como un mal necesario para salvaguardar el bienestar en una relación sentimental. Miguel, el sencillito Miguel, el atento Miguel, el previsible Miguel se lo merecía.

El lugar del encuentro era uno de los mejores rincones de un Madrid primaveral que rebosaba vegetación desde cualquier ángulo: la terraza del Ritz. El enclave seleccionado demostraba dos cosas. La primera era que sus padres, que eran quienes habían elegido el sitio, tenían buen gusto. La segunda era que también tenían dinero.

A la curiosidad inicial se sumó la perplejidad cuando, nada más traspasar el umbral del jardín, y antes de que llegara uno de los diligentes camareros para ofrecer sus servicios, vio a los tres sentados a una mesa redonda en la que también había una silla libre en la que solo faltaba que alguien hubiera rotulado su nombre. Allí estaban: Miguel, junto a un matrimonio que tendría cincuenta años, calculó Sagrario.

Su novio llevaba traje. Eso era excepcional. Desde que lo conocía, solamente lo veía así vestido por la calle cuando quedaban alguna vez a última hora de la tarde o, si cuadraban agendas y se encontraban en algún restaurante de comida rápida, al mediodía. Pero el hecho de que Miguel llevara un sábado uno de sus trajes, además, uno de los más oscuros, le produjo una desagradable sensación de pleitesía paterna y de querer solemnizar el encuentro. Por un instante pensó que hasta podía circular un anillo de compromiso. Lo siguiente fue el recibimiento. Miguel la besó en la mejilla. Desde que se dieron el primero, ya nunca más habían vuelto a besarse en la mejilla. Sin embargo, delante de sus padres, su novio adoptaba el rostro más formal que albergaba en su repertorio. Incluso la expresión, de natural agradable y distendida, se había tornado en circunspecta y distante, como si fuera a comenzar una reunión de trabajo.

—Papá, mamá, os presento a Sagrario, mi novia —la muchacha sí reparó en que la había calificado como se creía le correspondía.

—Yo soy Violeta —se apresuró a decir la mujer.

Sagrario, al tenerla más cerca, se sorprendió de la marcada impronta que exteriorizaba la madre de Miguel. Llevaba un conjunto blanco compuesto por un pantalón y una blusa ancha que la llegaba por debajo de la cintura, y que se completaba con una gran flor a la altura del corazón. No le dio tiempo de ver los zapatos y el bolso, pero se habría jugado sus ahorros a que ambos iban conjuntados y que eran de marca, y de las mejores. La cara de Violeta era algo redonda, carnosa y clara, maquillada con acierto cosmético y delicadeza, de forma muy sutil, como si no se hubiera aplicado producto alguno. De los lóbulos colgaban unos pendientes que llamaban la atención no solo por su tamaño, sino por el brillo con el que refulgían, y que hacían juego con la gargantilla que adornaba un cuello sin arrugas. Los ojos no eran especialmente bonitos pero sí los llevaba pintados con destreza y primor. Llevaba unas gafas negras clavadas en un pelo que llegaba casi a la altura de los hombros, alisado, castaño, con alguna mecha rubia que parecía un pequeño río de oro sobre un lecho ocre. La madre de Miguel irradiaba personalidad y autoridad sin abrir la boca, no precisaba pronunciar palabra alguna para que todo el mundo fuera consciente de que ella era quien iba a dirigir la conversación por donde deseara.

Con una sonrisa encantadora, y acompañada de un ligero movimiento de cabeza, la mujer se acercó a la cara de Sagrario y le dio dos besos fríos

cuidando de no mancharle las mejillas con carmín. Dado que no se levantó de su asiento, obligó a la joven a tener que aproximarse e inclinarse en exceso. La periodista pensó que aquello no era fruto del azar.

—Este es Rogelio, mi marido.

El hombre aguardó la iniciativa de la joven y, cuando esta le dio la mano, él la estrechó con una fuerza medida. Se veía que aquella persona se manejaba con soltura en las relaciones humanas y, con ese sencillo gesto, se mostró como alguien educado y mesurado, marcando una manifiesta diferencia con la autoridad de su esposa. Rogelio era un hombre guapo para su edad pero insulso, nada atractivo. Parecía un maniquí fugado del escaparate de unos grandes almacenes y que se había sentado allí huyendo de quien lo perseguía. A pesar de su edad, por su cara todavía no corría ninguna arruga y ofrecía unos rasgos firmes y bien marcados, aunque sin vida, sin emotividad, sin chispa.

Después de que el camarero tomara nota de su petición, comenzó una teórica conversación que no lo fue nunca. El timón del encuentro lo manejaba Violeta, que se había propuesto en aquella reunión obtener la máxima información posible sobre aquella persona que quitaba el sueño a su hijo, aunque esperaba que no llegara a quitarle el sentido.

Las primeras preguntas le parecieron que se movían dentro del terreno de la normalidad. Asuntos tales como el día del nacimiento, con mención al signo zodiacal por parte de Violeta, si tenía o no hermanos, o si aún vivían sus padres no podían considerarse como entrometidos o impertinentes. El problema vino a la quinta o sexta cuestión.

—Dinos, Sagrario, ¿cuál es la ocupación de tu familia?

—Mis padres tienen una explotación ganadera cerca de Tarancón, en Cuenca.

—Sí, conocemos Tarancón, aunque nunca hemos parado allí. Desde la carretera se ve muy seco, ¿no?

—Puede parecerlo, pero en la finca de mis padres hay pozos de los que obtenemos suficiente agua como para poder atender los cultivos —rebatíó.

—¡Qué interesante! —opinó la madre de Miguel, con fingida consideración—. Así que también tenéis tierras.

—Sí, ciento ochenta hectáreas de regadío. No está mal.

—Oye, Sagrario, y tu padre, ¿qué es, ingeniero agrícola?

Rogelio y Miguel no pudieron ocultar la incomodidad que les produjo la

pregunta. Era una cuestión que no procedía, sobre todo porque ambos sabían que Violeta la formulaba porque intuía la respuesta, y disfrutaría con ella.

—No, ni mi madre ni mi padre son ingenieros. Saben leer y escribir, pero no son ingenieros —reconoció Sagrario. Por modestia calló pero mantuvo la mirada, desafiante.

—¡Qué pena! —exclamó, para pasar a continuación a ahondar más aún en la herida que había abierto— ¡Es una verdadera pena que sean personas sin estudios!

—¿Y por qué es una pena? —quiso saber la joven.

—¡Mujer, ya sabes! Si tuvieran estudios, tendrían otros temas de conversación, supongo.

—Violeta, mis padres tienen inagotables temas de conversación. Cuando voy a visitarlos no paran de contarme cosas del campo, de los cultivos, de los animales y de sus enfermedades, de las plagas, de las ayudas que reciben de Europa, de las medidas que implanta la Junta, el Ayuntamiento, el Ministerio. Mi padre sabe muy bien qué ministro ha hecho más por el campo español y cuál ha ocupado el puesto con el único propósito de calentar el sillón. Me hablan también de cuando era niña, de los vecinos, de las noticias de la televisión, de la actualidad política... De verdad, no se nos agotan las materias de conversación —contradijo, intentando mantener la compostura.

—Mamá, Sagrario estudió periodismo —recordó Miguel, muy orgulloso, mientras mostraba una amplia sonrisa y se atrevía a tomar tímidamente la mano de su novia.

—Sí, es verdad. Dime, ¿dónde estudiaste?

—En Madrid, en la Complutense.

—Miguel estudió en el CEU. Nosotros le dijimos que estudiara en Estados Unidos, pero el muy tonto no quiso marcharse allí varios años.

—¡Mamá! —soltó el joven, ante el insulto recibido.

—Miguel, sabes que lo de tonto te lo digo cariñosamente —la mujer sonrió a la vez que inclinaba la cabeza condescendentemente, en un gesto que repitió varias veces a lo largo de la tarde.

—Ya me contó Miguel dónde estudió —comentó Sagrario, con sequedad.

—Mi hijo tiene muy buen nivel de inglés. Desde bien pequeño lo mandábamos todos los años a Irlanda, un mes entero, y luego, cuando fue haciéndose mayor, los veranos a Brighton, también otro mes. Después estudió un año de bachiller en Toledo, pero no vayas a pensar el Toledo de aquí, hablo

del Toledo de Ohio, ¿se dice así, Miguel? —el joven no respondió a su madre e intentó mantener la sonrisa apagada que no se había desdibujado de su cara desde que llegó su novia.

—Sí, sé que Miguel habla muy bien inglés.

—¿Y tú, también hablas inglés?

—Me defiendo.

—No, mamá, no es verdad —se apresuró a matizar el hijo—. Sagrario tiene un nivel muy bueno, y un magnífico acento. Vamos mucho a los cines Ideal para ver las películas en versión original.

—Entiendo que habrás viajado al extranjero también —volvió a sondear Violeta, con claros deseos de zaherir a la novia de Miguel.

—Sí, también he viajado, pero para trabajar. Mientras estuve estudiando periodismo viajé todos los años, también en verano. Dos meses —concretó, muy seria.

—¿Dos meses?

—Sí, dos meses. Empleada en el Burger King, en diferentes lugares de Londres, pero siempre en la misma cadena. La conocen, supongo —preguntó con la mayor dosis de sarcasmo que reunió. Se fijó en que Rogelio, que todavía no había pronunciado palabra en toda la tarde, no pudo reprimir una sonrisa.

—¿En el Burger King?

—Sí, trabajé en el Burger King —se ratificó—. ¿Ha entrado alguna vez en uno?

—¡No, por Dios! —se sobresaltó la mujer. A continuación recapacitó y se dio cuenta de que su reacción no había sido acertada:— Bueno, quiero decir que no, que no he entrado nunca en esos sitios.

Desde que se despidieron de los padres hasta que Sagrario y Miguel se separaron aquella noche, este se pasó la mayor parte del tiempo disculpándose por la actitud de su madre:

—Tenemos que comprenderla, se pasa gran parte del día sola, mi padre tiene muchos pacientes, yo soy su único hijo, ella es muy curiosa... y así un rosario completo de justificaciones que demostraban que Miguel no solo era un buen hijo, sino también alguien falto de carácter.

—Miguel, yo te quiero a ti. Nada más que a ti. Vamos a dejarlo. Lo único

que te pido es que espacies estos encuentros. No quiero que tu madre se avergüence del gusto de su hijo.

El joven no pudo impedir la contrariedad que le producían las palabras de su novia.

—Por cierto, ¿puedo? —nada más formular la pregunta, Sagrario se acercó a su cara y le dio un largo beso en los labios. Al terminar, y tras comprobar la cara que mostraba Miguel, mezcla de alegría y sorpresa, le aclaró:— Ha durado más porque me debías el beso que no me has dado en el Ritz delante de ellos.

## 7 de abril de 1975

Fue en el primer despacho que mantuvo con él. Henry Kissinger no necesitó más reuniones con Robert Parker para saber que se encontraba ante uno de los colaboradores más eficaces con que podía contar. Cada vez que se producía un cambio de Secretario de Estado, los agregados más cercanos del ejecutivo saliente abandonaban Washington rumbo a cualquier embajada norteamericana. Era el precio que habían de pagar por ser leales a una figura política destituida. Pero no fue ese el caso de Robert Parker, un hombre de sesenta años perteneciente a una de las familias con mejor reputación de Boston, absolutamente entregado a la nación a la que había defendido con su cuerpo y con las armas en las aguas del Mediterráneo alistado en las tropas aliadas que tomaron Sicilia en 1943. Después de la II Guerra Mundial ingresó en el cuerpo diplomático siendo destinado a varias embajadas de países hispanohablantes como México, Buenos Aires y Madrid. Más tarde trabajó como agregado comercial en París hasta que el propio Kissinger lo envió a Santiago de Chile, en marzo de 1973, para trabajar en la clandestinidad conjuntamente con el equipo de Augusto Pinochet con el objetivo de derrocar al presidente Allende alcanzando unos resultados que quedaron para siempre reflejados en los libros de historia. No se trataba de ser humanitario ni social, ni solidario ni demócrata. Sencillamente lo que quería era alguien que fuera eficaz, y como Parker no había nadie. Y ahora el Secretario de Estado se encontraba inmerso en una nueva misión para la cual confiaba otra vez en el sagaz y trabajador Robert Parker para culminarla con éxito.

La reunión estaba manteniéndose en el propio despacho de Kissinger, donde el anfitrión se encontraba leyendo con atención las conclusiones del Grupo de Londres, nombre que habían dado a las ocho personas que desarrollaron en la capital inglesa la llamada en clave operación *Laissa*.

—¿Puedo preguntar de qué se ríe? —quiso saber el invitado, al distinguir una mueca bromista en el siempre afable rostro del Secretario.

—Disculpe, Parker, no es que me tome en broma el trabajo de su equipo,

sino que veo que han tenido en cuenta todas las alternativas.

—Señor, cuando está desplazándose un contingente de trescientas cincuenta mil personas hay que contemplar todas las eventualidades. Las necesidades logísticas de un colectivo así exceden a la propia capacidad del país que lo organiza, aunque Mullay Abdellah no lo crea así.

—¿Qué le ha parecido el Príncipe? ¿Es tan prepotente como su hermano?

—Solamente me he entrevistado una vez con Su Alteza Real el príncipe Mullay Abdellah pero, teniendo en cuenta quién es su hermano, es lógico que estas personas estén tocadas por un halo de sublimidad —razonó Parker—. En sus países son verdaderos e intocables dioses, aunque fuera de sus fronteras y de sus relaciones más íntimas, sus virtudes profesionales e incluso personales se reducen sensiblemente.

—Está usted diciéndome que, lejos de Marruecos, estas personas no son nada.

—Sí, más o menos podría resumirse así.

Kissinger asintió y continuó leyendo el amplio informe que habían preparado los representantes militares de Arabia Saudita y de Kuwait, países financiadores del proyecto, los generales enviados desde el Pentágono, el coronel marroquí y el mayor británico que ejerció de anfitrión y coordinador del grupo. Parker solo asistió a las dos reuniones iniciales y a las de los últimos días, cuando discutieron las conclusiones.

—Bien, Robert, el siguiente movimiento que va a producirse será, por lo que se ve, en África —dedujo Kissinger.

—Disculpe, señor, el próximo tiene que darse en Nueva York, en la sede de Naciones Unidas. Tenemos que asegurarnos de cuáles serán los miembros de la comisión visitadora. Me he comunicado con Atherton para coordinar la acción cerca de Waldheim. Esa es una eventualidad que no podemos dejar abierta. Como ha leído, la composición de esa comisión es fundamental para el devenir de *Laissa*. Más adelante podrá comprobar que hemos trabajado mucho esa visita. Es imprescindible que los representantes perciban un ambiente hostil a la presencia española, para situar a estos ante una disyuntiva con una única salida, la que nos interesa, además de socavar la moral del Ejército español.

Henry Kissinger continuó leyendo el informe. En otro momento, volvió a mostrar una mueca de satisfacción. Entendió que tenía que justificarla ante Parker y aclaró:

—Lo de las minas es una solución muy imaginativa.

—Sí, es algo que agradecieron especialmente los representantes árabes, los financiadores del proyecto, aunque no así el marroquí.

—Normal, ¿no le parece?

—Sí —corroboró el diplomático, mostrando el mismo rostro imperturbable con el que había entrado y el que seguía manteniendo en los cuarenta y cinco minutos que llevaban de reunión.

Una vez que terminó de leer el informe, se lo devolvió a Parker y le felicitó, mientras afirmó algo que impactó en sus oídos:

—Ya sabemos que la idea de una nación llamada República Saharaui no es algo exigido por la historia —zanjó.

# El viaje

Llevaban dos horas de viaje y Sagrario sabía, con resignación, que todavía no habían cubierto ni la mitad del trayecto. Acomodada en el asiento del copiloto del coche de Miguel, y mientras se escuchaba una música relajante, la joven aprovechó para cerrar los ojos e intentar buscar un rato de descanso que no terminaba de hallar ni cuando se metía en la cama, rendida y frustrada por no encontrar todavía un lugar del cual poder ingresar fondos, una de sus principales preocupaciones, y sentirse útil ante los demás y ante ella, sobre todo ante ella.

Desde el día en que fue llamada para comunicarle su inminente despido no había parado de formularse preguntas, cuestiones de todo tipo que trascendían las meramente laborales para ahondar en deliberaciones mucho más trascendentales como, incluso, si eligió bien los estudios universitarios o la persona con quien compartía sentimentalmente sus días.

Se matriculó en Periodismo casi por equivocación, pues no era ese el campo en el que se encontraba más a gusto. De hecho, se arrepentía de no haber estudiado Económicas, una carrera más ajustada a sus inquietudes individuales y a la que más tiempo dedicaba desde que terminó los estudios y entró en el competitivo mercado profesional. En el periódico llevaba, junto a otros compañeros, el área de finanzas internacionales, y se pasaba gran parte del día analizando artículos de periódicos digitales, quizá esos mismos que ahora la habían relegado al paro, indicadores macroeconómicos mundiales, evoluciones de los marcadores bursátiles y leyendo entrevistas con prohombres de la economía para extraer ideas y utilizarlas en sus artículos o reportajes. A su edad pensaba que ya tenía que estar ocupando un puesto de relevancia en una buena empresa del sector, como le sucedía a algún compañero de estudios. Por el contrario, la verdadera situación en la que se encontraba era de desempleada, engrosando un número más en los fríos datos que ofrecían sus colegas en los distintos medios cuando hablaban de economía social.

Pero lo que más preocupaba a Sagrario era su situación sentimental. Llevaba dos años con Miguel y conviviendo juntos desde hacía trece meses. Fue él quien se lo propuso e incluso quien ofreció también la solución a la vivienda, al lugar al que ella todavía era reacia a llamar *hogar*. En aquel momento compartía un piso con dos chicas que, como ella, se habían trasladado desde provincias limítrofes a trabajar en la capital. Personas con las que no tenía más relación que ponerse de acuerdo para la utilización de la lavadora, para organizar la limpieza o para repartirse el espacio en la nevera. Miguel llegó en el momento preciso y la conquesa vio en ello una buena solución a la soledad que padecía, aunque fuera una soledad compartida.

La casa que ocupaban era propiedad de Rogelio y Violeta, los futuros suegros. Una de las muchas que poseían gracias a los selectos trabajos que realizaba el padre de Miguel, uno de los pocos odontólogos ejercientes en Madrid que dominaba el alemán. Gracias a un idioma que aprendió desde bien pequeño, el doctor Casado había ido aglutinando a una clientela exclusiva compuesta en su mayor parte por la notable colonia alemana residente en la capital ya que, sobre todo los de mayor edad y en consecuencia con mayor poder adquisitivo, se encontraban muy cómodos hablando a su dentista en su mismo idioma. Además, Rogelio había sido un gran viajero y conocía no solo el país y las costumbres, sino también toda su historia. Sus clientes disfrutaban escuchándole hablar de las glorias germánicas pasadas, de las contiendas franco-prusianas cuando obligaban a los franceses a cambiar la capital del país, de las productivas colonias en África y de los lejanos momentos en los que el globo terráqueo giraba en torno a Berlín. Tenía la habilidad suficiente de evitar asuntos relacionados con la política pero sí mostraba el tacto adecuado para darles a entender que su ambigüedad realmente escondía una afinidad que no podía exteriorizarse porque los tiempos, hoy por hoy, no lo aconsejaban.

Se fue corriendo la voz de uno a otro y el padre de Miguel atesoró de ese modo una importante fortuna la cual administraba a la perfección su mujer, alguien que nunca supo el significado del verbo que más ansiaba ella ahora, el de trabajar. Fue terminar la carrera de Filosofía y Letras y conocer al joven licenciado en Medicina. Violeta puso sus interesados ojos en un inexperto Rogelio y este tuvo poca capacidad de reacción. Fue una presa fácil. Ella misma se encargó de ponerle la venda.

Esa era una de las razones por las que se había visto una sola vez con los

padres de su novio. Sagrario no aguantaba la prepotencia de Violeta, sus deseos de controlar la vida de su hijo en todos los aspectos y, en consecuencia, de ella también, y por cómo ninguneaba y maltrataba psicológicamente a su marido. Pero lo que peor soportaba era considerarse una mantenida no ya por su novio, sino por su madre. Una situación que la hastiaba hasta plantearse, incluso, la posibilidad sería de romper la relación afectiva. Además, temía que, motivado por esa palmaria falta de carácter de Miguel, el tiempo contribuyera a acrecentar la ascendencia efectiva de su madre, de modo que el presente solo podría ser un apéndice del guion que se avecinaba. En sus planes no figuraba que sus hijos, si es que alguna vez se planteaba tenerlos, tuvieran como padre a una abuela.

—¿Te importa que paremos? Me vendría bien estirar las piernas y tomarme algo fresco —propuso el conductor.

Sobre las ocho de la tarde, y veinte minutos después de haber cruzado el cartel anunciador de la provincia de Almería, el BMW se desvió de la autopista para tomar una carretera secundaria. El paisaje fue haciéndose más seco aunque no tanto como Sagrario podía haber imaginado. Un invierno muy lluvioso había permitido que el monte bajo ofreciera un verdor muy agradable a la vista y también, supuso, al olfato. La nacional 340 discurría rodeada de arbustos, tomillos, adelfas e higueras, entre curvas que recordaban los accidentados trazados de las carreteras españolas de los años cincuenta.

—Ya estamos llegando. No deben de quedar más de diez o doce minutos —dijo Miguel.

Su novio tenía razón. Poco antes de arribar a Tabernas el automóvil tomó la comarcal AL-3103 para desviarse a los tres kilómetros por una pista asfaltada, ancha y con una ligera pendiente. Franquearon unas grandes puertas de hierro de tres metros de altura, que estaban abiertas, y se adentraron por una larga avenida escoltada por dos filas de palmeras que los acompañaron hasta un lugar donde el trazado daba un giro de noventa grados a la izquierda. Después de dejar a un lado unos invernaderos, el automóvil fue estacionado en una rotonda circular donde no había otros vehículos.

—Mis padres han debido de llegar ya y han encerrado su coche en los garajes. Bueno, Sagra, ¿qué te parece?

La vivienda era formidable. Era tan blanca que casi cegaba, a pesar de

encontrarse filtrada por la suave tonalidad anaranjada del sol antes de ocultarse detrás de las montañas situadas más al oeste. La fachada tendría veinticinco metros de longitud con un portalón de entrada flanqueado por cuatro columnas de mármol que le daban un aire sureño, como si se hubieran trasladado al estado de Luisiana. La mansión tenía dos alturas: la planta baja y una primera planta con ventanas y contraventanas de aluminio blanco, y balcones de mármol, también blanco. Sagrario estaba viendo la magnitud de las formas, de modo que supuso el empaque de aquella construcción.

Un hombre vestido con mono llegó solícito a abrirles la puerta a la vez que cumplimentaba a los recién llegados.

—Señor Miguel, bienvenido a Orquídea Real.

## 13 de abril de 1975

Contaba los días como si fuera un presidiario. Tomó un calendario y comprobó con horror que no quedaban ya ni tres meses para tener que ausentarse de su casa, de su habitación, de su colección de minerales, de su ciudad, de su familia y de la chica con quien llevaba saliendo un tiempo que cada vez le parecía más largo. Las relaciones de pareja no podían cuantificarse en alguna unidad conocida, ni de volumen ni de longitud ni de fuerza siquiera, era algo que funcionaba por medio de sensaciones intangibles, algo parecido a extraños impulsos magnéticos que misteriosamente provocan que dos seres se aproximen o se alejen.

Por eso pensaba que tener que prestar el Servicio Militar en un lugar tan alejado de su mundo habitual podía constituir hasta un aliciente para su relación, ya que no estaba previsto que en los seis meses de prácticas obtuviera un permiso que lo retornara temporalmente a la Península.

Pero no quería engañarse. Poner tierra de por medio, o mar en este caso, no era una solución para una relación sentimental la cual tiene que estar necesariamente cimentada en la proximidad, en el cariño, la ternura, en el candor de un contacto, unos sentimientos que él desconocía. Nadie hasta la fecha había experimentado hacia él unas emociones como esas. Sorpresivamente, sonó un pequeño toque en la puerta de su habitación. Alguien pedía permiso para entrar.

Después de obtenerlo, la madre entró y lo vio tumbado en la cama, con la vista perdida en el techo, vestido con unos vaqueros y una camiseta vieja, envuelto en sus pensamientos, absorto en sus silencios mientras se acariciaba lentamente su poblado bigote.

—Hijo, ¿no vas a salir?

Alfredo miró a su madre y negó con la cabeza. La mujer se entretuvo unos instantes en la contemplación de un rostro que conocía a la perfección, mejor que nadie. Extrajo sus propias conclusiones y, por lo que se vio, acertadas.

—¿Habéis vuelto a discutir?

—Mamá, ¿qué quieres? —no le apetecía tener que dar explicaciones de la última bronca acontecida, esta vez por teléfono.

—Preguntarte qué quieres cenar.

—Algo rápido, igual voy al cine, yo solo.

La mujer sabía que cuando su hijo se marchaba al cine solo era porque había habido una nueva discusión en la pareja, y le preocupaba que últimamente viera demasiadas películas en soledad.

—Me tomo un bocadillo y saldré después a darme una vuelta por el barrio. Haré como siempre, miraré las carteleras del Rosales, Urquijo y Princesa, y elegiré. ¿Papá?

—Acostado, llevará ya dos horas durmiendo.

—¿Y mi hermana?

La madre se encogió de hombros y miró el reloj.

—Estará al venir. Supongo.

Cerró la puerta y se encaminó a la cocina para cursar las correspondientes instrucciones a la interna.

# 15 de abril de 1975

Alfred Atherton ocupaba el puesto de Subsecretario norteamericano de Asuntos Exteriores encargado de los asuntos de África del Norte y Oriente Medio. Era el equivalente a un ministro de exteriores especializado. Los Estados Unidos de Norteamérica tenían tantos intereses en los cinco continentes que no había una sola persona capaz de aglutinar la responsabilidad de gestionar todas las influencias y las intrigas necesarias del país más poderoso de la tierra. Su despacho oficial lo tenía también en Washington, pero sus residencias habituales eran Riad, Abu Dhabi, Tel Aviv y Marrakech. Fue precisamente en la ciudad marroquí donde recibió la visita de Parker. Un Mercedes fue a recoger al aeropuerto al diplomático norteamericano y lo condujo directamente al hotel La Mamounia, donde el subsecretario ocupaba una de las mejores suites.

—Ya he hecho en Nueva York las gestiones que me dijiste. Vamos a tratar de complacerte.

—No se trata de complacerme a mí, Atherton, sino de conseguir que las Naciones Unidas envíen una comisión investigadora que emita un informe como el que queremos.

—Creo que el resultado del memorando va a depender casi en exclusiva de lo que se encuentren en el territorio cuando lo visiten, no tanto de las influencias que nosotros podamos ejercer sobre ellos —opinó el anfitrión.

—Es una misión pública, eso es inequívoco, pero el país al que pertenezcan sus miembros puede resultar fundamental para asegurarnos que cuenten a su regreso a Nueva York lo que más se ajuste a nuestros intereses.

El subsecretario sonrió y se levantó parsimonioso hacia un buró cerrado con llave. De uno de los cajones extrajo una carpeta y comenzó a repasar los papeles que contenía:

—La misión estará compuesta por tres miembros. El presidente será de Costa de Marfil, creo que viajará Simeón Ake. Le conozco y hablaré con él. ¿Te parece?

Robert Parker mantuvo silencio y siguió esperando información.

—Respecto a los dos vocales, te aseguro que uno de ellos será de un país aliado nuestro, con certeza, y el otro muy probablemente de Cuba.

—¿De Cuba? —se extrañó el diplomático—. No me fío de los cubanos.

—Creo que es el país más adecuado. Su lengua también es la española y podrán hablar con los saharauis sin necesidad de que intervengan los traductores, percibiendo las emociones sin intermediarios, y, dado que han vivido una situación colonial como la que nos ocupa, su predisposición hacia la autodeterminación del pueblo autóctono será muy elevada. Además, son comunistas, y abogarán para que el Polisario, que está financiado por la Unión Soviética vía Argelia, se salga con la suya y se independice de España lo antes posible. Había pensado en México, pero el odio que tienen hacia Franco es tan considerable que no puedo prever su reacción. Me da miedo que esta sea contraproducente. ¿Qué te parece?

Parker se tomó unos instantes para emitir una opinión. Estaba sopesando los argumentos del subsecretario. Se levantó y se asomó a una de las ventanas de la lujosa suite, ubicada en el ala este del complejo hotelero. Vio a varios bañistas sobre unas hamacas al borde de la piscina. Se volvió:

—Bien, me parece una composición ideal. Muchas gracias, señor subsecretario.

—No tienes que darme las gracias... por ahora.

El diplomático enarcó las cejas. No sabía a qué se refería.

—Me las tienes que dar cuando te ayude a lo otro que me has pedido. ¿Cuándo llegará tu hombre a Marrakech?

—Quince días antes de la visita de la comisión de las Naciones Unidas. Será tiempo más que suficiente. Y sí, necesitará ayuda.

—No te preocupes, Su Alteza Real, el hermano del Rey, está absolutamente encantado con *Laissa* y nos ayuda en todo lo que le pedimos. Sigue emperrado con lo de las minas personales, pero ya le convenceré de lo que habéis decidido. Peor lo tendrás tú cuando tengas que visitar al Presidente en Madrid.

—Tengo suficiente información recopilada sobre Arias, y sé cómo enfocar la cuestión.

Atherton se levantó de nuevo y se dirigió hacia una de las estanterías donde guardaba varias botellas.

—Gracias, señor, pero nunca bebo cuando estoy trabajando.

—¿Y cuándo descansa usted, Parker?

—Nunca, señor. Nunca.

# La llegada

La primera impresión que Sagrario recibió cuando entró en Orquídea Real fue de frialdad. Le sorprendió la generalizada blancura del inmenso vestíbulo que articulaba toda la mansión. El suelo era de grandes losetas cuadradas de mármol, y las paredes, también blancas, estaban pintadas hasta el zócalo. A lo largo de todo el perímetro se encontraban distintas piezas de cerámica de colores que rompían la monotonía visual que suponía aquella explosión nívea. Una escalera muy amplia, cada escalón tendría por lo menos dos metros de largo, en curva, conducía a la planta superior, donde un pasillo que circundaba el vestíbulo hacía las veces de repartidor de las habitaciones. Toda la balaustrada era también de mármol blanco con unos pilares contorneados que componían una fila ascendente de pequeñas columnas con remates en forma de capiteles toscanos, lo que indicó a la periodista que en aquella casa había alguien a quien interesó alguna vez la estética clásica.

—Déjeme que la ayude con el equipaje —pidió el hombre que les había abierto la puerta—. Se lo llevo a su habitación.

Sagrario miró a Miguel, extrañada y sorprendida por aquella visión. Nunca le había dicho que su abuela viviera en un lugar tan singular como aquel.

—Llegáis tarde —se oyó por algún sitio.

Violeta apareció desde el piso superior y empezó a bajar los escalones, poco a poco y con cierta parsimonia, en un movimiento que recordaría a las vedetes de una revista que exhiben su deseado cuerpo ante un público entregado, o también a una mediocre actriz de película en blanco y negro que sobreactúa mientras interpreta el papel de una condesa decimonónica cualquiera. Con delicadeza, su mano derecha iba recorriendo el pasamanos pero no para evitar una caída, pensó Sagrario, sino para ofrecer una estampa más adecuada, más estética y favorecida. Tenía que dejar bien claro a los recién llegados que la hija de la dueña era ella.

—Mucho habéis tardado para venir desde Madrid.

—Mamá, no pude salir antes. No siempre puede dejarse el trabajo cuando

uno quiere —se justificó Miguel.

—Cuando venimos a Almería tu padre organiza las citas para terminar el viernes a media mañana —recordó Violeta, mientras seguía bajando los peldaños.

—Papá es el dueño de su empresa, y yo no. Por lo menos todavía —bromeó, esbozando una desmañada sonrisa que no fue correspondida. Cuando su madre terminó de bajar, el hijo se acercó a darle dos besos que fueron correspondidos con sendos movimientos de cara. Los labios de Violeta ni siquiera llegaron a rozar las mejillas de Miguel.

—Mamá, ¿recuerdas a Sagrario?

—Sí, claro que la recuerdo. Bienvenida a Orquídea Real —saludó, a la vez que estiraba la mano a la espera de estrecharla con la de la novia de su hijo. La joven le correspondió con igual frialdad con la que era recibida.

—Muchas gracias, Violeta.

—La abuela se ha retirado ya. Te dije que no se encuentra bien y que el médico le ha pedido que guarde el máximo reposo. Tu padre y yo ya hemos cenado, pero os pueden preparar algo en la cocina. Ahora daré la orden. Vuestras habitaciones están arriba —señaló con el dedo—. La tuya, Miguel, es la de siempre, junto a la nuestra. La de Sagrario se encuentra al otro lado —con el brazo trazó un arco que dibujaba la distancia que existía entre las habitaciones de la pareja.

Sagrario se quedó tan sorprendida que fue incapaz de articular palabra. No podía imaginarse que fueran a dormir separados cuando llevaban ya un año viviendo juntos.

La cocinera acababa de servirles un plato de un guiso típico que Sagrario desconocía y el silencio se había instalado en la mesa y, por lo que parecía, con intención de quedarse. Fue Miguel quien pretendió intercambiar alguna palabra con su novia.

—¿Qué te parece la casa de mi abuela?

—Lo que me parece vergonzosa es la actitud de tu madre —respondió enfurecida, ignorando la pregunta.

—¿Por qué, porque no dormimos juntos? ¡Qué más da! Tenemos todos los días para dormir juntos —Miguel intentó coger la mano de Sagrario pero esta la retiró con violencia.

—No tiene ningún sentido esta hipócrita situación. Estamos en el año 2008 y la mayoría de las parejas viven juntas antes de casarse... si se casan después, claro.

—Eso ya lo sé, y también lo saben mis padres, pero a lo mejor no mi abuela, y mi madre seguro que ha pensado en ella cuando ha tomado esta decisión. Esta vivienda tiene muchas habitaciones, no sé cuántas, y muchas de ellas son dobles, quizá la mayoría. Por problema de espacio no es, seguro. Ha tenido que ser por mi abuela. De todas maneras, si quieres y te sientes sola, puedo hacerte una visita de madrugada —Miguel adoptó una inoportuna expresión de rondador.

—No necesito ninguna visita tuya aquí. Como bien dices, ya tenemos todos los días para andar con las visitas que dices. No sea que vaya a levantarse tu abuela, nos sorprenda y me mande de vuelta a Madrid en tren. Eso sí, en tren de oro, porque parece que aquí hay mucho dinero, ¿no?

—Este fin de semana sería buen momento para contarte la historia de mi familia. Así conoces más cosas de mí. ¿Qué te parece?

Sagrario no respondió y optó por, en silencio, empezar a pelar la naranja que les habían servido de postre. No hacía ni una hora que había llegado y ya estaba arrepintiéndose de haber viajado a un lugar tan hostil como era esa fría y desalmada mansión.

## 21 de abril de 1975

El hotel Ritz se encontraba ubicado desde 1898 en la parisina Place Vendôme, en el distrito 1, uno de los más selectos de la capital francesa. Sus habitaciones habían alojado a numerosas figuras de las artes y de la política del siglo XX, y sus salones fueron testigos de un sinfín de encuentros entre destacados personajes que conforman la historia contemporánea no solo europea sino del resto de continentes.

En esos momentos estaba celebrándose una reunión entre dos personajes cuyas caras pasaban desapercibidas para los huéspedes que departían en sus mesas, dado que sus rostros jamás habían salido con anterioridad en informativos, periódicos o revistas, a pesar del poder que cada uno manejaba.

—¿Por qué tenemos que fiarnos de ustedes? —preguntó el saharai.

—Porque nuestro planteamiento político está muy claro —alegó con naturalidad Robert Parker—. No tenemos nada que ocultar y nuestro país será uno de los primeros que les reconocerá cuando llegue el tan ansiado referéndum que ustedes llevan reclamando con merecido derecho.

—Dudo que los Estados Unidos de Norteamérica vayan a apoyarnos. Por lo menos, de momento no lo han hecho como sí lo han hecho otros países amigos, como Argelia, Libia o Mauritania.

—La razón de nuestra postura diplomática es porque nosotros contamos con unos socios diferentes a los que usted está mencionando, Hakim, y tenemos que tomar precauciones adicionales.

—Si tuvieran interés real, financiarían nuestro equipo militar.

—Nosotros no vamos a fomentar una guerra entre el Frente Polisario y España, eso tiene que comprenderlo. España es uno de nuestros mayores aliados estratégicos y comerciales en Europa y no consentiremos que se maten entre ustedes —ante cada objeción del saharai, el norteamericano contrarrestaba con una respuesta segura e inequívoca.

—Nosotros queremos nuestra independencia, señor Parker, tal y como ha declarado la Asamblea de las Naciones Unidas en sus resoluciones 2.229 del

año 1966 y 3.162 del año 1973. Ustedes, los norteamericanos, también la ansiaban y al final la consiguieron. Una cosa es que nuestro pueblo viva en el desierto y otra muy distinta que todos seamos unos ignorantes, como quiere España que sea nuestro estado natural.

—Respetamos a su pueblo, señor Adel, y lo hemos hecho apoyando en el seno de las Naciones Unidas esas resoluciones que ha nombrado usted, y también sabemos que el régimen de Franco no está comportándose con ustedes, los saharauis, en igualdad de condiciones que con el resto de habitantes de su país. España debería haber cuidado más a los ciudadanos de su protectorado.

—Provincia, señor Parker. El dictador tuvo la desfachatez de nombrar hace diecisiete años al Sáhara provincia española. Pero nosotros no tenemos las mismas oportunidades que un español que nació en Sevilla, en Valencia o en Barcelona, y no digamos si nació en Madrid.

La conversación entre los dos diplomáticos estaba manteniéndose en inglés que, junto al español y al hassanía, eran los idiomas que dominaba el saharauí. Ambos vestían atuendo occidental y nadie diría que en la mesa que ocupaban estaba jugándose una de las batallas orales con mayor trascendencia para el devenir en la zona de los próximos meses y, en concreto, para la tan ansiada independencia por la que luchaba el pueblo saharauí y su brazo armado, el Frente Polisario, del que Hakim Adel era su referente internacional y la voz del desierto en los foros occidentales más influyentes, como eran los de Nueva York o París. De hecho, conocía a Parker desde hacía un año y se habían entrevistado en varias ocasiones, quizá por eso era por lo que no se fiaba ni de su persona ni de su país. Sabía que era uno de los hombres de confianza del Secretario de Estado y recelaba de todo aquel que viniera de parte de un judío, como era Kissinger.

—Estoy en condiciones, señor Adel, de facilitarle una información que va a resultarle de suma utilidad. Es la relativa a la comisión visitadora que llegará a lo largo del próximo mes de mayo a la capital del que espero sea pronto su país.

—Diga, señor Parker. Mis oídos son los oídos de un pueblo que ansía su libertad. Le escucho.

—Ya tenemos confirmada la composición de la delegación. Serán tres personas. Todos los indicios señalan que el presidente será de Costa de Marfil.

—¿Costa de Marfil? Pero, ¿qué pinta Costa de Marfil en esto? —Hakim intentó no elevar la voz y que su inesperada cólera no trascendiera al resto de clientes de la cafetería—. El presidente de esa comisión tenía que haber sido el representante de un país de primer orden, con una población importante y suficiente peso específico en las Naciones Unidas, no Costa de Marfil, una nación de tercer orden.

—No estoy de acuerdo —rebatí Parker, sin perder la calma—. Costa de Marfil es un país que les puede entender mucho mejor que Irlanda, Argentina, Austria o Canadá, por poner unos ejemplos al azar de países con mayor población o renta, que no tienen nada que ver ni con su cultura ni con su continente. Costa de Marfil se independizó de Francia hace poco más de quince años y sabe muy bien lo que ha sido vivir con el lazo del colonialismo ahogando sus aspiraciones. Y ustedes necesitan a alguien que atesore los mismos sentimientos e iguales deseos de independencia.

—¿Y los otros dos miembros, de qué países son? —Hakim no quiso reconocer que las razones expuestas por el estadounidense para considerar a Costa de Marfil un país afín a sus intereses casi le había convencido.

—Uno de ellos es un gran aliado nuestro que nos escuchará cuando hablemos con él. Estamos hablando de Irán.

—No me gustan los países dominados por dictadores. La República Saharaui aspira a ser un país democrático, como lo son ustedes o como lo es Francia.

—El Sha Reza Pahleví es un hombre que ama a su pueblo, que me consta que su pueblo también lo ama y que ha conseguido que Irán esté actualmente dentro del concierto de países con mayores cotas de prosperidad. Eso no puede negármelo.

Hakim guardó silencio. Ni confirmó ni refutó las palabras de Parker. Esperó a que completara los datos del trío que se desplazaría al Sáhara.

—El tercero es Cuba. Creo que coincidiremos que no puede haber un país que mejor entienda el deseo de independencia de un pueblo, y más todavía de independencia de una metrópoli continental como es la española. Ellos mismos lo tienen marcado en su historia. Seguro que le dice algo los nombres de Maceo o Martí.

El saharauí asintió. Coincidió con el planteamiento de Parker. En el fondo, y con la salvedad del presidente, le gustaba que un iraní y que un cubano viajaran a El Aaiún y conocieran en directo el ambiente que se vivía en

aquella tierra tan alejada y tan distinta de Nueva York, sede de las Naciones Unidas.

—Nuestra ayuda en este caso se plasmará en apoyo logístico para esa visita —continuó Robert Parker—. La comisión visitadora acudirá a la capital del Sáhara y, probablemente, a otras ciudades como Villa Cisneros, Smara o La Güera. E irán con muchos periodistas y reporteros gráficos —añadió, remarcando la importancia de esa circunstancia—, personas que realizarán fotos que no sufrirán ninguna censura. Espero estar explicándome bien. Tienen ustedes una oportunidad no de oro, sino de diamante para que el mundo los conozca, para que sepan de verdad y sin censura cuál es la opinión del pueblo saharauí, sus deseos legítimos y no los que representa el PUNS o la Yemaa, organizaciones manejadas y financiadas por el Régimen para alterar la realidad del Sáhara Occidental. Ustedes son la verdadera voz del pueblo autóctono, un pueblo que ha sido marginado, despreciado y acallado desde el primer momento por la dictadura de Franco —Parker era especialista en saber decir a cada interlocutor lo que este más deseaba escuchar.

Hakim Adel se limitó a mirarlo y pensar que era posible que estuviera equivocado respecto a la actitud de los Estados Unidos de Norteamérica, y que no debería albergar tantas reticencias como guardaba hacia un país que, por lo que se veía, solo pretendía ayudarlos. Así se lo preguntó.

—¿Qué por qué queremos nosotros ayudarles? Podría decirle que porque nos gusta que todos los pueblos de la tierra sean dueños de su destino, pero sería cínico si no dijera también que no queremos un Marruecos tan expansionista como está mostrándose desde que se independizó de Francia y de España en el año 1956. No nos gusta la megalomanía de Hassan II y sería pernicioso para nuestros intereses en la zona un Marruecos con una importante extensión geográfica adicional equivalente a la mitad de España. Los Estados Unidos de Norteamérica quieren ver nacer y fortalecer una República Saharauí libre, como libres somos nosotros.

El norteamericano realizó una pausa y apuró el café que ya se había quedado frío.

—Mi país conoce muy bien la historia de África. La accidentada historia, si se me permite decirlo. No hay otro continente que haya experimentado tantas transformaciones en los últimos veinticinco años como el suyo. Fíjese en este dato que voy a darle. Al terminar la guerra contra el nazismo solo había tres países independientes: Egipto, Etiopía y Liberia. Pues bien, ahora solo quedan

cuatro por descolonizar: Angola, Mozambique, Cabo Verde y ustedes.

—En este año tienen que quedar tres, mister Parker, nada más que tres, no cuatro.

—Pues ya sabe lo que tienen que hacer. Recuerde, con la llegada de la comisión visitadora tienen una oportunidad única, como jamás han tenido. No la desperdicien.

## 24 de abril de 1975

El Casino de Oficiales de El Aaiún se encontraba situado en la avenida del Ejército, columna vertebral urbana desde donde se ramificaba la capital del Sáhara Occidental. Junto al cabaré de doña Mercedes, llamado El Oasis, y los otros establecimientos con bombilla roja en la puerta ubicados en el barrio del cementerio, el Casino se constituía en el verdadero punto de encuentro entre la clase dominante de la provincia y donde se tomaban las decisiones más trascendentales fuera de los circuitos oficiales. Era una construcción funcional, reciente, alejada del estilo habitual de las edificaciones más genuinas, que solían ser viviendas de una sola planta decoradas con una semiesfera en su parte alta y que otorgaban desde el aire una cierta evocación oriental.

En la planta baja se encontraba la cafetería que era frecuentada por la escala más alta de los militares adscritos a la provincia, ya que acudían no solo oficiales sino también jefes y Gómez de Salazar, el único general destinado en todo el Sáhara Occidental y máxima autoridad no solo militar sino también civil.

Aquella tarde se encontraban sentados a una mesa cuadrada, y con un cubalibre en la mano, cuatro oficiales de distintas unidades que comentaban los hechos acaecidos recientemente en las proximidades de la frontera argelina, concretamente cerca de Mahbes.

—Los diarios nacionales nunca cuentan la verdad de lo que está sucediendo aquí —opinó un capitán de Ingenieros que llevaba destinado en El Aaiún desde hacía tres años.

—Se habla que está preparándose la publicación de un diario desde el Sáhara —comentó un compañero de las Tropas Nómadas.

—¡Es cierto!, he oído que Rodríguez de Viguri está moviendo los hilos para que se imprima un periódico desde El Aaiún, incluso me han asegurado que tiene intención de que se publique tanto en español como en hassanía —apostilló el capitán de Ingenieros.

—Aun así no creo que cuenten la verdad porque Madrid no quiere que se sepa que aquí estamos en guerra.

—¡Hombre, no puedes decir que estamos en guerra! —le corrigió un teniente de Infantería—. Para guerra ya tuvimos la de Liberación.

—Esto es una guerra, no me digáis que no. ¿Cuántos altercados llevamos desde hace dos años, cuántas patrullas nuestras han sido atacadas por marroquíes o por polisarios para secuestrarnos o para quitarnos las armas, cuántos atentados hemos sufrido en la cinta **transportadora** de los fosfatos? ¿Y las deserciones de los *Nómadas* o de los *Territoriales*? ¿Os acordáis del atentado al hotel Barcelona, o al Centro de Lucha Canaria? Compañeros —pidió el único legionario presente, un capitán destinado en Sidi Buya, visiblemente encolerizado—, abrid los ojos, en el Sáhara estamos en una situación de guerra y lo que le falta a este puto gobierno son huevos para dejarnos actuar, como hicimos en 1970.

Después de espetar esa sentencia, agarró su vaso y lo apuró hasta que solo quedaron los hielos. Lo levantó vacío y miró al soldado que atendía en la barra. No pronunció palabra alguna.

—No sabemos cuáles han podido ser las consecuencias de lo de 1970 como dices y, por favor, tranquilízate —rogó un compañero.

—No puedo tranquilizarme cuando veo que compatriotas míos son vilipendiados por esta panda de desagradecidos. Dentro de unos días va a llegar la gente esa de la ONU. Vamos a ver qué pasa. ¡Miedo me da!

—No tiene que darte miedo —quiso tranquilizarlo el capitán de los *Nómadas*—. Rodríguez de Viguri tiene todo organizado y el PUNS está preparado para realizar un correcto recibimiento a la misión. Aunque vamos a estar acuartelados, nos han dicho que no intervengamos porque la gente de Halihenna lo tiene todo bajo control.

—¡Otro del que has ido a hablar, el tal Halihenna! —exclamó el legionario—. ¡Valiente vividor! Además nadie se cree ese invento del PUNS. ¿Qué es eso de un partido político en España? ¡Decidme! ¿Se lo cree alguien? España no necesita partidos políticos, eso queda para otros países que no saben gobernarse. Aquí tenemos al Caudillo que nos sabe guiar. Lo que nos ocurre es que nuestro Generalísimo se nos está haciendo mayor y ya da pena verlo. Y el sinsustancia de Juan Carlos me parece un hombre sin experiencia y dudo mucho que pueda llevar este país con la mano firme que tiene Franco o que tenía Carrero, que en paz descansa —deseó, mientras se santiguaba.

—Compañeros, creo que este año de 1975 va a traernos demasiadas novedades. Algo me dice que acabaremos en los libros de historia —opinó el teniente de Infantería, que parecía el más juicioso del grupo.

—Pues si salimos en los libros de historia no quiero que sea como saldremos en lo de Edchera —advirtió en tono amenazante el capitán legionario—. Si tiene que correr la sangre, no será la nuestra, eso os lo puedo asegurar. En Sidi Buya estamos dispuestos a todo, y nuestro coronel, el primero.

Los oficiales asistentes a la reunión sabían que a veces se hacía difícil meter en razón al colega legionario de modo que intentaron desviar la conversación hacia otros temas más banales. Pero era cierto que en la Península se desconocía la situación real que atravesaban en la provincia, que muchas familias abandonarían el Sáhara cuando sus hijos terminaran las clases, y que ya hubo quien no regresó de las *coloniales* del verano del año anterior.

Miraron la hora y comprobaron que quedaban escasos minutos para que se arriara bandera, por lo que el piquete estaba a punto de aparecer por la avenida del Ejército para cumplimentar la enseña por la que, llegado el caso, todos derramarían hasta la última gota de su sangre.

Apuraron las bebidas y salieron a la calle a mezclarse con la población civil que acudía a presenciar el pequeño desfile, el cual constituía una de las pocas atracciones vespertinas que podían disfrutarse en aquella ciudad tan alejada como incomprendida por el resto del país.

## 30 de abril de 1975

La visita tuvo que golpear con los nudillos varias veces en la puerta, por lo menos cuatro o cinco y con intensidad creciente, para que el ocupante de la habitación 508 del hotel Don Juan se diera cuenta de que alguien requería su atención.

Sobresaltado, se levantó de la cama, en calzoncillos, y preguntó inquieto quién era aquel que osaba molestarlo tan temprano. Se lamentó de no llevar un arma consigo, le hacía sentirse más seguro.

—¡Abre, Buby! —se oyó que alguien exclamó, en inglés.

La mujer se sobresaltó en la cama pero Ross la calmó con la mirada a la vez que le pedía tranquilidad con la mano. Había reconocido perfectamente la voz.

El ocupante abrió la puerta y franqueó la entrada al diplomático.

—¡Aquí huele a mierda! ¡Abre la ventana y echa a esa mujer inmediatamente! —ordenó Parker, con su autoridad habitual.

Nick Ross, o Buby como lo llamaban sus amigos más personales, se dirigió en silencio al cuarto de baño y el diplomático sacó su cartera y entregó dos billetes de mil pesetas a la joven, que también estaba en ropa interior. Le señaló su reloj y le espetó, esta vez en español:

—Tienes cinco minutos para recoger y marcharte de aquí.

La chica buscó sus pertenencias con premura. Se colocó el vestido rojo y los zapatos, estos últimos con dificultad, haciendo equilibrios. Revolvió entre las sábanas ya que había algo que no encontraba. Fue Parker quien le chistó:

—¡Eh!, igual estás buscando eso —la llamó, a la vez que señalaba con el dedo un bolso blanco acharolado de pésima calidad.

La prostituta se colocó los pechos y se miró en un espejo que había junto a la entrada. Extrajo un cepillo del bolso y se arregló ligeramente el pelo que se había quedado muy alborotado.

—Hijo, una tiene que cuidar su imagen —se justificó, antes de abandonar la habitación pegando un fuerte portazo.

Parker se sentó en un sillón pero se puso inmediatamente en pie, como si le hubieran clavado un cuchillo en las posaderas. Súbitamente le dio asco pensar qué cosas podrían haber pasado sobre ese cojín y de qué podría llegarse a manchar.

Nick se había arreglado algo y su aspecto era un poco más presentable.

—Anoche estuve tomando una copa en Andamana y encontré compañía, aunque si te digo la verdad, ya no recuerdo ni cómo se llamaba ni de dónde era.

—Por su acento parecía del sur de la Península, andaluza o murciana, quizá extremeña.

—¡Caray, Robert!, veo que hasta distingues los acentos españoles.

—Te recuerdo que he vivido en Madrid muchos años, y en la capital de España hay gente de todos los sitios. Le he dado una cantidad y ya se ha marchado.

—¡Joder, ya le había pagado yo!

El diplomático marcó un leve gesto de contrariedad pero se rehízo rápidamente. Él no había viajado hasta Canarias para tratar esos asuntos o perder el tiempo en intrascendentes regateos.

—Tienes que marcharte ahora mismo a Casablanca. Están esperándote allí, en el aeropuerto.

La visita le hizo entrega de un sobre que contenía el billete de avión, pesetas, dólares y dirham, en generosa cantidad. Nick se acercó a la mesilla y encendió un cigarrillo.

—¿Otra vez el Sáhara?

Parker asintió.

—¿Más fotos?

—No, esta vez no son fotos. Esta vez es material, ya te lo contarán allí. Te entregarán unas cosas que tienes que llevar a algún punto del desierto, al norte de Hagunía, en la frontera hispano-marroquí. Te acompañará un militar muy relevante de Marruecos que nunca ha estado en esa zona del Sáhara, por lo que será imposible que las personas que vas a ver puedan reconocerlo. Él no tendrá que hablar en ningún momento, esto es muy importante.

Consultó su reloj y calculó.

—Buby, tienes cuatro horas para arreglarte y tomar un buen desayuno antes de bajar a Gando. No quiero que pierdas tu vuelo.

# El encuentro

Sagrario dudaba si alguna vez se había perdido en una estancia tan grande como aquella. La cama iba en consonancia con la pieza y tendría, por lo menos, dos metros de ancho. Una superficie excesiva para su pequeño cuerpo de un metro sesenta y cinco centímetros que se sintió en aquel lecho vacío como un ser errante en una isla desierta.

Pero no por estar más amplia descansó mejor. Se hallaba muy incómoda en aquella mansión y se preguntaba continuamente qué hacía ella allí y con esa compañía. Vivir con Miguel no tenía por qué conllevar el aguantar las insolencias de una mujer como Violeta, alguien de trato seco, distante e incluso déspota por lo que había comprobado en los dos únicos encuentros mantenidos con ella. Sería la madre de su novio, pero no pertenecía a su familia como para tener que soportarla.

No pudo dar más de dos o tres cabezadas y desde las cinco no conseguía conciliar de nuevo el sueño. Miró otra vez la hora en el móvil y vio que todavía eran las siete. Por la situación más oriental de la mansión respecto a Madrid, ya se colaba la luz con fuerza por las aberturas de las persianas y sintió un súbito arrebató de curiosidad por conocer el entorno.

Sagrario había sido deportista ocasional y nunca había practicado un deporte con regularidad y constancia federativa, pero siempre le gustó ejercitarse y, desde que se había quedado sin trabajo, todas las mañanas se daba unas carreras por un parque cercano a su domicilio para mantenerse en forma y cuidar su higiene mental. En algún lugar le habían dicho que era imprescindible mover su cuerpo porque así mantenía activo su interés por todo lo que la rodeaba, por lo que incluso para una estancia tan corta como era ese fin de semana había incluido en su maleta una malla, una camiseta de tirantes, un sujetador deportivo y unas zapatillas. Salió con sigilo de su habitación y caminó hacia la puerta de entrada a la mansión a través del vestíbulo.

Orquídea Real dormía, o eso creía ella, ya que no se oían más ruidos que los que procedían de la cocina, de donde se escapaba un olor a pan, señal inequívoca de que alguien había madrugado mucho más que ella para poner en marcha la logística de la residencia.

Cerca de la puerta había un aparador donde descansaban varias fotos con sus correspondientes marcos, todos ellos de plata. En el centro, y presidiendo aquel conjunto de ocho o diez piezas, destacaba uno con una fotografía tamaño folio, en color. En la imagen, tomada en un estudio y de alta calidad, se veía a un joven, con la cabeza descubierta y vestido de militar. Sagrario retuvo solo el único rasgo de personalidad que ofrecía aquel rostro: el bigote. El modelo lucía un grueso mostacho negro azabache muy recortado que le llegaba hasta el nacimiento del labio superior. Sintió ganas de tomar el marco y entretenerse un poco más en aquella imagen, pero no le pareció oportuno. No se había levantado de la cama para fisgar.

Iba a agarrar el pomo cuando oyó una voz nueva, a sus espaldas, a varios metros de distancia:

—Tú debes de ser Sagrario.

La joven se volvió y cruzó los ojos con una mujer a la que no había visto en la vida. La anciana tendría ochenta años, quizá alguno más. El tiempo todavía no la había encorvado y se mantenía con cierta firmeza también gracias a un bastón en el que apoyaba su peso sin disimulo. La cara estaba cruzada de arrugas y de bolsas, lo que indicaba que aquella piel debió cubrir un cuerpo mayor del que ahora envolvía. Esto se notaba especialmente en los ojos, aunque todavía no habían perdido el brillo que, seguro, tuvieron en su momento. El pelo era blanco y corto, como el de una monja vestida de seglar, y se cubría con una bata a la que una toquilla gris prestaba una calidez adicional. No se apreciaban temblores ni en su cara ni en sus extremidades. Con su mano derecha se agarraba al brazo de una mujer con uniforme azul, que la miraba sonriente.

—Usted debe de ser Elvira. ¿Me equivoco?

—Ven, dame un beso y bienvenida a mi casa.

Sagrario se acercó a la anfitriona y le dio un beso en cada mejilla. La conchense notó cierta frialdad en la temperatura corporal de la mujer, aunque no así en su afabilidad.

—Tienes que perdonarme que ayer no os esperara, pero no me encontraba muy bien y me acosté pronto, aunque no he podido dormir.

—No hay problema —Sagrario trató de restar importancia a la educada excusa aducida.

—Veo que vas a hacer deporte. Eso está bien.

—Sí, tenía intención, con su permiso, de salir a pasear un poco, aprovechando que parece que todo el mundo está durmiendo.

—Pues nada, nada, puedes salir a conocer Orquídea Real. Espero que no te pierdas. Yo iba también a salir a pasear un poco pues me apetece que me dé el aire.

La joven tuvo una fugaz idea que recibió un eco instantáneo y agradecido.

—Si quiere, Elvira, podemos pasear juntas —tanteó, esperando no incomodar con su atrevida propuesta.

—¿Si quiero? ¡Claro que quiero!, no vayas a pensar que estoy inválida. Si no te importa ayudarme, te enseñé algo del exterior de mi casa. Luego veremos el interior.

La mujer de compañía se quedó dentro y Elvira y Sagrario salieron por el colosal portón de entrada a la casa. La anciana caminaba despacio, asegurando cada paso con ayuda del bastón y del brazo de la novia de su nieto.

—Vamos a rodear la casa por aquí, por la izquierda.

Lo primero que vieron fue algo que provocó que la cara de Sagrario se iluminara como si hubiera recibido un destello divino.

—¿No es eso un picadero?

—¡Claro que es un picadero! A mi marido, que en paz descansa, le gustaban mucho los caballos y he mantenido la tradición de criarlos. Ahora tengo dos yeguas y tres caballos. ¿Te gustan?

—Me encantan. Nosotros somos de Tarancón, en Cuenca, y mis padres siempre han tenido establos. He montado desde bien pequeña. ¿Podemos acercarnos a verlos?

Las dos mujeres se dirigieron lentamente hacia la cuadra, que se veía una construcción nueva y diseñada con mucho gusto gracias a la disposición de los tabloncillos de madera colocados horizontalmente. La arena del redondo picadero donde se practicaba la doma era muy fina y se encontraba limpia y alisada.

—El jardinero se encarga de ellos. Yo montaba antes, pero hace ya varios años que descabalgué, y no tengo intención de poner otra vez la silla. ¿Entramos?

Sagrario sintió que regresaba a su niñez, cuando todavía no se había instalado en Madrid para estudiar en aquel colegio mayor y podía disfrutar de

la vida en el campo todos los días del año, no solo durante las vacaciones universitarias. Entró en el cobertizo y se acercó a uno de los caballos. El animal se dejó acariciar con docilidad y Elvira comprendió que la joven era alguien con una sensibilidad acentuada hacia los animales, algo que valoró con satisfacción.

—Si quieres luego te das un paseo con *Calcetines*, que es este. Es el más tranquilo, aunque me parece que tú serías capaz de ensillar al que quisieras. Veo que tienes buena mano para tratarlos.

Sagrario sonrió, agradecida.

Después continuaron caminando y llegaron a la zona donde había seis cocheras individuales cerradas por otras tantas puertas metálicas.

—Aquí es donde guardamos los coches. Nosotros tenemos tres vehículos —explicó Elvira—. Un Mercedes muy antiguo que era de mi marido y que sigue funcionando perfectamente. Fíjate si es antiguo que tiene matrícula de Madrid de seis cifras, sin letras. Lo teníamos desde antes de venir a vivir aquí. Debe de tener más de treinta y cinco años. También tenemos uno pequeño que lo utilizan para subir al pueblo, desplazarse a Tabernas o a Almería; y luego está la furgoneta. Ahora estarán ahí dentro el de mi hija y me imagino que también el vuestro. ¿Tú conduces?

—Sí, aunque no me gusta.

—A mí me pasa lo mismo —confesó, en la que fue la primera confidencia que se cruzaron las dos mujeres—. Hace unos años conducía un Renault 12 que me compró Ruperto, pero cuando ocurrió lo que ocurrió, se me quitaron las ganas.

Sagrario no quiso indagar en lo que acababa de apuntar la abuela de Miguel y se limitó a seguir andando despacio con ella. Por esa zona del jardín el suelo era de chinarro, de pequeño calibre, que daba al caminar una musicalidad especial y muy singular.

—¿Puedo preguntarle cuándo enviudó? —se atrevió a curiosear.

—Claro que puedes preguntármelo, Sagrario. Ruperto falleció en 1980. Fíjate, hace ya casi treinta años de aquello. Pero, si no te importa, de las circunstancias prefiero no hablar.

—Perdón —se limitó a decir la joven.

Siguieron andando hasta que llegaron a la parte delantera de Orquídea Real. Allí fue la segunda vez que a Sagrario se le volvió a iluminar la cara. Se encontraban justo en la orientación sur, la más privilegiada y hacia donde daba

lo que se intuía como el salón de la casa. Delante de ella, e igual que si fuera el oasis de un árido desierto, se abría una piscina de agua azul turquesa que invitaba al baño. Para otorgarle privacidad y aislarla del resto del jardín y de toda la finca, la habían rodeado de unos setos altos que se encontraban perfectamente recortados y mostraban un color verde fuerte y fresco. El constructor de la piscina, seguro que siguiendo las instrucciones de los dueños de la casa, había dibujado en el fondo con baldosas una gran orquídea cuyos trazos se distinguirían muy bien desde el aire. Sintió no haber metido un bañador en la maleta y maldijo a Miguel por no haberle advertido de lo que iba a encontrarse.

—Hace también muchos años que no me meto en esta piscina —admitió Elvira—, pero me gusta tenerla así, lista para el baño. Me relaja perderme en el suave balanceo de su superficie y me trae recuerdos de unos años que ya... —la mujer interrumpió la frase y prefirió quedarse abstraída en vivencias pasadas. Al cabo de unos minutos, miró en derredor y señaló con el bastón a un pequeño banco de piedra que se protegía del incipiente sol gracias a un entramado de madera cubierto de hojas.

—¿Te importa que nos sentemos un poco? Hacía tiempo que no me daba un paseo tan largo.

A pesar de haber tomado asiento, Elvira todavía seguía agarrada al brazo de Sagrario ya que se sentía cómoda así. La joven también experimentó una sensación de calma y de relax.

—Me tienes que hablar de ti, Sagrario. Por las pocas veces que he hablado con mi nieto, lleváis ya un buen tiempo de relación.

—Nos conocimos hace dos años, en marzo los ha hecho.

—¿Puedo preguntarte dónde os conocisteis?

—¡Mamá! —una voz desagradable aunque conocida rompió el encanto del momento.

Envuelta en una bata de seda roja con dibujos orientales de dragones y bonsáis en dorado, Violeta se presentó delante de las dos mujeres aunque visualmente ignoró a una, adrede.

—Mamá, ¿qué haces aquí sin haberte arropado? Puedes coger frío. Todavía es muy temprano.

—Hija, es que me apetecía enseñar a Sagrario parte de la finca.

—Pues eso se hace más tarde, cuando el día ha entrado por completo y no hace este relente del amanecer. Y tú, ¿qué ibas, a correr? —preguntó con

sequedad.

—Me había vestido para ello.

—Pues vete si quieres, que la finca es muy grande. Pero no pierdas de vista la casa. A las nueve se sirve el desayuno en el salón.

Violeta se acercó al banco en el que estaba sentada su madre y le ofreció su brazo para iniciar el camino de regreso a la casa. Sagrario se quitó el coletero, se recogió de nuevo el pelo, volvió a ponérselo y abandonó el lugar comenzando a trotar mientras soltaba los brazos.

## 5 de mayo de 1975

Fata uld Mohamed uld Yama conocía a la perfección aquella arena, aquellas piedras y aquellos matorrales secos porque, para él, todo eso poseía el mismo significado que para un occidental tienen vocablos como losetas, tarima o parqué. Aunque había nacido en El Aaiún en 1947, cuando entonces la capital del Sáhara Occidental era Villa Cisneros, su padre y su abuelo, Mohamed y Yama, respectivamente, eran *hijos de las nubes*, nombre dado a los pastores, seres nómadas que se movían buscando el agua que generara algo de vida vegetal con la que saciar el hambre de las cabras con las que pastoreaban. Al igual que Basiri o Luley, ellos también eran erguibat, miembros de la tribu más numerosa de las que habitan en el Sáhara, especialmente predominante en la zona norte, la más conflictiva de la provincia.

Como buen nómada, Fata tuvo que aprender desde bien pequeño a orientarse en el desierto y saber en todo momento dónde se encuentra el norte, aunque el cielo se inundara de densas nubes o arreciara un irifi tan violento que provocara tempestades de arena que impidieran la visibilidad más allá de unos escasos metros. Incluso por la noche, cuando la atmósfera se cubría de una espesa niebla que otorgaba al ambiente de un cierto tinte fantasmagórico.

Por eso no tenía duda alguna de cuál iba a ser el lugar exacto del encuentro con el hombre del que le habló Luley, el jefe del ala política del Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro, conocido por Frente Polisario, organización que el Estado Español había calificado de subversiva a la cual Fata pertenecía desde su fundación, en la primavera de hacía dos años.

Consultó de nuevo su reloj y esperó pacientemente junto a otros seis compañeros y los dromedarios la llegada del contacto que le habían indicado. Se le pasó por la cabeza que aquello pudiera ser una trampa que hubieran tendido a Luley, pero lo que pensó en un primer momento lo desterró rápidamente de su imaginación. Primero porque dudaba de que la contrastada sagacidad de su jefe no detectara una maniobra así, y en segundo lugar porque

si en vez de presentarse el desconocido aparecía una patrulla de *Nómadas* o de Legionarios no les encontrarían ni material ni armas que pudieran comprometerlos. Por tanto, estaba tranquilo y apelaba a la primera e imprescindible virtud que ha de poseer cualquier hombre que se mueva con soltura en aquel medio: la paciencia.

Con un retraso de treinta minutos sobre la hora fijada, el grupo distinguió una columna de arena que se levantaba erguida dada la ausencia de viento, y que señalizaba la existencia de un vehículo de motor a una distancia que el musulmán calculó de ocho a diez kilómetros. Conforme transcurrían los minutos la señal ganó en intensidad, y fue cuando reparó que no era un solo coche el que se dirigía hacia su posición sino dos Land Rover los que se encaminaban al lugar donde se encontraban.

Los hombres de Fata se desplegaron en semicírculo, cada uno con su animal, y el jefe permaneció en el centro, esperando los movimientos de los desconocidos. Los dos todoterrenos se detuvieron y esperaron unos instantes a que fuera disolviéndose la nube de polvo generada. Con cierto suspense, del primer vehículo se apeó despacio un hombre muy alto, posiblemente mediría el metro noventa, musculoso y ancho de hombros, que vestía un resistente pantalón marrón de lona, una camisa verde oscura de manga larga, aunque muy desabotonada, un viejo sombrero de ala ancha sujeto con una cinta de cuero al cuello y calzaba unas robustas botas de media caña ya muy usadas. Era rubio y su tez se había quemado por la acción del sol.

El recién llegado preguntó en español el nombre a su interlocutor.

—Soy Fata uld Mohamed uld Yama —se presentó al desconocido.

—Mi nombre es más corto. Me llamo simplemente Nick Ross —respondió, con un fuerte acento norteamericano—. Tengo una sorpresa para vosotros.

—No me gustan las sorpresas —advirtió el saharauí, mientras miraba con recelo el pequeño convoy que se había presentado ante él, compuesto por los dos Land Rover de un modelo muy poco usual formado por una cabina para tres ocupantes, aunque cada vehículo lo conducía una sola persona, y el resto era un espacio diáfano para llevar carga. Fata intuyó lo que se ocultaba bajo las lonas y se mostraba ansioso por confirmar que era la mercancía esperada.

—Esta sí te va a gustar. ¿Ves que hemos venido en dos coches? Uno de ellos es para vosotros.

No entendía aquella inesperada entrega. Miró al extraño, escamado.

—Os traemos mucho material, más del que esperabais. Son varios botes de

pintura negra de dos kilos cada uno, una docena de brochas de distintos grosores y trescientos metros de tela blanca. Aunque va cortada en trozos de diez o quince metros, dudaba que pudierais transportar todos los enseres en los dromedarios. Uno de los coches os vendrá muy bien, sobre todo para cargar con los botes, que es lo más pesado. También os traemos ciento veinte banderas, la mayoría de un metro de longitud, alguna un poco mayor, con vuestros colores: el negro, el blanco, el verde y el rojo, y la media luna y la estrella de cinco puntas rojas en el centro. Como verás, no falta detalle.

—¿Y tú? ¿Cómo te vuelves?

—Regresaré con él —señaló con el mentón al otro conductor, que permanecía en el interior del Land Rover y con el rostro medio oculto por un pañuelo.

—La matrícula es de Marruecos. Eso puede ser un problema en El Aaiún.

Nick, que había cuidado todos los detalles, regresó al vehículo que había conducido y rebuscó en su interior. Al cabo de un minuto salió con dos placas de matrícula que empezaban con las letras SH, una alargada para la parte trasera y otra cuadrada para la delantera.

—Toma, si quieres puedes cambiarlas por estas, así no despertarás sospechas. En la guantera encontrarás destornilladores.

Uno de los hombres de Fata se acercó a este y, sin dejar de mirar a Nick, susurró algo a su jefe. Este fulminó con la mirada al norteamericano antes de abrir la boca.

—Dile a ese que deje de dar recados a la oreja. No hablo ni una palabra de árabe y menos todavía de hassanía.

—Dice que te conoce.

Nick sonrió y asintió con la cabeza a la vez que alzó las cejas.

—Veo que tienes hombres muy válidos. Tu amigo tiene razón. Demuestra ser una persona muy observadora.

—Dice que te ha visto en El Aaiún.

—Cierto. Estuve a principios de año en la que será la capital de vuestro país, con una avioneta. Me hospedé en el Parador... ¡gran hotel ese! —reconoció, con cierta nostalgia— uno de los mejores que he ocupado en África.

—¿Y qué hacías tú en El Aaiún con una avioneta?

Lentamente, Nick se acercó a Fata. Cuando estuvo a un metro escaso de su cara, le espetó:

—No sé cómo se dice en español, y menos todavía en tu idioma. En inglés decimos *Mind your own business!*

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos hasta que el saharauí se volvió y ordenó a sus hombres que se dirigieran al coche en el que volvería Nick Ross a Marruecos ya que, por la dirección que traía solo podía proceder de ese país, y que retiraran toda la carga para acoplarla entre el Land Rover que se quedarían y sobre los dromedarios en los que llegaron. Él, junto a los seis hombres que lo acompañaron, comenzaron a moverse con rapidez y, en menos de quince minutos, habían vaciado uno de los Land Rover y colocado todo el material entre el otro todoterreno y las sillas de los animales. Nick aprovechó para fumarse un cigarrillo mientras observaba la escena.

El comentario que el saharauí había hecho a su jefe le trajo a la memoria la formidable semana en la que estuvo alojado en el Parador de El Aaiún cuando llegó al Sáhara pilotando una biplaza Piper Navajo dotada de cámaras fotográficas de alta precisión, y barrió el paralelo 27° 40' y los cuatrocientos cuarenta kilómetros que recorre dicha marca administrativa desde el Océano Atlántico hasta la frontera con Argelia. Fueron unos días agotadores que finalizaban con unas copas en El Oasis y con alguna mujer que solía llevarse al hotel. En una de aquellas idas y venidas es posible que fuera reconocido por el saharauí que trabajaba a las órdenes de Fata. Su aspecto físico jugaba en su contra ya que su estampa era una excepción en el Sáhara.

Al terminar de acoplar toda la carga, y antes de emprender el retorno hacia su campamento, el musulmán se acercó a Nick y, mientras se llevaba la mano derecha a su corazón, marcó una leve reverencia y le deseó feliz viaje de vuelta.

—¡Que Alá sea tu guía!

Nick asintió, arrancó el Land Rover e inició el regreso por donde había llegado.

# El desayuno

Sagrario se sorprendió de la amplitud del terreno sobre el que había estado corriendo. Y también de algo más, y era que la finca sobre la que se asentaba Orquídea Real no estaba cercada por valla alguna. Por tanto, cualquier persona podía entrar hasta la misma puerta de la casa, o llevarse un caballo, o incluso bañarse en la piscina sin sortear ningún obstáculo, lo que daba idea de la nula delincuencia que había en la zona y de la paz que se percibía en el entorno.

Sus zapatillas se habían manchado de tierra rojiza y sus tobillos y rodillas se fortalecieron con tantos desniveles y surcos que tuvieron que sortear. Regresó sudando abundantemente y se dio una ducha en el espacioso cuarto de baño que tenía su habitación. Se compuso con ropa informal y bajó al salón, donde estaba esperando toda la familia. Nada más llegar, y sorprendida ante los ocho ojos que la miraban con una expresión que a ella le pareció algo inquisitoria, se limitó a decir:

—Son las nueve. ¿No era la hora a la que habíamos quedado?

Sagrario se sintió incómoda al ver a todos sentados a la mesa y con las viandas dispuestas para ser consumidas. La cocinera había preparado unas fuentes con higos, melocotones y ciruelas y otra más pequeña con granada desmenuzada. Los dulces que saturaban la bandeja parecían exquisitos, se notaban caseros y despedían un fuerte olor a canela y a azúcar quemado que se mezclaba con el del humeante café recién hecho.

—Veo que te ajustas muy bien a los horarios, Sagrario, me alegro mucho de ello. Siempre he considerado la puntualidad una virtud de personas educadas —opinó Violeta, con retintín.

Habían dispuesto una amplia mesa para los cinco comensales. Elvira, a la que pusieron un cómodo vestido de flores azules sobre un fondo blanco,

presidía el desayuno. A su izquierda se sentaba su hija y a continuación su marido. En el otro lado de la mesa, y enfrente de Violeta, se sentaba Miguel y a su lado la recién llegada.

—Estás muy guapa, Sagrario.

La muchacha sonrió el cumplido de su novio. Rogelio también la miró cuando entró pero no pronunció palabra alguna.

Una vez que estuvieron todos sentados, la cocinera se dispuso a servir a los comensales empezando por la dueña de la casa. Mientras tanto, Elvira tomó el turno de palabra:

—¿Qué te parece Orquídea Real? ¿Te gusta lo que has visto hasta ahora? —la pregunta tenía una única destinataria.

—Me está encantando, y creo que todavía no he visto todo. El picadero es una preciosidad, así como la piscina, pero los alrededores también me han gustado mucho. He subido hasta lo más alto de la loma que hay detrás de la casa...

—¿Hasta lo más alto? —se sorprendió la anfitriona— ¡Tiene muchísimo desnivel!

—Sí, Elvira, hasta arriba, y las vistas de los contornos son impresionantes. No podía imaginarme que esta tierra fuera tan bonita.

—Se ve que estás muy en forma, Sagrario. Claro, ahora tienes mucho tiempo para hacer deporte, quizá más que en otras ocasiones, ¿no? —inquirió Violeta, incómoda además con el excesivo protagonismo que estaba adquiriendo la novia de su hijo. Elvira la miró con ojos interrogantes, no sabía a qué se refería su hija.

—Tienes razón, Violeta, desde que me despidieron estoy menos ocupada. Desgraciadamente. —Sagrario no dudaba de que las palabras de la madre de su novio estaban pronunciadas para hacerle daño y dejar patente ante todos que se encontraba en paro—. Pero, aun así —prosiguió—, siempre he hecho deporte y he procurado cuidarme.

—Me gusta mucho que te cuides, Sagrario —opinó Miguel. Después, continuó hablando mientras miraba a su madre:— Mamá, es perfectamente compatible trabajar, y muy duro, con hacer ejercicio.

Rogelio prefirió hacer como era habitual en él cuando estaba presente su mujer: callar y vivir su propia existencia. Pensaba que para hablar, para opinar, para juzgar ya estaba ella, de modo que optaba por el silencio y, en este caso, por el disfrute en la degustación de los frutos de la tierra de su

suegra siempre que la visitaba.

—¿Qué te ha pasado, que te han despedido? —se interesó Elvira, con sincera preocupación.

—Sí, hace poco más de un mes.

—¿Dónde trabajabas? —quiso profundizar.

—Soy periodista y llevaba más de dos años trabajando en un diario nacional, pero la fuerza creciente de los periódicos digitales hace que los anunciantes limiten sus presupuestos para la prensa en papel. Y para todos nosotros, la publicidad es primordial, es nuestra principal fuente de ingresos, más aún que la venta de ejemplares.

—¡Lástima que te haya tocado a ti, querida! —exclamó Violeta, con fingida afección.

Sagrario optó por no mirarla y probar un pastelillo relleno de crema y moteado con canela en polvo. Una de las asistentes le sirvió café.

—Bueno, seguro que pronto encuentras trabajo —auguró la matriarca—. Será cuestión de buscar. Tienes aspecto de ser una mujer muy lista y en el periodismo siempre van a hacer falta buenos profesionales.

La conversación se centró a partir de ese momento en Miguel y en su prometedora carrera profesional, a juzgar por las apasionadas e histriónicas palabras de su madre, que era quien pormenorizaba cada hito de su hijo con toda profusión de detalles como si él fuera incapaz de expresarse por sí mismo.

—Y usted, ¿qué tal se encuentra? —inesperadamente, Rogelio mostró preocupación por la salud de su suegra.

—¡Por favor, señor doctor! —ironizó Elvira—, no es momento de ponernos a hablar de niveles de glucosa o de millones de glóbulos rojos.

Era patente que la anfitriona no quería hablar de su estado físico y, como veterana en el campo de las relaciones humanas, dio un giro completo a la conversación y adoptó un tinte de solemnidad:

—Me alegro mucho de que hayáis venido todos. Sé que estáis muy ocupados con vuestros quehaceres y que Orquídea Real está lejos de vuestras casas, pero este domingo es el Día de la Madre y aunque eso es un invento de los grandes almacenes, quería que este año estuvierais aquí, conmigo.

—Abuela, nosotros estamos encantados de venir siempre que tú nos llames.

—Esta es tu casa, Miguel, y algún día lo será con mayor sentido de la

propiedad —en ese momento, Violeta lanzó una mirada a Sagrario cargada de desplante, similar a una afrenta—. No hace falta que te invite yo. Vienes tú siempre que quieras.

Miguel sonrió y cruzó con su abuela una mirada de franca complicidad.

—Además, tengo que deciros que ha coincidido con una mala noticia que me ocurrió justo ayer.

Todos, especialmente Violeta y Rogelio, enarcaron las cejas y la miraron interrogantes.

—Julián se ha marchado a Barcelona y no sé cuánto tiempo va a estar allí, probablemente varias semanas. Incluso es posible —añadió—, que ya no vuelva.

—¿Y eso? ¿Su mujer? —preguntó Violeta.

—Sí, hija, su mujer. Sabes que la están tratando en Barcelona desde hace varios años y parece que la pobre está peor. Ayer por la mañana me confesó entre lágrimas que no sabe lo que vivirá y que quiere quedarse a su lado todo el tiempo que le pueda quedar.

—Perdón, ¿quién es Julián? —quiso saber Sagrario.

Violeta la fulminó con la mirada. Le parecía que esa era una conversación familiar a la cual la novia de su hijo no tenía ni por qué tener acceso.

—Sagrario, Julián es el administrador de esta finca y la persona que gestiona las cuentas a mi abuela desde hace muchísimos años —aclaró Miguel.

—Llevaba con nosotros desde antes de llegar aquí, cuando todavía vivíamos en Rosales. Fue el hombre de confianza de Ruperto y cuando mi marido murió le pedí que continuara conmigo. Aunque llevaba ya varios meses que iba y venía, para mí no era un empleado sino un amigo.

—No te preocupes, mamá, ya encontraremos una solución.

—Sí, hija, puede que tengas razón... ¡Bueno! —inopinadamente, Elvira dio una pequeña palmada y activó de nuevo la conversación general—. Como mañana tenéis que viajar, vamos a comer hoy una cuajadera que van a prepararnos, seguro que queda exquisita. Ya verás cómo te gusta, siempre que te guste el pescado —las últimas palabras las pronunció mirando a la Sagrario. Esta aprobó la elección culinaria con una amplia sonrisa—. Ahora, si queréis, nos damos una vuelta por la finca, que esta chica tan guapa que hoy nos visita todavía no la ha visto entera. ¿Os parece?

—No es necesario que te molestes, mamá. Seguro que Miguel y Sagrario

quieren pasear por ahí los dos solos.

—No es ninguna molestia, encantada. Además, todavía tengo que enseñarle los invernaderos y las granjas. ¡Tiempo tendrán de estar los dos solos cuantas veces quieran!

—Si fuera posible, me gustaría volver a ver las cuabras. Tiene usted unos caballos preciosos.

—¡Claro que sí!

Elvira tuvo una idea que obtuvo una repercusión muy distinta entre los asistentes.

—¿Te apetecería montar a *Calcetines*?

—¿Sería posible? —respondió, ilusionada y sin dudar ni un instante.

—Mamá, no creo que sea necesario. Igual el caballo da un susto a Sagrario y le provoca un accidente.

—Violeta, he montado a caballo casi desde que aprendí a andar, y jamás me he caído de uno. A estos animales hay que tratarlos con dulzura y autoridad —inmediatamente después de pronunciar las últimas palabras, Sagrario se arrepintió de la respuesta que acababa de dar, pero estaba cansada de la continua actitud hostil de la madre de Miguel.

—Hace años, cuando cabalgaba, tenía un tipo muy similar al tuyo. Es posible que la ropa de monta te sirva perfectamente. Voy a decirte dónde la tengo y que te ayuden a buscarla. ¿Te parece? —propuso Elvira.

## 12 de mayo de 1975

El DC 10 procedente de Madrid tomaba tierra sin novedad en el aeropuerto de El Aaiún. Tanto los saharauis como los europeos, nombre que se daba a los españoles civiles que vivían en la provincia, sabían que se disponían a vivir uno de los días más importantes en la historia reciente de aquel trozo de tierra, quizá el más trascendental desde que estaba bajo la administración española. La Organización de las Naciones Unidas, y dentro del movimiento descolonizador iniciado después de la II Guerra Mundial, había dictado numerosas resoluciones haciendo referencia a los procesos de independencia que tenían que producirse en distintos territorios de las metrópolis administradoras. El continente donde más casos se daban era, inequívocamente, África. Para obtener información directamente sobre el terreno y poder elaborar más tarde un detallado informe se enviaba un grupo de trabajo que llevaba el nombre de *Comisión Visitadora*, el cual estaba compuesto en el caso del Sáhara por tres miembros: el marfileño Simeón Ake y dos vocales, el iraní Manoucher Pishva y la cubana Marta Jiménez.

Los días previos a la llegada de la Comisión habían sido enloquecedores para Fata y su grupo. Siguiendo las instrucciones dictadas por Luley, el saharauí consiguió introducir sin dificultad en Hatarrambla, uno de los barrios de El Aaiún con mayoría musulmana, todas las telas y los botes de pintura que le entregó Nick Ross y su silencioso acompañante. Desde una de las casas que hizo las veces de almacén cortaron las telas en trozos que variaban entre los tres y cinco metros y rotularon consignas en tres idiomas: árabe, español y francés. Después venía la distribución del material que tenía que hacerse siempre de espaldas al Estado español. Para ello se valdrían de algo que diferenciaba nítidamente a los saharauis de los europeos: sus prendas de vestir.

Al pie de la escalerilla del avión dio la bienvenida al grupo el Gobernador de la provincia, el General de División Federico Gómez de Salazar. A su lado se encontraba el Secretario General del Sáhara, el coronel Luis Rodríguez de

Viguri, y para finalizar el comité de recepción también estuvo presente otro coronel, en este caso el Jefe del Tercio de la Legión Juan de Austria José María Timón de Lara. Un grupo de niñas saharauis se acercaron a los recién llegados para ofrecerles unos dátiles y unos vasos de leche de camella que el trío cató con cierto recelo, sobre todo cuando les contaron de qué animal procedía la leche. La señora Jiménez fue obsequiada también con un discreto ramo de flores. Posteriormente la comitiva subió a tres Mercedes que habían ido a esperarlos para poner rumbo al Parador Nacional de Turismo, hotel en el que se alojarían el tiempo que estuvieran en la ciudad tanto ellos como su pequeño séquito de acompañantes.

Y fue en ese trayecto cuando saltó la sorpresa que dejó atónitos a todos los militares españoles. El polvoriento camino que separaba el aeropuerto del Parador, una distancia inferior a los dos kilómetros, se encontraba absolutamente abarrotado de personas, la mayoría autóctonos, que se disponían, en teoría, a saludar a la representación de las Naciones Unidas, a darles la bienvenida y a colmar su curiosidad por ser aquello un hecho distinto en un lugar donde las novedades eran muy escasas. Pero camuflados bajo los amplios ropajes los saharauis sacaron numerosas pancartas en las que podían leerse durísimas acusaciones contra España, pidiendo su inmediata marcha del Sáhara y llamando traidor al PUNS. También desplegaron las banderas del Polisario. Las mujeres comenzaron a hacer sonar las lenguas emitiendo el potente y agudo yu-yu que provocaba un sonido mortificante. Necesitaban llamar la atención de la Comisión y lo consiguieron ya en los primeros metros. Los agentes de la Policía Territorial, encargados de la seguridad en la plaza, se limitaron a permanecer estáticos dado que la orden recibida era la de no intervenir si no había violencia física, aunque no paraban de mirarse entre sí, sorprendidos unos y satisfechos la mayoría.

Gómez de Salazar y Rodríguez de Viguri se mostraban incrédulos porque no era eso lo que tenían previsto para recibir a la Comisión, sino otras pancartas que habían preparado los miembros del PUNS, el Partido de Unidad Nacional Saharaui, un invento ideado por el propio Rodríguez de Viguri para crear ante la opinión pública mundial la imagen de que en el Sáhara había partidos políticos y que se escuchaba la voz autóctona de sus habitantes, algo que chocaba frontalmente con una realidad conocida por la comunidad internacional: en España no existían los partidos políticos, por tanto, no guardaba lógica alguna que sí hubiera uno en el Sáhara.

Fata se encontraba mezclado entre sus hombres en las proximidades de la entrada al Parador y sonrió satisfecho y emocionado con el resultado. Su gente le había hecho caso y habían conseguido transmitir con claridad a la Comisión internacional los deseos de independencia del pueblo saharauí y sus inequívocas ansias de iniciar, lo antes posible, su definitivo camino hacia la libertad.

## La opinión

Mientras Sagrario montaba a caballo y Miguel se había marchado con su abuela a dar un paseo por los invernaderos, Violeta se encontraba sentada en un banco cercano a la piscina. Rogelio leía un diario sin mostrar interés alguno ni por la presencia de su mujer ni por el entorno que le rodeaba, el cual conocía sobradamente y no le causaba ya emoción alguna. Lo encontraba sin interés, aburrido y algo incómodo. Él era un hombre que se movía mejor por el asfalto que por la tierra, y no se esforzaba en disimular lo contrario. Lo único que realmente le gustaba de Orquídea Real era su exquisita cocina y su selecta bodega.

Sin poder ocultar su nerviosismo, Violeta movía nerviosamente un abanico aunque la temperatura no invitara a ello. Tenía que descargar la tensión acumulada y no encontró nada más a mano que aquel ventilador manual.

—¿No tienes nada que decir?

Rogelio seguía distraído.

—¿No quieres responderme? Rogelio, te estoy hablando.

—¿Perdón? —contestó con una pregunta, dejando patente que no había escuchado a su mujer y que seguía inmerso en la lectura de alguna noticia de las que publicaba el periódico.

—Que si no tienes nada que decir sobre lo de esta mañana.

El marido apartó los ojos del diario y, con cierto cansancio, los puso con desgana sobre su mujer.

—No sé qué quieres que diga, Violeta. No sé qué ha pasado —reconoció, encogiéndose de hombros.

—Pues está bien claro, Rogelio, que para unas cosas habrás sido muy listo pero para otras demuestras no tener mucha inteligencia. Tu hijo está viviendo con una loba.

—¿Quién, Sagrario? ¿Te parece Sagrario una loba?

—Por supuesto que me parece una loba, que los hombres nunca os enteráis de las estrategias que usamos las mujeres. Sagrario es una muerta de hambre, sin oficio ni beneficio, que ha engatusado al tonto de Miguel para vivir el día de mañana como una reina sin trabajar.

—¿De quién me estás hablando, de ella, o de ti?

Violeta se contuvo. Le hubiera gustado levantarse y abofetearlo. Optó por abrir violentamente el abanico y darse aire con él.

Volvió a hablar al cabo de unos minutos de silencio. Su cuerpo albergaba demasiada rabia acumulada que por algún lado había que escupirla.

—No tiene nada que ver. Mis padres tenían mucho dinero y si yo no trabajo es porque no lo encontré en su momento y me consagré a criar a Miguel, pero esta chica es de pueblo, hija de unos analfabetos, y no ha trabajado en nada serio. En cuanto ha visto la carrera profesional que lleva nuestro hijo y el dinero que manejamos lo ha conquistado con argucias y malas artes, y no me extrañaría nada que un día nos vengan con aquello de que están esperando un niño. No hay mejor manera de atar a un hombre que esa.

Rogelio cerró el periódico y lo dobló sobre sus muslos.

—Violeta, Sagrario me parece una muchacha de lo más normal —opinó, paciente e intentando hacer razonar a su esposa—. Tiene sus estudios y se habrá enamorado de nuestro hijo. Miguel está tonto por ella, no me lo negarás, y seguro que encontrará trabajo. Parece una persona muy lista.

—En eso te doy la razón, lista sí que es —corroboró, aunque ella vio la cualidad desde otra perspectiva.

Retomó la lectura del diario pero fue interrumpido de nuevo.

—¿Y lo de Julián? ¿Qué va a hacer mi madre sin el administrador? Ella ya está muy mayor para ponerse ahora con papeles. Yo despachaba con él alguna vez y llevaba las cosas bastante bien. Aquí se maneja mucho dinero: sobre todo con las aceitunas, pero también están los invernaderos, los corrales, los caballos y los pisos... hay muchos gastos y también hay muy buenos ingresos. ¿Quién va a llevar eso ahora?

—Eso sí que es una cuestión para preocuparse —Rogelio dio la razón a su mujer. Se quedó pensativo por unos instantes—. Deberíamos hablar con alguna gestoría de por aquí, o de Almería capital.

—Pues hay que hacerlo, y rápidamente —resolvió la mujer.

—Tú lo has dicho, tienes que hacerlo, y rápidamente. Podrías venir a pasar

unos días aquí e intentar solucionarlo.

—También podrías venir tú.

—Yo tengo mi consulta.

—Y yo mis cosas —contrapunteó, enérgica.

Rogelio se levantó y se dirigió hacia la piscina. Se agachó y hundió su mano en el agua, que se encontraba algo fresca. La movió perezosamente y se volvió hacia su mujer.

—Violeta, tú eres la única heredera de una pequeña fortuna, y tienes que cuidarla. Debes arreglar el tema de la marcha de Julián. Era algo que iba a pasar a no mucho tardar. Es un hombre muy mayor, yo lo recuerdo de toda la vida, nada más conocerte. Llevaba con tu padre desde siempre y las personas tienen su ciclo. Arregla eso.

Se sacudió la mano y, con decisión, se marchó hacia el interior de la casa para buscar una cerveza fría.

Violeta permaneció sentada y aprovechó para estirar las piernas. No le gustaba la novia de su hijo y estaba dispuesta, incluso, a decírselo. Le veía demasiado inmaduro, con mentalidad adolescente. Y para los números y para las relaciones duraderas había que tener cabeza y las personas han de buscar parejas equivalentes, «equivalentes en todo», pensaba la madre de Miguel.

Siguió mirando el horizonte y distinguió en la lejanía la silueta de una amazona sobre un caballo, y pensó que eso no podía ser, que esa chica de pueblo no iba a convertirse en la reina de Orquídea Real sin más. No por lo menos sin que ella lo impidiera con todas sus fuerzas. Ella era la única heredera y no podía eximirse de una responsabilidad así.

## 21 de mayo de 1975

En una de las suites del hotel Villamagna Robert Parker terminaba de componerse para asistir a la reunión más importante que iba a mantener en el último año. No todos los días tenía la oportunidad de ser recibido por un presidente de gobierno y sabía que no podía fallar, entre otras cosas, porque el Secretario de Estado había depositado toda la confianza en su persona, algo muy inusual en Kissinger, siempre receloso incluso de sus colaboradores más cercanos. El día anterior había despachado con dos funcionarios de la embajada de su país en Madrid y le pusieron al corriente sobre los principales rasgos de personalidad de Arias Navarro. Sabía, por tanto, que llevaba en el cargo de presidente del gobierno español desde diciembre de 1973, cuando un comando de ETA asesinó a su predecesor, Luis Carrero Blanco. En ese momento Arias ocupaba el cargo de ministro de la Gobernación, un puesto equivalente a ministro del Interior en otros países, algo que extrañó al diplomático porque consideraba incoherente que Franco hubiera promocionado a quien tenía que haberse encargado de velar por la seguridad del Presidente. En lo académico sabía que era abogado y que fue un estudiante y opositor brillante, aunque era un hombre que carecía abiertamente de experiencia en el campo de las relaciones internacionales, de modo que uno de los argumentos que se utilizarían, por lo menos veladamente, sería el de no enfrentarse con los países de la órbita árabe, suministradores de un petróleo y de un gas imprescindibles para el Régimen. También fue informado de que se sumó a la rebelión militar que derrocó a la II República y que en Málaga fue un hombre odiado, casi lo mismo que en Madrid, ya que ejerció la represión política y sindical hasta límites inimaginables.

Lo que más le sorprendió de la información recibida fue que ocupó durante ocho años la alcaldía de la capital. Parker no se imaginaba que un hombre con ese historial desempeñara un cargo tan popular como es ese, pero sabía que en las dictaduras todo podía ser posible.

El personal de la embajada también le puso sobre aviso de lo más

revelador. En esos momentos, Arias ejercía *de facto* unas responsabilidades muy superiores a las de presidente del gobierno. En realidad era también un Jefe del Estado en funciones. La salud de Franco, que en diciembre de ese año cumpliría ochenta y tres años, se quebraba velozmente en un declive físico evidente, y le habían llegado a concretar que su voz había perdido fuerza, que el Parkinson se patentizaba con unos temblores cada vez más incontrolados que no podía disimular, y que mantener una conversación con él requería un tiempo muy superior al que podía haber necesitado hacía tan solo un año, ya que la lentitud en sus respuestas y los silencios que mantenía llegaban a convertirse en exasperantes. El sucesor a la Jefatura del Estado, el príncipe Juan Carlos, se mantenía al margen de la gestión de gobierno, de modo que una entrevista con el débil Arias Navarro tendría carácter decisorio. Plantear *Laissa* en los primeros años de la década de los setenta, con un tándem ejecutivo formado por un todavía saludable Franco y un fiel y estricto Carrero Blanco, habría sido impensable, pero la situación política del país había dado un giro favorable por lo que tenían que aprovechar la irrepetible ocasión.

Se colocó su mejor traje, se repasó el peinado, sabía que su interlocutor, aunque no era una persona muy lucida físicamente, cuidaba su aspecto al máximo, y se cercioró del brillo de sus zapatos. Guardó todos los documentos en una cartera negra de la que no se había separado ni un solo momento, y se dispuso a dar un paseo de diez minutos que calculó sería el tiempo que invertiría en cubrir tranquilamente los cuatrocientos metros que separaban su hotel del despacho del presidente, en el paseo de la Castellana número 3.

Mister Wells Stabler había pedido al presidente Arias que recibiera a una persona muy especial. Ese fue el único adjetivo con que calificó a Parker. Alguien que tenía que transmitirle un mensaje muy importante de parte de una de las más altas instancias de su país. El presidente imaginó que se trataría de aspectos relacionados con la próxima renovación de los acuerdos de colaboración militar y económica entre los dos países, y propuso que a esa reunión se uniera también Pedro Cortina, como ministro de asuntos exteriores. Le aconsejaron que no acudiera persona alguna, que era un encuentro privado con él a lo que, aunque de mala gana, acabó accediendo.

—Señor Parker, bienvenido a Madrid —cumplimentó muy sonriente.

Arias llevaba un traje de raya diplomática, muy habitual en su fondo de

armario, y del bolsillo superior izquierdo de su chaqueta asomaba un pañuelo blanco que formaba parte de su imagen más cotidiana. El pelo ralo lo llevaba peinado hacia atrás y no por ello impedía que se apreciaran las prominentes entradas que dejaban ver parte de su cuero cabelludo.

—Señor Arias, es un placer ser recibido por usted y me siento halagado de que haya reservado para mi país un tiempo dentro de su apretada agenda.

—Por favor, estoy encantado. Tome asiento.

El encuentro estaba celebrándose en el primer piso del edificio, donde tenía su despacho el presidente. Se pusieron cómodos en un sofá de cuero negro que decoraba uno de los laterales de la estancia.

—Dígame por tanto en qué puedo ayudarlo.

—Presidente, lo primero que quiero es hacerle entrega de una carta manuscrita en la que nuestro Secretario de Estado le pone al corriente de mi visita. Le acompaño también este pequeño informe que está respaldado por otro de una extensión muy superior. Lo que hoy me permito traerle, y disculpe que no pueda dejárselo porque es materia del máximo secreto, es el índice de la denominada operación *Laissa*. Por favor.

Al terminar estas últimas palabras le entregó la carta de presentación, escrita en español y firmada por Kissinger. A continuación le facilitó el índice anunciado y los cinco folios en los que se esquematizaba el plan de actuación que el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica proponía al español.

Arias Navarro se colocó las gafas y comenzó con su lectura.

## La piscina

Para la mayoría de las familias, las comidas que se celebran en una fecha señalada suelen ser momentos de agradable encuentro entre sus miembros, sobre todo si estos no se ven con frecuencia. Unos espacios de recuerdo, de comentarios, de bromas, incluso para plantear proyectos para el futuro, a veces realizables, en otras quiméricos. Pero no fue eso lo que sucedió en casa de los Amorós Pineda. Violeta había procurado lanzar la mayor colección de dardos que albergaba su hostil armero y que llevaba afilando un tiempo, hasta el punto de que su marido y su hijo le tuvieron que pedir que abandonara su actitud. Sagrario, por el amor que profesaba a Miguel y por consideración hacia la anfitriona, que se encontraba extremadamente violenta, reprimió las ganas de levantarse en varias ocasiones y abandonar la mesa, incluso también Orquídea Real. Pero la joven recordó que ella no vivía con Violeta y que, en su relación habitual, la madre de su novio no existía. Rogelio se avergonzaba de nuevo de la conducta de su esposa. No terminaba de entender la inquina que demostraba hacia la novia de su hijo.

Nada más apurar el postre, Violeta se levantó y anunció a todos que iba a acostarse porque tenía jaqueca y necesitaba descansar, que haría todo lo posible por asistir a la cena. Su marido sabía que cuando la tensión invadía su cuerpo, sus venas se dilataban y acababan por alterar el riego normal, provocando unos fuertes dolores de cabeza. Aunque también existía otra posibilidad, una explicación más sencilla y menos clínica. Simplemente que Violeta no quería permanecer ni en aquella mesa ni con aquella compañía, y recurrió a uno de los subterfugios más antiguos, menos demostrables y que mejores resultados dan.

—¿Qué te ha parecido el paseo con *Calcetines*? —quiso saber Elvira—  
¿Te llevaba él o eras tú quien le decía por dónde tenía que ir? —preguntó,

sonriente, sabiendo perfectamente cuál iba a ser la respuesta.

Sagrario agradeció el cambio de conversación y que este transcurriera por cauces más sociables.

—Muy bien, Elvira, me encanta esta finca. Bueno, creo que he debido marcharme de ella porque he llegado hasta una carretera que no parecía pertenecer a Orquídea Real.

La anciana sonrió.

—No, si has ido hacia el sudeste ya te digo que no. La carretera de Lucainena no es nuestra. Efectivamente, veo que te has salido de las lindes, pero ya ves que aquí no están marcadas por lo que no ha sido raro que las hayas traspasado.

—Nosotros hemos estado viendo esta mañana los invernaderos. Están preciosos, abuela. Yo no sabía que aquí cultivabais tantas flores.

—De hecho las estamos vendiendo. El jardinero es muy mañoso y Julián llegó a cerrar un contrato con dos invernaderos pequeños que nos compran algunas partidas. No es que sean unos ingresos muy relevantes pero algo nos ayudan. También tenemos una granja con casi tres mil gallinas en jaulas dispuestas en batería. Una cooperativa de Sorbas viene todos los días a comprarnos la producción de huevos.

—De lo que no me habías dicho nada era que tu abuela tenía una magnífica piscina.

—Es que quería que fuera una sorpresa, Sagrario. ¿Te ha gustado?

—Me ha gustado demasiado; pero si lo sé, hubiera traído un bañador, con permiso de tu abuela.

El joven sonrió.

—No tienes por qué preocuparte de eso. He metido dos de tus bañadores en mi maleta. Creo que el que más te gusta es el malva. Ventajas de vivir juntos.

La cara de la joven volvió a iluminarse. Excepto por los desencuentros con Violeta, que era alguien ajeno a la finca, todo lo que le estaba deparando Orquídea Real eran sorpresas agradables y satisfacciones continuas.

—Si quieres, nos damos un baño. Yo también he metido uno para mí. Abuela —pidió a la anfitriona—, ¿te importa?

—Por supuesto que no me importa. El jardinero la tiene en su punto, con la dosis de cloro y todo. Nada, nada, a bañarse —la mujer dio una palmada, con escasa fuerza.

—Yo voy a dormir un rato —comentó Rogelio, apático.

Después del calor que había pasado por la mañana, tanto en la carrera como en el paseo a caballo, el baño en la piscina otorgó a Sagrario un frescor y una paz que no podía haberse imaginado. En uno de los chapuzones se sumergió hasta el fondo donde tocó las baldosas con las que habían dibujado una orquídea, el símbolo de la mansión. Le pareció una idea muy original.

Una de las criadas les sirvió un zumo de frutas bien frío que la pareja tomó tumbados sobre unas hamacas.

—¿Por qué no me cuentas la historia de este lugar?

—¿La historia de Orquídea Real? —confirmó Miguel.

—Claro. Seguro que tiene que tener hasta leyenda —supuso, después de dar un sorbo a la bebida—. Me habías contado un día que tu abuela es de Madrid y que la única descendencia que tuvo, tu madre, también nació allí. Por tanto, ¿qué hace Elvira viviendo en el interior de Almería en una mansión como esta, que parece extraída del selecto catálogo de la mejor agencia inmobiliaria de Beverly Hills?

—En concreto el que viva aquí, en Turrillas, no lo sé, pero sí sé cosas de mi abuela, y veo que, como buena periodista, quieres saber.

—Soy periodista en paro, pero sigo siendo periodista, aunque tu madre no lo crea así.

—No le hagas caso. Soy hijo único y no hace falta consultar muchos libros de psicología para conocer el dominio y la influencia que los padres pretenden ejercitar sobre ellos. Todos los amores y exigencias se centran en una única persona. Yo no soy una excepción.

—Pero tu padre no es así.

—Mi padre está cansado de su mujer. No me extraña. Él se refugia en sus clientes y les da coba. Yo creo que ese es su éxito, que se pasa media tarde con cada uno, en la consulta, y que por eso luego les cobra lo que le da la gana. Y ellos, se lo pagan, afortunadamente. Y vuelven. Y lo recomiendan a otros amigos alemanes.

—¿Y tu madre siempre ha sido así?

—Siempre, Sagrario —admitió, con gesto fatigado—. No puedes imaginarte el trabajo que me costó matricularme en Económicas. Quería a toda costa que fuera odontólogo, decía que así, el día de mañana, podría continuar

con los clientes de mi padre, incluso continuar con sus hijos, que ellos me pondrían una consulta, que me comprarían todo... y a mí eso no me gustaba; me gustaban los números y la empresa, no los dientes ni ninguna otra rama de la medicina. Además, quería que aprendiera alemán, y a mí no me apetecía aprender alemán. No me gusta ese idioma. Si algún día aprendo una tercera lengua, será el italiano; me encanta.

—Bueno, cuéntame quién es tu abuela.

Miguel se mojó de nuevo los labios en el zumo y lo paladeó. Estaba exquisito.

—Mi abuela cumplió a principios del mes pasado ochenta y ocho años. Sus padres eran comerciantes de porcelana. Tenían una tienda en la calle Mayor, en Madrid, y vendían vajillas a los mejores hoteles de España, de Italia y de Francia. Mi bisabuelo fue un gran negociante y debió de ganar mucho dinero. Afortunadamente la guerra no los pilló en España porque se habían marchado de vacaciones ese año a Niza, por lo que el verano de 1936 les sorprendió en el extranjero.

—Como le ocurrió a mucha gente —apostilló Sagrario.

—Cierto. Al terminar la guerra regresaron y rehicieron su negocio, aunque con muchas dificultades por la situación del país y de Europa. Más tarde conoció a mi abuelo, Ruperto, un hombre con muchísima iniciativa que empezó a mediar entre los agricultores del este de la provincia de Madrid y los puestos de los mercados de abastos más representativos de la ciudad: Torrijos, La Paz, La Cebada... Se dio cuenta del beneficio que podía obtener si montaba una buena red logística. Compró unos camiones y se echó a la carretera para buscar nuevos proveedores porque tenía suficiente clientela pero le faltaba producto. Al cabo de unos años ya no era él quien hacía los recorridos sino quien manejaba las rutas. Compró unas concesiones en el mercado central de Legazpi y empezó a labrar una cierta riqueza. Debió de aprovechar la explosión demográfica de los años 60 y, a cambio de acostarse a las siete de la tarde y levantarse a las dos de la madrugada, siguió atesorando dinero. Mucho. Es posible que sea una gran fortuna —intuyó Miguel—. Yo nunca he querido entrar en detalle, pero sé que mi abuela es propietaria de muchas viviendas en Madrid, que tiene alquiladas, y también plazas de garaje y algún local comercial. Mi abuelo invertía el dinero en inmuebles y los ponía en renta. ¡Debió de ser un hombre muy listo! —exclamó, sin poder ocultar la admiración por alguien a quien no conoció.

—¿Y Orquídea Real?

—No sé el porqué de Orquídea Real, nunca lo he preguntado. Cuando nací mis abuelos vivían en Rosales, en un ático que ahora creo que está alquilado. Pero a finales de los años setenta se vinieron a vivir a Almería. Nunca he preguntado la razón.

—Pues no será por casualidad, ¿no? A mí esta casa me encanta, pero no guarda mucha lógica que dejaran un ático en tan buen sitio para venirse a vivir a este lugar tan apartado cuando ninguno de los dos era de aquí, ni tenían familia almeriense por lo que me dices.

—Creo que una parte importante de los proveedores de mi abuelo la formaban agricultores de Almería, de la zona de El Ejido, supongo que por eso se vendrían... no sé —Miguel reconoció su ignorancia mientras volvía a refrescarse la boca con lo que quedaba de zumo.

—¿Y tu abuelo...? ¿Qué fue de él?

—¿Qué cómo murió? En un accidente de tráfico. Por aquí. Eso sí se lo pregunté una vez a mi madre, pero no quiso entrar en detalles. No sé exactamente dónde se estrelló mi abuelo Ruperto —confesó, pensativo y con un tinte de tristeza—. Realmente, yo no le llegué a conocer. He visto alguna foto suya teniéndome en brazos, con uno o dos años, pero yo a él no lo recuerdo.

## 27 de mayo de 1975

Carlos Arias Navarro pensó que el aire acondicionado de su despacho no se encontraba correctamente regulado o bien que en los últimos minutos le había entrado un súbito acceso de fiebre.

Pero la realidad era otra bien distinta. Si por su frente comenzaban a perlar unas gotas de sudor era por el contenido del expediente que acababan de entregarle y que estaba terminando de leer. Mientras tanto, el invitado, el diplomático norteamericano Robert Parker, se mantenía impassible sentado en el sofá y mirando de soslayo la reacción de su interlocutor. Aprovechó para deambular sus ojos por los pesados tapices que decoraban la estancia, por la mesa de trabajo del presidente, cubierta de papeles y carpetas, y por los ventanales, por donde se colaba la claridad de la tarde madrileña.

—Esto es una locura, señor Parker.

Al norteamericano le pareció una primera reacción bastante sosegada. Entre sus planes figuraba incluso la posibilidad de que lo hubiera expulsado de su despacho o hasta del país. Por tanto, calificar lo que le había entregado tan solo de *locura* le pareció un adjetivo incluso blando.

—Me dice usted que es una locura. Edgar Alan Poe dijo que la ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia. — la vasta cultura del diplomático le permitía replicar agudezas para casi cualquier situación.

—No me haga juegos de palabras, señor Parker. Esto que me propone es una locura, un disparate además de una insensatez, algo imposible de asumir, de modo que el gobierno español no va a transigir. Es más, es un asunto que ni siquiera voy a comentar con Su Excelencia.

—¿Y quién le ha dicho que debe comentarlo con Franco?

El presidente mostró una cara aún más sorprendida.

—Sí, sé muy bien lo que estoy diciéndole, señor presidente. Sabemos perfectamente cuál es el estado de salud actual del General Franco, al que consideramos gran amigo de nuestro país y esperemos que en los próximos

meses vaya mejorando; pero no nos engañemos, señor Arias, al Jefe del Estado no le conviene que le creemos más contratiempos, es más, pienso que los amigos, como nosotros, o los colaboradores fieles y eficaces, como usted, estamos para hacerle la vida más fácil. Y lo mismo digo para el Príncipe, Su Alteza Real don Juan Carlos de Borbón. Los años van pasando y pronto se convertirá en Rey y Jefe del Estado, y tendrá que gobernar un país con muchos problemas, ambos lo sabemos, por tanto, vamos a quitarle uno entre todos, y le aseguro que este que nos ocupa no es ni mucho menos un problema menor. Puede convertirse, de no actuar con inteligencia, en un verdadero e interminable quebradero de cabeza para este mundo occidental que tanto amamos y que tanto ha hecho progresar a los pueblos.

Arias arrojó los papeles con desdén sobre la mesa y juntó las manos sobre su regazo.

—Ya he leído el plan. Explíqueme las razones políticas.

—Por supuesto, señor presidente. Nos encontramos con un problema que afecta a varios países. Por un lado a los del norte de África, como Marruecos, Mauritania y Argelia; y por otro a ustedes y a nosotros, como aliados tanto de España como del Reino de Marruecos. Las Naciones Unidas ya han resuelto que debe haber un referéndum de autodeterminación para el Sáhara Occidental y ustedes están en su obligación moral de promoverlo. Pero, no nos engañemos señor Arias, el Sáhara es un territorio desértico que tiene una superficie similar a la mitad de España, y que está habitado nada más que por setenta mil personas si exceptuamos a los europeos y a los militares. Es decir, tiene una de las densidades poblacionales más bajas del planeta. Los saharauis carecen de preparación académica, tecnológica y militar, aunque en esta última faceta les asiste Argelia, fiel aliado de la Unión Soviética.

Parker hizo una pausa y aprovechó para colocarse el puño derecho de su impecable camisa blanca. Era un experto en el manejo de situaciones de alta tensión emocional.

—En el momento en el que ustedes se vayan, el Sáhara caerá en manos del Polisario, que es lo mismo que decir que pasará a la influencia directa de Argelia, y con ello sucederán varias cosas. La primera que este país tendrá salida directa al Océano Atlántico, rodeando territorialmente a Marruecos y dejándolo convertido en una especie de isla. Aprovecharán la frontera de treinta kilómetros que comparten para formar un pasadizo que llevará, con total seguridad, a que la Unión Soviética construya una base socialista en el

Atlántico, medida que provocará que la NATO tenga que modificar su estrategia de defensa en la zona.

Arias le miraba con atención, sin mostrar gesto alguno y asumiendo las explicaciones que le ofrecía.

—En segundo lugar perderán ustedes, y nosotros, y también el Reino de Marruecos, el control sobre las minas de fosfatos más ricas y con más reservas de la Tierra, las que ustedes explotan hoy en día en Bu Craa. Y también perderán el control sobre el banco pesquero del cual se aprovechan en la actualidad las flotas de Las Palmas y de Lanzarote. No hace falta que le recuerde el impacto que tiene el sector en la economía insular. ¿Me equivoco en algo de lo que estoy contándole?

—Siga —fue la escueta orden que dictó el presidente, que asimilaba poco a poco la exposición del norteamericano.

—Todo ello dará lugar a que ustedes tengan como vecino a la Unión Soviética y que el poder del Kremlin se asome a una zona hasta la fecha libre de comunistas. Francamente, señor Arias, no sé cuál es el inconveniente del plan que le proponemos.

—La dignidad —respondió resuelto, no sin antes tomarse unos segundos para recapacitar.

—¿Perdón? No le entiendo.

—La dignidad de nuestro Ejército señor Parker. Se ve que usted no es militar, yo tampoco, pero trato frecuentemente con ellos y le aseguro que no puedo exigir a mis generales una rendición sin plantar batalla. Como decimos en Derecho, va *contra natura*.

—Yo tampoco soy militar pero luché en Europa contra el nazismo. He servido bajo la disciplina castrense y comprendo muy bien lo que usted está diciendo, y le doy la razón, pero eso lo tenemos totalmente previsto en nuestro plan, pierda cuidado. Se lo explicaré pormenorizadamente, pero tiene que concederme un tiempo adicional. Creo que merece la pena. Nos jugamos muchos intereses y *Laissa* es la solución.

Arias contempló los papeles desordenados tal y como se habían quedado en la mesa baja que acompañaba al sofá, y sintió que el destino le había puesto en un callejón con dos salidas y ninguna de las dos era una alternativa válida.

—Presidente —Parker abandonó la postura arrogante y distante mantenida hasta ese momento y pasó a la acción. Se acercó a Arias y bajó la voz, a tono de confidencia—, ya sabe lo que ocurrió cuando llegó la comisión visitadora

de las Naciones Unidas, ¿no? ¿Ha visto las fotos?

Arias asintió, sin palabras.

—Tienen que admitir la realidad: los saharauis no los quieren, son unos desagradecidos, solo buscan su propio beneficio, y esto hay que decirlo con rotundidad, aunque duela. Nos consta que ustedes están trabajando por ellos, mejorando su salud, su educación, integrándolos en la vida civil y militar española. Y ¿cómo se lo pagan? Aprovechando una visita de trascendencia internacional para lanzar barbaridades contra ustedes. Calumnias que fueron vistas en todo el mundo porque ellos sabían que los periodistas extranjeros que cubrirían el viaje de la Comisión no sufrirían ningún tipo de censura — recordó perversamente y de forma malintencionada.

En ese tema, Parker tenía razón. Los inesperados hechos que acontecieron durante la visita de los tres comisionados de las Naciones Unidas habían dejado una amarga y profunda huella en la administración española. A instancias del presidente, el general Villaescusa había solicitado al gobierno del Sáhara un informe completo de lo sucedido durante aquellos días el cual había sido leído parcialmente en el propio seno del Consejo de Ministros. A Arias no se le había olvidado la expresión de desánimo que mostró el propio Franco al escuchar la reacción de un pueblo que creía entregado a la causa del referéndum y que profesaba un amor por España que había resultado inexistente. Aquel Consejo ordenó la paralización absoluta de las inversiones españolas en la provincia.

Parker volvió a incorporarse y lanzó desde esa posición una sentencia a modo de resumen:

—Ellos no se merecen que se derrame sangre española para defenderlos. No se han hecho acreedores a ello. Me consta que el pasado día quince estalló una mina en la pista que une Negritas con Tah, al paso de un Land Rover de su Ejército. ¿Merecieron la pena esas bajas? ¿Guarda lógica que España se enfrente con Marruecos para defender al Polisario y a los intereses argelinos y comunistas en la zona?

Antes de que pudiera reaccionar, el norteamericano volvió con una preparada batería de ataques más directa:

—Señor presidente, sabemos que el secretario general del PUNS ha huido a Marruecos. Halihenna ya ha besado la mano de Hassan II y se ha convertido en su vasallo. Dígame, señor Arias, ¿cuántos sabotajes ha realizado el Polisario a la cinta transportadora de Bu Craa? ¿Cuántas patrullas de las

Tropas Nómadas han sido desarmadas por sus propios compañeros saharauis? ¿Cuántas explosiones se oyen por la noche en El Aaiún? Las cosas no están marchando como ustedes habían previsto. No voy a decir que se les están escapando de las manos pero sí debo afirmar que aquel control que ejercían sobre la población antes de 1970 hoy ha desaparecido. Y cada día que pasa, la situación empeora. No basta con morir con dignidad, la cuestión que hay que contemplar es no morir, impedir que se pierda sangre española en aquella tierra de la cual, tarde o temprano, se han de marchar. Y no piense en marcharse con honores, nunca sucede. Las retiradas de las colonias siempre son difíciles. La historia está llena de tristes ejemplos.

Carlos Arias se veía abrumado. No se imaginaba que aquella persona que se presentó ante él como alguien tranquilo y amable fuera a proponerle un plan así, tan descabellado al principio, quizá tan razonable después de analizarlo y de interiorizarlo.

—Señor Parker, tengo que estudiarlo.

—Lo sé, presidente. No digo que se tome el tiempo que quiera porque no lo tenemos, pero entiendo que tiene que examinarlo con detenimiento aunque, como le he dicho, no puedo dejarle copia. ¿Por qué no lo lee de nuevo y vamos comentando punto por punto?

El presidente lo miró en profundidad y contuvo la respiración durante unos instantes, en actitud pensativa. Inmediatamente después, se levantó hacia su mesa y por el teléfono interior indicó a su secretaria que anulara la agenda del resto de la tarde y que solo le pasase llamadas si procedían de El Pardo. Parker se alegró de ello. Sabía que aquella reunión se asimilaría a un combate de boxeo y era consciente de que ya había ganado el primer asalto.

# La cena

Después del baño, y a instancias de Sagrario, la pareja entró junto a Elvira en los invernaderos y allí la joven se deleitó con la mixtura de fragancias que emanaban de la multitud de variedades que se cultivaban. La orgullosa y motivada anfitriona fue nombrando cada flor e incluso detalló en numerosos casos su utilidad comercial. Caminando despacio, y siempre agarrada a su inseparable bastón y al brazo de la joven, Elvira disfrutaba hablando de lo que era suyo y que llevaba cuidando desde hacía varias décadas. Miguel sonreía al ver a las dos mujeres juntas, separadas por tantos años y tantas vivencias, y ahora unidas en un repaso vegetal y floral que nunca hubiera sospechado.

Finalmente Violeta se incorporó a la cena. Se había puesto unos pantalones azules, anchos y sujetos con un cinturón de igual color rematado por una gruesa hebilla en la que podía leerse la marca del complemento, y una graciosa blusa blanca moteada con pequeños lunares que le daban un aspecto más informal. También se había alisado el pelo y no podía ocultar que se había maquillado ligeramente la cara. Tenía otro aspecto. Al contrario que sucedió en la comida, casi no abrió la boca algo que agradecieron todos, especialmente Rogelio y Miguel. El timón de la conversación general lo llevó Elvira, que se encontraba muy cómoda con la novia de su nieto a la que no paraba de preguntar temas relacionados con su trabajo, sus experiencias y sus viajes.

Después de los postres fijaron la hora del desayuno del día siguiente, momento tras el cual se despedirían los cuatro de la anfitriona y emprenderían el largo viaje de regreso a Madrid.

Elvira ofreció a Miguel y a su novia tomar el café con ella en la biblioteca, uno de sus lugares preferidos. Desde bien pequeña había desarrollado una afición por la lectura que el tiempo no hizo más que engrandecer para

convertirse en una arrolladora pasión. Así, la colección de libros que podía atesorar superaba los dos mil ejemplares, todos ellos perfectamente agrupados por temáticas y colocados en unos anaqueles donde rebosaba limpieza e imperaba el orden. Sagrario prefirió no sentarse y comenzó a repasar las estanterías. Disfrutaba en aquel lugar y no podía ocultar su satisfacción cuando leía en algún lomo un título familiar o con buen recuerdo.

—¿Se ha leído todos?

—Todos no, hijita, aunque espero leerlos, pero sí la mayoría. He sido una compradora impulsiva y cada vez que entraba en una librería me llevaba diez o doce de golpe. Cuando vivía en Madrid no me perdía ninguna Feria del Libro y siempre la visitaba tres o cuatro veces en los quince días que estaba abierta.

Sagrario parecía que no le hacía caso porque no paraba de repasar la colección con la mirada y, en alguna ocasión, tomaba algún libro y lo ojeaba con cuidado abriéndolo no más de cuarenta o cincuenta grados.

—Me salva que hace ya muchos años que no compro libros y voy leyendo de las existencias. ¡Menos mal!

—¿Quiere que le compre alguno?

—No, te lo agradezco, pero ya no quiero más libros; tengo suficientes. Además, estoy muy desconectada de autores. Los que me gustaban se han debido de morir y a los nuevos no los conozco.

—La próxima vez que venga, si me invita —miró pícaramente a Miguel y a Elvira— le traeré tres o cuatro que se han publicado en los últimos años que seguro van a gustarle. Por los títulos, estoy haciéndome una idea bastante aproximada de sus gustos y creo que acertaré.

Después estuvieron hablando del campo y de los animales. Sagrario comentó que sus padres, con muchísimo esfuerzo, le pagaron los estudios universitarios en la capital. Ellos leían con dificultad pero eran ávidos para los negocios, y siempre que visitaban una feria cerraban buenos tratos. La contabilidad la llevaba un tío suyo hasta que falleció, momento en el que ella empezó a familiarizarse con conceptos nuevos de *Debe* y *Haber*, desconocidos para la periodista hasta ese momento.

—Admiro a mis padres, Elvira, sin ellos yo no sería nada. Se lo debo absolutamente todo. No solamente me dieron la bicicleta, sino que también me enseñaron a pedalear. El resto fue fácil.

Miguel las escuchaba como el público que asiste a un apasionante

espectáculo. Cada vez admiraba más a su novia pero sentía que no la correspondía como ella esperaba. No era la primera vez que la veía con otras personas adoptando una actitud distinta, más apasionada y comunicativa, muy opuesta de la que guardaba cuando estaban los dos solos, más lineal, apática y hasta aburrida.

Sagrario hablaba y Elvira la oía, aunque a partir de un momento dejó de escucharla. La anciana veía a la joven muy dispuesta, inquieta, preocupada por todo lo que la rodeaba, con ganas de aprender cosas desconocidas y, sobre todo, muy lista. Para la anfitriona, la novia de Miguel tenía una mirada de lince y una expresión madura y sosegada. Parecía tener cuarenta años. Quizá fue ahí cuando se le ocurrió una idea que podría parecer descabellada ante cualquiera, pero no ante ella.

## 4 de junio de 1975

En sus rostros se apreciaba no solo la huella de la derrota y la desolación, sino la peor de todas: la de la humillación. El día anterior había salido del cuartel de Tropas Nómadas ubicado al oeste de la Iglesia Católica de El Aaiún una patrulla compuesta por doce agentes, un cabo y un sargento y, veinticuatro horas después, regresaba la misma patrulla pero compuesta solamente por dos soldados y el sargento. Diez agentes y el cabo habían desertado llevándose no solo los dromedarios que montaban sino también todos los fusiles reglamentarios.

El sargento intentó contener las lágrimas cuando dio las novedades al teniente. Este le hizo pasar a uno de los despachos y avisó a un soldado oficinista para escribir el correspondiente informe. No era el primero que se redactaba en aquel sentido ni, pensaba, o más bien temía, tampoco sería el último. Al contrario que sucedía en los cuarteles de Artillería o de Infantería, donde todos los efectivos de tropa eran soldados de reemplazo, en la Policía Territorial y en las Tropas Nómadas la mayoría de los agentes era personal saharauí, no así los oficiales y casi la totalidad de los suboficiales, que eran todos españoles procedentes de la Península o de las islas Canarias.

Después de identificar a los desertores se cursó la correspondiente orden de detención de los prófugos y se formaron patrullas de agentes de la Policía Territorial para acudir a sus casas a practicar los arrestos.

Una de ellas, compuesta íntegramente por saharauíes, montó en un Land Rover y se adentró en el barrio de Colominas, situado en la parte alta de El Aaiún y a escasa distancia del Parador. El vehículo se detuvo en la casa del desertor y el que comandaba la patrulla se apeó junto a otros dos compañeros dejando al cuarto miembro al cuidado del todoterreno. Preguntaron por el soldado evadido a la persona que abrió la puerta y esta aseguró desconocer el paradero de su hijo. La mujer, cubierta parcialmente por una melfa roja, lo miraba con unos ojos que, colmados de tanta tristeza, se habían vuelto inexpresivos. Una niña de poca edad se asomó pero fue mandada de nuevo al

interior de la pequeña y mísera vivienda.

—Es importante que aparezca cuanto antes —le recordó, en hassanía—. A más tiempo que tarde, mayor será el castigo. Además, ha desertado llevándose un arma de fuego y eso elevará la pena. Lo mejor que pueden hacer ustedes por él es pedirle que devuelva el arma y que se presente en el cuartel lo antes posible.

La mujer lo miró con ojos incrédulos.

—No puedo imaginar que tú estés diciéndome esto. Tú, que eres como nosotros y no como ellos.

—Señora, yo soy un soldado español.

La mujer mostró una sonrisa forzada, cínica.

—¿Soldado español? Tú solo eres un peón para esa gente, alguien que siempre será un peón porque en los *Nómadas* los saharauis siempre seréis soldados.

—No es cierto, uno de los cabos que ha desertado era saharauí —rebatía el militar.

—Me da igual si hablas de soldado o de cabo. Para el caso es lo mismo, tropa en definitiva. Nosotros no somos nada para ellos, solo el parapeto tras el que se esconden.

—Yo estoy cumpliendo órdenes, como debería hacer su hijo —replicó, intentando mantener la compostura—. Los dos hemos jurado la misma bandera.

—Mi hijo también está cumpliendo órdenes, pero no del ejército opresor, sino del que nos liberará.

—Señora, puedo mandarle detener por colaboración en la comisión de una infracción muy importante. En el régimen militar, la deserción es un delito y de los más graves. En tiempo de guerra está castigado con la pena de muerte. No complique más las cosas.

—¿Qué vais a hacer, detenerme? ¿A mí y a cuántas madres más?

El militar se calló. No sabía qué responder. La mujer tenía razón. Las deserciones del personal local estaban multiplicándose desde hacía casi un año, y era un goteo continuo cuando no un auténtico chorro el número de saharauis que abandonaban la bandera española para abrazar otra muy distinta.

—Supongo que su hijo habrá pasado a formar parte del Frente Polisario.

—Voy a darte dos respuestas —contestó la mujer, torciendo la cabeza en actitud interrogante—. Dime cuál quieres escuchar. Si me lo pregunta un

soldado español diré que no tengo ni idea. Si me lo pregunta un saharai le diré que sí, que por supuesto ha pasado a formar parte del ejército de liberación. Dime, ¿cuál quieres que te dé?

El militar no respondió y mandó a sus hombres regresar al vehículo y poner rumbo de vuelta al cuartel. En el informe que rellenaría al llegar al destacamento reseñó que las pesquisas para localizar al soldado desertor habían resultado negativas. Esa fue la misma conclusión a la que se llegó en todas las visitas realizadas a los domicilios tanto de los soldados prófugos como del cabo fugitivo.

# La desconfianza

El sol despuntaba en los dominios de Orquídea Real. Tal y como había sucedido el día anterior, la claridad volvió a despertar a Sagrario antes de las siete de la mañana y, aunque le esperaba un día de carretera y sopor, se levantó para salir a correr y desentumecer los músculos. Saludó a una de las asistentes que se encontraba limpiando la puerta de la entrada y tomó el mismo sendero, terroso y exigente, que ya conocía de la mañana anterior.

Durante la noche había estado pensando en Elvira. Le parecía una mujer increíble, con mucha personalidad, con una vida colmada de experiencias intensas y a quien le hubiera gustado entrevistar de haberla conocido en otro lugar y en otras circunstancias, incluso escribir un libro, una de sus secretas ambiciones, sobre su vida y su época. También pensó en lo que le había contado Miguel sobre la creación de su fortuna y, lo que más le sorprendió, el traslado desde Madrid a Almería, un cambio demasiado radical que tenía que obedecer a alguna razón concreta. No le había dado la impresión de que Elvira fuera una mujer que hubiera tomado en su vida las decisiones de forma impulsiva y, aunque tenía corazón y sensibilidad, no por ello iba a dejarse llevar por súbitos ataques espontáneos y no meditados.

También pensó en Violeta y en su actitud hostil hacia ella, y llegó a la conclusión, a la triste conclusión, de que no era un asunto personal, que la madre de Miguel se comportaba así no por ella, sino por su condición de novia de su único hijo. Quiso pensar con positividad y no caer en la tentación de entender que esa animosidad venía dada por condicionantes sociales. Por eso intentó apartar de su mente la imagen negativa que ella inconscientemente se forjaba y tratarla simplemente como un accidente circunstancial en su vida. Si la relación con Miguel se prolongaba, si iba a más, si algún día pensaban formar una familia, ya fijaría las reglas del juego y también marcaría su

territorio convenientemente, pero no tenía justificación ahora adoptar una postura que incomodara a su novio y que provocara situaciones tan desagradables como las vividas el día anterior.

Al regresar a la mansión se encontró insospechadamente con una cara sonriente que le dio los buenos días.

—¡Buenos días, Elvira! —correspondió la deportista, con la respiración entrecortada y la voz jadeante por el esfuerzo realizado en el último tramo, que lo había cubierto al esprint.

—No sé si te gusta más hacer deporte o disfrutar de mi casa —dudó, sonriente.

—Las dos cosas, Elvira, las dos cosas. Tiene una casa y una finca muy hermosas. Está siendo para mí un auténtico descubrimiento —reconoció, mientras se sentaba junto a la anciana.

—A mí me ocurrió igual cuando vine por aquí la primera vez, en 1977. Me pareció el lugar adecuado para construir una buena casa. El aspecto del entorno fue lo que me cautivó, tengo que confesarlo.

La cocinera llegó con una bandeja en la que un zumo de naranja muy apetecible invitaba a bebérselo de un solo trago.

—¿Y esto?

—Me habían dicho que te habías marchado a correr y di orden de que te lo prepararan para cuando regresaras. Yo nunca he sido deportista, solo he montado a caballo, pero he leído que tenéis que beber mucho para reponer las sales y no sé cuántas cosas más que se pierden cuando se hace ejercicio. ¿No es así?

—Está en todo, Elvira. Muchas gracias.

Sagrario tomó el vaso y bebió un buen sorbo. No pudo reprimir el impulso y pasó su brazo por el hombro de la mujer, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla.

La mujer se estremeció con aquella espontánea muestra de cariño. No recordaba si alguna vez su hija había hecho con ella algo similar.

—¡Vaya, veo que os estáis haciendo muy amigas! —se oyó que alguien decía, por detrás.

—Violeta, buenos días —saludó Elvira.

—Bueno, veo que no soy yo la primera persona a quien se los das.

Sagrario tomó el vaso de nuevo y optó por levantarse y meterse dentro de la casa.

—Voy a ducharme. A las nueve en punto estaré en el salón.

Las dos mujeres vieron como la joven se marchaba y Violeta ocupó el lugar que acababa de dejar Sagrario.

—Placeres de casa ajena.

—¿Cómo dices, hija?

—Digo que placeres de casa ajena, que parece que nos desvivimos por los que acaban de llegar e ignoramos a las personas realmente importantes.

—No sé por qué dices eso.

—Lo sabes perfectamente, mamá. Con esta chica estás como si fuera la personificación del bien.

—Estoy con esta chica como esta chica está conmigo. Hacía tiempo que no encontraba a alguien con quien hablar durante tantas horas. Parece mentira lo que ha vivido con la edad que tiene.

—Eso me parece a mí, que ha vivido mucho, quizá demasiado.

—Hija, ¿qué estás insinuando?

—Mamá, con lo lista que has sido siempre para muchas cosas parece que no te das cuenta de que esta niña ha puesto los ojos en Miguel por el interés. Es demasiado evidente. Y después de este fin de semana mucho más. No me extrañaría que dentro de unos meses, o semanas, nos venga con que está embarazada. Tengo que hablar con el tonto de Miguel, que los hombres son muy tontos para estas cosas.

—De verdad, hija, no sé por qué tratas así a Sagrario. En fin, ya eres mayor para convencerte de lo contrario. Tú te has hecho tu propia idea y de ahí no vas a moverte.

Elvira hizo intención de levantarse y puso vertical su bastón.

—Espera, no te vayas. Dime, ¿cómo estás de salud? ¿Qué te dijo el médico la última vez que vino?

—Estoy bien, Violeta, estoy bien —respondió con rapidez. Era una contestación que tenía preparada—. El médico me dijo que no hay novedad y que gozo de una salud de hierro.

—Tengo que hablar con él.

La anciana se volvió y la fulminó con la mirada, a la vez que sentenció:

—Tú no vas a hablar con nadie. Ya soy mayorcita para cuidarme yo sola. Venga, vamos adentro. En un rato serán las nueve y habrá que desayunar, que tenéis mucha carretera por delante. Además, tengo que contaros algo.

La matriarca se levantó con dificultad y avisó a una de las mujeres de

servicio que vivían en la casa. Prefería apoyarse en cualquiera de ellas que en su propia hija.

# 18 de junio de 1975

Robert Parker degustó el té con complacencia. No había vez que no se reuniese con un árabe que no fuera invitado a tomar una taza acompañada por algún dulce meloso.

—Confieso, Alteza, que este es uno de los placeres que más me atrae de su país.

—Tenemos otros mucho más intensos y de mayor duración, señor Parker — repuso maliciosamente Su Alteza Real el príncipe Mullay Abdellah, hermano del rey Hassan II.

—Me imagino a qué se refiere.

—¡Claro que sabe a qué me refiero! Es más, si le apetece, puedo presentarle alguna mujer que le aseguro no olvidará fácilmente. Personas de absoluta confianza, discretas, limpias y sumisas. Un rato con ellas nos hace olvidar la tensión acumulada y las malas sensaciones que nos embargan. Le aseguro que no se arrepentirá.

—Se lo agradezco, Alteza, pero no me he desplazado a Marrakech para eso. De momento me quedaré disfrutando exclusivamente del placer de saborear este té.

—Pues la receta no puede ser más sencilla: té verde, hierbabuena, agua muy caliente, si es posible hirviendo, y azúcar pilón. Quizá sea esto último lo que le da ese sabor inigualable. Vamos, una receta bastante más sencilla que la composición de *Laissa*, ¿no? —sonrió.

—Ya lo creo, Alteza. Usted lo sabe mejor que yo.

—Por favor, señor Parker, me tiene usted en vilo. Cuénteme cómo han ido las cosas en Madrid y qué habló con el presidente Arias. Ya sabe que nosotros no queremos que el Sáhara se convierta en nuestra Cuba. No vamos a dejar que se instalen allí misiles soviéticos. Tenemos que anticiparnos.

—Las cosas están discurriendo según los cauces previstos. Puede transmitirle a Su Majestad que el presidente Arias prestó conformidad al plan propuesto aunque fijó algunas condiciones mínimas. Dos días después de

mantener una primera entrevista en su despacho me llamó para establecer un nuevo encuentro. En esa segunda ocasión nos mantuvimos reunidos durante más de cuatro horas. Fue cuando tuve la oportunidad de explicar pormenorizadamente todos los detalles de *Laissa*. Se mostró muy sorprendido, diría incluso que gratamente sorprendido, y le vi totalmente receptivo. Además, al presidente español sé que le preocupa algo que calló, seguro que intencionadamente, y es que si los movimientos independentistas saharauis triunfan, estos alentarían a los del MPAIAC canarios, por lo que la insurrección podría trasladarse también a las islas.

—¿Se puede saber cuáles son esas condiciones mínimas?

—Hizo mucho énfasis en la integridad del Ejército y en su dignidad. No quiere que haya ninguna baja entre sus filas, y me he comprometido a ello... en su nombre.

—Ha hecho usted muy bien, señor Parker. España es un país amigo y los españoles son nuestros hermanos, quizá algo distanciados, pero hermanos al fin y al cabo. Tenemos entre los dos países muchos más lazos de relación del que mantienen, por ejemplo, con ustedes.

—Le doy la razón, y respecto a la integridad del Ejército español, ¿qué garantía puede darnos a nosotros el Reino de Marruecos?

—Absoluta. De hecho, desde hace un tiempo han finalizado las actividades del FLU —el marroquí mintió con naturalidad y, sobre todo, con mucha credibilidad—. El Frente de Liberación y Unidad abandonó la lucha armada en la zona. Si hoy se producen atentados en el Sáhara Occidental serán obra exclusiva del Frente Polisario, ese grupo terrorista financiado con el dinero de Argelia y de Libia —aseguró, con asco.

—Me alegra saber que cuento con su palabra que entiendo será la de Su Majestad.

—Por supuesto que sí. Hablo en nombre de mi hermano y de nuestro Reino —después de la aseveración, Mullay marcó una leve reverencia.

—No voy a ocultarle, Alteza, que nos preocupa su capacidad logística. Me consta que ya han recibido ustedes los primeros fondos procedentes de Riad y de Kuwait, y nuestros informadores nos hablan que están elaborando un censo, pero es mucho el material que hay que trasladar y eso requiere de una cobertura móvil sin precedentes para Marruecos.

—Señor Parker, me pide eficacia en una operación que no figura, no solo en los anales de la historia de Marruecos, sino que tampoco tiene parangón

con cualquier otra diseñada y ejecutada en África o, me atrevería a asegurar, incluso en todo el mundo. ¿Puede decirme algún caso similar?

—Movilizaciones militares sí, civiles, que yo sepa, no. Estoy con usted —asintió el norteamericano—. Una razón más para mostrarnos preocupados.

—Las necesidades del número de camiones las diseñaron ustedes mismos en Londres. Incluso, su equipo no perdió detalle y especificó también el combustible necesario y las eventualidades que van a darse con absoluta certeza: averías, grúas, necesidades de mecánicos, repuestos... Además, han contado también con los perniciosos efectos que el desierto siempre ejerce sobre las máquinas. Ya le conté que Su Majestad quedó impresionado con el trabajo realizado.

—Alteza, hoy es dieciocho de junio y la fecha de inicio sigue siendo una incógnita, pero la preparación de la operación ha de ser una certeza. ¿Puede usted garantizarme que lo tendrán todo listo para el mes de agosto?

—Son dos meses, señor Parker. Eso es poco tiempo si queremos hacerlo sin publicidad.

—Es que ha de hacerse sin publicidad, Alteza. Es un compromiso al que he llegado con el presidente español y no puedo contradecirme.

—Tiene que darnos más tiempo. Quizá para finales de septiembre podamos estar completamente listos.

—Eso es mucho tiempo y los hechos pueden desencadenarse antes de lo que podamos imaginar. Nuestros informantes nos hablan de que la salud del Jefe del Estado se encuentra muy deteriorada y es algo en lo que no se quiere implicar al sucesor. Además —recordó Parker, incómodo con la falta de concreción del Príncipe—, no sabemos cuándo va a dictar sentencia el Tribunal Internacional de La Haya. Se espera para el otoño, pero no nos precisan fecha, ni siquiera aproximada. Y tampoco podemos olvidarnos del Polisario. Están recrudeciendo sus acciones armadas y se multiplican las deserciones entre la Policía Territorial y los *Nómadas*. Tampoco podemos predecir la situación en la zona a la vuelta de unas semanas.

—No se preocupe. Puede decirle al Secretario de Estado que este tema es de absoluta trascendencia para el futuro de nuestro país, y que mi hermano no tiene hoy en la cabeza otro asunto de mayor importancia.

—Bien. Así haré —concedió Parker, mientras apuraba la taza de té, aunque no podía ocultar la preocupación que le generaban las vaguedades del Príncipe.

—Por cierto, uno de los aspectos de esta operación que más nos ha sorprendido fue el de las minas antipersonas. ¿Fue idea suya?

—Fue idea del grupo de trabajo, no hace falta que personalicemos. En lo que sí estuve más implicado fue en el análisis de la zona. Una de las personas de mi máxima confianza, Nick Ross, sobrevoló tanto el paralelo 27° 40' como una amplia zona hacia el sur. Las fotos que obtuvo serán de gran utilidad para el Ejército español.

—Ese piloto, ¿es un tal Nicholas Ross, uno al que llaman Buby?

Parker se sorprendió visiblemente.

—No solo los norteamericanos tienen observadores anónimos en Marruecos. Nosotros también tenemos nuestros contactos en el Sáhara Occidental y, por lo que veo, muy eficaces —el hermano del Rey de Marruecos aprovechó para guiñar un ojo a su anfitrión—. Que no se nos olvide que aquello ha sido nuestro desde siempre. Estoy convencido de que el Tribunal Internacional nos dará la razón y refrendará la evidencia —aseguró con aplomo, con el mismo que habría mostrado si tuviera que certificar que al día siguiente saldría el sol.

## La proposición

Los cuatro comensales que tenían que iniciar viaje se habían preparado para ello. Los hombres llevaban unos pantalones largos, finos y cómodos, y las mujeres se pusieron sendos vestidos amplios para pasar con la mayor comodidad posible las muchas horas que les restaban hasta llegar a sus hogares en Madrid.

Elvira miraba a sus invitados y dudó por un instante si sería aquel un buen momento para lanzar una proposición que alteraría no solo el desayuno, sino también la vida de más de uno de ellos.

—¿Quieren que les prepare unos bocadillos para el viaje? —ofreció la cocinera a Rogelio y a Miguel.

Los dos se miraron y asintieron.

—Si les parece, les preparo cuatro para cada coche con embutidos variados y un poco de fruta.

Nada más marcharse la empleada del salón, Elvira miró a todos los presentes y, después, posó sus ojos en la más joven de todos.

—Bueno, antes de que os vayáis, quería hacer una proposición.

Violeta se inquietó visiblemente. Al igual que su madre, la hija también barrió con la mirada a la joven pareja e incluso posó sus ojos en su marido.

—¿Qué proposición nos quieres hacer, mamá? —inquirió, claramente desconcertada.

—Es a una persona concreta de esta mesa.

Todos levantaron la cabeza y se quedaron expectantes.

—Ya os conté lo del pobre Julián —empezó a relatar—. Como os dije, se ha marchado y no creo que vuelva, por lo menos hasta que no se solucione lo de su mujer, y me temo que luego tampoco querrá venir. En Barcelona tiene a sus hijos, que le dieron varios nietos, y en Tabernas ya no tiene nada ni a

nadie. Solo recuerdos que con el tiempo se volverán más y más desagradables. Tengo que olvidarme definitivamente de él —resolvió.

—Mamá, te dije que desde Madrid vamos a gestionarlo. Seguro que pronto encontramos a alguien de confianza —recordó Violeta, para intentar tranquilizar a su madre, aunque realmente era a ella misma a quien deseaba aquietar.

—Sí, lo sé, pero creo que he encontrado a alguien de confianza que, por lo menos durante un tiempo, puede poner un poco de orden en mis cosas. Hay que reconocer que Julián ha estado más fuera que dentro en la gestión de Orquídea Real y de mi patrimonio.

Violeta resopló. Antes que nadie en la mesa ya sabía lo que a su madre se le había pasado por la cabeza. Empezó a perder color.

—Sagrario, ¿te importaría hacerte cargo de la situación?

La joven se quedó tan sorprendida que casi se le cae la taza al plato. Miguel miró a su novia con tanta extrañeza que perdió el habla y hasta Rogelio dejó de masticar el bollito que tenía entre sus dientes.

Solo hubo una persona que no se calló:

—¡Ni hablar, mamá, ni hablar! ¿Sagrario haciéndose cargo de tus cuentas? ¡Ni hablar, no lo voy a consentir!

—No es a ti a quien he pedido opinión, hija. Esta decisión la estoy tomando yo.

—¡Vamos, por Dios! ¿Sabes lo que estás diciendo? Sagrario será muy buena chica, no lo dudo —la hija miró de soslayo a la joven, que no había abierto la boca—, pero no tiene la preparación necesaria y, lo peor, todavía no goza de la confianza de la familia para materializar esa labor tan delicada.

—Mamá, no gozará de tu confianza pero sí de la mía.

—¡Miguel, tú cállate! ¡Nadie está hablando contigo! Tu novia no tiene preparación para esto, ¿o desde cuando una periodista sabe llevar las cuentas de una explotación agraria, de rentas, de nóminas, de contratos de alquiler...? ¿Desde cuándo? —interrogó Violeta, a la vez que por cada uno de los poros de su piel despedía aversión hacia la joven.

—Anoche me dijiste que llevabas las cuentas a tus padres. ¿Desde hace cuánto te encargas de ello, hijita? —preguntó Elvira, sin perder la compostura ni la tranquilidad y eludiendo la mirada lacerante de su hija.

—Desde hace diez años, aproximadamente —respondió Sagrario, intentando mantener la calma y asustada ante el desmesurado comportamiento

hostil de la madre de su novio.

—¡Qué vas a saber tú!

—¿Qué vas a saber tú lo que sabe ella? —exclamó Elvira, a modo de pregunta—. Basta ya, Violeta, deja hablar a la chica y que diga qué le parece mi propuesta.

—Bueno, yo... —balbuceó, muy incómoda ante el ambiente generado.

—¿Ves? No tiene nada que decir —los brazos de Violeta temblaban y su respiración había perdido el ritmo cadencioso.

—Sí, sí iba a decir. ¿Puedo hablar? —pidió con corrección—. Como sabemos todos, me encuentro en paro desde hace varias semanas y estoy todo el día en el ordenador enviando currículum y hablando con todos los conocidos que tengo, que son muchos. He hecho ya algunas entrevistas y tengo otras programadas. Elvira, es posible que Violeta tenga razón y no pueda dedicarme a esto como es debido.

La hija mostró un rostro de satisfacción. Sentía que había ganado. Pero no conocía bien a su madre.

—Sagrario, en esta casa tienes ordenador. Lo utilizaba Julián. También tienes teléfono que estará a tu disposición. No creo que esto que te propongo te ocupe más de tres o cuatro horas al día. Lo que necesito es una persona de confianza que ponga orden y tú eres la novia de mi nieto, de mi único nieto, y lleváis ya dos años de relación. Creo poder confiar en ti. Cuando te salga un trabajo, seré la primera que me alegraré al verte marchar hacia ese nuevo destino, pero mientras tanto, esta casa y esta finca necesitan a alguien como tú. Por supuesto, te pagaré lo que me digas.

—Lo siento, hijo, pero yo todavía no confío en ella —se ratificó Violeta, mirando a un Miguel que permanecía en silencio y avergonzado ante la conducta de su madre.

—Eso te valdrá para cuando yo me haya muerto; no antes —aseguró con tranquilidad y sin contradecir a su hija con nervios o palabras exaltadas. Eso se lo dejaba a ella—. Hasta entonces, en Orquídea Real solamente mando yo. Espero que no se te olvide. Dime Rogelio —inopinadamente, la abuela cambió de conversación de forma magistral—, ¿te gusta este bollito que han preparado en el horno esta mañana? Es una de las especialidades de la cocinera.

El yerno, sorprendido, asintió como única respuesta.

—Dime, Sagrario, ¿te quedas?

—Sí, Elvira, me quedo. El tiempo que pase aquí creo que lo recordaré toda la vida —la joven agarró la mano de la abuela y devolvió una mirada tranquila a Violeta, que se encontraba desencajada y sin argumentos que mostrar.

Media hora después las dos parejas se introducían en los coches no sin antes despedirse de la que había sido su anfitriona.

—Elvira, estaré en Madrid un par de días para arreglar unas cosas que tengo pendientes y para una entrevista programada para el martes por la tarde. Llegaré aquí el miércoles antes de la cena. Quiero ponerme a trabajar ese mismo día.

—Lo que tú digas. Lo vamos a pasar muy bien las dos.

Los nueve empleados de la mansión, los árboles frutales, olivos y almendros que crecían en la finca, la totalidad de las flores del invernadero y todas y cada una de las gotas de la piscina sabían con absoluta seguridad que Violeta no iba a cruzar ni una sola mirada de despedida con Sagrario. En su cabeza había otro plan distinto.

## 2 de julio de 1975

Nunca pudo imaginar Alfredo que el día siguiente de llegar a Las Palmas fuera tan impactante. Había abandonado el cuartel a media tarde, vestido de paisano, que era uno de los privilegios de su empleo, y leía tranquilamente el ejemplar de La Provincia sentado a la mesa de una terraza de una cafetería de la plaza de San Telmo, acompañado de una Tropical, cuando se sobresaltó ante los gritos de una desconocida.

Súbitamente se levantó y contempló el inusitado espectáculo: el capó de un Renault 5 naranja emitía una densa humareda. La conductora, totalmente fuera de sí, chillaba como si le fuera la vida en ello.

El joven saltó de la silla y tiró violentamente el diario al suelo mientras corría a toda velocidad al interior de la cafetería:

—¡Un extintor! ¡Un extintor! —gritó todo lo fuerte que pudo.

Al instante salió con uno y se dirigió veloz, atropellado y atropellando, hacia el coche junto al que la chica se encontraba de pie, paralizada por la impresión. La apartó y enfocó la pequeña manguera hacia el capó. Un fuerte chorro de espuma inundó la parte delantera del vehículo pero la humareda no cesaba. Sin dilación, se agachó y enfocó la boquilla por debajo del motor. Volvió a presionar y fue entonces cuando dejó de salir el humo aunque toda la atmósfera se inundó con una espesa neblina blanca. Se levantó y se dio cuenta de que un montón de personas se arremolinaban a prudencial distancia alrededor del coche y de la conductora, que temblaba todavía por la impresión recibida.

Alguien de la cafetería la invitó a pasar al interior y le propuso que se tomara una tila, a lo que ella accedió. El joven se fijó en que en el interior del vehículo había un bolso y lo agarró. Entró en el establecimiento, se lo dio a su dueña y preguntó si tenían un teléfono público para solicitar una grúa. Suponía que la conductora no estaba en condiciones de llamar a la asistencia mecánica.

Colgó y se volvió hacia el local. La joven se mantenía sentada a una mesa redonda pequeña, cerca de la entrada. Miraba hacia la calle donde su coche se

había convertido en una momentánea atracción para los paseantes desocupados. La conductora llevaba un vestido corto, blanco con unos dibujos azules, y calzaba unas sandalias de verano, también blancas, con mucho tacón. El sol había tostado sus brazos y sus piernas otorgando a su piel un agradable color bronceado. Se acercó por detrás:

—¿Qué tal se encuentra? —se interesó, mientras se sentaba a la misma mesa en la que estaba la joven.

Lo primero en lo que se fijó el peninsular fue en su boca, menuda y lisa, con los dientes muy blancos formando dos filas uniformes que revelaban los cuidados continuos con que los atendía. Los gruesos labios destacaban entre aquellas facciones, pequeñas y acordes con el reducido tamaño de su cuerpo. Los ojos, a pesar de permanecer todavía enrojecidos por el sofoco, se intuían vivos e inteligentes y el pelo era largo, liso y muy negro. Parecía una delicada cascada de ébano que se desvanecía sobre su espalda y sus brazos. El joven tuvo la sensación de que la mujer provenía de una tribu guanche. Aquella conductora nerviosa y desorientada era una criatura realmente hermosa.

—¿Qué ha pasado? —la desconocida todavía se mostraba algo despistada.

Le llamó la atención su fuerte acento canario.

—Pues que se habrá quemado algo del motor. Quizá la correa, o la junta de culata, no lo sé. No se preocupe, ya no echa humo. Me he tomado la libertad de avisar a una grúa. ¿Se ha fijado si llevaba agua el motor, o si se había quedado sin aceite?

La chica lo miró con detenimiento a la vez que, imperceptiblemente, se encogió de hombros. El joven que se había molestado en ayudarla tendría veintiuno o veintidós años. Era muy moreno y lucía un grueso bigote negro recortado, al igual que su pelo. Sonreía con cierta timidez y no podía ocultar algo de rubor al dirigirse a ella. Mediría quizá menos del metro setenta y vestía unos pantalones finos azules, unos zapatos negros algo fuera de lugar en aquella latitud y en esa estación del año, y una camisa blanca de manga corta, muy limpia excepto en uno de los lados, donde se apreciaba con claridad un manchurrón.

—Veo que se ha ensuciado.

—No se preocupe, seguro que saldrá en la lavadora.

Una pareja de policías municipales hizo su aparición en el local. Uno de los agentes preguntó, a voces, quién era el dueño del coche quemado.

Alfredo se levantó y habló con los guardias. Los tranquilizó diciéndoles

que no había heridos y que solo había sido un problema mecánico, que ya estaba avisada la grúa.

—Entonces, ¿no hay que solicitar una ambulancia? —quiso saber el más joven.

—No hay que llamar a nadie más. La conductora está ahí, tomando una infusión.

La pareja se miró, sonrieron y se marcharon de nuevo a la calle.

Al cabo de unos minutos llegó la asistencia y el joven salió a hablar con los mecánicos, que se hicieron cargo del vehículo.

Regresó a la cafetería y se encontró a la conductora algo más recuperada.

—¿Llevaba prisa? ¿Iba a algún sitio con hora?

La joven sonrió mientras volvía a encogerse de hombros.

—¡Qué más da! Pero no, no iba apurada. Ahora regresaré andando hasta mi casa, o avisaré a un taxi. Bueno, no sé cómo darle las gracias.

—No hay por qué darlas. Me ha tocado a mí, igual otro día le toca a usted, bueno, a ti. Mejor nos tuteamos, ¿no?

La muchacha volvió a sonreír.

—Sí, nunca se sabe, pero no creo que yo pueda cargar con un extintor como ese. No podría ni descolgarlo.

Se quedaron los dos mirándose, en silencio, sin saber muy bien por dónde continuar la conversación.

—Bueno, voy a marcharme.

—¡Ah!, los de la grúa me han dado esta tarjeta y me han dicho que tienes que llamarlos mañana para decirles a qué taller quieres que te lleven el coche.

—Muchas gracias —correspondió—. Se lo diré a mi padre. Espero que no se enfade mucho conmigo. Me lo ha comprado hace pocos meses. Es, o era, mi primer coche, no sé si se podrá reparar, ha quedado muy ennegrecido. La verdad, no sé cómo pagártelo. Por tu acento parece que eres peninsular, y por la forma de ir pelado deduzco que estás en el Ejército.

—¡Caray, veo que soy un libro abierto! Has acertado en todo. Seguro que también aciertas cuándo he llegado.

—No sé, ¿hace dos meses quizá?

—No, ahí te has equivocado. Llegué ayer —la conversación comenzaba a fluir con naturalidad. Atrás habían quedado las primeras palabras, revestidas de cortedad.

—Pues para haber llegado ayer llevas el pelo muy largo. Eso quiere decir

que no has venido de soldado. ¿Eres profesional?

El joven se encontraba ante una mujer dotada de una gran agudeza mental y muy observadora.

—Soy alférez, estoy haciendo las Milicias Universitarias.

—Tengo muchos compañeros en la facultad que la están haciendo.

—Oye, ¿por qué no nos vemos mañana? —el militar lo soltó sin pensarlo. Seguro que si lo hubiera hecho, no habría sido tan osado con una extraña.

La joven se sorprendió con la propuesta. Aunque no lo conocía de nada, se sentía en deuda con él, y parecía un hombre agradable, educado y cortés. Accedió sin pensarlo.

—Bueno, con una condición.

—La que tú digas.

—Que no vengas cargado con un extintor.

Los dos sonrieron al unísono.

—Por cierto, me llamo Alfredo, ¿y tú?

—Yo me llamo Pino.

## La amenaza

La pesadez de un viaje en coche no viene marcada por el número de kilómetros que se recorren, sino por el estado anímico con que se hacen. Por lo menos Sagrario así lo pensaba. Por ello, el viaje de regreso a Madrid le resultó muy distinto al de ida a Turrillas. Al margen de volver hablando animadamente con Miguel sobre la historia de la mansión y de cómo se lo pasaba él de pequeño en la piscina o en el campo cuando veraneaban allí algunos días, también estuvo pensando en la decisión que había adoptado de trasladarse temporalmente a Orquídea Real para ayudar a Elvira. Se imaginaba cómo sería un día cualquiera y se animaba cada vez más. Suponía que se levantaría temprano para hacer deporte por la finca, que pasaría parte de la mañana con sus gestiones gracias a Internet, que descansaría después de comer, y que la tarde la dedicaría a trabajar y a pasear con su nueva amiga. Sagrario había quedado hechizada ante la figura de Elvira, y consideraba que aquella mujer tenía que ser una fuente continua de sabiduría y experiencias.

Había quedado el martes por la mañana en pasar a saludar a un redactor amigo para entregarle el currículum en mano, algo excepcional porque la mayoría los mandaba por medios telemáticos, y decidió que el lunes lo dedicaría a hacer la maleta. Metería bañadores, ropa deportiva, vestidos cómodos para estar por la casa y el ordenador portátil donde conservaba sus archivos personales. Los trajes de fiesta, las blusas de difícil planchado, las prendas más delicadas, las sandalias de tacón no tenían cabida en un equipaje que quería que fuera pequeño, manejable y funcional.

Inopinadamente, sobre las once de la mañana oyó cómo se abría la puerta de su casa. Se quedó inmóvil en su habitación. Con la misma brusquedad con que la abrieron escuchó que la cerraban y, a continuación, sintió unos pasos firmes. Pasos de zapatos con tacones. Pasos de mujer, de mujer imperial y

altiva. Por el ruido, Sagrario supo que no había entrado en su casa un ladrón, de modo que, sin comprobar quién era, saludó al intruso con la certeza que a veces otorgan las corazonadas.

—Buenos días, Violeta.

Diez segundos después, el rostro desencajado de la madre de Miguel apareció por el umbral de la habitación.

—Me gustaría que, antes de entrar en esta casa, llamaras a la puerta.

—No tengo por qué hacerlo. Es mi casa —recordó, con desdén.

—No digo que no sea tu casa. Seguro que en el Registro de la Propiedad te dan la razón, pero ahora estamos viviendo nosotros y merezco un poco de intimidad.

—¿Qué pasa, temías que viniera y te encontrara con otro? —preguntó con malevolencia.

La joven optó por no responder. Dejó las cosas que estaba sacando del armario y se sentó en la silla que hacía juego con el tocador.

Violeta presentaba su peor fachada. Sagrario calculó que se había tenido que pasar la noche sin dormir. Sus ojeras eran profundas y cenicientas, muy marcadas, y su cuidado personal simplemente había desaparecido. El pelo lo llevaba sin arreglar, no se había aplicado maquillaje y dedujo que el vestido que lucía, algo anticuado, debió de ser lo primero que encontró en el armario.

—Dime, Violeta, ¿qué quieres?

—¿Estarás contenta? Veo que te has hecho muy amiguita de mi madre. ¿Qué piensas sacarle?

Sagrario intentó tomar aire pero se dio cuenta de que no podía aspirarlo. Ya no sabía qué hacer ni cómo actuar respecto a aquella persona. Por Miguel, mantuvo las formas.

—Sabes perfectamente que no voy a sacarle nada. Me ha pedido que la ayude y haré lo mismo que hago con mis padres de vez en cuando, intentar poner un poco de orden en los papeles para que se tranquilice. Y si encontráis pronto a alguien de confianza que lleve esos asuntos, mejor.

Violeta, que no se había sentado, permanecía apoyada en el quicio de la puerta, deambulando sus ojos por la habitación y mirando alternativamente la maleta y a su dueña.

—No quiero que vayas.

—¿Qué no vaya?

—Sí, has oído bien, quiero que no vayas a Orquídea Real. Invéntate la

excusa que quieras, di que has caído enferma, que te ha salido un trabajo, que has tenido que marcharte al pueblo... lo que quieras, pero no me da la gana que te quedes a solas con mi madre durante tanto tiempo. Lo siento, mona, pero no me fio de ti. Si necesitas dinero, puedo darte algo. Mi hijo no tiene por qué conocer un acuerdo amistoso al que podamos llegar tú y yo.

Sagrario quería a Miguel pero el tributo que pagaba era demasiado alto, excesivo. Las dos mujeres se retaron con los ojos, como si estuvieran en el campo del honor durante un duelo a muerte, calibrando las intenciones contrarias y analizando sus propias posibilidades. Se levantó y se marchó hacia el armario, en silencio. Miró la maleta abierta y sacó un jersey fino púrpura que había metido y lo colocó de nuevo en una de las cajoneras. Violeta no pudo por menos que sonreír. La novia de su hijo iniciaba el proceso inverso al que estaba realizando cuando ella llegó.

Después de guardar el jersey, abrió otra cajonera y extrajo uno granate de cuello alto. Lo colocó en la maleta.

—¿Qué haces? —interrogó tan sorprendida que se dio cuenta de que sus palabras salieron casi silabeadas.

—¿No lo ves?, haciendo la maleta. He pensado que es posible que por la noche refresque y prefiero llevar un jersey más gordo —contestó tranquilamente.

—¡Que te he dicho que no vayas!

Sin responderle, continuó completando el equipaje.

Encolerizada, Violeta no supo qué más hacer. Se le había agotado el catálogo de amenazas y era incapaz de que aquella niñata obedeciera sus órdenes.

—Cuando termine con la maleta he de trabajar un rato en el ordenador. Hoy voy a enviar unos correos fuera de España y tengo que repasarlos antes de mandarlos. Por supuesto, si quieres, y con tal de que no me interrumpas, puedes quedarte. Estás en tu casa.

## 3 de julio de 1975

Alfredo llegó azorado al sitio donde se habían dado cita, la puerta del teatro Pérez Galdós, un lugar muy céntrico y fácilmente localizable para alguien que todavía no conocía la ciudad, tal y como había pedido el madrileño a Pino cuando concretaron el punto de encuentro. A pesar del retraso, la canaria todavía no había llegado, lo que tranquilizó al joven. Distrajo la espera mirando las fotografías de la función, basada en una obra de Neruda, que representaban esa tarde en el teatro. Tenía que reconocer que no había parado de pensar en ella. Le pareció un primer encuentro digno de una película, con el halo misterioso que tiene toda persona desconocida, toda mujer enigmática que aparece sorpresivamente en la vida del protagonista como si el incierto destino se hubiera confabulado para juntar dos seres en una empresa común aun todavía por definir. La muchacha le había gustado, sin objeciones y con claridad.

A los diez minutos apareció Pino. Parecía otra mujer, no solo por su vestuario sino por su semblante. Sonreía, sonreía muchísimo. Eso fue lo primero en lo que Alfredo se fijó. Llevaba una camiseta de manga corta blanca con unos dibujos abstractos y un pantalón, también blanco, que realzaba todavía más su magnífica figura.

Se dieron dos besos pero la joven no se excusó por la tardanza. Se quedaron mirándose, un tanto pasmados.

—Estaba pensando que, mejor que ir al cine, es posible que prefirieras conocer algo de la ciudad. ¿Te apetecería?

—No conozco nada —respondió, encogiéndose de hombros—. Ya te dije que llegué a Gando el día uno, el pasado martes, y todavía no he podido visitar ningún lugar de la que será mi ciudad durante unos meses. En el Ejército deberían organizar visitas culturales... Lo daré como sugerencia —los dos sonrieron.

—¿Cuántos meses estarás aquí? —preguntó Pino, ya que sabía que aquella relación que no había empezado tenía ya marcada una fecha de caducidad.

—Vuelvo a Madrid para Nochevieja —repuso Alfredo, sin poder ocultar la alegría que le producía solo la mera referencia de la expectativa.

—Si quieres, puedo enseñarte Vegueta. ¿Te apetece?

Comenzaron a caminar por las empedradas calles del centro histórico. Alfredo disfrutó con las construcciones de piedra y lienzos blancos que se asomaban a su paso. Pino iba contándole los detalles que más sobresalían de cada casa, de cada esquina, de cada rincón. Parecía que aquella chica era una licenciada en historia.

—¿Historia? —la muchacha sonrió con lo que entendía era un cumplido—. ¡No, qué va! Luego te cuento lo que estoy estudiando.

Le atraía mucho el acento con el que se expresaba, una novedosa mezcla de entonaciones muy sugerentes con un marcado tinte cariñoso y hasta lisonjero. Y la risa. La muchacha era feliz, seguro que tenía que ser feliz. No paraba de sonreír, con cada palabra, con cada gesto, con cada ademán. En alguna ocasión señalaba a algún objeto y él hubiera obviado con gusto el detalle arquitectónico al que se refería a cambio de observarla con tranquilidad. No se habría cansado de mirarla y de desgranar cada rasgo de su cara.

La edificación que más le gustó fue la Casa de Colón, situada en una plaza muy tranquila donde en ese momento solo se hallaba una pareja de turistas que tomaban una foto. Le hubiera gustado tener a mano la Leica de su padre para haber perpetuado el instante, pedirle que se subiera a la fuente y guardar para siempre ese soplo tan mágico como emotivo. Con cada palabra, con cada gesto, con cada mirada, Alfredo notaba que la atracción hacia la cicerone iba en vertiginoso e incontrolado aumento, quizá demasiado. Le hubiera gustado besarla, sí, ¿por qué no? Tomarla de las manos y darse un beso como si el futuro no existiera y el mundo finalizara con el toque de silencio que, inexorable, se haría patente en su vida dentro de unas horas. Muy pocas.

Después del paseo, él propuso tomar asiento.

—Tengo que estar de vuelta a las diez de la noche, siento que no nos podamos ver más tiempo. ¿Te apetece que tomemos algo?

Pino lo llevó al Mercado de Vegueta, donde había una pequeña taberna con una mesa redonda libre con dos sillas. Parecía que la fortuna se había aliado con ellos. Tenían todavía más de una hora para estar juntos hasta que él tuviera que tomar un taxi para regresar a La Isleta, y Alfredo quiso aprovecharla para conocer un poco más a la chica con la que llevaba una tarde que se le había pasado en un suspiro.

La canaria le contó que estaba cursando Medicina en La Laguna, en la vecina isla de Tenerife, y que regresaba a su casa los fines de semana alternos, que vivía allí en un colegio mayor y que le encantaba la que sería su profesión, aunque todavía no había elegido la especialidad que desarrollaría. Él habló que se encontraba en la última fase de las Milicias Universitarias, la de las prácticas, y que había sido destinado a Parques y Talleres, algo que no entendía dado que su formación era muy distinta.

—Estoy terminando Geología y Topografía —aseguró, igual de orgulloso que se había mostrado Pino al referirse a sus estudios.

Siguieron hablando de sus aficiones. La muchacha le contó que pertenecía a un club de balonvolea aunque no podía jugar muchos partidos por culpa de los estudios y él nombró su colección de minerales aunque sin extenderse. Hablaron también de sus familias, de donde vivían y qué hacían. Ella le contó que su padre tenía una empresa de fletes marítimos con las islas, el Sáhara y la Península. La conversación giró hacia el cine y ahí pareció que el mundo se acababa. Ambos eran no solo unos grandes aficionados sino también unos entendidos. Recordaron lo sorpresiva que es la escena final de El Golpe, del miedo que ambos pasaron con El Exorcista, de lo espectacular que les resultó El coloso en llamas y del romanticismo de Tal como éramos.

—¿Tienes con quién ir? —preguntó Alfredo, sondeando así la situación sentimental en la que se encontraba su acompañante.

—En Las Palmas tengo amigas de toda la vida, y en Santa Cruz voy con compañeras de facultad. ¿Y tú?

—Durante algo más de un año sí tuve con quién ir, hasta la vuelta de la Semana Santa de este año... Desde entonces, voy solo o con algún amigo.

—¿Y qué ocurrió en esa Semana Santa?

Alfredo apuró el botellín y tomó fuerzas para hablar.

—Lo que pasa muchas veces, que la chica conoce a otro chico y deja al anterior.

Pino lo miró y le dio un poco de pena la forma que tuvo de contar el desengaño amoroso. Parecía un muchacho sensible y que podría llegar a ser alguien romántico. Lo notó incluso por sus gustos cinematográficos, muy similares a los suyos. Ella también tuvo un episodio así hacía un par de años y todavía lo revivía como se recuerdan esas heridas que dejan cicatriz y que el tiempo no ha sido capaz de borrar.

Alfredo miró la hora y se sintió incómodo.

—Tengo que marcharme, en treinta minutos tocan retreta y, aunque puedo llegar vestido de paisano, he de estar allí a esa hora como muy tarde. No es bueno que el alférez se retrase y más si acabo de llegar.

Ambos salieron a la calle dudando sobre quién sería el que plantearía un nuevo encuentro que ambos deseaban. Alfredo se adelantó:

—No sé si este fin de semana tienes previsto ir al cine.

—Es posible. He quedado con unas amigas y solemos acabar en alguno, aunque algunas veces vamos al Club Náutico o al Círculo Mercantil, a bailar —respondió, expectante. La muchacha había pasado una magnífica tarde y sentía que el tiempo que estuvieron juntos se le había hecho muy corto.

—Este fin de semana no tengo servicio, pero si has quedado ya con esas amigas...

—No te preocupes. Si te apetece que vayamos al cine, vamos al cine. Ya saldré con ellas otro día. ¿Quedamos a las seis en el mismo sitio y vemos la cartelera, a ver qué nos apetece?

A Alfredo le resplandeció el semblante. Ella le dio su teléfono y se dieron un par de besos sin sospechar que en la próxima despedida el número de besos ya no sería par.

## 4 de julio de 1975

Desde que fue destinado al Sáhara, en junio de 1974, el General de División Federico Gómez de Salazar había regresado a Madrid en contadas ocasiones. En la provincia africana ejercía una suerte de califato dado que sus poderes sobrepasaban los militares y entraban de lleno en el terreno civil. Era el Gobernador General del Sáhara, cargo plenipotenciario del cual dependía todo aquello que tuviera algún interés en la provincia española en cualquier ámbito.

Lo que más le sorprendió fue la premura de la cita y su formalidad, reflejada en la exigencia de que, tanto en el desplazamiento como en los encuentros a mantener, acudiera de uniforme, dado que en la capital de España se vivían momentos de tensión desconocida desde el final de la Guerra Civil, y era muy habitual que se perpetraran atentados contra la vida de miembros de las fuerzas del orden, concretamente policías armados, que custodiaban edificios públicos o sucursales bancarias; o militares, de modo que se había decretado limitar al máximo el uso externo de uniformes así como minimizar los trayectos en vehículos oficiales. La orden general era mantener la discreción y el anonimato.

En la puerta de la Residencia Militar Alcázar, ubicada en la calle Diego de León, le esperaba un vehículo con una bandera de España en la aleta delantera derecha con dos estrellas de cuatro puntas tachonadas en la parte gualda de la enseña. El automóvil negro con matrícula ET enfiló la Castellana y llegó a Cibeles para, nada más torcer a la derecha, entrar en la sede del Cuartel General del Ejército.

—Espero que hayas tenido un buen viaje —le deseó el teniente general Carlos Fernández Vallespín, Jefe del Alto Estado Mayor y presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, la máxima autoridad militar operativa, dado que los tres ministros castrenses del gobierno ejercían puestos con mayor contenido político.

El general Gómez de Salazar se sentó donde le indicaron y se sintió

abrumado ante la presencia de los otros asistentes a la reunión. Allí estaban varios miembros del Alto Estado Mayor, el Director General de Promoción del Sáhara y el Capitán General de Canarias. A esa hora y ese día era imposible reunir más estrellas de cuatro puntas en Madrid.

Conforme el general Fernández Vallespín fue exponiendo la cuestión, Federico comenzó a sentirse pequeño, casi anulado. Él, acostumbrado a ser el centro de todos los privilegios saharianos, a tener siempre asiento reservado allá donde fuera y a que todos los militares se cuadrasen ante su indiscutible autoridad, se encontraba menguado ante el sólido e incuestionable poder de las claras palabras del anfitrión.

—Es una operación que goza del máximo secreto. Jamás podrás contar a nadie, ni ahora ni nunca, cuál es el contenido de esta reunión ni las consecuencias que se derivarán de la misma. Siempre mantendrás el carácter de Secreto y nunca será desclasificada, ni para los libros de historia de dentro de un siglo —afirmó categórico el Jefe del *Alto*.

Amedrentado, Federico asintió sin pronunciar palabra alguna a la vez que encendió un cigarrillo. Le incomodaba que le recordaran el compromiso de guardar secreto de las altas decisiones estratégicas del país, pero era un recurso que él también había utilizado en alguna ocasión cuando hablaba con sus subordinados y por eso justificó la actitud de su interlocutor.

Uno de los ayudantes de Fernández Vallespín comenzó con la detallada exposición de *Laissa* y su engranaje con la llamada Operación Golondrina, que consistía en la evacuación del personal civil del Sáhara y que ya había sido preparada con anticipación, concretamente por la Junta de Jefes de Estado Mayor del dieciocho de junio. Esa no era una actuación nueva para Federico.

Después de media hora de estar escuchando en silencio, Gómez de Salazar pidió aclaración sobre algo que no terminaba de entender:

—Estamos hablando entonces de que vamos a abandonar el Sáhara y, sin embargo, en las próximas semanas vamos a llenarlo de armamento. ¿Tiene eso lógica?

—Toda —ratificó Fernández Vallespín—. Nuestra obligación es la de mantener, ante la opinión pública y ante nuestros soldados, suboficiales y oficiales, una imagen inequívoca de defensa del territorio ante las provocaciones marroquíes, y por eso vamos a enviar, de forma inmediata, numerosos efectivos, tanto humanos como materiales, incluyendo piezas de

artillería y los M-47.

—General, las piezas de artillería sufren mucho en el desierto. El siroco las destroza, y si estamos hablando de carros de combate, peor todavía, no solo inutiliza su capacidad de fuego sino que también los inmoviliza.

—Lo sabemos, Federico. Conocemos los efectos nocivos que la arena de ese desierto causa en las piezas móviles, y si tenemos la desgracia de que nos ataque un viento local con fuerza sufrirán más todavía que si recibieran un hostigamiento militar del enemigo pero, no te preocupes, no va a ser necesario que se empleen. En el Sáhara no va a haber ni un solo disparo. El gobierno español ha determinado marcharse de allí sin que la evacuación suponga la pérdida de una sola vida española.

—Pero nosotros somos militares, general, no podemos retirarnos sin presentar batalla —contraargumentó Gómez de Salazar, después de soltar el humo de una calada.

—Nosotros somos militares al servicio de un gobierno, no hace falta que se lo recuerde —quiso zanjar el Jefe del Alto Estado Mayor.

—España tiene comprometida su palabra ante las Naciones Unidas. Tenemos que celebrar un referéndum y estamos trabajando para la elaboración del censo —el Gobernador se resistía a que todo lo que le estaban contando tuviera un sustento diplomático.

—Continuaremos fingiendo que trabajamos en el censo. No te preocupes por ello —le respondió el Jefe del *Alto*.

El resto de las dos horas de reunión discurrió con la exposición de los numerosos detalles de que constaba *Laissa*, así como la descripción del calendario previsto. Federico sintió ganas de llorar porque la responsabilidad que estaba depositándole el destino era excesiva, pero ante todo era un soldado y tenía que acatar las órdenes, y por eso mismo estallaba interiormente de rabia y de impotencia, aunque su conducta y actitud fueron en todo momento las que se esperaban de una persona con su cargo.

—La información estará clasificada para todos los militares destinados en El Aaiún y el resto de poblaciones del Sáhara —le recordó Fernández Vallespín—. Esto te lo digo en especial por dos de tus coroneles con mayor relación.

Gómez de Salazar supo a quién estaba refiriéndose y volvió a asentir, en señal de disciplina.

—Para que te hagas idea del carácter secreto de esta operación te diré que

tampoco se informará de ella al señor Pinies. Queremos que él siga realizando el magnífico trabajo que desarrolla en Nueva York al frente de nuestra legación en las Naciones Unidas. También queremos añadir algo más —agregó Fernández Vallespín—. Hemos acordado de forma colegiada y de común acuerdo con el presidente Arias y con los pocos ministros que estarán al tanto de *Laissa*, que Su Alteza Real el Príncipe se mantendrá al margen.

—¿Qué quieres decir con que se mantendrá al margen? —quiso el Gobernador que le especificaran.

—Que no se le van a transmitir ni los detalles de la operación ni siquiera la existencia de la misma.

—Pero eso... ¡es imposible! —exclamó, muy sorprendido de que el sucesor de Franco y quien ya había ejercido la Jefatura del Estado de forma eventual el año anterior fuera apartado de algo con una dimensión tan capital.

—Su Alteza ha cumplido treinta y siete años y dudamos que tenga ya la suficiente madurez militar, política y diplomática como para afrontar con éxito esta delicadísima misión que la historia nos ha encomendado.

—Pero es apartar a quien posiblemente será nuestro jefe militar dentro de unos años, de pocos años, o incluso meses, seamos realistas. Repito, eso es una locura.

—Eso es una orden, Federico. Acátala como la acato yo y la acatamos el resto de militares que nos encontramos ahora mismo en este despacho. Así tendrás menos problemas de conciencia. Hazme caso.

# Los archivos

Tal y como había anunciado, a media tarde del miércoles Sagrario llegó a Orquídea Real donde fue recibida, con una prudente efusividad, por una Elvira que mostraba un rostro fatigado que inquietó a la joven periodista.

—Hija estuve esperándote levantada pero, ahora que sé que has llegado bien, voy a retirarme a mi dormitorio. No hace falta que te recuerde que esta es tu casa y que tienes a tu disposición todo lo que necesites. Los cajones no tienen llave. Que no se te olvide.

Se dieron unos besos de despedida y Sagrario tomó la determinación de darse un baño en la piscina, refrescarse y ponerse a trabajar en el pequeño despacho que utilizaba Julián cuando se desplazaba a la casa para ordenar y administrar las propiedades de la familia a la que siempre sirvió.

A pesar de sumergirse completamente en la limpia, fresca y reconfortante agua de la piscina de Orquídea Real, la muchacha no conseguía apartar de sus pensamientos la desagradable conversación mantenida en su casa de Madrid, así por lo menos pensaba que era, con la madre de Miguel. Las palabras de Violeta, que también las había traído de incómodas y reiterativas compañeras de viaje, resonaban todavía en su cabeza como un monótono e incómodo eco que no cesaba en intensidad con el paso de las horas. Le parecía un ser despreciable, una mujer mucho más mezquina de lo que le resultó cuando se encontraron en los jardines del Ritz. «Espero que no nos veamos en mucho tiempo» —anheló para sí.

Después de tomar un refrigerio que le prepararon, se metió en el despacho, conectó el ordenador y comenzó a abrir cajones.

La primera sorpresa desagradable que se llevó fue con la correspondencia. Julián no abría cartas desde finales de 2007. Por tanto, hacía más de seis meses en los que las noticias del exterior habían sido ignoradas en Orquídea

Real. Sagrario se estremeció al encontrarse con docenas de sobres cerrados con distintos remites: Diputación de Almería, Ayuntamiento de Turrillas, bancos, Hacienda, Seguridad Social, personas que ella desconocía... aquello era un síntoma inequívoco de abandono y pensó en lo que dicen de los iceberg, que lo que aflora sobre la superficie solo es una pequeña parte de su volumen total: «Si las cartas están así, ¿cómo estará el resto?», se preguntó con inquietud.

Se levantó y tomó los archivadores. Con una exquisita caligrafía manual alguien los había rotulado en el lomo por asuntos. Allí figuraban los nombres de cuatro entidades financieras, el del ayuntamiento, el de talleres de automoción, y muchos otros que no le decían nada. Abrió uno de ellos al azar y comprobó con horror que lo último guardado tenía fecha del 2006. Rebuscó en los cajones y halló lo que temía: infinidad de cartas y extractos bancarios abiertos pero no archivados, de modo que entendió que no estaban gestionados, por lo menos con el rigor necesario. Se recostó con violencia sobre la silla y miró al techo, como si quisiera pedir ayuda divina ante la enmarañada empresa que tenía delante. Era evidente que Julián, el contable, no había ejercido como tal desde hacía mucho tiempo, probablemente por la enfermedad de su mujer, como comentaron, y allí nadie, ni Elvira por la edad, ni su hija por la distancia en menor medida, y por dejadez principalmente, habían supervisado la labor administrativa. Sagrario se sintió abrumada. Al cabo de dos horas solo había clasificado las cartas por montañas homogéneas. Se sintió fatigada y optó por retirarse a descansar.

Como siempre le sucedía, después de un buen descanso y tres cuartos de hora trotando por el campo, Sagrario se sentía una mujer nueva y con fuerzas para afrontar el reto que se propusiera, y se había marcado un objetivo dado que desde que entró en el periódico estaba acostumbrada a trabajar con plazos. Todas las crónicas tenían que presentarse, inexcusablemente, a una determinada hora de cierre, y nada, ni una enfermedad ni un imprevisto, fuera de la naturaleza que fuera, podía apartarla de unos dígitos crueles, esos mismos que señalaban un reloj tirano que marcaba las reglas del juego para todo el equipo. Por tanto, entendió que en esto también tenía que aplicar sistemática, plazos y método.

Se extrañó de no encontrarse con Elvira pululando por la casa, algo que

agradeció, así podía entrar de lleno en el trabajo que tenía por delante.

Con un abrecartas fue rasgando uno a uno todos los sobres que permanecían cerrados. Después los ordenó por fechas y por remitentes. Después...

A la una del mediodía Elvira irrumpió en el despacho y sorprendió a Sagrario rodeada de todo tipo de papeles. La joven se había puesto en pie y tenía completamente llena la mesa de trabajo, la silla que ocupaba, y parte del suelo dado que no había encontrado más sitios disponibles para extender tanta información.

—¡Madre mía!, muchacha ¿Qué es todo esto?

Fatigada por el esfuerzo, como si aquello le cansara más que pasarse dos horas corriendo, la joven mostró con las manos y sin palabras lo que allí había. Después formuló una pregunta en la que no podía ocultar su personal preocupación:

—¿Hace cuánto tiempo que no viene alguien por aquí para ver todo esto?

—La verdad es que mucho —reconoció la anciana, al igual que hubiera hecho una chiquilla a la que están dando una merecida reprimenda por no haber ordenado sus juguetes—. Ya he perdido un poco la noción del tiempo y no recuerdo bien cuánto hace que Julián no viene aquí a trabajar de verdad. Yo le he tenido siempre mucho respeto. Fue la mano derecha de Ruperto y no he querido prescindir de sus servicios, y quizá a él también le dio apuro dejarme, y por eso venía, o hacía que venía por este despacho. ¿Qué pasa, que está muy mal todo?

—No está mal, Elvira, simplemente que desde hace año y medio no está, y no sé qué vamos a encontrarnos. A partir de ahí, iremos tomando decisiones. ¿No le parece?

—Me parece muy bien, hija, lo que tú digas. ¿Te gusta el pescado? Hoy han traído del mercado una dorada que parece que le falta hablar. ¿Te apetece?

Sagrario mostró entusiasmo ante la propuesta gastronómica y aceptó de muy buen grado la invitación.

La comida discurrió por los cauces que ambas se habían imaginado, con esa simpatía y complicidad mutua que, en definitiva, fue la causante de que la

joven aceptara trabajar temporalmente para la abuela de su novio.

—¿Y tu búsqueda de trabajo? ¿Qué tal va? —se interesó Elvira, ya delante del arroz con leche que les prepararon de postre.

—Todavía sin novedad. La verdad es que desde que he venido aquí no me he metido todavía en Internet para consultar mi correo electrónico. Ahora veré.

—¡Ay con eso de los correos electrónicos! Sé que son cosas de las modernidades pero no me acostumbro a que la gente se hable a través de una pantalla, como si estuviéramos delante de la televisión. Lo veo muy soso, impersonal. A mí siempre me han gustado las cartas, bueno, las cartas y todo tipo de felicitaciones, no eso del ordenador. Con las letras manuscritas hasta puedes intuir cuál es el estado de ánimo de quien te escribe; en el ordenador los moldes son siempre los mismos. Es imposible que sean más fríos y vulgares. ¿Tú sabes lo bonito que es una carta de amor? —la mujer levantó las cejas—, pero una carta de amor escrita en papel, con bolígrafo o mejor con pluma... Agarrarla entre los dedos, oler la tinta, llorar sobre ella, llevártela al corazón...

Sagrario contempló con extrañeza cómo la mujer se quedaba callada y absorta ante alguna idea que había cruzado su mente. Tomó su mano y la apretó suavemente.

—¿Está bien?

Elvira la miró como si estuviera delante de una desconocida. Algo había pasado por su cabeza, o se había dicho en la conversación... algún recuerdo, una chispa, una particular estrella fugaz que la había sumergido en un mutismo que preocupó a Sagrario.

—Elvira, ¿está bien? —repitió, ya más inquieta.

La mujer apartó los ojos del infinito y los clavó en los de la joven. Sonrió.

—No te preocupes, hijita, son cosas de la gente mayor. ¿Te importa que me retire? Me encuentro cansada y me apetece tumbarme un poco.

Ayudada por la señorita de compañía, la anciana salió al vestíbulo e inició el lento camino hacia las escaleras que conducían a su habitación. Sagrario la miró e intentó recordar de qué habían hablado antes de que la mujer tuviera aquel acceso de silencio.

«¿Puede ser que fuera cuando comentó algo de las cartas o de las felicitaciones?», se preguntó.

## 16 de julio de 1975

Habían pasado quince días desde que se conocieron, y Alfredo se preguntaba repetidamente cómo era posible que el siempre incierto destino no lo hubiera colocado antes en una ciudad tan encantadora como era Las Palmas, y por qué no había conocido a Pino hasta ese momento.

Dado su empleo de oficial del Ejército, su trabajo se circunscribía a prestar muy pocos servicios en su destino y, de momento por lo menos, gozaba de casi todas las tardes libres. Solo había tenido que permanecer en el cuartel el último fin de semana que se le hizo eterno, aunque palió la espera con dos largas conversaciones telefónicas con la persona que le había robado el sueño. Para Alfredo, Pino era una mujer excepcional. Era la encarnación física del concepto abstracto de simpatía, siempre estaba riéndose y se sentía con ella como si hubiera descubierto el amor. «Igual hasta ha sido así», pensaba. Dos meses antes de volar a Canarias había tenido lugar una fuerte discusión con la chica con la que estaba saliendo en la cual ambos mostraron la cara más agria de una relación. Los reproches indiscriminados, los rencores aflorados, el asomo de odio acabaron con un accidentado noviazgo de un año. Por eso Alfredo no pensó que en las islas fuera a encontrar a alguien como Pino. Creía que había viajado protegido ante posibles nuevas relaciones con una diamantina coraza, pero esa armadura había resultado ser de papel ante la primera conversación que tuvo con la canaria.

En las primeras tardes se dieron cita en la ciudad pero, a petición de ella, después cambiaron el lugar de encuentro a Las Canteras, la playa urbana de Las Palmas. Allí pasaban una buena parte de la tarde hasta que se tomaban un bocadillo que le servía a él de cena antes de regresar al cuartel y subir una larga y deprimente cuesta que ya odiaba con todas sus fuerzas.

—Es posible que haga puericultura —confesó Pino, ante una pregunta de su novio—. Desde siempre me han gustado los niños chicos. Pero todavía no lo tengo decidido, me quedan varios años para terminar. Creo que te dije que acabo de finalizar tercero. ¿Y tú? ¿Puedes explicarme exactamente qué hace un

topógrafo para ganarse la vida con ello?

Alfredo agradeció la pregunta porque le encantaba hablar de su profesión. Le dijo que su aspiración era opositar y ayudar a los ingenieros de caminos en el diseño de planos para trazar conjuntamente carreteras, túneles y grandes obras públicas, aunque también le fascinaban las rocas y los minerales, y su aplicación a la química y a la ingeniería civil.

—En España hay una red de carreteras muy pobre y mucha obra por desarrollar. Somos uno de los países europeos que tenemos menos kilómetros de autopistas construidos en proporción a nuestra extensión territorial. Y eso tenemos que solucionarlo entre todos. Y con el ferrocarril sucede lo mismo. Nuestros trazados tienen más de un siglo, y eso hay que cambiarlo si queremos modernizarnos.

Pino no había tenido antes novio, por lo menos *novio formal*, como decía su madre. Había salido con algún chico pero no había pasado de marcarse unos bailes acaramelados y darse un beso furtivo. Hacía dos años parecía que había encontrado una relación que podía alargarse en el tiempo pero tampoco fructificó. Ella había oído hablar a sus amigas de sus experiencias con los hombres y se sentía como un ser inferior ante ellas, aunque dudaba de que todo lo que le dijeran fuera cierto. No había nada en el mundo más dado a las disparatadas y a veces inverosímiles fantasías que las andanzas amorosas. Según oía a Alfredo hablar de aquello de los mapas y de las curvas de nivel, con fingida atención porque no le interesaba nada, pensó que le gustaría conocer la intimidad con alguien como el chico que tenía delante, que inspiraba tranquilidad y sosiego, que su cara mostraba un continuo aire melancólico, sensible incluso, con un hablar moderado, unos modales muy refinados y una exquisita educación. Además, Alfredo era un hombre muy guapo, con unos ojos muy bellos, una boca excitante y un bigote que le atraía cada vez que lo miraba. Además, y lo más importante: el peninsular le gustaba, mucho. Se pasaba toda la mañana anhelando que el reloj corriera para que llegara el momento del esperado encuentro, y eso Pino lo entendió como el termómetro más fiable del amor.

Se besaron y perdieron de nuevo el sentido de la orientación y de la temporalidad. Ambos sabían que no habían conocido antes a nadie así.

## 24 de julio de 1975

El general Ricardo Arozarena Girón era uno de los miembros más destacados del Alto Estado Mayor Central del Ejército. Uno de sus activos más importantes era el anonimato, pues muy pocas personas conocían su destino dentro del Ejército y mucho menos todavía sus verdaderas funciones. Por eso, y siguiendo las órdenes directas del general Fernández Vallespín, arribó a El Aaiún a bordo de un vuelo regular de Iberia que aterrizó en la capital saharauí procedente de Las Palmas. Allí, mezclado con esposas de jefes y oficiales, con saharauis o con soldados de reemplazo que regresaban de un permiso, el militar se sintió cómodo e integrado a la perfección en aquel grupo heterogéneo.

Llevaba para la ocasión una vestimenta especialmente informal: unos pantalones verdes de lino, una amplia camisa blanca de manga corta, unos cómodos mocasines y cubría su cabeza con una gorra que le daba un cierto aire bohemio. Nada más atravesar el control policial, con la documentación falsa que le habían proporcionado, montó en un taxi y pidió que lo llevaran al Parador Nacional de Turismo. Una vez allí, telefoneó desde su habitación a la persona con la que había quedado y mató la espera tomándose un refresco en uno de los salones del establecimiento, concretamente uno decorado con motivos árabes que invitaba al sosiego y la reflexión.

Lo que en Arozarena hubiera sido una cualidad negativa, para su interlocutor era sin embargo una señal de identidad: Federico Gómez de Salazar era una de las personas más populares de El Aaiún. Campechano, próximo a la población civil, el general se prodigaba en cualquier lugar público de la ciudad, fuera paseando por la avenida del Ejército, fuera de charla con los sacerdotes que atendían la misión católica en la capital o, incluso, tomando una copa en uno de los cabarets del barrio del cementerio.

Federico subió la cuesta que comunicaba su despacho con el Parador y preguntó en recepción por su colega, el general Arozarena, al que llamó simplemente *Enrique*, tal y como le habían pedido. Se saludaron con una

medida efusividad y el Gobernador insistió en que permanecieran sentados en el salón, aprovechando que a esas horas estaban solos.

—No me gusta este sitio, Federico, no tiene intimidad suficiente.

—*Enrique*, tampoco tenemos muchos más lugares para hablar con comodidad. Ya me dijiste por teléfono que no querías ir a la sede de Gobernación y esto es como un pueblo, aquí nos conocemos todos, y todos me conocen a mí. Voy por la calle saludando continuamente a todos los militares que se cruzan conmigo y, si fueras a mi lado, te vería mucha gente, y me dijiste que querías pasar desapercibido.

—Esperemos que no venga nadie más por aquí. Tengo el vuelo de regreso mañana a las ocho de la mañana y tenemos que aprovechar el tiempo, tengo muchas cosas que contarte —Arozarena miró a ambos lados—. Realmente nadie va a sospechar que vayamos a mantener una reunión de trabajo en un lugar público. A veces, el descaro es la mejor medida de protección. Si alguien nos ve, pensará que soy un amigo tuyo de la Península —concluyó.

Con un volumen de voz especialmente bajo, y tapándose intencionadamente la boca con la mano, *Enrique* fue contando al Gobernador todas las novedades producidas en los últimos veinte días, desde el día en el que Fernández Vallespín le detalló en el Cuartel General del Ejército lo que era *Laissa*, reunión en la que Arozarena también estuvo presente aunque sin especial protagonismo.

—El Generalísimo se encuentra en sus últimos años de lucidez —conjeturó el recién llegado, sin poder disimular su pesar sobre todo por la incertidumbre que generaba la situación—. Tiene una salud de hierro, pero todos sabemos que no va a ser eterno. Este año de 1975 se le está haciendo muy cuesta arriba y sus allegados me dicen que cada vez es más difícil que aguante una sesión normal de trabajo, y que sus conversaciones se prolongan en exceso por las dificultades que muestra a la hora de expresarse.

Después continuaron con la materia que los había reunido. Gómez de Salazar le confirmó las unidades que habían llegado ya al Sáhara y cómo las estaban acoplando en los distintos acuartelamientos existentes en la ciudad.

—Nunca ha habido un trasiego tan grande en la avenida de los Tercios —opinó el gobernador, siempre en el tono espontáneo que normalmente utilizaba—. De momento todo sigue marchando tal y como se planeó, aunque la gente está muy revuelta. El pasado día doce estalló una mina que mató a un niño, el hijo de uno del PUNS, y dos días después murieron tres agentes de la Policía

Territorial al explotarles un artefacto en La Charca. Los del Polisario han negado la autoría. La gente tiene miedo de cada paquete que ven tirado por la calle, antes solo tenían miedo de que les mordiera un perro vagabundo.

—Bueno, Federico, pero eso, con todo lo grave que sea, que lo es — admitió con honestidad Arozarena—, no debe apartarnos de nuestra misión. A lo largo de agosto arribarán los carros de combate desde Campamento, en Madrid. De momento los mantienes en El Aaiún y más tarde los trasladas hacia la frontera norte. El lugar que tendrán que cubrir será la frontera de Tah, por lo que montarán el cuartel general avanzado en las proximidades de Daora.

—¡Caray, parece que hablas como si lo conocieras!

—¿Y quién te ha dicho que no lo conozco? No físicamente pero sí por las fotografías que se han tomado del entorno. En la primavera pasada sobrevoló la zona una avioneta civil dotada de cámaras camufladas. Partió desde vuestro aeropuerto y se cursaron los correspondientes permisos de vuelo. Por la cara que pones, veo que no te lo contaron.

—Me entero de casi todo lo que acontece aquí, pero no de todo, lógicamente. Te recuerdo que en todo el Sáhara hay ahora destacados más de veinte mil efectivos.

—Lo sé, no es reproche.

El camarero interrumpió la conversación:

—Don Federico, ¿van a querer ustedes tomar algo más?

Gómez de Salazar habló por los dos y pidió nuevas bebidas mientras encendía un cigarrillo.

—Me imagino que, conforme pasen los días, tendrás más presiones por parte de tus colegas. Estamos convencidos de que la gente se va a poner muy nerviosa. Ahora lo están, pero no es nada comparado con la situación que se vivirá dentro de unos meses, unos pocos meses —matizó con preocupación Arozarena—. Serán tus subordinados pero todos sabemos que un coronel es un puesto influyente en el Ejército; tú y yo lo fuimos y nos permitimos opinar, incluso realizar críticas, ante nuestros generales. ¿No es así?

—Sí, claro. Hacen preguntas, y yo les digo que en Madrid se ha decidido reforzar la frontera norte para garantizar nuestra seguridad ante el referéndum, tal y como quedamos.

El visitante asintió, siempre con semblante serio y grave.

—No te ocultó, Federico, que me preocupan especialmente dos personas.

Uno de ellos es Rodríguez de Viguri. Lo del PUNS no le ha salido bien, eso es un hecho, y ya veremos cómo resulta el diario La Realidad.

—Lo del PUNS ha salido mal fundamentalmente porque Luis se equivocó de hombre. Sabíamos que Halihenna era un ambicioso, pero no nos imaginábamos que fuera a resultar un traidor, y más con los lazos que mantenía con España. No hace falta que te recuerde que está casado con la hija de un magistrado de Ávila ¿Cómo podíamos imaginarnos que una persona así iba a acabar besando la mano de Hassan?

—En eso te doy la razón.

—Y con el periódico, tampoco has de preocuparte. Con todo, Luis es un hombre fiel y muy inteligente. El diario está en la calle desde primeros de mes y no ha habido ninguna incidencia. Está teniendo mucha aceptación entre la población aunque no así por parte de los anunciantes. Prácticamente no tiene publicidad. De momento nos cuesta dinero.

—Nuestros informes sobre el coronel son excelentes. Lo de publicar un diario aquí, en el Sáhara, es una buena idea, pero no pierdas el control de lo que se pone ahí. Síguelo de cerca —Gómez de Salazar asintió—. El otro que me preocupa, mucho más que el anterior, es Timón de Lara.

El gobernador demudó el rostro. Sabía que la Legión era un cuerpo sin comparación con otros, tanto para lo bueno como para lo malo. De hecho, eran las únicas fuerzas profesionales radicadas en la provincia ya que, aunque también había soldados de reemplazo en sus filas, siempre eran voluntarios y cobraban un sueldo que no podía compararse con la migaja que percibía la tropa común. También era conocedor de que el coronel Jefe del Tercio Juan de Austria era una persona muy querida por sus subordinados, y siempre se había mostrado muy ácido con las decisiones de Madrid y su tranquilidad administrativa para con los altercados que se sucedían continuamente en toda la provincia. Sus comentarios acababan denunciando la pasividad del gobierno y, en concreto, de Arias Navarro.

—José María es otra cosa, nada que ver con Luis. En alguna ocasión he tenido que pararle los pies y tirar de sables, siempre en sentido figurado, entiéndase —el gobernador se justificó, quitando trascendencia al duro comentario efectuado—. Es muy exaltado, creo que demasiado, pero también lo veo lógico. Sus soldados son muy distintos al resto de los destacamentos y son personas que piden acción, acuérdate de la letra de su Credo —recordó—, por lo que su jefe debe acompañarlos, por lo menos dialécticamente.

—Ese es el problema, Federico, que este hombre puede poner en pie de guerra un destacamento tan comprometido con la causa como el legionario, y aquí hay que atenerse a las órdenes de forma estricta, sin iniciativas personales. En el pasado hubo errores muy graves —remarcó— que no tienen cabida en la actualidad. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Si te genera problemas adicionales, o si ves en peligro tu autoridad, me lo dices y tomamos una solución urgente.

El general Ricardo Arozarena calló que la decisión sobre el coronel ya estaba tomada y que solo estaban esperando a que se produjera una vacante adecuada para sacar del Sáhara a José María Timón de Lara. En Madrid no querían que en la provincia hubiera un mando legionario tan vehemente. Todavía recordaban los sucesos de 1970 y las funestas consecuencias que trajeron para las relaciones con los saharauis.

—Y otra cosa que quería comentarte. El tema de las minas.

—Dime —como en todo momento, el gobernador seguía manteniéndose muy atento a las instrucciones que le impartía el hombre del *Alto*.

—Ya te contamos en Madrid que se ha acuñado un nuevo término, el de *Frontera Militar*, o *Línea de Disuasión*, que se encuentra aproximadamente diez kilómetros al sur de la frontera administrativa con Marruecos, el famoso paralelo 27° 40'. Es una marca ficticia que tendrá suma importancia llegado el momento. Pues bien, al sur de la frontera real y hasta esa línea de disuasión hay que desplegar las minas antipersonas que te indicamos.

—Lo recuerdo perfectamente. De todo lo hablado fue lo que más me entristeció. No me imagino al Ejército español colocando minas que puedan mutilar a civiles.

—No pienses tanto, Federico —pidió *Enrique*—, te lo aconsejo como amigo. Quiero que en la colocación de esas minas así como en el diseño del lugar donde van a desplegarse, intervenga personal no adscrito al Sáhara.

—Eso me parece normal, ya sabes que aquí no hay zapadores.

—Por eso mismo. Vendrán unidades de la Península con un mando independiente. Será un comandante de la más absoluta confianza. Pero, ¿tú puedes conocer en Canarias a alguien que pueda ayudarnos en esta tarea? Por los mapas no te preocupes. Al margen de nuestra propia cartografía militar, tenemos las fotos que hicieron los norteamericanos con máxima calidad, y son muy recientes. En las mismas figuran las coordenadas de cada instantánea y la

altura desde la que se tomaron.

Gómez de Salazar se quedó pensativo.

—No te preocupes por ello. Hablaré con un compañero de promoción que está destinado en Las Palmas; es coronel. Supongo que estamos hablando de alguien que maneje muy bien los planos topográficos y las características orográficas del terreno. Y también alguien discreto que no haga preguntas. Militar, por supuesto. ¿Es así?

—Así es, Federico, así es.

## El orden

Sagrario llevaba una semana en Orquídea Real y se mostraba satisfecha con su trabajo, aunque no así con lo que se había encontrado. El desorden en los papeles era tal que halló numerosas facturas por cobrar, de las que todavía no habían recibido los fondos; y gran cantidad de notas de proveedores, que fueron abonadas dos veces, incluso tres en algún caso. Intentó ser moderada en la exposición de la realidad a su circunstancial *jefa* y aprovechó para ello el momento del desayuno, nada más regresar de la ducha que se había dado después de la carrera matinal que no perdonaba ni un solo día.

—Elvira, así está la situación. No voy a hablar mal de Julián, pero tampoco puedo halagar sus virtudes profesionales. Tiene, o tenía, un importante desorden con sus papeles. Hay viviendas de las que no se cobra la renta desde hace varios meses y dos de ellas, incluso, que no pagan desde el año pasado. Lo he comprobado con los extractos bancarios. La campaña del aceite de noviembre y diciembre del año pasado está cobrada pero la cooperativa pagó una cantidad muy inferior a la del año anterior, sin razón aparente. En ningún lugar he podido saber cuántos kilos se obtuvieron, a qué precio se vendieron, cuántos trabajadores se contrataron... También pasa lo mismo con un invernadero de los que compran flores.

Sagrario continuó mostrando la situación administrativa real pero procuró ser compasiva en los juicios contra el anterior gestor aunque sin ocultar aquello que entendía era significativo.

—Tienes razón, Sagrario, tienes toda la razón. He sido muy dejada para estas cosas y no tenía que haberlo sido. Me fie de Julián y no hay que hacer eso con nadie, y menos si estamos hablando de dinero.

—¿Y su hija nunca ha mirado esto?

—Violeta nunca se ha preocupado por la situación de Orquídea Real. Ella

vive en Madrid y es allí donde tiene su ambiente. Y si hablo de mi yerno, peor todavía. Es alguien que nunca ha existido, en casi ningún sentido. Nunca me ha faltado al respeto y no tengo queja alguna de su conducta o de sus palabras, ni hacia mí ni hacia mi hija o mi nieto, pero todavía está por ver que me llame un día para interesarse en profundidad por mi estado de salud, como médico que es, no formular una mecánica pregunta de cumplido, que no soy tonta y sé cómo se preguntan las cosas. Parece un ausente, un muerto social —Elvira fue consciente de que si hubiera seguido hablando de su hija y de su yerno, habría acabado llorando.

—Bueno, no se preocupe, analizaremos el tema de su situación administrativa. Si le parece, voy a hablar con un amigo abogado para que reclame las deudas que están impagadas y las pongan al día. Parece ser que eso de la llamada de un abogado sigue surtiendo efecto, según me contó en una ocasión.

—Muy bien, muy bien —la mujer agradeció la actitud de la joven con una sonrisa y con unas palabras de ánimo.

—También hablaré con los proveedores que han cobrado dos veces. Parece que son antiguos y habrá sido un despiste. Lo comprobaremos muy pronto. ¿Le parece? He telefoneado al administrador de la cooperativa aceitera y he quedado en entrevistarme con él para la semana próxima. Se ofrece a facilitarme todo tipo de detalles de la última campaña. Tengo mucho interés en hablar con él y que me explique los pagos euro a euro. Es bastante dinero y no estoy convencida de lo que he visto en los papeles y lo que me ha contado por teléfono.

Elvira se emocionó. Agarró la mano de Sagrario y la apretó con fuerza.

—Ha sido una suerte que hayas venido por aquí. Además, me encontraba muy sola.

—Pues ya no está sola, estoy yo aquí. Y si no me echa, estaré un tiempo.

—¿Qué tal andas con tu búsqueda de trabajo? —la anciana se rehízo y mostró interés por su situación profesional. A veces pensaba que estaba siendo muy egoísta y que la retenía en un lugar tan perdido como Orquídea Real, en un mundo que sabía que no era el natural de la joven periodista.

—Bien, tengo apalabradas dos entrevistas que las he juntado en el mismo día, en Madrid. El miércoles próximo viajaré allí y a ver si hay suerte, pero no creo.

—¡Ojalá tengas esa suerte que te mereces!, aunque te vayas de aquí.

—Elvira, si en esos contactos me saliera un trabajo, no se preocupe que esto no va a quedarse tirado otra vez. Tengo amigos gestores que estarían encantados de prestar atención a estos asuntos. Solo requieren algo de dedicación y constancia. Y honradez, también un poco de eso hace falta en estos temas.

Las dos mujeres siguieron desayunando solas en el inmenso salón y Sagrario aprovechó para plantear algo que llevaba tiempo rondándole.

—Elvira, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro que sí, hijita, pregunta lo que quieras.

—Entre los papeles que he visto a lo largo de esta semana me he encontrado con el contrato de alquiler del ático de Rosales, que parece ser que era donde vivían antes —la mujer concedió, callada—. He comprobado que pagan la renta con normalidad.

—Sí, es una familia de franceses que llevan allí muchos años. Nos la alquilaron al poco de venimos aquí. Creo que con lo que llevan pagado de alquiler podían haberse comprado dos o tres áticos iguales... —sonrió con su propio comentario.

—El ático debe de ser impresionante, a juzgar por las medidas que tiene. Y me pregunto, ¿por qué se vinieron a Turrillas y dejaron aquello?

El rostro de Elvira se transformó, palideció y se hizo ojeroso. Notó que le costaba respirar.

—¿He preguntado algo que no debía? —quiso saber Sagrario, incomodada por la reacción de su anfitriona.

La mujer se levantó con lentitud y llamó a la señora de compañía. Esta llegó diligente y le ofreció su brazo.

—Voy al jardín, que quiero que me dé un poco el aire.

Sagrario sentía que la pregunta fue una torpeza pero no podía imaginar que una cuestión así, tan sencilla en un primer momento, causara una impresión tan acusada.

Apuró el café con leche. La joven supuso de nuevo que el motivo de su traslado fue que una parte de los proveedores de su marido en los puestos de Legazpi serían agricultores y cooperativas del Poniente almeriense, y que la mudanza obedecería a razones exclusivamente comerciales y de logística, al margen de que Orquídea Real era una mansión de un tamaño y calidad muy superior al ático de Madrid, aunque estuviera en Rosales. Una vivienda con caballos, cocheras, piscina, invernaderos, inmensa finca... «Sí, seguro que fue

por eso».

## La encerrona

Miguel se mostraba muy contento, casi eufórico. Reconoció ante su madre que hacía mucho tiempo que no tomaba una tortilla en salsa tan buena como la que le habían servido esa noche.

—Bueno, que no estés aquí para tomártela no es mi culpa —comentó Violeta, lanzando el primer dardo.

La cena había transcurrido en completa normalidad. Aprovechando que Sagrario se encontraba fuera de la ciudad, su madre lo había llamado al móvil, a media mañana, para proponerle que los visitara por la noche. El muchacho rápidamente accedió y aprovechó para pedir que le cocinara algo bueno, alguna de las especialidades de las que, desde hacía poco más de un año, ya no probaba. Llegó a su antigua casa sobre las ocho de la tarde y pasó un buen rato hablando con su padre sobre el trabajo, su empresa, sus relaciones profesionales y la entrevista que le había hecho hacía unos días un *headhunter* para un puesto en una multinacional con mayores responsabilidades de las que ahora asumía. Un cargo, además, que suponría un fuerte incremento salarial. El muchacho se mostraba muy ilusionado con aquel hipotético cambio. Después se sentaron a la mesa y durante la cena comentaron asuntos intrascendentes en los que nombraron a unos primos lejanos, la defunción de un vecino de avanzada edad y el traspaso de algún comercio de la zona; poco más. Fue a la hora del café cuando Violeta comenzó a desplegar la táctica que había preparado minuciosamente desde hacía varios días.

—¿Qué tal está Sagrario en Orquídea Real? ¿Has hablado con ella?

—Hablo todas las noches un ratito. Está muy contenta. Descansa mucho, hace deporte y me dice que habla bastante con la abuela. ¿Has hablado tú con ella?

—¿Con mi madre? Bueno... no hablo desde hace unos días. Me contó que

estaba bien, muy tranquila. Y dime, ¿de qué habla con la abuela? Me imagino que hablarán mucho del campo, como sus padres son agricultores... —recordó con toda intención.

—No me lo dice, mamá. A las dos les gusta mucho leer. Me imagino que de eso y de lo que se tercie. Me ha contado que había mucho desorden en los papeles de Orquídea Real.

—Tengo que reconocer, Miguel, que no me gusta nada que una extraña esté mirando nuestras cosas.

—Mamá, Sagrario....

—Sí, ya sé que vas a volverme a decir que Sagrario no es ninguna extraña —la mujer no le dejó terminar—, pero sí estarás conmigo en que lleva muy poco tiempo en la familia como para acceder a una información tan íntima y delicada como son nuestras finanzas.

—La chica dijo que sabía de eso, ¿no? —intervino Rogelio que, como siempre, se mantenía callado, nunca se sabía si por el avasallamiento dialéctico de su esposa o por su habitual dejadez en los asuntos que Violeta solía tratar.

—Claro que sabe, y mucho —confirmó Miguel, el cual ya estaba empezando a intuir que la propuesta de cena no solo era para que unos padres vieran de nuevo a su hijo emancipado, sino para lanzar una estudiada ofensiva contra su novia.

—Si yo no digo que no sepa, pero no es lo mismo. No sé, Miguel, francamente, creo que como madre estoy en la obligación de decírtelo, no sé qué ves en esa chica.

El joven intentó fulminarla con la mirada. Atrás había quedado el semblante inocente y despreocupado que había llevado a casa de sus padres. Su madre se había quitado la careta de falsa e ingenua progenitora que invita a un capricho a su hijo para ofrecer su faz habitual, esa que tantas pesadillas e insomnios le habían provocado durante su adolescencia y juventud.

—Mamá, la quiero, eso es lo que veo, y eso es lo único que quiero ver.

—Si eso del amor está muy bien. Oye, la chica es mona, no voy a negarlo, y no diré yo que no es precioso eso de quererse y darse cariños. Pero una cosa es el apasionamiento, la ilusión, la tontería de los primeros días o meses, y otra muy distinta la reflexión que hay que hacer cuando quiere uno plantearse su futuro en compañía de otra persona.

—Mamá, ¿qué tienes tú en contra de Sagrario? Todavía recuerdo la tarde

aquella en el Ritz, y eso que han pasado ya dos años. Y lo del otro día en Orquídea Real... de verdad, mamá, no te entra en la cabeza que hablamos de mi vida.

—Miguel, la vida de un hijo no es ajena a sus padres. Ya lo verás tú cuando llegue el momento y me des nietos. Yo no puedo quedarme de brazos cruzados cuando veo a lo que más quiero viviendo con la hija de unos agricultores casi analfabetos, tienes que entenderlo.

El hijo clavó sus ojos ensangrentados de ira en los de su madre, que lo contemplaba desafiante e impasible. Miró a su padre.

—Papá, tú, ¿qué dices?

El hombre apuró el café y se limpió los labios con la servilleta, con parsimonia añadida.

—Miguel, tu madre quizá es demasiado vehemente en sus exposiciones, pero tiene razón en algo: las diferencias sociales entre las parejas acaban siendo un problema. He visto muchos casos de ello —aseguró, siendo la primera vez que entraba en la conversación desde que se habían sentado a la mesa.

El joven miró alternativamente a sus padres.

—Con vuestro permiso, voy a marcharme a casa, que mañana tengo que madrugar. Mamá, la tortilla estaba exquisita, gracias por invitarme.

Miguel abandonó la casa de sus padres sin pronunciar más palabras y sin darles un beso. Entró en el ascensor, pulsó la planta baja y cerró los ojos con fuerza.

Rogelio se quedó mirando a su mujer.

—Estarás contenta...

La mujer lo miró con furia:

—Ejerzo de madre, que no es lo mismo. No como tú, que siempre te has mostrado para los asuntos importantes con Miguel como un ser indolente, un *pasota*, como se dice ahora. Además, ¿no crees que, con los días que lleva esa loba en Orquídea Real, ya habrá tocado el tema?

—¿El tema? ¿Qué tema?

—Joder, Rogelio, que no te enteras. Que no te enteras de nada.

La mujer se levantó encolerizada y se dirigió a su habitación. Ya recogería las cosas de la cena la asistenta cuando llegara al día siguiente.

## 28 de julio de 1975

Carlos Junquera se había sentado a la pequeña mesa de uno de los cafés que se asomaban a la plaza Yamaa el Fna, el centro turístico y cultural de Marrakech, una de las ciudades más importantes de Marruecos y destino habitual del rey Hassan II, el cual tenía en el hotel La Mamounia uno de sus centros de reunión predilectos.

La persona con quien Junquera iba a reunirse era también un marroquí, aunque no de tanto relieve. El oficial del Alto Estado Mayor se había citado con uno de sus contactos en Marruecos, una persona de confianza que le surtía de información, alguien que le pondría una pieza más al puzzle, quizá una sola pero que, unida a otras muchas, servirían al *Alto* para componer una imagen nítida de una realidad que buscaban y para la que trabajaban.

Pidió un té y esperó pacientemente la llegada de Faid. La plaza presentaba su actividad habitual, aunque el sol la atizara con el látigo de su implacable dureza térmica ofreciendo su rostro más hostil. A Carlos le gustaba más aquel lugar por la noche, cuando montan innumerables puestos de comida que lo convierten en una gran cocina y un gigantesco restaurante, todo junto, en unidad de tiempo y espacio.

Faid llegó apurado, como era su estilo. Parecía que aquel hombre siempre tenía muchas cosas que hacer y su agenda estaba demasiado repleta. Se sentó enfrente de Junquera y pidió otro té.

—Tengo que marcharme pronto —consultó el reloj, intranquilo—, en menos de media hora comienza la Asr.

—Es que aquí rezáis mucho, cinco veces al día. Debéis de ser cinco veces más malos que en España, que rezamos solamente una —consideró, irónico.

—Don Carlos, es nuestra religión, no opine de ella con frivolidad. Nosotros no opinamos de la suya.

—Sí opináis. Bueno, dime, qué es aquello nuevo que tienes que contarme según el recado que me has dejado.

El hombre miró hacia todos los lados, inquieto y apurado, y comenzó a

relatar en un francés muy primitivo aquello que para él tenía importancia por ser un hecho inusual.

—Me he enterado de que hay centros donde la gente se apunta a algo.

—Explícate mejor, Faid.

—Sí, son lugares donde va gente y se apunta a una especie de trabajo que va a realizarse dentro de unos meses, pero no sé muy bien en qué consiste porque no lo dicen. Yo me he apuntado también porque es algo bien pagado. Se está apuntando gente mayor y gente joven, normalmente desocupados.

—¿También mujeres?

—Sí, también hay mujeres, pero son las menos. La mayoría son hombres, también algunos niños.

—¿Y cuánto tiempo durará ese trabajo que me dices?

—Por lo menos un mes. Eso sí lo he preguntado.

Carlos Junquera asintió.

—Esa es poca información para lo que te pago, Faid. Dime más cosas o tendré que cambiar de proveedor de noticias. Cuentas poco más de lo que me entero yo por mi cuenta al leer *Le Matin*.

—Sí, tengo más información. Tengo un primo que vive en Casablanca y me contó hace unos días que el ejército está comprando bidones de agua, muy grandes, de cincuenta litros.

—¿Bidones? ¿Y qué tiene eso de raro?

—Que me ha dicho que han comprado cincuenta mil bidones para llevar líquidos, me imagino que agua.

—Dices cincuenta mil bidones de cincuenta litros... estamos hablando de dos millones y medio de litros de agua —calculó rápidamente el oficial del *Alto*, mientras se quedaba muy pensativo con lo que le contaba aquel infeliz.

—Será esa cantidad que usted dice —el marroquí tenía muchas dificultades con las matemáticas, no intentó ocultarlo.

—Mucha agua es esa, sí. ¿Y para qué quieren conservar o transportar tanta agua? ¿Te suena un precedente así?

El marroquí negó con la cabeza.

—¿Algo más?, que no quiero que llegues tarde a tu rezo.

—Sí, pero eso no me lo ha dicho ningún familiar en Casablanca, eso lo sé yo porque mi hermano trabaja en una imprenta, aquí, en Marrakech. Llevan casi un mes trabajando a todas las horas del día, solo descansan para los rezos y los viernes, nada más. El resto del tiempo las máquinas no paran y los

hombres se relevan. Han contratado a muchos eventuales.

—¿Y qué hacen en esa imprenta que necesitan a tanta gente?

—Imprimen coranes.

—¿Coranes? No guarda lógica que impriman tantos coranes de golpe, ese libro está en todas las casas, ¿me equivoco?

—No, don Carlos, no se equivoca. Todos los musulmanes tenemos en nuestra casa un Corán, y muy usado. Todos los días lo leemos y discutimos sobre las suras.

—Entonces si no es para venderlos en Marruecos, porque aquí ya lo tenéis todos, ¿para qué podrán querer tantos libros sagrados? ¿Para exportarlos?

—Tampoco tiene sentido. Solamente los podrían exportar en tanta cantidad a un país musulmán, y en todos los países musulmanes pasa lo mismo, todos los fieles tenemos nuestro propio Corán.

Junquera apuró el té y levantó la mano para llamar al camarero— ¿Sabes quién paga esos coranes?

Faid asintió de nuevo.

—El ministerio.

El marroquí se marchó de forma atropellada por el mismo lugar por donde había llegado y el oficial intentó reconstruir la información que le había facilitado. Ahora llegaría a su oficina y elaboraría un informe, como siempre, redactado en dos partes. Por un lado se limitaría a reseñar los hechos de forma objetiva, tal y como se los habían contado. Por otro lado, porque así se lo pedían siempre, emitiría una opinión personal, una particular versión de los hechos, una consecuencia de lo primero siempre bajo la premisa de que nadie hace algo por nada y que, por lógica, todos los pasos, y más cuando hay dinero por medio, se realizan obedeciendo a alguna causa concreta, a un guion preestablecido.

En este caso, Junquera interpretó que el Estado alauí estaba haciendo acopio de material para celebrar algún tipo de concentración masiva, a juzgar por el número de bidones, ya que cincuenta mil envases de ese tamaño era un contingente muy relevante. Y esa concentración masiva, lógicamente, tenía que ser fuera de sus casas, de ahí la necesidad de los coranes.

Lo que no sabía el oficial del *Alto* era que aquella información que iba a suministrar a Madrid sería obviada por Arozarena, dado que el general sabía muy bien para qué iba a usar el gobierno marroquí esos bidones, quiénes serían los destinatarios de los libros sagrados y por qué estaban recogándose

nombres de personas desocupadas o de indigentes. Arozarena confiaba mucho en Junquera, y pronto le detallaría *Laissa*. Necesitaba contar con la sutil sagacidad y la demostrada eficacia del capitán. Pero eso sería más adelante. El general era de los que pensaba que la información había que compartirla cuando realmente fuera imprescindible, ni un minuto antes.

## 3 de agosto de 1975

Alfredo no podía creerse que aquello que le estaba pasando fuera una realidad. Se encontraba dentro de una cama de matrimonio en el hotel Europalace, de la Playa del Inglés, el destino turístico más importante de la isla de Gran Canaria. Y parecía que iba a estallar de emoción. Se durmieron cuando el sol despuntaba y comenzaba a colarse, tímido, por las rendijas de la persiana bajada casi hasta el tope. La pareja quería huir del mundo y no había encontrado mejor medio para esconderse de la atmósfera exterior, dado que ellos ya habían creado la suya propia.

Pino dormía a su lado, desnuda, como había estado toda la noche, después de que se desvistiera con tanto pudor que hasta le pidió que apagara la luz. Él accedió. Consintió eso y todo lo que ella le fue solicitando. Aquella criatura se estrenaba en una relación completa y no fue capaz de ocultar su miedo durante una buena parte de los prolegómenos. Incluso en una ocasión llegó a levantarse de la cama, trémula y perdida. Alfredo se dotó de paciencia y le habló sin abrir la boca nada más que para besarla, para acariciarla, para transmitirle seguridad.

Salvados aquellos primeros momentos, llenos de duda y nervios, Pino se mostró como si no fuera ella y disfrutó hasta coronar su propia capacidad física.

Después del primer encuentro, pidieron una segunda cena al servicio de habitaciones y recordaron, risueños, la aventura que había constituido conseguir cama ya que temían que les pidieran el Libro de Familia; pero no fue así.

—No se preocupen —les dijo la recepcionista, en español pero con un fuerte acento alemán que no podía ocultar su país de procedencia—. Ya sabemos que Canarias es España, pero muchos de nuestros clientes europeos no están casados y aquí no pedimos documentación familiar a nadie. Tenemos que adaptarnos a ellos y a sus costumbres. Con que se acrediten con su pasaporte es suficiente.

Había sido una situación cómica ahora que la recordaban, pero muy violenta en un primer momento.

Pino abrió un párpado, perezoso, y lo miró con una cara de sueño que Alfredo querría haber enmarcado. Jamás había visto a alguien tan bello como aquella muchacha que había entrado en su vida con tanto ímpetu, y que se había apoderado de su tiempo y de sus pensamientos convirtiéndose inmediatamente en el eje de su existencia.

—¿Qué miras? —preguntó Alfredo, sonriente, todavía con una brizna de rubor ante unos ojos que estaban aprendiendo por primera vez cómo era el cuerpo de un hombre.

—Te miro a ti, mi niño. Nunca he visto a nadie más lindo.

Los dos reían sin parar. Pino no había tenido mejor ocurrencia que repasar la anatomía de su amante como si estuviera en una clase de la facultad. Con ayuda de dos dedos y a la vez que los iba señalando, examinaba el cuerpo de Alfredo y nombraba los músculos y los huesos que había en cada parte de su cuerpo. Pero lo verdaderamente divertido era que Pino se los sabía en inglés:

—This is the knee, and these are the elbow and the ulna.

El joven perdió la cuenta de la de nombres que sabía en los dos idiomas, y no paraba de sorprenderse de las habilidades de la futura doctora.

—¿Te sabes todo el cuerpo humano en ambas lenguas?

—Todo no, pero casi todo. Una de las mayores herencias que van a dejarme mis padres va a ser la educación. Desde bien pequeña me llevaron a tomar clases de inglés, con un profesor particular, y algunas veces he cuidado niños de familias inglesas, en los veranos, y no puedes imaginarte cómo se aprende el idioma con ellos: sus juegos, sus acentos, sus expresiones... ¡es increíble! Más que cobrar, tendría que haber pagado por ello.

Continuaron hablando hasta que el calor se hizo tan presente en la habitación que tomaron la decisión de bajar a la piscina. El permiso de fin de semana expiraba a última hora de ese domingo y todavía tenían mucho tiempo por delante para seguirse conociendo.

Dentro del agua recordaron cómo fue la proposición. Sucedió en el Parador de Cruz de Tejada, adonde subieron a comer el sábado anterior. Allí, a la hora de los postres, Pino se decidió a proponer lo que a Alfredo parecía

que le costaba. Era una mujer con veinte años ya cumplidos, con tres años de carrera universitaria, rodeada de amigas que se consideraban unas expertas y ella, mientras, seguía igual, como si fuera una adolescente de otra época. Conocía a la perfección el aparato reproductor masculino, tanto su composición como todas sus funciones por las clases de la facultad, pero hasta ese momento solo lo conocía por las imágenes reflejadas en sus libros, nada más que por imágenes. Alfredo era un hombre encantador, y muy guapo para ella, una persona sin compromisos sentimentales, no iban a hacer daño a nadie, no se producirían engaños... ¿por qué no?, ¿por qué no con él?, ¿por qué no poner fin a una situación anacrónica propia de otro siglo y no del XX que estaba ya en su recta final? «Si no se lo digo ahora voy a arrepentirme toda mi vida. Además, me gusta, mucho. Creo que estoy perdidamente enamorada de él», pensó, antes de lanzar la propuesta.

No pudo reprimir el llanto. Él intentó consolarla.

—Vamos, Pino, no te pongas así. Mañana no tengo servicio y podemos quedar a las seis de la tarde donde siempre.

—No puedo remediarlo, mi niño, no puedo remediarlo.

Se encontraban en el interior del Renault 5, con ella al volante, detenidos junto al puerto y al principio de la larga cuesta que conducía a los principales acuartelamientos de La Isleta, viendo la triste y pesada procesión de soldados que, con paso lento y fatigoso, subían hacia sus destinos antes de que cumpliera la hora de recogida.

—Alfredo, estoy siendo muy feliz contigo y sé que esto no va a durar toda la vida.

—No pienses en el futuro, Pino. Solo pensemos en que mañana vamos a reunirnos por la tarde y que he pasado el fin de semana más bonito de toda mi vida. Y todo gracias a ti.

Ella asentía mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas y se perdían entre los diminutos poros de su piel. Aun en esa situación, el joven la seguía viendo inmensamente bella.

—Si yo soy la primera que lo sé, que sé que esto no puede durar toda la vida, que volverá septiembre y con él, el inicio del curso, y que ya no podremos vernos todos los días, que será solo algunos fines de semana, y que cuando queramos darnos cuenta, llegará diciembre...

No habló más. Alfredo la estrechó contra su cuerpo y así se mantuvieron hasta que él tuvo que interrumpir el momento con un comentario tan desagradable como necesario.

—Son las diez menos cuarto. Voy a tener que subir a la carrera.

Se dieron un largo beso de despedida y, antes de que se apeara del coche, él hizo un último comentario:

—Por cierto, mañana me ha citado el coronel del regimiento a las diez de la mañana. No sé qué querrá contarme.

# La inhabilitación

Se habían sentado a una mesa para dos, amplia, débilmente iluminada y alejada del resto de comensales, como eran todas las del restaurante, que sacrificaba número de cubiertos por mayor privacidad para sus clientes que pagaban esa comodidad dentro de la factura.

—¿No lo conocías?

—José Luis, no creas que salgo tanto como para conocer todos los restaurantes de Madrid.

—Todos no, pero este es uno de los que está más de moda.

—No, no lo conocía, pero ya te dije que me fiaba de tu buen gusto y, como ves, no me he equivocado.

El hombre sonrió por el cumplido. Después de pedir al *maître* por los dos, mientras miraba a su acompañante esperando una aprobación que se dio en todo momento, lanzó la pregunta que ella no esperaba:

—A ver, dime, ¿qué quieres de mí?

—¡Caray, José Luis!, ¡qué directo!

—Violeta, te conozco demasiado bien, aunque sabes que me gustaría conocerte mejor de lo que me dejas —sonrió, con picardía—, y sé que si me has llamado para vernos es por algo.

—¿Tan interesada me ves?

—No digo que seas interesada, solo que te conozco desde hace muchos años, y eso que no hice la especialidad de psiquiatría.

—Los cirujanos tenéis la capacidad de ver nuestro interior —aduló, con intención—, eso sí que no puedes negarlo.

—Pero en la mesa de operaciones, y esto no es un quirófano.

José Luis Vallejo era cirujano en el hospital La Paz, en Madrid, y con los años se había forjado una reputación envidiada por todos sus colegas de

profesión. Había sido compañero de promoción de Rogelio Casado y conocía a Violeta desde los años en los que ambos, junto a otros estudiantes díscolos y contestatarios, corrían delante de la policía, en los estertores de la Dictadura. Aunque, a diferencia del resto, a ella nunca la movió un compromiso político, y sus motivaciones no pasaban de querer vivir pequeñas aventuras que luego contaba a sus amigas. Pero, después de un largo *casting*, se decantó por Rogelio, algo que su acompañante nunca le perdonó. El doctor era ahora un hombre entrado en la cincuentena, todavía con mucho pelo y muy negro, sin necesidad de tenérselo que teñir como hacían otros médicos para intentar huir de la crueldad y tiranía del calendario. Vestía con gusto y, dado el cuerpo que cultivaba, la ropa le sentaba tan bien que algunas veces hasta era mirado por la calle por alguna mujer. Violeta se sentía muy cómoda con aquella compañía; pensó que, incluso, hasta sería una dama envidiada.

—Quiero comentarte algo, José Luis, algo que me tiene preocupada y quiero tu ayuda.

—Dime. Te escucho.

Los siguientes quince minutos fueron un monólogo de Violeta. El doctor ponía toda la atención, haciendo ambos poco caso a lo que les habían servido. Realmente, ninguno de los dos prestaba interés ni por los platos, ni por el vino ni por el servicio. Ella solo estaba atenta a la reacción de José Luis y él intentaba entender lo que su acompañante le pedía.

—Me temo que no va a poder ser —sentenció, con una rotundidad que enervó a la mujer.

Violeta intentó mantener la calma pero su cólera terminó por aflorar:

—No digas que no puede ser, di que vas a hacerlo. Es lo que quiero escuchar de ti, José Luis, no una negativa, sino una voluntad.

—Esto no lo hace un médico, lo hace un juez.

—Un juez pero con un informe médico, que estuve enterándome.

La tensión había saltado a la mesa y en unos minutos se habían volatilizado las espontáneas complicidades que en algún momento tuvieron entre los dos.

—Violeta, te cuento de esto hasta donde sé. Lo primero es que el informe tiene que hacerlo un médico forense, y yo no soy forense.

—Pero tendrás amigos que lo sean. Es imposible que, después de tantos años en la profesión, no tengas amigos en todas las especialidades. Además, ya sabemos de vuestro corporativismo y de cómo os apoyáis los unos en los

otros.

—Claro que tengo amigos forenses, pero yo no puedo pedir a un colega un dictamen así porque la última palabra la tiene un juez.

—Conocerás alguno, ¿a que sí?

—¡Por favor, Violeta! ¿Tú sabes lo que estás diciendo?

Algún comensal volvió la cabeza. El tono de voz había subido instintivamente y ya no formaban la pareja tan callada y confidente que se había mostrado al principio.

—Los jueces no los elegimos, nos tocan por turno y, al margen de apoyarse en un dictamen forense para documentar su sentencia, siempre interrogan al presunto incapaz y, por lo que me has contado, tu madre tiene una cabeza en perfecto estado.

—Mi madre no sabe lo que hace, te lo digo yo.

—Violeta, que haya metido a una persona para que lleve sus cuentas personales no es motivo suficiente para inhabilitarla. A ver, ¿tu madre lee el periódico? —preguntó a modo de ejemplo, ya que quería hacer ver a su amiga el error en el que se encontraba sumida.

La mujer bajó la mirada y se centró en el trozo de carne que no había probado.

—Sí, mi madre lee el periódico todos los días, eso es la verdad.

—Intenta ser objetiva, por favor. ¿Puede mantenerse con tu madre una conversación normal, esto es, hablar de política, de actualidad...?

La mujer asintió.

—Tiene sus ideas, que no comparto, pero entiendo lo que dices.

El silencio se instaló en la mesa y ambos aprovecharon para picotear algo de los platos.

—Quizá más adelante podrá verse —el médico quiso dejar entreabierta una puerta para un futuro, una puerta que sabía, por experiencia, que tarde o temprano se terminaría abriendo, y normalmente de golpe y de un día para el siguiente—. Pero por lo que me dices, hoy por hoy nada puede hacerse. Sería hacer el ridículo y ponerte en contra de tu madre, y eso tampoco te interesa. Ten en cuenta que ella siempre va a disponer de un tercio de su legado para dárselo a quienquiera. No vayas a estropearlo en el último momento.

Violeta se había quedado con la mirada perdida hasta que escuchó las últimas palabras de su amigo.

—Sí, de eso también me he enterado. ¿Es verdad que ese tercio puede

dejárselo a quien le diera la gana, incluso a un ajeno a la familia? —preguntó, abatida. Aunque conocía la respuesta, quería escuchar la confirmación de labios de un tercero.

—Claro que es verdad, se llama jurídicamente *Tercio de libre disposición*. No hace falta que te diga que no soy abogado, pero he vivido muy de cerca una situación así con unos familiares de mi mujer. Por eso digo, Violeta, no vayas a estropearlo al final y te encuentres con una desagradable sorpresa el día que ella falte y se lea su testamento. Tu hijo Miguel ha de ser el heredero universal, y eres la responsable de que eso sea así.

La mujer lo escuchaba en silencio. La comida no se había desarrollado como ella había previsto y, lo peor de todo, el doctor tenía razón, aunque no fuera a dársela. José Luis Vallejo quiso ahondar más en el asunto:

—Hay presidentes de equipos de fútbol que se gastan millonadas en fichar jugadores que luego no rinden lo esperado, y no por eso se los inhabilita. Hay gente que se compra coches nuevos que saben que a la semana siguiente ya valen un veinte por ciento menos, como mínimo, y tampoco se los inhabilita. Ricos que se compran yates que no usan...

—Basta, José Luis, por favor. Ya lo he entendido, no sigas. No soy una estúpida.

La conversación se circunscribió después a dos o tres frases diplomáticas e intrascendentes que se intercambiaron hasta llegar al café. Él le preguntó por Miguel y ella por los gemelos. Evidentemente, todos los hijos estaban bien.

—¿Te has acordado alguna vez? —inquirió, sorprendidamente.

Ella lo miró, en silencio. Sabía muy bien a qué se refería.

—Fue hace mucho tiempo —respondió, como si el reloj produjera una labor amnésica.

—Yo no lo he olvidado, y sueño con que se repita. No pierdo la esperanza. Incluso, fíjate tú qué tonto soy, pensaba que de esta comida podía surgir algo, o que me llamabas para contarme que Rogelio y tú...

—¿Que nos habíamos separado? No —sonrió, algo que no había hecho en los últimos minutos—, no está previsto que me separe de Rogelio. Tenemos una relación muy extraña, lo sé. Él está muy metido en su consulta, con sus clientes, y yo, yo vivo mi vida, pero no, no vamos a separarnos —aseguró con una rotundidad que desengañó al cirujano.

—¿Y no se marcha de congreso? ¿No fue aquella vez porque se había ido a un congreso en...? no recuerdo —admitió, con cierta rabia por ese pequeño

hueco de memoria.

—Por favor, José Luis. Déjalo. Te lo pido por favor. ¿Te importa?

Él también sonrió, con cierta nostalgia. Después asintió, resignado.

—Bueno, dime, ¿lo doy por perdido, me olvido para siempre, tiro la toalla?

Ella le acarició la mano.

—No, José Luis, no des nada por perdido. Los sucesos pueden desarrollarse con mucha rapidez, y a veces, como pasa en las películas o en los libros, los hechos dan giros insospechados por parte de cualquiera, y si estás ahí... pues eso tienes ganado.

## 4 de agosto de 1975

No hay mayor termómetro en la anatomía de una persona que la expresión de la cara y, más concretamente, el semblante de los ojos, Eso es algo que la futura doctora sabía pero que todavía no había experimentado en su persona hasta esa tarde en que llegó a la terraza donde había quedado con su novio, ya lo llamaba así ante su familia, sus amigas y ante ella misma, y lo vio con un gesto nuevo. Todos los músculos de su cara, de los que sabía su nombre e incluso de aquellos que desconocía cómo se llamaban, se tensaron al ver el pálido rostro de Alfredo. Su chico se encontraba muy desmejorado, como si hubiera perdido varios kilos de un día para otro.

Le dio un beso en la boca y comprobó que estaba sudando.

—¿Cómo te encuentras?

El joven se mantuvo en silencio, incapaz de articular palabra, ni siquiera monosílabos. Pino apreció que sus manos sufrían un ligero temblor.

—Por favor, Alfredo, dime ¿qué te pasa? ¿Llamamos a un médico?

Al oír la última palabra, el joven se volvió y la miró con un aire de pena como jamás había visto a alguien en los veinte años de vida que contaba.

—No necesito un médico, ya te tengo a ti. Lo que me ha sucedido no se cura con ninguna pastilla ni con una intervención quirúrgica.

Inopinadamente, Alfredo se abalanzó sobre el pequeño cuerpo de Pino y comenzó a llorar. Esta se limitó a abrazarlo y a dejar que se desahogara, ya que en alguna clase le habían hablado de las fases del padecimiento y de que a la gente hay que permitirle expresar sus sentimientos con plenitud. Y eso hizo, poner en práctica aquella enseñanza que también tiene que conocer un médico.

Un cuarto de hora después, y tras beber un buen trago de una Coca Cola que les sirvieron, el joven se encontraba un poco más tranquilo y con fuerzas para hablar.

—Esta mañana he hablado con el coronel. ¿Recuerdas que te dije que me había citado? Nada más recibirme en su despacho me ha dado la enhorabuena. Fíjate si será cínico que me habla de enhorabuenas.

—¿Por qué te ha dado la enhorabuena?

—Me ha contado que yo soy el único topógrafo que hay ahora en filas en Canarias y que la Patria me tiene reservado un destino al que todo soldado español estaría encantado de poder servir.

Pino no abrió la boca aunque con la mirada formuló la pregunta.

—Sáhara.

Aquellas seis letras entraron en los oídos de la joven como lo hubieran hecho otros tantos puñales que se adentran en sus entretelas y que le alcanzan el mismo epicentro del alma. No podía ser cierto lo que le estaba contando.

—¿El Sáhara? —preguntó ella, como si aquello que acababa de escuchar fuera una alucinación, un mal sueño que venía a incomodarla, a robarle una plácida tarde con su novio, con ese muchacho con quien había encontrado la felicidad, una dicha que ahora se esfumaba como una débil columna de humo ante un violento temporal.

—Sí, el Sáhara. Me destinan de forma provisional. Piensan que estaré allí un mes, y después me ha prometido un permiso de quince días para disfrutar en la Península.

La joven apartó la mirada y la posó sobre algún lugar indeterminado. Se había convertido en una autómatas sin voluntad propia.

—Por supuesto, esos quince días los voy a pasar aquí, contigo, no tengo intención alguna de regresar a Madrid. Allí me esperan mis padres y mi hermana, pero no estás tú.

Alfredo hablaba pero nadie lo escuchaba. Pino repetía una y otra vez el destino nombrado como una aburrida letanía, en bajo, para sí.

—Todavía no me han concretado fechas, pero parece ser que será a mediados de agosto, como pronto, por lo que tengo todavía casi dos semanas para estar contigo.

La muchacha lo miró incrédula.

—Pero allí están en guerra.

—No, Pino, no están en guerra —rebatía, intentando persuadirla de algo de lo que él no estaba convencido—. Hay algún follón pero no están en guerra, no exageres.

—Dicen cosas terribles de ese lugar, no puedes ir allí.

—No será tan terrible cuando está lleno de población civil. Allí hay muchas familias, muchos niños que nacieron en la Península y que estudian en El Aaiún o en Villa Cisneros. No es tan grave —quitó importancia, intentando

tranquilizar a su novia.

—Sí, Alfredo, sí lo es. Te recuerdo que mi padre tiene un negocio de fletes y está muy al día de todo eso. En El Aaiún están estallando bombas continuamente, si no es por los marroquíes es por los polisarios. Hay secuestros, atentados y explosiones. El gobierno ha dicho que va a marcharse de allí con total seguridad y Marruecos está tomando posiciones, dice mi padre. Alguna vez leo en La Provincia noticias terribles de ese lugar al que no iría aunque me dieran todo el oro del mundo.

—Pino, no será para tanto, ya lo verás. En los cuarteles de aquí algo se dice, pero la gente vive tranquila en África.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—No me lo han especificado, el coronel me ha asegurado que no sabía nada. Solo me ha contado que lo llamó un amigo suyo destinado allí y que le pidió el nombre de alguien con mi formación, pero no sé cuáles serán mis funciones.

—No tienes que dejar que te manden allí.

—Esto es el Ejército, Pino —recordó, absolutamente decaído—, no podemos negarnos.

—Pues te vas, te vuelves a Madrid, coges camino. Dicen que en el Ejército funcionan muy bien los enchufes. ¿No puedes buscar uno como hace mucha gente?

—No sé lo que hará mucha gente, como dices, pero yo no puedo buscar donde no tengo. En mi familia no tenemos vínculos ni amigos militares. Si los tuviera, seguro que no me habrían destinado a Canarias y me habría quedado en mi Región Militar, sin salir de Madrid, enchufado en algún despacho en horario de mañana.

Alfredo abrazó a Pino por los hombros y la besó en el cuello. Subió después por detrás de la oreja para terminar en la sien. Se apartó unos centímetros de ella. La muchacha se había convertido en una muñeca estática y ensimismada.

—La desertión es un delito castigado con muchos años de cárcel. No voy a arruinar mi vida por no pasar unos días allí, te lo aseguro. Estoy convencido de que esto será un mal recuerdo cuando hablemos de ello. El día que regrese no pienso separarme de ti, ya lo verás. Cuando quede libre del Servicio Militar me instalaré en Las Palmas si tú aceptas. Estoy convencido de que juntos saldremos adelante.

Pino lo miró y sintió pena, pena por ella y pena por él, y se preguntó por qué el destino no le podía prestar un poco de felicidad, por qué la vida no le regalaba algo de dicha y por qué su novio tenía que ser precisamente topógrafo y no otra cosa, una profesión o un oficio del montón, como tantas que había.

# La explotación

Sagrario se encontraba cada día más animada, y no le faltaban razones para ello. El viaje a Madrid había sido un éxito, dado que en una de las entrevistas que realizó con uno de los principales ejecutivos de una revista de difusión nacional, le ofreció la organización de una nueva sección que implantarían a partir de septiembre, y quería que el quince de agosto estuviera ya trabajando a jornada completa. Hablaron de condiciones económicas y laborales y cerraron un acuerdo muy satisfactorio para los intereses de la periodista.

Por tanto se encontraba ante un largo verano de más de tres meses en los cuales aprovecharía para hacer deporte, leer, seguir practicando inglés con películas, actualizarse profesionalmente, preparar la organización de esa nueva sección y atender las necesidades de Orquídea Real. Para la finca tenía planes mercantiles que estaba dispuesta a proponer a Elvira. De entrada pensaba que los invernaderos estaban desaprovechados, y que con una inversión mínima podría multiplicar el rendimiento de las plantas de forma exponencial. Sería cuestión de agilizar la producción y mejorar la logística de la distribución. Tenía lo más difícil de conseguir: clientes, un conjunto de detallistas que estaban dispuestos a comprar más cantidad de mercancía según le habían confirmado, ya que el producto final era excelente. Por tanto, ahí había una cuantiosa fuente de negocio.

Un capítulo especial lo constituían los olivos. La finca sobre la que se levantaba Orquídea Real tenía una extensión de ciento siete hectáreas donde crecían tres mil quinientos olivos muy desaprovechados, quizá también por las continuas pendientes que ofrecía su terreno. Sería cuestión de buscar un socio para la creación de algún tipo de aceite especial, con denominación de origen, que tuviera como cualidades alimentarias la mezcla de la aridez del ambiente, la temperatura media y la altitud sobre el nivel del mar. Pensaba que la cooperativa que actualmente les compraba la producción estaba aprovechándose de las circunstancias.

Como todos los días, acababa de regresar de practicar deporte por la finca

cuando se encontró a la anciana sentada a la puerta de la mansión y junto a la inseparable señora de compañía.

—Sagrario, veo que cada día te gusta más esta tierra.

—Ya lo creo, Elvira. A este paso voy a trasladarme a vivir aquí definitivamente —afirmó, jadeando por el esfuerzo.

—No, no puedes, solo puedes estar aquí de vacaciones, que en agosto tienes que regresar a Madrid.

Naturalmente, Sagrario le había contado los magníficos resultados de su entrevista profesional y las consecuencias de la misma. La mujer se había alegrado de las noticias porque sabía que su destino final era la capital, no aquel lugar tan alejado de las lógicas ambiciones de una joven periodista.

Aprovechando el desayuno, Sagrario empezó a detallar los planes empresariales que había ideado para Orquídea Real. Conforme iba explicando cada una de las áreas de iniciativa, la mujer iba cambiando su rostro desde la sonrisa habitual a la expresión más severa. La joven agarró la mano de Elvira y le pidió su opinión.

—¿No le gusta lo que estoy contando?

La mujer miró a Sagrario condescendentemente. Le acarició la cara y le dio un beso en la mejilla.

—Me estás hablando de futuro, hijita, y esa palabra no existe para mí. Yo solo disfruto del pasado y padezco el presente, y no quiero que el mañana me dure tanto como para tener que meterme en aventuras comerciales como me cuentas. Eso se lo dejo a los jóvenes, a vosotros, que tenéis que cambiar el mundo. Yo ya no voy a cambiar nada y, con tal de que no me falte lo mínimo durante el tiempo que me queda, ni a mí ni a las personas que me atienden, es suficiente.

—Elvira, pero hay que tener ambición, es una de las premisas de la juventud. Todos tenemos que sentirnos jóvenes, independientemente de lo que diga nuestro carné de identidad.

—¡Claro que sí!, ¡claro que tenéis que tener ambición!, la ambición mueve el progreso. Sin ambición el ser humano no avanza. Mi padre fue muy ambicioso, ya lo creo, y Ruperto también lo fue y yo le ayudé, pero un día las cosas cambiaron y desde entonces solo me resta vegetar. Yo no quiero ser joven. Soy vieja y vieja quiero quedarme; y si es por poco tiempo, mejor todavía.

Sagrario apuró el café con leche y prefirió no continuar con la

conversación. Cada una tenía una visión muy distinta del concepto de *mañana* y había que entender también la postura de Elvira. La periodista era consciente de que a veces se le olvidaba la aplicación práctica de la empatía, y esa había sido una de las ocasiones.

Inesperadamente, la anciana comenzó a llorar.

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

La mujer asintió.

—Recuerdos, cosas que me pasan por la cabeza y no puedo obviar, tienes que entenderlo, hijita, el corazón de esta anciana lleva vividas demasiadas navidades, y procuro mantener la fachada siempre que puedo, pero a veces me derrumbo, no sé por qué, pero me pasa.

Se levantó con dificultad y emprendió el camino de la puerta de la mansión.

—Voy a la calle, quiero que me dé un poco el aire. Si te parece, nos vemos luego a la hora de comer.

## 12 de agosto de 1975

Un derrah convertido en sombra atravesaba una calle de El Aaiún. Se encontraba en Hatarrambla, uno de los barrios de mayoría musulmana de la capital, un lugar con una fisonomía muy distinta a la que podía apreciarse en la zona de la avenida del Ejército. Aquí se veían a más niños jugando por la calle, persiguiendo cabras que acababan de dejar mojonos por las aceras, algunas sin asfaltar. Papeles y cartones volando por doquier y suciedad en cada esquina. Y esqueletos, tanto de animales como de vehículos, formando una suerte de desguace improvisado. Las casas, todas de una planta, ofrecían un aspecto cochambroso, con desconchones en las fachadas y cortinas de plástico como puertas. Las paredes se encontraban llenas de pintadas en las que se mandaban mensajes contradictorios alusivos tanto a *España* como al *PUNS*, al *FPolisario* o al *Ejército*, escritos con caracteres de distintos tamaños y colores. Fata uld Mohamed uld Yama caminaba a paso resuelto rumbo a su casa. Quedaban escasos minutos para el inicio del maghrib, la cuarta oración del día, y quería compartirla con su familia.

Entró, se quitó la túnica y dio un beso a su esposa y a sus dos hijos. Encendió la radio, buscó en el dial y aguardó a que el imán dirigiera el rezo. Extendieron las alfombrillas de plegaria en el suelo en la dirección acostumbrada y comenzaron con la oración. Aquel día no le apetecía acudir a la mezquita.

Veinte minutos después se encontraba tomando un té que le había preparado su mujer en una *berrad* que había pertenecido a su padre.

—La ciudad está llena de militares. Cada vez están llegando más. No paran de arribar barcos al pantalán y allí, dos poderosas grúas desembarcan piezas de artillería, incluso carros de combate. Me lo contó uno de nuestros hombres que trabaja en el descargadero de los fosfatos.

—No parece que el Ejército español esté preparando nada, ni el referéndum ni la marcha de aquí.

—Creo que, tal y como están las cosas, es lo mejor que puede pasarnos.

España no puede marcharse ahora y dejarnos solos. Todo el mundo sabe, y Marruecos los primeros, que no estamos organizados todavía para poder combatir con éxito contra un ejército organizado como es el de Hassan —Fata se lamentaba, a la vez que mostraba un rostro cansado y pesaroso—, y las cosas andan muy revueltas en la frontera. Los marroquíes están hostigando continuamente a los españoles y hasta se han producido disparos a helicópteros y a aviones. Cuentan con buen armamento. Se han vuelto locos.

—¿Y de Hakim, sabes algo?

—Hace unos días tuve noticias tuyas, me las pasaron a través de Tinduf. Él sigue haciendo gestiones en el extranjero, sabes que se mueve muy bien fuera del Sáhara, y está optimista. Dice que contamos con el apoyo norteamericano, pero yo no termino de creérmelo.

—Yo tampoco —corroboró la mujer.

—Me dijo que a los norteamericanos no les gustan los planes expansionistas de Hassan y que desean un Sáhara libre e independiente para evitar que Marruecos se convierta en un imperio en el Norte de África.

—Si estuvieran con nosotros nos proveerían de armas, cosa que no hacen.

—Hakim me contó que su gestión es política —recordó, a modo de excusa.

—Esto no se soluciona con política. Se soluciona enseñando los dientes, como hacen los perros, que infunden miedo solamente al mirarlos. Tenemos muchas virtudes que aprender de los animales.

La pareja se quedó mirando a los niños, que jugaban con dos trozos de madera que habían encontrado en uno de los muchos descampados que salpicaban la ciudad, y ambos pensaron en las incertidumbres que oscurecían su futuro. Los miembros del Polisario eran pocos, mal armados, sin formación militar y sin fuentes de financiación suficientes, pero tenían algo de lo que carecían sus oponentes, su fe en un mañana como nación independiente y una identidad como pueblo que nunca podrían tapar, ni España, ni Marruecos ni todas las Naciones Unidas juntas.

Fata y su mujer se besaron, momento en que los niños dejaron de jugar y se quedaron mirándolos. La pareja se dio cuenta y se acercaron cada uno a cogerlos en brazos. Se cruzaron una mirada cómplice de satisfacción, aunque sabían que ahí radicaba su principal obstáculo, en la educación tan deficiente que estaban ofreciendo a sus hijos, que se consideraban unos niños desplazados en una tierra que consideraban como propia. El Estado español educaba a los pequeños saharauis en la lectura, la escritura y las cuatro reglas

aritméticas, poco más. Sin médicos, sin juristas, sin ingenieros, sin arquitectos, sin economistas sería imposible construir un país que pretendiera ser libre e independiente. Podría jugar a ser lo primero, pero jamás llegaría a ser lo segundo.

## 15 de agosto de 1975

Ese viernes Henry Kissinger se había levantado perezoso. Se encontraba en Tel Aviv, uno de los lugares más adecuados para celebrar el *sabbat*, el día sagrado de su religión.

Se hallaba en la embajada norteamericana, donde había pernoctado haciendo una escala desde Teherán en su camino a Londres. Su actividad política era incesable y pasaba muchos más días al año en cualquier rincón del planeta que en su residencia de Washington.

Por la diferencia horaria con su país, escuchó los informativos de la noche y después atendió la correspondencia antes de reunirse con el embajador, con quien tenía cita programada a las diez de la mañana.

—Señor, traigo un telegrama —indicó uno de los asistentes de la delegación, después de haber llamado a la puerta y esperado la aquiescencia del Secretario de Estado.

Una vez se quedó solo lo abrió y sonrió al comprobar su contenido:

*Laissa podrá andar perfectamente en dos meses. Él la ayudará en todo.*

No había un lugar en todo Marruecos donde no estuvieran comentándose las palabras pronunciadas por el Rey y líder religioso a través de todas las emisoras de radio y del único canal de televisión disponible en el país. Hassan II había declarado el día anterior que Marruecos liberaría al Sáhara a cualquier precio, y que si los medios políticos y diplomáticos no fructificaban, no duraría en emprender la última batalla, la del sacrificio.

Los servicios secretos norteamericanos trasladaron al coronel Dlimi su evidente malestar por las declaraciones del monarca. Consideraban que no había que adelantar acontecimientos. *Laissa* llevaba un calendario y había que ceñirse a él.

## 21 de agosto de 1975

Alfredo no conseguía apartar de su mente el recuerdo de la tarde anterior. Ni lo conseguía ni lo quería conseguir ya que era, en ese momento, su tesoro más valioso. La pareja se había abrazado en el interior del coche y lloraron juntos. Esa sensación nunca antes la había experimentado con nadie, y le pareció un momento hermoso. Los pequeños ojos de Pino se habían hinchado, enrojecidos de dolor, y sus lágrimas bañaron no solo sus mejillas sino gran parte de la cara. Parecía aquello un delicado torrente sin fin.

—Me tienes que escribir, mi niño —le pidió, le urgió—. No hace falta que sean cartas muy largas, cualquier cosa, con una postal será suficiente, lo que puedas, dos palabras nada más, para decirme que estás bien. Necesito saber que estás bien —la boca de la joven no emitía palabras razonadas, sino que lanzaba agónicas súplicas—. Dime, ¿lo harás? Necesito que digas que lo harás, por favor.

Contrariamente a lo habitual, Alfredo estaba desplazándose al Sáhara en vuelo regular de Iberia, no en barco o en un Hércules, como solían llegar la mayoría de los militares a El Aaiún. Pensó que su empleo de oficial sería el causante de esa deferencia. Vestido con su uniforme de paseo, le había tocado ventanilla y descansaba sus ideas sobre un reposacabezas muy rígido y bastante incómodo, desde donde miraba, aburrido, la inmensidad del mar que ahora sobrevolaba el DC-9. Le volvieron a entrar ganas de llorar al pensar, otra vez, en lo que dejaba en Las Palmas, alguien a quien había entregado todo su amor y todas sus confidencias, y también todas sus debilidades, y se sentía culpable de no haber informado de ese desplazamiento ni a sus padres ni a su hermana. Tomó la decisión por no preocuparlos y optó por silenciar el traslado temporal al Sáhara. Dudaba sobre el acierto en la determinación, pero sabía que al regreso, en Madrid, todo sería distinto, y que no es lo mismo decir *voy a ir a estuve*. Sus padres iban teniendo ya una edad y quiso ahorrarles aquella incertidumbre que solo podía perjudicarlos.

De pronto, advirtió que en el horizonte se producían cambios. La

monotonía del océano dio paso a una recta color marfil como trazada por un tiralíneas, que poco a poco crecía en tamaño. A medida que se sucedían los minutos, el desierto pasaba de ser algo que solo se intuía en la lejanía a una realidad perfectamente distinguible. No perdió detalle de cuantos elementos fueron apareciendo por su ventanilla y enseguida distinguió la espuma de las olas al romper en la playa y las primeras edificaciones. El alférez todavía desconocía que eso que veían sus ojos eran las construcciones de Cabeza de Playa. Entre ellas el Batallón de Cabrerizas y el BIR, el Batallón de Instrucción de Reclutas, donde los quintos se transformaban en soldados.

La luz del sol era cegadora y reverberaba en las dunas semicirculares que alfombraban el camino aéreo que trazaba el avión, convirtiéndose en algo incómodo y hasta dañino. Entendió que habían iniciado la maniobra de aterrizaje porque cada vez apreciaba los detalles con mayor nitidez hasta que notó el seco golpe de las ruedas al tomar tierra y a continuación el zumbido agudo que emitían los motores en la frenada.

Nada más apearse, y cargado con su pesado petate caqui, atravesó la pista de aterrizaje camino de la pequeña terminal del aeropuerto más importante del Sáhara Occidental, y fue cuando percibió por primera vez el impacto de la atmósfera seca y calurosa del desierto sahariano sobre su piel. Le gustó aquella sensación. Al salir a la zona común se encontró, entre la miríada de personas que esperaban a otros viajeros que llegaban en su vuelo, a un soldado que lo identificó y que se cuadró ante él:

—A sus órdenes, mi alférez. Tengo orden de acompañarlo al cuartel de la Brigada Paracaidista.

—Muy bien, vamos allá —correspondió, aunque no con mucha sorpresa porque ya le habían adelantado que alguien lo estaría esperando.

En el asfaltado aparcamiento del aeropuerto se amontonaban varios taxis, todos ellos Mercedes, media docena de vehículos militares, un par de autobuses, y algunos carros tirados por burros. Numerosas personas esperaban a los viajeros formando una explosión humana multicolor. Aunque ya había visto a algún saharauí paseando por Las Palmas con su derrah azul, también distinguió a varias mujeres con sus vistosas melhfes de vivos colores.

Abandonaron el lugar en un Land Rover nuevo y atravesaron una explanada yerma de un kilómetro que separaba el aeropuerto de las primeras casas de El Aaiún. El vehículo se adentró en las calles de la ciudad que eran escrutadas con curiosidad y extrañeza por parte del alférez. El oficial pensó en lo alejado

que se encontraba de su mundo habitual, de su paseo de Rosales donde vivía y del verdor del Parque del Oeste, lugar al que su madre lo bajaba a jugar cuando era pequeño. Los árboles eran elementos inexistentes en la fisonomía de la población, por lo menos de lo que había visto hasta ese momento.

La calle por donde circulaban constituía una amalgama disparatada de estímulos. Los comercios occidentales, rotulados con carteles iguales a los que se encontraban en Madrid o en Las Palmas, como ópticas o bares, se entremezclaban con otros de claro origen árabe, como barberías donde no se vería a ningún europeo, pequeños cafés o diminutas tiendas en las que solamente compraban saharauis. El parque móvil también era variopinto. Por las calzadas se mezclaban carros tirados por burros con coches con matrículas de la provincia y con vehículos militares. El alférez se sorprendió con el elevado número de cabras, la mayoría famélicas, que campaban en libertad sin pastor que las guiara y buscando algún cartón con el que saciar su hambre.

Sobre las estrechas aceras se cruzaba un conjunto humano deslavazado y con apariencia de encontrarse enfrentado. Había demasiadas diferencias entre una población en la que se mezclaban soldados de reemplazo y legionarios con musulmanes vestidos con sus abultados ropajes, la mayoría de color azul, y los aparatosos *litzam* cubriéndoles la cabeza, junto a niños occidentales y mujeres con vestidos ceñidos, faldas cortas o pantalones con el final de las perneras similares a las patas de un elefante. Una abundancia de marcados contrastes que impresionaron hondamente a Alfredo y que no fue capaz de absorber en el poco tiempo que duró el trayecto, un recorrido en el que también se sorprendió por las construcciones, la mayoría de una planta y muchas de ellas con una semiesfera blanca en lugar de azotea. El blanco, junto al color arena, eran los tonos predominantes.

El Land Rover enfiló la avenida de los Tercios y, en dos minutos, llegó al destino. En la puerta un cabo les pidió la identificación y se cuadró ante Alfredo. El conductor aparcó junto a un catenárico donde podía leerse sobre la puerta de entrada *Cuerpo de Guardia*. Un sargento salió a recibirlo:

—A sus órdenes, mi alférez.

El oficial correspondió al militar saludo para después estrechar la mano del suboficial.

—Buenos días, sargento.

—¿Qué tal el viaje? Tengo entendido que ha llegado en vuelo regular.

—Bien, sargento, ha sido un viaje muy corto y muy cómodo. Muchas

gracias por enviarme a una persona al aeropuerto.

—A sus órdenes, mi alférez —respondió disciplinado el suboficial—. Si me acompaña, le muestro dónde me han indicado que lo instale.

Caminaron por la explanada que continuaba detrás de la entrada y llegaron a un pequeño barracón situado a un metro sobre el suelo. Cuatro escalones ayudaban a salvar la altura.

—En la puerta de la derecha tiene el capitán su despacho, ahora está en su sitio. Si no ordena nada más, mi alférez, vuelvo al Cuerpo de Guardia.

Alfredo atravesó el pequeño pasillo hasta llegar a la puerta que le habían señalado. Allí se encontró, detrás de la nube provocada por los cigarrillos que abarrotaban el cenicero, la figura de un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, dejado en el vestir, mal afeitado y con el pelo muy descuidado. Lucía una poderosa barriga que le otorgaba un aspecto muy poco marcial, aunque lo compensaba con una fuerte complexión ya que era ancho de hombros y con una cabeza casi tan voluminosa como su cuello. Debajo de la nariz lucía un portentoso bigote por donde asomaban ya algunas vetas canas.

—Alférez, ¡adelante! —saludó el anfitrión, a la vez que se levantaba.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Pasa, por favor, y nada de formalismos, que estamos en un destino muy especial y aquí no somos tan rigurosos con los protocolos, aunque seas oficial de IMEC —bromeó, en una gracia que no lo fue para Alfredo.

—Todos estamos al servicio del Ejército.

—Claro, claro. Soy el capitán Bermejo, Leopoldo Bermejo, pero mis amigos me llaman Leo —le apretó la mano con una fuerza que a Alfredo le pareció desproporcionada.

—Gracias por la confianza, mi capitán.

—Ven, voy a enseñarte tu habitación. Nos anunciaron hace unos días que ibas a venir y lo he mandado adecentar un poco. Tienes a tu disposición una taquilla doble. También te he procurado unas nailas nuevas para que estés más cómodo mientras te encuentres en el cuartel, son como nuestras zapatillas de estar por casa. Verás que todo está lleno de polvo. Al principio molesta, pero luego te acostumbras. Es como las moscas, forma parte de nuestro paisaje. El colchón es bastante nuevo, cosa que es de agradecer en todo momento en el Sáhara —sonrió, como un bobalicón—, y más ahora, que todo está muy revuelto.

—¿Muy revuelto?

—Mucho, ya lo irás viendo. Sabemos que fuera de aquí no se conoce ni una cuarta parte de lo que realmente sucede, pero entre los hijos de puta de los marroquíes, los grandísimos hijos de puta de los polisarios, y los de Madrid, que son los más hijos de puta de todos, estamos en pie de guerra. No te asustes cuando escuchemos, sobre todo de noche, explosiones o algún disparo. Te aconsejo que, aunque con ese uniforme puedes ir adonde quieras, no prodigues la oscuridad ni los lugares apartados, incluso de día. De hecho, nosotros, cuando salimos a tomar una copa, siempre vamos juntos, formando un buen grupo, y avisamos a alguien para que nos recoja a la salida. Los antros del barrio del cementerio son lugares seguros y dentro nadie tiene cojones para molestarnos, pero no así los exteriores. Nunca sabes qué puede esconder esa gentuza debajo de sus telas. No me fío de ninguno, tengo que reconocerlo.

—Tendré cuidado —asintió Alfredo, después de escuchar las inquietantes palabras del oficial.

El capitán miró la hora y comentó:

—Es ahora la una. A las dos come la tropa y nosotros solemos comer a las tres. ¿Te parece bien? Nos reunimos varios oficiales en un catenárnico de aquí al lado. Algunas veces vienen compañeros de otros regimientos. Seguro que, cuando se enteren de que has venido, querrán sumarse a la comida. En El Aaiún tenemos pocas atracciones y la vida es aburrida, por lo que la llegada de un compañero siempre es una novedad. Nosotros ya nos conocemos demasiado.

—Muy bien. Si te parece, voy instalándome.

—Claro, claro, no voy a decirte que esta es tu casa porque dentro de poco no será la casa de ninguno de nosotros pero, hasta que eso suceda... ¡todo tuyo!

# Mojácar

El BMW del doctor Vallejo abandonó la A7 en la salida que le habían indicado y cubrió los últimos kilómetros del largo viaje con una inexplicable y novedosa mezcla de cansancio y expectación. Los intrincados senderos de la infidelidad poseían numerosas rutas, y él las había recorrido en muchas ocasiones porque era de los que diferenciaba el amor del sexo, la deseada estabilidad conyugal de la irrenunciable aventura esporádica. Él jamás dejaría a su esposa de la cual se encontraba muy enamorado, muchísimo; pero eso nunca había evitado que desperdiciara la ocasión de conocer íntimamente a otra mujer si se presentaba la ocasión. Y si no se presentaba, ya se encargaba él de buscarla.

El prestigioso doctor Ruiz-Pavón, uno de los médicos que más había investigado la cirugía pancreática en España, había sido su director de tesis. José Luis Vallejo tenía por costumbre visitar a su maestro y amigo dos o tres veces al año en su residencia de Cartagena, y pasaban juntos un fin de semana recordando tiempos pretéritos que alentaban animadas tertulias de horas interminables, según le contaba a su cónyuge. Evidentemente a esos viajes nunca le acompañaba nadie porque los temas de conversación resultaban muy áridos para personas neófitas en la materia, algo que su mujer comprendía a la perfección.

Lo que José Luis ocultó a su esposa era que Ruiz-Pavón había fallecido en el 2002, algo que no impedía que, con la misma cadencia de los últimos años que estuvo con vida, cada tres o cuatro meses preparara una maleta un viernes para marcharse de casa y regresar el domingo, siempre muy cansado de tanta sabiduría recibida y con las ganas intactas de repetir el encuentro. Cuando salía de su casa de Madrid no viajaba a Murcia, o sí, según se terciara. Siempre encontraba alguna residente de los primeros años que caía en las

redes que el doctor tejía con habilidad y astucia en las largas noches de guardia en el hospital, o una enfermera que atravesaba una crisis matrimonial con un aburrido marido o, incluso, alguna misteriosa amiga que hubiera conocido a través de unas redes sociales que cada vez se implantaban con mayor pujanza. En último caso, solventaba el asunto con una tarjeta de crédito, o mejor todavía con efectivo, para no dejar rastros. Su sueldo se lo permitía.

Al llegar al aparcamiento del Parador Nacional de Mojácar, buscó alguna referencia pero se dio cuenta de que desconocía la marca del automóvil de su nueva víctima. Entró en el recinto y se dirigió directamente a la cafetería, tal y como habían acordado. Y allí la vio. Violeta se encontraba sentada sobre uno de los grandes sillones de la terraza junto a la piscina, y que ofrecía unas magníficas vistas al mar. Llevaba una preciosa blusa añil y una falda blanca muy amplia y larga, que le llegaba casi hasta la altura de los tobillos. Calzaba unas menorquinas también blancas. Pero hubo dos cosas que José Luis no podía haber imaginado con anterioridad. La primera que Violeta llevara una amplia y vaporosa pamea blanca. Pensaba que las mujeres solamente se ponían esos complementos en las películas o para las bodas en primavera; jamás había estado antes con una mujer tan atrevida. Estaba hermosa y muy excitante. La segunda, lo que hizo ella al verlo. La mujer se levantó con cierta parsimonia y, con una sonrisa calculada, avanzó hacia él como una decidida pantera camino de su indefensa y atemorizada presa. Al llegar, apoyó los antebrazos en sus hombros y se acercó a su cara girando la suya para que el ala de la pamea no impidiera el contacto entre ambas pieles:

—Doctor, no te esperabas esto, confíésalo.

El beso fue largo e intenso. Aunque los dos se encontraban en un espacio público, parecía que en ese instante se hallaban en un paraje solitario y olvidado, dado que se mostraban sin inhibiciones y con absoluta naturalidad. Era imposible que alguna persona pudiera reconocerlos, de modo que la pareja se había evaporado del mundo nada más encontrarse y se habían trasladado a un lugar idílico, dentro de una nube blindada y opaca.

—José Luis —alcanzó a decir, dada la inesperada fogosidad del médico—, deberías dejar algo para la siesta, ¿no?

Pidieron unas cervezas y se sentaron juntos, en dirección al mar, cogidos de la mano como si fuera una pareja de novios estable o un matrimonio reciente.

—Tengo que reconocer, Violeta, que cuando comimos juntos el otro día no

podía imaginarme que, tan poco tiempo después, íbamos a estar los dos aquí. Por cierto, ¿por qué estamos en Almería? ¿No teníamos otro sitio más cercano donde pasar un fin de semana?

—¿Un fin de semana? No, cariño, no exageres, solamente voy a poder estar contigo hasta mañana sábado, a media mañana.

El hombre marcó un gesto de extrañeza y contrariedad.

—Aunque me ves aquí, en estos momentos estoy camino de Orquídea Real. Voy a visitar a mi madre y a inspeccionar qué está haciendo la loba de la chica que sale con mi hijo.

—¿Loba? —preguntó, a la vez que sonreía por el apelativo.

—Con perdón por las lobas. Esa mujer es lo peor que me he encontrado en mi vida, y ha conseguido con muy malas artes quedarse en casa, con mi madre, teóricamente ayudándola en la administración de la finca y de sus cosas, pero no la creo. Esa está tramando algo. Te lo digo yo que a manipuladora no hay quien me gane —reconoció, con absoluta seguridad y sin arrepentimiento alguno—. Ya sabes, de pillo a pillo poco engaño puede haber.

—Pero si vas camino de la casa de tu madre, ¿qué haces aquí?

—Porque tengo mucha fe en la Cruz de Caravaca.

—¿En serio?

Ella lo miró en profundidad y, casi al unísono, ambos soltaron una carcajada que fue seguida por otro largo beso.

—Por la hora debo estar a punto de llegar a Caravaca, que está cerca de Murcia, pero me encontraré con un problema: la iglesia está cerrada y no abre hasta última hora de la tarde.

—No sabía eso —confesó José Luis.

—Ni yo tampoco.

—¡Eres increíble! —el doctor se sorprendía de la inventiva de su incipiente amante. Se había encontrado con una Violeta muy distinta de la que halló cuando comió con ella. Al lado del mar y en los prolegómenos de la aventura, se mostraba más relajada, risueña y, sobre todo, divertida.

—No digas eso. Ese adjetivo guárdalo para cuando veas a Violeta en la cama. Deja que te cuente, que me desconcentras. Cuando abra hoy la iglesia a última hora, me enteraré de que mañana sábado se oficia una misa concelebrada a las doce, y voy a tomar la decisión de quedarme a dormir en un hotel muy coqueto y limpio que he visto. Después de la misa, que será un momento de éxtasis sublime y místico, continuaré viaje a Orquídea Real,

donde llegaré a primera hora de la tarde. Eso sí, en Madrid luciré una medalla con la Cruz de Caravaca, ya sabes, la de dos brazos, que diré me he comprado allí, aunque nadie sabrá que donde realmente la he comprado ha sido en una tienda muy beata que hay en la calle Arenal.

—¡Caray, lo tienes todo previsto! Se ve que eres una experta.

—No soy una experta, pero tampoco he salido esta mañana de un convento de clausura.

—¿Te puedo dar un consejo?

—A ver... —violeta sonrió de nuevo. La situación le parecía fascinante. En el fondo se arrepentía de no haberla practicado más veces.

—Recuerda que todos los pagos de este viaje tienes que hacerlos en efectivo. ¿Has traído suficiente? Si no tienes, te dejo, no vayas a sacar de un cajero. Ya sabes, rastros, cero.

—Gracias, pero ese consejo me lo sabía. Y también sé otro, no por mí, sino por ti. Ni me he puesto ni me voy a poner una sola gota de perfume. Hay algunos que no se van ni con tres duchas y frotando. No quiero que tengas problemas en tu casa.

—Estás en todo.

—No puedes imaginártelo.

Apuraron las cervezas y pasaron al restaurante donde comieron un menú ligero, dado que ambos cuidaban su físico y vigilaban de cerca la pantalla de la báscula, y bebieron una botella de vino blanco que los dejó algo adormilados y con muchas ganas de alcanzar la cama que ella había reservado por teléfono “a ser posible de matrimonio”, llegó a especificar al empleado que la atendió.

Subieron a la habitación cogidos de la mano, dándose besos continuamente. Él se encontraba muy excitado y ella aprovechó para trabajar con sus manos en los lugares adecuados. Entraron en la estancia, a la cual Violeta ya había accedido con anterioridad cuando llegó al Parador, y José Luis cerró la puerta con el tacón del zapato. Comenzó lentamente a quitarle la blusa, alternando cada liberación de un botón con un beso, uno a uno, con tranquilidad y alargando al máximo el momento. La mujer cerró los ojos y se recostó sobre la cama, dejándose hacer. Después sintió la calidez de unos labios que habían sido extraños hacía muy poco tiempo pero a los que ya se había familiarizado, y aspiró profundamente. Con una delicadeza que chocaba con las monótonas y mecánicas relaciones que practicaba con su marido, el doctor fue explorando

un cuerpo tenso que poco a poco se fue relajando hasta olvidarse de quién era aquella persona que le procuraba un placer desconocido hasta entonces.

A las ocho de la tarde Violeta propuso tomar un baño en la piscina, aunque sus aguas todavía estuvieran un poco frías.

—No puede ser, no me he traído bañador.

—¡Ay cómo sois los hombres! —exclamó, mientras se levantaba de la cama y se dirigía hacia su pequeña maleta.

Los ojos de José Luis Vallejo se quedaron perplejos con lo que su amante tenía entre sus manos.

—Como no sabía muy bien tu talla, te he comprado dos. Espero que no te importe que sean de tonalidades oscuras —tanteó, con algo de sorna. Después, formuló una pregunta que dejó helado de nuevo a su acompañante:— ¿Y tú eras el que iba a darme clases sobre cómo preparar una cita?

Se hicieron con dos tumbonas y pidieron una bebida a uno de los camareros que atendía la terraza. Violeta llevaba un bikini blanco, muy ajustado, que dejaba ver con claridad un cuerpo escultural para una mujer que ya había cumplido los cincuenta años. Se notaba que detrás de aquello había muchas horas de gimnasio, de masajes y de todos los cuidados que podía permitirse una mujer ociosa con posibles, tanto de dinero como de tiempo.

—Fíjate, José Luis —comenzó a exponer Violeta, que entendió que había llegado el momento de plantear la cuestión de fondo que le había llevado a comprometer hasta su cuerpo, algo de lo que, por lo menos de momento, no se arrepentía en absoluto—. No he parado de pensar en aquello que hablamos sobre la inhabilitación de mi madre.

El doctor la miró extrañado porque entendía que no era la ocasión más adecuada para tratar un asunto que ya quedó zanjado en su anterior encuentro. Así se lo hizo ver.

—Sí, ya me lo dejaste muy claro el otro día, no pongas esa cara, pero, ¿sabes?, he estado haciendo más averiguaciones. Parece ser que para inhabilitar a alguien es necesario presentar algún testigo que refrende las debilidades de la persona demandada, en este caso mi madre, tiene que acudir por supuesto la propia interesada y luego hay que realizarle un análisis forense. ¿Es más o menos así?

—Violeta, ya te dije que yo no era un experto en esas cuestiones pero sí, es

así como se instrumenta. De verdad, ¿tenemos que hablar de eso en este momento?

Ella se acercó, le dio un beso y añadió:

—He pensado que el asunto de los testigos está solucionado. En Orquídea Real trabajan varias personas desde hace tres décadas y, entre ellos, un matrimonio. Ella es más espabilada que él. Si le hablo muy claro, esa mujer dirá lo que yo quiera que diga.

—¿Y cómo vas a convencerla para que mienta ante un juez? Porque eso es mentir, y la mentira en seno judicial se considera un delito que puede hasta ser castigado con la cárcel.

—Pues muy sencillo, y no dramáticos. No se trata de mentir, pero sí de contar cosas que me interese que se cuenten y que el juez oiga, como por ejemplo que mi madre anda medio adormilada todo el día, que hay muchas veces que da al personal de servicio órdenes contradictorias y que no hay manera humana de entenderla, que a veces les pide comprar cosas sin sentido y completamente inútiles, que sufre continuos despistes, que hay que ayudarla para vestirla y lavarla, que es absolutamente dependiente de un montón de personas, que tienen que atenderla en unos deseos muy extraños, como eso de tener caballos que no monta, o mantener una piscina en perfecto estado que no usa, o coches que no conduce... Si dicen eso, le doy una cantidad para que la disfruten ella y su marido. Había pensado diez mil euros.

—¿Diez mil euros? ¿No es mucho dinero?

—Si consigo lo que quiero, no es mucho dinero. Te recuerdo que esto que hago es por mi madre, yo no quiero un céntimo suyo. Rogelio ya me surte suficientemente bien, pero sé que está mayor y desconfío de Sagrario, que es así como se llama la cría de la que te he hablado. No me quedo tranquila de que allí, en Orquídea Real, aproveche un momento de debilidad y haga cualquier tontería.

—¿Cualquier tontería, como qué?

—Como darle firma en una cuenta bancaria y así que esa pueda autorizar pagos sospechosos, camuflar ingresos, acordar comisiones con proveedores o clientes o, fíjate tú hasta lo que he pensado, que mi madre le ceda el tercio de libre disposición de su testamento que hablamos el otro día. Esa chica es joven pero sabe demasiado. Es una arpía.

—¿Y si no se presta?

—¿Si no se presta la asistenta? Muy sencillo, si no hace lo que le digo, se

quedan sin los diez mil euros y los echo a los dos a la calle. A ella y a su marido. Los dejaría, con sesenta años que tienen, sin las dos únicas fuentes de ingresos que perciben. José Luis, la gente no es tonta y, cuando les explicas las cosas con claridad, las entienden a la primera.

El doctor se quedó impresionado con el plan diseñado por su amante. Lo había estado escuchando con una actitud cambiante, pasando de oír la estrategia como si se tratara de un inocente juego infantil a percibirla como un astuto plan estudiado con la misma precisión con la que habría preparado el asalto a la inaccesible cámara acorazada de un banco central.

—Caray, veo que lo tienes todo muy estudiado —admitió, con algo de temor.

—Calla, que todavía no he terminado —antes de continuar, se acercó y le dio un nuevo beso, esta vez muy breve, en los labios, como todos los anteriores. Atrás habían quedado las mejillas—. Ahora es cuando vienes tú.

—¿Yo? ¿Qué pinto yo en todo esto? —al doctor le había extrañado tanto prolegómeno, pero no podía imaginar que él también tuviera un papel en aquella enrevesada estrategia.

—Pintas todo, cariño, todo. Si el juez tiene que entrevistarse con una persona a la que ha de inhabilitar, tendrá que ver a alguien que no coordine bien sus movimientos, alguien que hable con dificultad, alguien que no se haga entender con claridad, que ofrezca una imagen de desorientación y de incapacidad para tomar decisiones. Igual sensación tendrá que percibir también el forense. Y no creo que a nadie se le ocurra realizar después un análisis de sangre para detectar cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Claro, cualquier cosa que tú te hayas encargado de administrar previamente. José Luis, no voy a darte clases de farmacología, pero seguro que sabes muy bien de qué te hablo, y sabrás ponerlo en práctica. Los cirujanos tenéis mucha relación con los anestesistas, por ejemplo. Debe de haber multitud de preparados que, en pequeñas dosis, provoquen estados como el que te he descrito.

Con esas palabras, José Luis entendió, entendió todo: el fin de semana, el ofrecimiento de un cuerpo prohibido hasta ese día, el montaje, la intriga, la ausencia de principios y la maniobra que había preparado para exponer una situación con claridad y sin remilgos.

—Como comprenderás —siguió—, no voy a pagarte diez mil euros porque

yo no soy una prostituta. Ni diez mil ni uno solo, pero te ofrezco algo que no tiene precio, algo con lo que nunca antes podías haber imaginado. Estarás todo el tiempo que quieras conmigo. Todo cariño, todo —se acercó y le dio otro beso, esta vez más largo que los anteriores, aunque José Luis se mostró pasivo. No había asumido todavía los perversos planes de Violeta—. Y digo todo el tiempo porque no habrás tenido a otra mujer igual en tu vida. Eso te lo garantizo. Usarás el cuerpo de tu esposa para repetir conmigo cuando no estemos juntos. Si quieres tenerme todas las semanas, todas las semanas tendrás el cuerpo de Violeta a tu disposición, para hacer con él lo que quieras. Repito, José Luis, lo que quieras. Ya me he cansado de ser una estúpida e inservible muñeca en manos de un idiota. Hoy he aprendido lo que es un verdadero amante. Ya no tengo edad para perder el tiempo. Te juro que no te arrepentirás jamás. Te garantizo mí absoluta discreción y la máxima disponibilidad. Recordemos que los dos vivimos en Madrid y que allí también hay hoteles con todas las garantías. ¿A que no estoy haciéndote una mala oferta?

Regresó a Madrid sin pasar por Orquídea Real. No tenía ganas de ver ni a su madre ni a Sagrario. Llegó a su casa y se acostó pronto. No se sentía orgullosa, se encontraba incómoda. José Luis Vallejo le había gustado más de lo que pensaba. Y con eso no contaba.

# La enfermedad

A Sagrario le extrañó no encontrarse con Elvira ni cuando salió a correr ni cuando regresó. Después de ducharse, se sentó en el salón a esperar que le trajeran el desayuno y fue entonces cuando preguntó por la anfitriona.

—La señora no se ha levantado todavía. No se encuentra bien —le respondió la criada, muy seria.

—¿Sabes qué le pasa?

—No, señorita, Hay algunos días que no se encuentra bien por la mañana.

—¿Han llamado al médico?

—No, hasta que la señora no nos lo indica, nunca llamamos al médico.

—¿Puedo subir a verla?

—No lo sé. La señora es muy celosa de su intimidad, y no deja que nadie entre en su habitación. Solo paso yo para limpiar y la persona que la suele atender, para ayudarla a lavarse y para vestirla, pero nadie más.

—Pues pregúnteselo, por favor. Dígale que quiero interesarme por ella.

La mujer abandonó el salón y regresó al cabo de cinco minutos:

—Que dice la señora que suba usted cuando quiera.

Sagrario se compuso la camiseta que llevaba para trabajar en el despacho y se encaminó a la escalera para llegar ante la puerta de Elvira. Llamó con los nudillos y esperó órdenes. Instantáneamente, una débil voz autorizó la entrada.

Si su habitación era grande, la de Elvira tenía un tamaño similar al salón. Sagrario calculó que rondaría los cien metros cuadrados. Por la orientación entendió que estaba justo enfrente de la piscina, hacia el mediodía, de modo que era la estancia más privilegiada de la mansión. El suelo estaba cubierto con una moqueta de pelo alto, en tonos azules que se asimilaba al mar. Parecía que la ocupante navegaba sobre un océano. La cama de matrimonio se alojaba dentro de una soberbia estructura de madera de roble macizo opulentamente

labrada, tanto el cabecero como el piecero. En una esquina más alejada a la puerta de entrada se encontraba un amplio tocador de dos metros de anchura con tres espejos y numerosas bombillas, y a la izquierda un armario ropero empotrado que tendría una extensión de cinco o seis metros. En otro de los lados de la habitación, y también como uno de los elementos con mayor personalidad de la pieza, una chimenea de mármol blanco permitía imaginarse lo plácido que se estaría en aquel lugar durante las destempladas noches invernales. Le llamó la atención un enorme lienzo en donde se apreciaba a una espléndida Elvira con treinta años. El pintor había sido capaz de plasmar la incuestionable belleza de aquella mujer y la fuerte personalidad de la que todavía hacía gala. Candelabros, lamparillas, butacones y muchos marcos con fotografías provocaban una imagen abigarrada del dormitorio. Sagrario supuso que cada centímetro cuadrado de aquel sitio correspondía con un recuerdo de la vida tan intensa que había llevado su amiga.

Se acercó a la cama donde la anciana la esperaba con una sonrisa.

—Gracias por interesarte por mí.

—Elvira, ¿qué le pasa?

—Los años, hijita, los años que tengo, nada más que eso. No es otra enfermedad.

—No estoy de acuerdo, los años no son los causantes de las enfermedades. Es el mal funcionamiento de los órganos, o las infecciones, o cualquier otra causa concreta, pero nadie se pone malo por lo que diga el carné de identidad.

La mujer sonrió. Sagrario la miró con detenimiento y adivinó una pequeña mancha rosa, o granate, que se marcaba en la comisura de sus labios. Buscó un pañuelo en la mesilla y la limpió con él. Era sangre.

—¿Y esto? —indagó, mientras mostraba la mancha.

—No es nada —contestó Elvira, sin mirar.

—Esto es sangre. ¿Ha estado vomitando sangre?

—Nada, muy poco.

—¡Vamos a llamar al médico!

La mujer se calló y cerró los ojos. Asintió con tanta tristeza que estuvo a punto de estallar en un llanto silencioso.

Sagrario abandonó la habitación de Elvira y bajó en busca de una de las mujeres de servicio. Trasladó las órdenes de la señora y en unos minutos le dijeron que ya estaba avisado el doctor Viciano.

Algo más tranquila, la joven regresó a la habitación donde comprobó que

Elvira se había quedado dormida. Se alegró de su respirar tranquilo y sosegado. En la anterior ocasión que había entrado no se había fijado que, en su mesilla, también tenía la misma foto del joven militar que había en la entrada, aunque de menor tamaño. Decidió que se quedaría en la alcoba hasta que llegara el facultativo, ya que temía por una súbita recaída o por un inesperado vómito.

Y fue entonces cuando las vio.

Extrañada, se levantó de la silla y se dirigió despacio hacia un mueble alargado, similar a un buró o un bargueño, de madera labrada y con muchos cajoncitos. En la parte superior permanecían colocadas un importante conjunto de felicitaciones de Navidad, *christmas* perfectamente alineados y puestos de pie. Sin entrar en detalle, contó más de la docena. No resistió la tentación y, aprovechando que Elvira seguía dormida, tomó uno de ellos y leyó la dedicatoria. Con unos trazos muy infantiles, un niño deseaba una feliz Navidad a unos padres. Había una fecha: diciembre de 1959. Tomó otro. El texto era muy similar y solo cambiaba el año: diciembre de 1960. Casi todos estaban escritos en los mismos términos aunque con una fecha distinta. Los más recientes se veían con una letra más madura, de modo que Sagrario entendió que ese niño se había convertido en un adulto. Al margen del texto y del mes, también había algo que era común a todos; la firma: Alfredo.

## 21 de agosto de 1975

Un soldado les acababa de servir un café pastoso y desaborido después del rancho, consistente como casi siempre en un plato de carne. A pesar de encontrarse a escasos kilómetros de todo un océano, los militares que servían en el Sáhara probaban muy poco pescado. A la comida con el capitán Bermejo y un teniente de Veterinaria se había unido también un capitán de Sanidad. Durante el almuerzo, el grupo había hablado de los temas de conversación que gastaban los profesionales destinados en la provincia: la situación en las fronteras, los efectivos que estaban llegando de la Península y los continuos y cada vez más cruentos enfrentamientos con los miembros del Polisario y del ejército marroquí. Uno de los presentes llegó a asegurar que las cárceles estaban quedándose pequeñas y que se veían obligados a enviar prisioneros a Las Palmas.

Un coche llegó a la puerta de entrada y el sargento de guardia salió corriendo en cuanto oyó al soldado anunciar la visita.

—¡A las órdenes de vucencia, mi general! ¡Sin novedad en la guardia!

—Dime dónde está el alférez que ha llegado hoy de Las Palmas —pidió el recién llegado.

—A las órdenes de vucencia, mi general.

Federico Gómez de Salazar se apeó del Land Rover que lo había llevado al cuartel de la BRIPAC y siguió los pasos acelerados del sargento. Entre tanto, el general devolvió el saludo de que fue objeto por parte de todos los militares con los que se cruzaba.

Los oficiales se pusieron en posición de firmes nada más entrar el general en el comedor, como cuatro resortes accionados por la misma mano.

—Descansad. ¿Queda algo de café para mí? —preguntó Gómez de Salazar, mientras se frotaba las manos y buscaba una silla. Apagó el cigarrillo en un cenicero plateado.

Aquello no era nuevo. El Gobernador tenía por costumbre pasear por toda la provincia y muchas veces entraba en cualquier cuartel para hablar con las

personas que estaban a su mando. Le gustaba conocer sin intermediarios las expectativas de sus hombres y lo que se decía en la colonia.

Después de charlar con los dos capitanes y con el teniente veterinario sobre las últimas remesas de tropas procedentes de Las Palmas, miró a Alfredo Amorós y le dirigió unas palabras exclusivas:

—Bueno, alférez. ¿Nos vamos? Tenemos trabajo.

Todos se volvieron a poner en pie cuando el general abandonó la estancia y, después, se miraron sorprendidos ante la insospechada visita y la relación tan misteriosa que mantenía el oficial madrileño con la máxima autoridad de la provincia.

—¿Quién coño será este como para que venga a buscarlo Gigi en persona?

—cuestionó uno de los capitanes.

Los otros dos oficiales se encogieron de hombros, desconcertados.

—Vamos a mi despacho, en el edificio de Gobernación, ya sabes, el que está al lado de la plaza de África —detalló, después de ordenar al soldado conductor el destino.

—Lo siento, mi general, pero no conozco nada de El Aaiún. Solo lo que he podido ver durante el trayecto desde el aeropuerto al cuartel —confesó el alférez, con cierto grado de culpabilidad.

—¡Es verdad! No importa, esto es muy pequeño, en dos patadas lo conocerás todo y ya me dirás tu opinión sobre este lugar. Hay gente que lo odia a muerte y otros que estamos fascinados. África no deja indiferente a nadie, genera grandes amores o grandes odios, ya me dirás cuál es tu percepción.

El vehículo circuló por la avenida de la Marina hasta torcer a la derecha para llegar a la avenida del Ejército y de ahí al edificio del Gobernador, uno de los más singulares y con mayor personalidad de todo el Sáhara.

Los dos soldados que custodiaban la entrada se cuadraron al paso de Gómez de Salazar al igual que hicieron también los militares que pululaban por la planta baja. El general era una persona muy ágil y normalmente subía los escalones de dos en dos. Llegaron a su despacho y le pidió que pasara y se pusiera cómodo. La mayor estancia del edificio se encontraba decorada con exquisito gusto. Federico Gómez de Salazar vivía en el desierto y quería que ese mismo espíritu se moviera también por el interior de su lugar de trabajo:

un pequeño dromedario de madera con asiento de cuero, un gran soplillo mauritano, un colosal samovar plateado y todo ello sobre un suelo de tarima formando rombos primorosamente cuidado. La decoración la completaba una estantería que llegaba hasta el techo sobre la que descansaban un buen número de volúmenes.

Se dirigió a un pesado armario de madera, sencillo y sin ornamentos, y abrió la hoja del medio con una llave que llevaba consigo. Extrajo una cartera que colocó sobre una alargada mesa de reuniones.

Alfredo lo miraba extrañado por aquella demostración de vitalidad. El general tomó una silla y se sentó a su lado, a la vez que abría la cartera.

—Alférez, a partir de ahora, todo lo que vamos a tratar es secreto militar. No hace falta que te diga cuáles son las consecuencias de revelar a alguien una información como esta, ¿verdad? —el rostro de Gómez de Salazar no ofrecía dudas sobre la gravedad de sus palabras.

—Enterado, mi general.

—Bien. Vamos con ello, pues.

De la cartera extrajo un importante número de fotografías en blanco y negro de un tamaño superior al folio. Por lo menos habría más de cincuenta. También le facilitó varios planos.

—Alfredo, me han dicho que eres el mejor topógrafo que tiene el Ejército español. Espero que no me defraudes.

—Haré todo lo posible, mi general —respondió el joven, impresionado ante las palabras del superior.

—Esto que tenemos aquí es un mapa detallado de nuestra provincia. Como puedes ver, limitamos al norte con Marruecos, al este con Argelia, con quien compartimos una frontera de treinta y ocho kilómetros de longitud, y el resto, así como todo el sur, con Mauritania. Al oeste solo tenemos el mar y por ahí no creemos que vaya a venir ninguna invasión, y si viene, mejor, ya que una parte significativa de nuestra flota está amarrada en Las Palmas y esta es muy superior a la que pueda tener el ejército de Hassan. Ese es nuestro flanco más fuerte. Por tanto, y dada la escasa frontera que compartimos con Argelia, y por la información que tenemos sobre la nula beligerancia de este país hacia nosotros más allá de la financiación que procure a los polisarios, nuestros dos grandes enemigos son Marruecos y Mauritania —resumió el general—. Se ha decidido que la frontera mauritana no reviste peligro alguno, por lo menos por ahora, ya que desde las minas de Bu Craa hasta su país hay demasiada arena

de por medio. Además, los mauritanos nunca nos han demostrado hostilidad alguna. Por tanto, tenemos que reforzar la frontera con Marruecos ante una posible invasión de su ejército.

Alfredo palideció al oír aquello por parte de la persona con mayor autoridad en el Sáhara. No era igual que hubiera escuchado ese mismo razonamiento de boca de sus compañeros en el comedor del regimiento de la BRIPAC, que lo oyera de labios de la persona con acceso a la máxima información militar en la provincia.

—Como ves en este mapa, son cuatrocientos kilómetros, aproximadamente. Hemos decidido que esa zona hay que minarla.

—¿Perdón, mi general? —el joven, quizá instintivamente, preguntó algo que había entendido perfectamente. Lo que ocurría era que su cerebro no interiorizaba correctamente la señal recibida por medio de sus oídos, por sorprendente, por inesperada, por inaudita.

—Sí, sembrarla de minas antipersonas. Son muy pequeñas, ya las verás, no pesan más de ciento cuarenta gramos cada una, pero son muy cabronas. En ocasiones pueden matar en el acto, es difícil, quizá a personas con poco peso, pero te arrancan una pierna en un suspiro. Este tipo de artefacto se creó para sembrar el desconcierto en los ejércitos enemigos y para socavar la moral de sus componentes. Es mucho más doloroso para un país ver a sus hijos mutilados que muertos. A un muerto, se le entierra y se le olvida. Una placa, un monumento, como mucho, y poco más. El tiempo se encarga de sepultarlo, no solo físicamente, sino también del recuerdo y del ánimo de los que quedan. Pero un tullido circula, es algo visible, habla, recuerda, critica, pasea su infortunio por las calles, llora... es una desgracia que no desaparece —razonó el general, conector de la dureza de sus palabras y de la previsible laxitud de su atemorizado interlocutor. No olvidaba que el topógrafo era un universitario que prestaba el Servicio Militar, no un profesional.

Al ver la expresión de terror que ponía el alférez, el general le dio un pequeño golpe en la espalda, de ánimo, mientras le mostraba una sonrisa que procuró fuera tranquilizadora.

—Vamos, Amorós, eres oficial del Ejército español y tienes que estar a la altura de lo que la Patria nos está requiriendo. No por ser de las Milicias Universitarias estás rebajado de actuar en la defensa militar.

—Por supuesto, mi general —contestó Alfredo, como pudo.

—El problema, alférez, es que no tenemos suficientes minas para tantos

kilómetros. Es mejor que en aquellos lugares que sean accesibles a las personas tengamos mayor densidad de unidades, y en aquellos otros cuyo tránsito es más difícil, como pendientes pronunciadas o trochas dificultosas no pongamos ninguna. ¿Me explico? Aunque desde la Península tenemos la idea de que el desierto es un territorio plano y sin accidentes geográficos ya comprobarás por ti mismo que eso no es así, que hay zonas con mucha inclinación por donde no pueden circular ni personas ni vehículos, sobre todo conforme nos vayamos desplegando hacia el este, al otro lado del mar. Y para eso necesitamos al mejor topógrafo militar. Cuento contigo, ¿no?

—Por supuesto, mi general.

—Bien, eso me gusta. Aunque seguirás residiendo en el cuartel de los paracaidistas, tu lugar de trabajo será este, en Gobernación. Ahora te facilitarán un despacho que tiene solo dos llaves, una la tendrás tú y otra la tengo yo. No entrarán ni para limpiar, tendrás que apañártelas tú solo. Allí podrás trabajar con completa comodidad y absoluta privacidad. No obstante —le recordó, enarbolando el dedo índice de su mano derecha asimilándolo a un mástil—, cada vez que abandones esa estancia tendrás que guardar todo en un armario. También tendrá solo dos llaves, igual que la puerta de entrada.

—Mi general, yo no conozco nada de África, tendré que realizar un trabajo de campo.

Gómez de Salazar sonrió satisfecho:

—¡Claro, así me gusta, participando, muy bien, Amorós, muy bien! —el gobernador se mostraba encantado con la diligencia del alférez—. ¡Por descontado que necesitas muchas más cosas para tu trabajo! La frontera marroquí la tenemos en Tah, más o menos a sesenta y cinco kilómetros de aquí. Tendrás a tu disposición, permanentemente, a una patrulla de legionarios. No me fío de otros. Son los soldados que más respeto generan entre los musulmanes y te aseguro que a su lado no vas a tener ningún problema, nadie tiene valor para enfrentarse a ellos, ni soldados de reemplazo, ni polisarios ni marroquíes. Si decides pernoctar a la intemperie, sin desplazarte a ninguna ciudad, estarás protegido también por una patrulla de *Nómadas*, gente de absoluta garantía y expertos en la lucha en el desierto. Hay que tener cuidado con ellos porque muchos son saharauis, la mayoría de la tropa, pero para eso están los legionarios. Hay que tener muchos cojones para enfrentarse a los del Tercio.

Alfredo asentía ante las palabras de su superior. Tenía que procesar tanta

información que no le daba tiempo a pensar en otro tema.

—También tendrás que realizar reconocimientos aéreos. Si quieres voy a dar orden a Muñoz Grandes Galilea para que sus chicos te lleven a inspeccionar la frontera desde el aire, creo que te vendrá muy bien. El lunes irá a buscarte un coche a tu cuartel a las nueve de la mañana que te llevará a la base Santiago, que está frente al aeropuerto. Tienes este fin de semana para descansar y aclimatarte a la ciudad. Ya verás cómo lo haces muy rápido. El Aaiún me parece un lugar fantástico para vivir, por lo menos una temporada. Tenemos piscina, cine, tiendas, bares de copas, chicas... de todo —sonrió, satisfecho y con algo de malicia—. Bueno, no me mires así por lo que te digo de las chicas, que aquí estamos muy lejos de casa y nadie va a saber lo que hacemos o dejamos de hacer.

El alférez optó por perderse en el conjunto de mapas y fotografías y no responder. El general guardó silencio. Al cabo de unos minutos, Alfredo lo miró perdido y desorientado.

—Tranquilo, Amorós, vas a hacerlo muy bien. Quiero que en una semana me digas dónde vamos a poner esas malditas minas. Todos los días despacharé contigo para conocer tus avances y asegurarme de que están facilitándote el trabajo. Ven, coge esto y acompáñame, que voy a enseñarte tu despacho. Está en esta misma planta.

—Mi general, ¿puedo preguntarle algo?

—¡Claro, pregunta lo que quieras!

—¿Cuántas minas se van a sembrar?

Gómez de Salazar lo escrutó con la mirada. Puso los ojos en los planos y después respondió, con sequedad.

—Este dato solo lo sabrás tú. ¿Entendido? —Alfredo asintió—. Sesenta mil.

# El médico

El doctor Viciano era uno de los hombres más conocidos en Los Filabres. Llegó a Orquídea Real conduciendo un viejo Suzuki todoterreno que algún día seguro que tuvo una chapa brillante y limpia. Era el prototipo de médico rural incluso hasta en el detalle del vehículo que utilizaba. Sagrario lo esperaba a la puerta de la mansión y se sorprendió al comprobar cómo iba vestido: botas altas, pantalones de faena militares, muy desgastados, camisa de manga larga oscura y un sombrero de paja. Llevaba un pequeño maletín donde guardaba algún instrumental de emergencia.

—¿El doctor Viciano?

El hombre se acercó y saludó con extrañeza a la persona que lo recibía.

—Mi nombre es Sagrario. Estoy viviendo con Elvira desde hace unas semanas. Soy la novia de su nieto.

—¿Eres la novia de Miguel? —preguntó el facultativo, ya con más confianza.

Sagrario le tendió la mano y el médico se la estrechó con cierta familiaridad aunque no todavía con efusividad.

—Elvira me habla mucho de su nieto y sabía que tenía novia, pero no me imaginaba que iba a ser una mujer tan guapa.

La joven agradeció el cumplido y le ofreció acceder a la mansión.

Con la seguridad que posee toda persona que se mueve por un terreno conocido, el doctor entró al vestíbulo y se dirigió sin dilación a la habitación de la enferma. Accedió a la estancia con cuidado por si se hubiera quedado dormida. No fue el caso.

—Doctor, no sé por qué lo han llamado. Me encuentro perfectamente —aseguró Elvira.

El médico se acercó al lecho y dio un par de besos a la paciente.

—Sabes que no tengo nada que hacer —mintió, con naturalidad—, y que siempre tengo tiempo libre para venir a visitar a mis amigas, aunque sean tan tacañas como tú, que nunca me ofreces ni una copita —bromeó.

Sagrario, que había presenciado el saludo desde el umbral, anunció su retirada y cerró la puerta tras de sí.

Media hora después, el médico bajaba las escaleras con paso cansado.

—Doctor, ¿qué tal está?

—Mi amiga es una descortés, al final no me ha ofrecido nada. ¿Me ofrecerías tú algo?

La joven lo llevó al salón y llamó a una de las sirvientas. Diez minutos después aparecía con una bandeja con café recién hecho, un plato con pastas, una botella de licor y dos copas. El doctor y Sagrario ya habían iniciado la conversación.

—Elvira es una persona muy celosa de su estado de salud, no quiere que le diga nada a nadie, y no debería hacer contigo excepción alguna aunque, a decir verdad, eres la primera persona de la familia que vive con ella desde hace más de veinticinco años.

—¿Está queriendo decir que desde que falleció su marido nadie ha vivido con Elvira?

—Así es. Conozco a la familia desde 1977, cuando vinieron a Almería. Yo acababa de ganar la plaza y era de los que pensaba que estaría aquí los meses imprescindibles hasta que encontrara un nuevo destino en la capital, donde ejercía mi padre, pero esta tierra me fascinó y aquí eché raíces. Me casé con una sorbeña y tenemos tres hijos. En esta arena rojiza disfruto de la medicina en su concepto más primitivo, cerca de los pacientes, e intento curar si se puede, o paliar si no, sus males. Los físicos y a veces también los del alma, hasta donde me deja la mucha experiencia acumulada y el poco raciocinio que ya me va quedando.

Sagrario prefirió mantenerse callada. Como buena periodista que era, sabía que si el entrevistado contaba un relato de los hechos por sí mismo no hacía falta formular pregunta alguna, de modo que se mantuvo en silencio. Se echó sacarina en el café y continuó mostrando la misma expresión de atención que manifestaba desde el principio.

—Me parece que Ruperto falleció en 1980. Su marido fue un gran hombre, por cierto. Y desde entonces, Elvira ha vivido sola... hasta que has llegado tú.

—¿Se puede saber de qué murió Ruperto?

El doctor la miró en profundidad y resopló.

—De un accidente de tráfico —respondió con sequedad y sin querer entrar en detalle alguno.

—Claro, para esa fecha Violeta ya se había casado. Miguel tiene ahora treinta y un años, y nació en Madrid. Volviendo a la pregunta inicial, doctor, ¿cómo está Elvira?

—Elvira está muy mal, no creo que nos acompañe durante mucho tiempo y lo malo es que parece que quiere morir.

—¿Por qué dice eso?

—Porque llevo más de treinta años de profesión y he visto a muchos pacientes, no sé si demasiados. Y sé cuándo uno quiere luchar y sé también cuándo bajan los brazos para esperar el desenlace, que siempre es el mismo. Y así está mi amiga Elvira.

Sagrario comprendió ahora la reacción que tuvo la mujer hacía unos días cuando ella le habló de rentabilizar comercialmente la finca. Para la anciana el futuro solo podía resumirse en las pocas horas venideras, ni siquiera en la sombra que estas pudieran proyectar.

—Le he dado a la mujer que la cuida una medicación que espero tome. Me ha asegurado que, por lo menos en eso, está haciéndome caso.

La joven acompañó al doctor al coche. Al llegar, el hombre sacó una tarjeta de su cartera:

—Ten, aquí tienes mi teléfono móvil. Para ella estoy disponible las veinticuatro horas del día. Para mí es mucho más que una paciente.

Con la preocupación dibujada en su rostro, el médico arrancó el coche y se perdió por el camino de regreso. Sagrario se quedó con la tarjeta agitándola despacio y golpeando con ella la mano contraria. Después entró en la casa.

## 25 de agosto de 1975

Alfredo nunca antes había montado en helicóptero, de modo que la mera expectativa de situarse a muchos metros sobre el suelo en un aparato tan pequeño y, a simple vista, tan frágil, le había puesto sensiblemente nervioso y hasta ligeramente irritable. Tal y como le había adelantado el General Gómez de Salazar, a las nueve de la mañana un Land Rover lo trasladó a la base. Sin atravesar ningún tipo de control ni mostrar documentación alguna, el vehículo se adentró en las instalaciones y aparcó en la plaza de Armas. Lo condujeron a una explanada donde el asustado oficial contó más de una docena de helicópteros perfectamente alineados. Se acercó un teniente que cumplimentó al alférez, mientras que su compañero se ocupaba de la inspección prevuelo de la aeronave.

—Bienvenido, Amorós. ¿Has montado alguna vez en una cosa de estas? — preguntó el que hacía de anfitrión, que se mostraba muy sonriente, a la vez que señalaba un Kiowa.

El teniente obtuvo la respuesta solamente observando la cara de Alfredo.

—No te preocupes, ya verás cómo luego te gusta y no quieres bajarte —el oficial intentó animarlo.

Lo acomodaron en el asiento y le colocaron los cascos que llevaban integrados un intercomunicador. Antes de encender el motor le detallaron cuál iba a ser el plan de vuelo.

—El general me ha adelantado que quieres recorrer la frontera con Marruecos hasta Argelia. Perfecto. He hecho ese mismo recorrido en numerosas ocasiones y seguro que te encantará. Volaremos a una velocidad media de noventa nudos y tendremos que hacer un par de paradas para repostar. Entre ir y volver estaremos todo el día, ya que las pausas tienen que durar, mínimo, tres cuartos de hora. A través del interfono podremos hablar con comodidad. Los cascos también evitarán, por lo menos en parte, el infernal ruido del rotor. ¿Vamos allá?

Alfredo dejó que el teniente le ajustara el cinturón de seguridad. El piloto

arrancó el motor, verificó el correcto funcionamiento de las comunicaciones interiores y solicitó a la torre de control permiso para despegar.

Tuvieron que pasar por lo menos diez minutos, en los cuales permanecieron callados y parados sobre la pista de despegue con los rotores en movimiento, hasta que el aparato comenzó lentamente a elevarse del suelo.

La sensación le pareció placentera. En unos instantes se encontraba a muchos metros del suelo, no sabría calcular cuántos, mientras desfilaba ante sus ojos una amplia panorámica que no tenía comparación alguna con la estrecha y constreñida visión que le ofreció la ventanilla del avión que lo llevó a El Aaiún. La ciudad le resultó un variado conjunto cuadrículado donde destacaban dos colores en exclusiva: el blanco de las casas y el ocre del contorno. Distinguió con precisión las estancadas aguas del río y la escasa vegetación que lo rodeaba.

En unos minutos llegaron al mar y sobrevolaron la orilla hacia el norte, a la playa de Negritas. Alfredo se maravilló con la visión de la cadena de dunas que parecían querer meterse en el océano.

—Aquello ya es Marruecos —señaló el piloto—. Ahora vamos a tomar rumbo este para seguir por el paralelo veintisiete con cuarenta minutos, hacia Argelia.

Bajo sus pies se abría una inabarcable llanura pétrea sin elevaciones relevantes hasta que llegaron a Tah, el puesto fronterizo que representaba la entrada natural por tierra a El Aaiún desde Marruecos.

—Esa es nuestra frontera. Desde aquí no puede apreciarse, pero a unos treinta kilómetros de distancia hacia el norte está Tarfaya. Eso fue nuestro hasta que Franco se lo regaló al moro —ilustró el piloto—. Me parece que fue en 1958.

—¿Cuánto tiempo llevas destinado en el Sáhara?

—Yo llevo dos años y mi compañero seis meses —contestó el teniente, que cada vez que hablaba no podía evitar elevar el tono de voz.

Prosiguieron por la ruta marcada y Alfredo pudo distinguir, desde los cien metros que les separaban del suelo, los distintos accidentes orográficos que ofrecía el terreno. Entendió que lo primero que tenía que hacer era interiorizar bien los mapas que le habían facilitado y ayudarse con las fotos para familiarizarse con el entorno, aunque el viaje estaba resultándole muy útil para obtener una primera impresión panorámica de lo que sería su campo de trabajo.

A las ocho de la tarde, agotado aunque muy feliz por haber disfrutado de una experiencia única, y después de haber conocido varios destacamentos militares donde el helicóptero fue repostando a lo largo de la jornada, Alfredo se sentía especialmente orgulloso por no haberse mareado y con las retinas hinchadas de tanta información recibida.

—Hablaré con el General para repetir este mismo recorrido dentro de una semana, si no tenéis inconveniente.

—¿Otra vez? ¿Qué pasa, que quieres aprenderte de memoria la frontera? —preguntó, en tono distendido, el teniente más veterano.

Alfredo mostró una sonrisa diplomática y calló la realidad, que no era otra que sí, que era cierto, que tenía que aprenderse la frontera hispano-marroquí de memoria como si tuvieran que instalar dentro de su cabeza una maqueta con el máximo detalle.

# El hemograma

El hotel donde se habían citado se ubicaba en el barrio de Salamanca, concretamente en la calle Lagasca. Era uno de los muchos establecimientos turísticos abiertos recientemente en la capital, con buena presencia, minimalista, ideal para turismo de paso o de trabajo. Pero también tenía otros usos, por lo menos Violeta ni se consideraba una viajera ni tampoco una mujer de empresa.

Era la primera vez que se citaba con José Luis después del encuentro en Mojácar. A partir de aquel momento, no había pensado en otra cosa más que en la ardiente capacidad física del médico, en su insólito comportamiento bajo las sábanas y en el penetrante olor que desprendía, tan mareante como afrodisíaco. Desde entonces solo mantuvo una relación con Rogelio que le resultó deprimente, aburrida, incluso humillante. Su amante le había enseñado un mundo que posiblemente ya tuviera olvidado, y tuvo un súbito acceso de arrepentimiento por el tiempo perdido.

Violeta se mostraba incómoda con aquella situación. Consideraba que esa insospechada atracción que sentía por José Luis ejercía sobre ella un grado de vulnerabilidad que se apartaba ostensiblemente de los fríos e insensibles planes trazados para la ocasión, paradójicamente más distantes y nada sentimentales. Pero la maniobra no podía haber empezado peor, y lo notó ella misma cuando se pasó casi hora y media en el cuarto de baño cuidando todos los detalles, desde el color de las uñas de las manos y los pies hasta buscar el mejor juego de pendientes y gargantilla que atesoraba en su joyero. Capítulo especial fue la ropa interior. Dos días antes empleó una mañana entera en recorrerse la planta de lencería de El Corte Inglés de Princesa probándose conjunto tras conjunto, cuidando la combinación y los colores, y mostrándose dubitativa e insegura, sin ser capaz de elegir entre una línea tradicional o unos

modelos más atrevidos. Sí, José Luis le provocaba inseguridad, y ella pensaba que no había nacido todavía nadie que le generara esa desagradable y, tenía que reconocer también, incontrolable sensación.

Llegó con media hora de anticipación y, en vez de tomar posesión de la habitación, se quedó en la cafetería la cual se hallaba totalmente vacía. Pidió un zumo de tomate y se entretuvo en hojear los diarios de ese día, aunque los nervios le impidieran leer una noticia completa o entender en toda su extensión un artículo de opinión.

A las doce y media hizo su aparición el doctor Vallejo. Exteriormente, Violeta llevaba un precioso conjunto de chaqueta y falda vaporosa con flores verdes de distintas tonalidades, y una camiseta amarilla azafranada de amplio escote que realzaba su cuello, muy bien conservado para su edad, sin apenas pliegues o arrugas. El médico se acercó y, cuando iba directo a darla un beso en la boca, la mujer torció la cara ligeramente, lo que provocó que los labios de José Luis se estrellaran contra una de sus mejillas. Se sintió interiormente orgullosa de haber sido capaz de aquello. Tenía algo que hablar con José Luis, algo importante, y había que mandarle una primera señal de advertencia. El doctor la captó y la miró sorprendido:

—¿Y eso?

—Siéntate, tenemos que hablar —le ordenó, fingiendo de nuevo un aplomo del que carecía.

El médico llevaba un traje claro, de verano, con una corbata de Loewe roja con irisaciones, y mostraba un rostro excesivamente descansado para la idea que Violeta se había forjado de su amante.

—¿No me dijiste que anoche tuviste guardia?

—Claro que la tuve. Por eso hemos podido quedar a esta hora. Si no la hubiera tenido, no me habría ausentado de La Paz por la mañana y tendríamos que haber quedado por la tarde. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no tienes cara de haber estado trabajando esta noche, se te ve muy bien —reconoció Violeta.

—Es que una cosa es que tenga guardia y otra muy distinta que me pase la noche en vela; ya no tengo edad para eso. No hay nada mejor que tener a un residente bien adiestrado con órdenes claras de que no se le ocurra llamarte desde las doce de la noche hasta las siete de la mañana, salvo causa de fuerza mayor. Bueno, dime, ¿qué tal estás? Te veo muy guapa. ¿Vas a dejarme que te dé después el beso que acabas de negarme? —el médico aprovechó para

guiñar un ojo.

—Según, José Luis, según.

El facultativo enarcó las cejas y buscó al camarero con la mirada. Le pidió una cerveza.

—Te escucho.

—No, José Luis, no es que me escuches tú a mí, es que soy yo quien tiene que escucharte a ti.

—¿Y qué quieres que te diga?

Violeta abandonó su postura pasiva y se inclinó sobre el médico. Lo miró con crudeza, sintiéndose orgullosa de continuar satisfactoriamente por la senda dialéctica iniciada con éxito.

—No seas hipócrita, José Luis. En estos momentos estamos tú y yo aquí porque llegamos a un acuerdo, ¿se te ha olvidado? Yo hacía unas cosas, y tú, otras. Y yo estoy cumpliendo. ¿Y tú?

Llegó el camarero y dejó el aperitivo sobre la mesa. Ambos interlocutores se recostaron sobre sus asientos mientras los atendía el empleado. Una vez se quedaron solos, ella volvió a la postura anterior:

—Quiero avances, José Luis, avances rápidos porque la situación es muy peligrosa. Esa mujer lleva en Almería demasiado tiempo y tenemos que poner en marcha la acción hablada lo antes posible. Mi madre no es tonta y nunca se ha dejado engatusar por nadie, pero ahora ya es muy mayor y temo que sufra un momento de debilidad, y más estando tan alejada de su verdadera familia; y no puedo consentirlo. Creía que habíamos llegado a un acuerdo que íbamos a respetar los dos.

El doctor Vallejo intentó mantener la calma. Bebió un trago de la cerveza y tomó aire para responder.

—¿Y crees que estuve parado? Lo que no me imaginaba era que al primer encuentro fueras a pedirme resultados. Suponía que sabías que estas cosas no son tan rápidas.

El doctor no podía ocultar la sensación de contrariedad que le provocaban las exigencias de su amante.

—He estudiado el asunto —comenzó a relatar—. Efectivamente, no soy un experto en farmacología pero tengo muy buenos contactos con colegas de otras especialidades. Los cirujanos formamos mucho equipo con los anestelistas, los necesitamos en todas nuestras intervenciones. Violeta, yo no puedo administrar a tu madre un fármaco que cause una desorientación o una ausencia

temporal de voluntad, que es lo que estás pidiéndome —la mujer asintió, muy seria—, sin haberle realizado antes un estudio previo, lo que llamamos un preoperatorio.

—¿Un preoperatorio? ¿Quién está hablando aquí de operar? ¡Qué estás diciéndome! Lo único que quiero es que la atontes, que en un juicio diga cosas sin sentido para que el juez la inhabilite y me dé a mí la tutela, como único familiar directo que soy. Es muy sencillo. José Luis, lo estás complicando adrede.

—Veo que no entiendes, o no soy capaz de explicarme.

—Lo que veo es que quieres dar largas.

El médico miró hacia ambos lados y se acercó a Violeta.

—¿Tú me aseguras que tu madre no es alérgica a ningún medicamento? A ver, ¿cómo tiene la tensión, y el azúcar?

Violeta sintió unos ojos nuevos sobre los suyos. El doctor estaba hablando muy en serio. Su expresión no admitía duda alguna.

—Con su edad —continuó, sin rebajar un ápice la dureza ni de su mirada ni de sus afirmaciones—, seguro que tiene una analítica complicada, con multitud de indicadores fuera de los rangos normales. ¿Sabes cuál es su tiempo de coagulación? ¿Qué te crees, Violeta, que esto es como en las películas, aplicarle un pañuelo en la nariz para que pierda la consciencia? Para ser eficaces sin riesgo ante una persona octogenaria hay que hacer un electrocardiograma y una radiografía de tórax, y analizar en profundidad un hemograma.

—¿Qué me estás diciendo, José Luis!, ¿un hemo... qué?

El hombre se recostó sobre su asiento y cerró los ojos con fuerza.

—Violeta, yo no voy a cargar con la responsabilidad de que a tu madre pueda pasarle algo. No estudié medicina para eso.

—Vaya, qué legal es el señor. Para esto sí eres un moralista, para poner los cuernos a tu mujer, veo que menos —inconscientemente, notó que perdía la compostura. La última frase no la pronunció ella, sino el lado más vengativo de su subconsciente.

El doctor mantuvo silencio. Le invadió una ligera sensación de tristeza, ya que sabía que la magia de la cita se había esfumado.

Violeta apuró el zumo de tomate y se pasó la lengua por los labios, con un poco de intención que resultó extemporánea. Mantuvo un largo silencio y aprovechó para perder la vista unos instantes en algún lugar indeterminado de

la cafetería. Había hablado demasiado, y era consciente de ello. Lo había atosigado, pero no iba a arrepentirse, y menos a expresarlo. Dio a sus palabras un enfoque distinto.

—Necesito que se te ocurra algo —resolvió.

José Luis Vallejo negó con la cabeza a la vez que llamaba al camarero pidiéndole la cuenta.

—Lo siento, Violeta, lo siento y mucho. Lo único que se me ocurre es dejarlo. Esto no va a funcionar. Tendremos que decir sobre Mojácar, algo parecido a lo que dicen sobre París en la película Casablanca.

—No me vengas con bromas. Todavía no he dicho mi última palabra.

—Yo sí.

El médico se levantó y se despidió de la que fue su amante más efímera alzando las cejas. Se volvió y, decidido, encaminó sus pasos hacia la salida.

## 3 de septiembre de 1975

Fata uld Mohammed uld Yama desconfiaba de Nick Ross como si de un escorpión se tratara, pero si ese escorpión le servía para sus fines, él estaba dispuesto, incluso, a meterlo en su cama y dormir con él. Brahim Gali Sidi Mustafá, a quien todos conocían como El Gali, era el jefe del ala militar del Polisario, alguien mucho más operativo que Luley, hombre más diplomático y político. El Gali era el jefe de Fata y el organizador de todas las actividades violentas que generaba el Frente Popular. El objetivo no era otro que hacer la vida de los europeos cada vez más incómoda para que activaran lo antes posible el mandato de las Naciones Unidas, y celebrar el tan ansiado referéndum con el cual el pueblo se pronunciara definitivamente sobre un futuro lejos del yugo colonial.

En su ideario el Polisario no buscaba causar muertes entre los militares y menos entre la población civil, por lo menos ese no era su fin. Dentro de las acciones de hostigamiento figuraba un objetivo concreto: las minas de fosfatos de Bu Craa. Después de muchos años de estudios en todo el territorio, fundamentalmente gracias al geólogo Manuel Alía, y ayudado por la tecnología alemana y el dinero de bancos norteamericanos, el gobierno español comenzó en 1972 la explotación de uno de los yacimientos más ricos del mundo de un elemento imprescindible en la elaboración de fertilizantes para uso agrícola. España había adquirido una dragalina con una capacidad operativa superior a las cuarenta toneladas de mineral en cada palada que, día tras día, arrancaba de cuajo la única riqueza que se había descubierto hasta ese momento bajo el áspero desierto, y la ponía muy lejos tanto del Sáhara como de los saharauis no a manos llenas, sino a bodegas navales completas sin que los autóctonos vieran reflejada en su calidad de vida las descomunales ganancias que generaba el imponente yacimiento. Y ahí era donde había que atacar. El Polisario contaba con muy poca financiación pero muchos apoyos populares. Numerosos trabajadores de la mina así como miembros de las Tropas Nómadas y agentes de la Policía Territorial eran elementos activos de la

organización, por lo que Fata sabía que España tenía el enemigo dentro de su propia casa, con las posibilidades que ello conllevaba.

El encuentro, como era costumbre, iba a celebrarse en medio de la nada, en los lugares adonde solo los nómadas saben llegar, los nómadas o las personas que tienen un equipo de localización tan sofisticado como con el que contaba el norteamericano Nick Ross.

El aventurero llegó a bordo de un Land Rover. No le acompañaba nadie, por lo que pudieron comprobar los compañeros de Fata, que habían recibido al vehículo armados cada uno con un anticuado MAS-36.

—Por favor, dile a tus hombres que bajen las armas, ya ves que vengo solo y, la verdad, no quiero que nadie me apunte. Ya nos conocemos.

—No nos conocemos, Nick, aunque nos hayamos visto una o mil veces anteriormente. Al ser humano nunca se le termina de conocer porque para nosotros mismos nuestra mente es una absoluta desconocida.

—No me cuentes historias, que es muy tarde. Deben quedar dos horas para que amanezca. Vengo a traeros lo que me han dado para vosotros.

—¿Y por qué vienes desde Marruecos? ¿Con qué contactos contáis allí? Ese país es tan enemigo de nosotros como España.

—Yo soy un mandado, solo me dedico a transportar bultos. Esto que te traigo creo que os interesa. Si no es así, me lo dices y regreso por donde he venido, y deja de hacer preguntas sobre contactos o no contactos, que tengo mucho viaje de regreso.

—¿Sabes qué está pasando en Marruecos?

—¿Qué está pasando... de qué? —preguntaba extrañado el norteamericano, cansado del absurdo interrogatorio del saharauí.

—Tenemos entendido que están elaborando listas de gente para apuntarse a algo, alguna concentración o algo así. ¿Sabéis vosotros de qué se trata? —inquirió Fata.

—Marruecos es muy grande y no sé lo que están haciendo, ya te he dicho que yo solo soy un mandado que vive en algún lugar del mundo y que hace lo que le dicen y que, mientras tanto, intento vivir lo mejor que puedo.

El saharauí ordenó a dos de sus hombres que cargaran con la caja y la transportaran al vehículo que habían llevado ellos.

—No parece mucha cantidad —opinó el miembro del Polisario.

—Son cuarenta kilos, pero no cuarenta kilos cualquiera, te lo aseguro. Tienen una capacidad destructiva muy superior a otro explosivo que hayáis manejado anteriormente, aunque se activan exactamente igual. Espero que no tengáis incidentes con su manipulación. No sería la primera vez, tengo entendido.

Fata lo miró con seriedad. Tenía razón. Ya se habían registrado varios accidentes mortales de miembros del Polisario que manipulaban explosivos.

—Eso es asunto nuestro. Dile a tus jefes que hemos recibido el paquete y que lo tendremos poco tiempo en nuestras manos.

El norteamericano se metió de nuevo en su coche, maniobró ciento ochenta grados y emprendió camino a baja velocidad. El saharauí calculó que, cuando amaneciera, Ross se encontraría ya en Marruecos.

## 8 de septiembre de 1975

Habían pasado dos semanas desde que sobrevoló la frontera y el alférez del Ejército de Tierra Alfredo Amorós no había desaprovechado el tiempo. Encontró fascinante la labor que le encargaron salvo en un detalle, un pormenor vital e inquietante: lo que estaba haciendo no era un trabajo de campo para diseñar el trazado de una futura carretera, calcular la superficie de unos bancales para conocer las necesidades de semillas o fijar la ubicación de una torre de alta tensión o de un repetidor de televisión, sino un estudio impersonal para colocar artefactos mortíferos, instrumentos para desgraciar personas, seguro que inocentes soldados que obedecerían órdenes, por muy enemigos que fueran. Incluso población civil. O niños. Por su propia supervivencia mental, intentó apartar de su mente esa circunstancia y pensar solamente en que aquello no era un trabajo que le había encargado un jefe, sino una orden que, transmitida por un superior en el seno del Ejército, es sinónimo de obediencia incuestionable.

Organizó su tiempo de forma ejemplar, a juicio del propio general Gómez de Salazar que le dio la enhorabuena: «Amorós, está usted sorprendiéndome. Está realizando un trabajo muy profesional», lo aduló. La diligencia del madrileño sorprendió vivamente al superior, que no pensaba que alguien tan joven trabajara de aquella manera, con tanto cuidado y esmero en algo que para otro habría supuesto una tarea farragosa y evitable.

Unos días Alfredo se pasaba ocho o diez horas sin levantarse de su mesa de trabajo nada más que para tomar un bocadillo que le subían los soldados que montaban guardia en el edificio. Analizaba en profundidad los mapas de una determinada zona y las fotos que alguien tomara en su momento, dado que jamás supo que aquel material lo había capturado el norteamericano Nick Ross siguiendo las órdenes de Robert Parker, y redactaba un pequeño informe con ayuda de una vieja Olivetti que pusieron a su disposición.

En otras jornadas viajaba a las zonas de análisis dentro de un pequeño convoy compuesto, mínimo, por tres vehículos, cuando no era alguno más. La

Legión, si eran lugares de fácil acceso, o las Tropas Nómadas, si el destino era más escarpado, eran sus guías y protectores. El alférez indicaba el sitio hacia donde tenían que dirigirse y allí realizaba nuevas fotografías con una Canon reflex que le habían facilitado, y tomaba apuntes en un cuaderno de campo. Gómez de Salazar le entregó también un conjunto de aparatos profesionales que le enviaron desde Madrid para facilitarle el trabajo. En una caja del tamaño de una maleta guardaba un equialtímetro Carl Zeiss, varios jalones desmontados de una altura total de dos metros, un teodolito Parkhurst, una brújula Bruton de alta precisión y una regla de cálculo Mannheim mucho más precisa y con más funciones que la que le compraron sus padres para estudiar la carrera. Pedía ayuda constante a los soldados para que sujetaran los jalones y para ayudarlo a cargar el material cuando se separaba del vehículo que lo transportaba en cada momento. Los militares le veían trabajar pero guardaban silencio sobre su actitud, silencio que rompían después, cuando estaban solos. Más que criticarlo, se sorprendían de que alguien que no era un profesional de la milicia se tomara el trabajo tan en serio, como si a fin de mes le esperara una cuantiosa nómina o fuera el dueño de una empresa subcontratada por el Ejército.

En alguna ocasión los nativos de las Tropas Nómadas le indicaron la imposibilidad de poder acceder en vehículo al lugar que indicaba Alfredo:

—Eso es imposible para un coche, mi alférez. Solamente se puede acceder allí si se llega a pie o en dromedario, y esto último con mucha dificultad.

También tomaba nota de ese dato, que consideraba fundamental para no colocar allí un elevado número de piezas y centrar las unidades disponibles en los lugares donde tuvieran mayor utilidad militar.

En esos diez días había dormido en dos ocasiones en una jaima en el pétreo desierto que constituía la descomunal hammada, había bebido té caliente bajo la débil luz de millones de estrellas que alumbraban sus expectativas sentimentales, y había asistido a unos amaneceres como nunca había imaginado, en los que el cielo ofrecía una paleta de tonalidades que le parecían indescriptibles. A menudo recordaba las palabras que le dijo el general el primer día que llegó y él, de momento por lo menos, se situaba dentro del grupo de personas que sentía fascinación por la manera en la que el desierto lo envolvía y lo hacía suyo, como si fuera un bonachón gigante de largos brazos, gran boca e inmenso estómago.

Uno de los primeros días que estuvo en El Aaiún se animó a visitar uno de

los antros del barrio del cementerio, un lugar con iluminación exterior de neones multicolores y un interior asimilado a una cueva mal alumbrada, con una música atronadora, desagradable y machacona, y unas mujeres exhibiendo unos encantos condicionados por el alcohol y la humanidad conocida. Pidió un cubalibre que no terminó, y se juramentó que jamás regresaría a un establecimiento tan sórdido como aquel.

Pronto se cansó de pasear por la avenida del Ejército o de la Marina, de curiosear siempre los mismos objetos inútiles en los puestos del Zoco Nuevo, de entrar en el Bazar París o en la tienda de Foto Pako, de asistir al piquete, de sentarse a última hora de la tarde en la plaza del Pilar o, incluso, de asistir a misa en la Misión Católica, cosa que hizo un solo día, intentado dotar a su vida de algún estímulo novedoso. Le hablaron de los maharreros y de cómo trabajaban la plata. Un día se acercó a sus tiendas, próximas a Colominas, y compró a Pino un precioso collar con acabados en ébano que se metía debajo de la almohada y que le acompañaba todas las noches. Anhelaba el momento en el que se lo pondría en su cuello.

Por las aceras esquivaba la mirada de las jóvenes que, en grupo, paseaban cuchicheando en alegre conversación. Él solamente tenía unos ojos a los que mirar aunque ahora solo estuvieran presentes en su recuerdo. Lo mismo le sucedió el domingo que le tocó pasar en El Aaiún, cuando fue un rato a la piscina que se ubicaba próxima al Parador Nacional de Turismo. Se sintió demasiado solo en un lugar abarrotado y entendió que aquel no era su sitio. Un día entró en el cine Las Dunas para asistir a la proyección de una película italiana, pretendidamente erótica, que le pareció insoportable a la vez que chabacana. Además, tampoco le gustó el ambiente que le acompañó, lleno de soldados que no paraban de armar escándalo, de comer pipas ruidosamente y de parejas que aprovechaban las escenas más oscuras para tentarse con sus manos. También tomó la decisión de no regresar a aquel lugar. En otra ocasión visitó el Casino de Oficiales, en el que se encontró incómodo porque parecía que tenía marcado en la cara que él no era un militar profesional, que su estrella de seis puntas se caería al finalizar el año y jamás volvería a lucir, mientras que el resto de consumidores serían militares de por vida y por vocación, no como él, que lo era por obligación. Y eso diferenciaba, y mucho. Alfredo constató que no tenía lugar afectivo dentro del Ejército. Para los oficiales, él era un extraño; para los soldados de reemplazo, un superior. Jamás tendría un amigo en el Sáhara.

En el acuartelamiento halló, junto a algunas revistas pornográficas muy manoseadas, varias novelas, tanto de autores españoles, como Camilo José Cela o Vicente Blasco Ibáñez, como de foráneos, como Poe o Hesse, que algún oficial o suboficial anterior abandonó el día que se trasladó de destino. No podía ver la televisión porque la señal recibida era tan mala que la pantalla normalmente emitía nieve con un sonido asimilable a un ruido inaudible e intermitente.

Pero lo que más le gustaba era escribir a Pino. Intentaba buscar tiempo para dedicarse con afán a la labor que le generaba mayores satisfacciones, que no era otra que relatar a su novia sus sentimientos. Se cuidaba mucho de no detallar ni qué hacía exactamente ni por dónde se movía. Siempre utilizaba un término tan vago como es el *desierto*, auténtico comodín narrativo que servía para indicar cualquier ubicación que no fuera la ciudad de El Aaiún.

Al día siguiente había sido llamado por Gómez de Salazar para despachar en profundidad todo el trabajo realizado.

—No me falte, Amorós —le pidió en el tono campechano que solía utilizar el General la mayoría de las veces que hablaba con Alfredo—, en esa reunión no estaremos solos.

# La Recuperación

La medicación que le había recetado el doctor Viciano había hecho efecto en Elvira, y a media mañana la anciana se encontraba plácidamente sentada en el banco orientado hacia a la piscina, protegida del sol por el agradable techo que formaba la cuidada y tupida vegetación del entorno. Sagrario había estado con ella un buen rato después de que se levantara y, una vez comprobado que su salud había mejorado, se ausentó para encerrarse en su despacho circunstancial y trabajar hasta el mediodía, por lo menos esa era su intención. No obstante, no se había quedado del todo tranquila y había ordenado a una de las asistentas que no se separara de la señora ni un minuto y que la avisara si surgía alguna novedad.

La joven entró en Internet y consultó su correo electrónico así como las noticias de los diarios digitales, sin encontrar algo destacable. Abrió la correspondencia acumulada después de un par de días y realizó varias llamadas tanto a proveedores como a clientes. Cursó instrucciones al chófer para que subiera al pueblo a realizar una gestión ante el ayuntamiento y al jardinero que preparara los envíos de flores para unos clientes de la capital. Sagrario se encontraba cada vez más a gusto en aquel lugar y temía que llegara septiembre y perder todo aquello que estaba suponiendo un inesperado y reconfortante oasis dentro de su mundo habitual, tan ligado a las prisas, a las presiones y a todo el diccionario de elementos negativos que llevaban aparejados los ambientes profesionales tan competitivos como era el suyo.

Después habló unos minutos con Miguel, cosa que ya no sucedía todos los días. El joven le anunció que las visitaría ese fin de semana y que le apetecía mucho regresar a Orquídea Real, dado que nunca había tenido una razón tan poderosa para cubrir en coche una distancia tan abultada.

Pero Sagrario se sentía con remordimientos. Sabía que lo que había hecho

en la alcoba de Elvira había sido irrumpir la siempre inviolable intimidad ajena. Ella no tenía que haber husmeado entre aquellas tarjetas de felicitación navideña y mucho menos haber leído las dedicatorias. Lo que ocurría era que el periodismo había entrado en la taranconera mucho antes de que se matriculara en la Facultad de Ciencias de la Información, y no se sentía una cotilla, pero sí alguien ansioso de buscar nuevos estímulos, aunque esta vez la maniobra hubiera trascendido el puro ámbito profesional. Asimilando que la injerencia era ya un hecho consumado, se preguntó por el significado de aquellas tarjetas, la razón por la que se encontraban en un lugar tan preeminente de la habitación y, por supuesto y principalmente, qué persona se escondía detrás de una firma en la que solo figuraba un nombre: Alfredo. Y también se cuestionó si ese nombre podría estar ligado a la foto del joven militar que había junto a la entrada, la cual veía todos los días varias veces pero de la que nunca hablaba nadie. Un día estuvo a punto de sondear al personal de la mansión, pero aquello le pareció una maniobra poco ética y una falta de respeto hacia alguien tan puro como le estaba demostrando que era en realidad Elvira Pineda.

Levantó la vista de la pantalla, tomó un lápiz de madera y se lo llevó a la boca, en un gesto que le había acompañado durante toda su vida cuando se encontraba concentrada. Aunque estuvo muy poco tiempo con aquellos *christmas*, apenas unos segundos con cada uno, recordó que el nombre de *Alfredo* figuraba escrito con una caligrafía distinta, en la cual se apreciaba una evolución personal. En unas se intuían unos trazos infantiles para pasar a una preciosa letra adulta en otras: «¡Cuánto daría por analizarlos con detenimiento!», pensó, como una cría traviesa.

Intentó seguir trabajando en la conciliación bancaria cuando entendió que había llegado el momento de hacer una llamada telefónica. Aunque había hablado con él hacía unos minutos, seguro que a Miguel no le importaría que su novia lo llamara otra vez:

—¡Sagrario!, ¡qué alegría hablar contigo de nuevo! —exclamó el joven, con un cierto tinte de sorna—. O no me llamas o me llamas en la misma mañana dos veces.

—¿Te importa?

—Estoy encantado, el único problema es que a las doce estamos citados para una reunión y quedan... —Miguel consultó el reloj— ...diez minutos. Dime lo que quieras.

—¿Te dice algo el nombre de Alfredo? —planteó sin rodeos.

Se formó un embarazoso silencio en la comunicación que lo único que hizo fue confirmar a Sagrario que ese nombre no constituía un dato baladí.

—¿Alfredo? ¿Por qué me preguntas eso? —el tono de voz del joven había cambiado por completo, incluso parecía que se había puesto al teléfono otra persona.

—¿Te extraña?

—Pues sí, bastante. ¿Alguien te ha hablado de Alfredo? Me imagino que habrá sido una del servicio. Como mi madre se entere de quién ha sido la echa de Orquídea Real inmediatamente —advirtió, visiblemente molesto.

—¿Qué piensas, que yo estoy aquí para sonsacar información o chismorrear con otras personas? La verdad, Miguel, me decepcionas. ¿Puedes decirme quién es Alfredo? —insistió.

—Yo no debo contarte nada —se mostró rotundo, como Sagrario no acostumbraba a verlo.

—¿Tú? ¿Que tú no puedes contarme nada a mí? Oye, ¿puedes aclararme qué clase de relación tenemos?

—La que tenemos que tener, pero eso no quiere decir que tenga que contar lo que no debo.

—Creo que las parejas tienen que contarse las cosas, si se llaman parejas, claro.

—Sagrario, no llesves el asunto a tu terreno —Miguel empezaba a ponerse manifiestamente nervioso. Su novia ejercía sobre él una fuerza mental que le hacía trastabillarse, dudar—. No puedo contarte nada y no voy a contarte nada. Es algo ajeno a nuestra relación.

La muchacha se apenó, sintió que algo estaba fallando.

—No demuestras tener confianza conmigo. Dime entonces, ¿quién es el militar que está retratado en una foto que hay en la entrada de la casa de tu abuela, uno con bigote?

El hilo telefónico fue objeto de un prolongado silencio.

—Hay cosas que yo no debo decir, tómallo como quieras —zanjó, atrincherado en su convicción y con una determinación desconocida.

Al instante, la joven presionó el botón de finalizar la llamada y se quedó con el móvil en la mano, pensativa. De repente, había sucedido algo en su vida que no estaba previsto, un nombre, un simple nombre, de varón, que nunca antes había oído en aquel contexto y que le había provocado, como primera

consecuencia, una desagradable e inesperada discusión con Miguel.

Las dos mujeres comieron juntas, en el salón, como hacían habitualmente. Elvira se hallaba claramente restablecida y había recuperado el habitual tono de su piel. Su acompañante intentó que la salud fuera uno de los temas de conversación, pero no lo consiguió.

—Sagrario, no quiero hablar de mis enfermedades, son aburridísimas. No hay nada más tedioso que escuchar a otro la narración de las pruebas, los resultados, los tratamientos, las opiniones médicas... vamos, eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo, y tú no eres eso, al contrario, eres alguien a quien quiero mucho y que está portándose conmigo como una amiga, lástima que seas una amiga postrera.

—¿Postrera? ¿Por qué dice eso?

—Porque estoy en los postres de mi vida, y lo sé.

La joven iba a abrir la boca pero Elvira la calló levantando la mano con la palma extendida hacia ella, como haría un municipal que da el alto a un vehículo.

—Sí, ya sé que ahora vas a decir eso de que estoy muy bien, que para mis años... y toda esa retahíla que se dice a los mayores cuando se les quiere animar, pero las dos sabemos que no, que me queda muy poco tiempo de vida, tal vez unos meses. Estoy destrozada por dentro.

Sagrario la miró y no pudo ocultar una expresión de pena y congoja.

—Si piensa eso, ¿por qué no se hace examinar, en profundidad, que le realicen un buen chequeo médico? Yo no sé ni qué tiene ni debo saberlo, pero la medicina avanza cada día más y...

La anciana volvió a mandarle callar.

—La medicina todavía no ha inventado la inmortalidad. Y si la inmortalidad se consiguiera tomando una pastilla, mi pastilla la tiraría al inodoro —aseguró, solemne, a la vez que hizo el ademán de levantarse. Lo intentó sola, con su bastón, pero no fue capaz. Sagrario saltó de su asiento para ayudarla.

—Gracias, hijita. Estás en todo.

La mujer inició el lento camino hacia el vestíbulo y enfiló la escalera que la conduciría hasta su habitación. Avisó a una de las asistentes. Cuando llegó la ayudante, y antes de poner el pie en el primer peldaño, se volvió de nuevo a Sagrario:

—Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí. Eres una chica joven

y no debes mezclarte con gente mayor, enferma y amargada. Yo también tuve tus años, y sé lo que digo.

Sagrario le dio un beso en la mejilla. La anciana le agarró la mano, con fuerza, como hacía en muy contadas ocasiones.

—Te debo una explicación, lo sé.

—¿Una explicación?, ¿a mí?

—Sí, a ti, jovencita. Ayer, cuando subiste a mi habitación a interesarte por mí, me encontraste adormecida, pero no dormida —marcó un silencio intencionado y continuó—. Vi que te fijaste en las tarjetas de felicitación de Navidad, ¿verdad?

Sagrario bajó la mirada, se sentía avergonzada.

La mujer tomó su barbilla con su mano derecha y la levantó delicadamente.

—No te sientas mal, eres joven y eres curiosa. Yo también lo era. Eso no es una condición exclusiva de los periodistas. Y es lógico que miraras algo que está a la vista. Sé que no abrirías un cajón de mi cómoda, pero las tarjetas están ahí, cada dos o tres días alguien las mueve para limpiar el polvo, no tienes por qué preocuparte. Vi que tomaste alguna. Me imagino que leerías las dedicatorias y también leíste un nombre.

La joven no abrió la boca, se limitaba a mirarla con un sentimiento entremezclado de sorpresa, molestia y curiosidad.

—No sé si tendré ganas de cenar esta noche pero, si no en la cena, sí después, nos sentamos en el banco que da a la piscina y te cuento quién es Alfredo. ¿Te parece?

Sagrario guardó silencio.

—A mí, por lo menos, sí me apetece hablar de ello contigo. Llevo demasiado tiempo con silencios guardados que me han corroído por dentro, y necesito contarlo a alguien que me inspire tanta confianza y sosiego como tú. ¿Querrás escucharme? Me harás un gran favor, te lo digo de corazón.

La joven sonrió y asintió con la cabeza.

## 9 de septiembre de 1975

El general Gómez de Salazar lo presentó por su alias:

—Amorós, voy a presentarte a Enrique. No es militar, como nosotros, es civil, y ha venido desde Madrid a escuchar lo que tienes que decirnos sobre el trabajo que has desarrollado en estos últimos quince días.

El gobernador ocultó la verdadera personalidad que se escondía detrás de un nombre tan común como era *Enrique*, el general Arozarena, un viejo e incómodo conocido del general. El invitado llevaba unos pantalones de hilo oscuros y una camisa blanca de manga larga, aunque estas estuvieran remangadas, muy bien planchada. Calzaba unos castellanos granates. En su tez se apreciaba una tonalidad saludable y daba la impresión de haber regresado recientemente de un destino vacacional.

Se encontraban en el despacho de la máxima autoridad del Sáhara, y el anfitrión había colocado a Alfredo en el centro de los dos interlocutores, en una de las esquinas de una mesa que habían llenado con planos y fotos. Le dejaron hablar durante más de una hora, en la cual solo lo interrumpieron en muy pocas ocasiones para formular preguntas concretas, matizaciones esporádicas a la brillante exposición del topógrafo. Al finalizar, *Enrique* tomó la palabra:

—Ya me advirtió el general Gómez de Salazar que usted era alguien realmente excepcional. Debe ser para ustedes, los militares, un verdadero honor contar entre sus filas con alguien tan capaz como es este alférez.

—Muchas gracias, Enrique, y a la orden, mi general —respondió Alfredo, muy cumplido y siguiendo las ordenanzas.

—Bueno, vamos a concretar —pidió Ricardo Arozarena—. Como le informó su general, contamos con un contingente de sesenta mil minas antipersonas las cuales han de colocarse a lo largo de los más de cuatrocientos kilómetros de frontera con Marruecos. En la administración tenemos que economizar —comentó, como si él no perteneciera al Ejército y sí lo hiciera a algún estamento gubernativo—, y los militares tienen que instalarlas allá

donde más efecto disuasorio produzcan, ya que esto es el verdadero sentido de la acción. Sabemos, por lo que usted nos ha dicho, que hay pasos por donde es imposible el tránsito tanto de vehículos como de animales. En consecuencia, no podemos esperar una incursión masiva del potencial enemigo por un lugar por donde solo puede accederse a pie. En esos sitios no se emplazarán minas y también se reducirá la colocación por aquellos enclaves por donde la circulación esté restringida a animales de carga, como son en este medio los dromedarios. Difícilmente el enemigo puede ocupar un punto estratégico si no lleva material rodante. Así pues —resumió Arozarena—, vamos a circunscribirnos a las siguientes áreas:

Con un lápiz, comenzó a trazar círculos por los distintos lugares que había seleccionado el alférez Amorós, siempre bajo su supervisión. En alguna ocasión, el oficial se permitió matizar alguna marca realizada por el desconocido, algo que este agradeció.

Una vez terminada la tarea, *Enrique* asintió, satisfecho. Miró al anfitrión:

—Mi general, a partir de ahora le toca a usted seguir con la reunión.

—Claro. Alférez, la colocación de los artefactos va a realizarse inmediatamente —comenzó a explicar Gómez de Salazar—. La semana próxima van a llegar al Sáhara, tanto a El Aaiún como a Smara, tres compañías de zapadores procedentes de la Península al mando de un comandante para iniciar el trabajo de campo. Son algo más de trescientos hombres que tienen que colocar una media de doscientas minas cada uno. Se ha calculado que el tiempo necesario de media para colocar una, con la máxima seguridad para el soldado, es de cuarenta y cinco minutos. En jornadas de diez horas colocarán cada uno una cifra que rondará entre las doce y las catorce unidades. Por tanto, tardarán una quincena en colocar la totalidad de las minas. Contando traslados y días de descanso, tres semanas —concretó. El cálculo se lo conocía de memoria—. Esto es, si vienen este fin de semana y se ponen a trabajar el lunes quince, terminarán en el primer fin de semana de octubre —precisó, satisfecho.

—Mi general, ¿puedo preguntarle algo?

—¡Claro, alférez, claro!

—¿Por qué me cuenta a mí eso? Pensaba que mi trabajo en este asunto había terminado.

Los dos hombres se miraron, parecía que les costaba trabajo responder al alférez Amorós.

—Porque queremos que esté allí, sobre el terreno, colaborando con el comandante y con sus hombres —argumentó Arozarena—. Ha quedado demostrado que nadie conoce hoy mejor la zona que usted, por lo que su presencia se convierte en algo imprescindible.

—Perdone, Enrique, pero yo soy militar —el alférez se revolvió ante la respuesta recibida—, y solamente obedezco órdenes de un superior, no de civiles. Espero que lo comprenda.

Arozarena sonrió. Le gustó el arrojo del muchacho. La respuesta tenía toda la lógica. Traslado a Federico el protagonismo con la mirada.

—¿Y si se lo ordeno yo? ¿Le vale así? —preguntó, con seriedad. A Gómez de Salazar no le había gustado la atrevida contestación del subordinado. La consideró absolutamente impertinente.

Sorpresivamente sonaron dos ásperos golpes de nudillos en la puerta. El gobernador chilló, a la vez que golpeaba la mesa con las palmas de las manos, con inesperada fuerza.

—¡Adelante!

—Perdone que lo moleste, mi general —un capitán se presentaba ante su superior. Se cuadró y golpeó entre sí las botas.

—¡No hay perdones! ¡Había dicho que no se me molestara bajo ninguna circunstancia! —se levantó furioso y se dirigió hacia el oficial, que lo miró con extrema inquietud mientras continuaba en la posición de firmes.

—Disculpe de nuevo, mi general, pero acaban de telefonar con una noticia que me ha parecido muy urgente y he asumido la responsabilidad de molestarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, temeroso.

—Han llamado desde la mina. Acaba de producirse un atentado entre las estaciones siete y ocho.

Los tres se miraron desconcertados.

—Capitán, avise inmediatamente a la base Santiago y que tengan preparado un helicóptero para trasladarme al lugar de los hechos. En dos minutos quiero que esté listo mi coche. Vuelva usted a su regimiento —ordenó al alférez, una vez que el capitán dio media vuelta y abandonó el lugar medio huyendo—, y de todo lo que hemos hablado esta tarde guarde absoluto silencio. Siento recordarle que en el Código de Justicia Militar sigue estando plenamente vigente el fusilamiento como castigo a la revelación de secretos de Estado. Y esto lo es.

Alfredo tragó saliva.

## 9 de septiembre de 1975

Nada más pisar la calle, Alfredo consultó la hora y comprobó que eran las cinco y media de la tarde. Se encontraba compungido y confuso. Se quedó unos instantes junto a la puerta de entrada al edificio del Gobernador, quieto, pensativo, hasta que se sobresaltó ante la reacción de los militares que custodiaban el edificio. El general Federico Gómez de Salazar acababa de salir por la puerta y se introducía rápidamente y de un salto en un Land Rover que lo llevó hacia la plaza de África. El alférez supuso que de ahí se dirigiría a la base, tal y como había anunciado.

Anduvo por la avenida del Ejército hacia el cuartel de Artillería, para caminar después al de la Brigada Paracaidista, donde tenía su habitación desde que había arribado a El Aaiún. Al llegar a la plaza del Pilar, lugar en el que se encontraban las oficinas de Iberia y de Correos, tuvo que regresar a la acera para apartarse ante el paso veloz de cuatro camiones Barreiros que transportaban legionarios. Le pareció que aquel convoy llevaba demasiada velocidad como para formar parte de una maniobra y supuso que se dirigían al lugar donde se había producido el atentado terrorista.

Entró en el cuartel y fue saludado por el sargento de guardia, como es preceptivo. Nada más acceder al pequeño pabellón de oficiales salió a su encuentro el capitán Bermejo.

—Amorós, ¿te has enterado de lo que ha sucedido? —la transformada expresión del oficial no dejaba dudas sobre la tensión que le invadía. Parecía una pira a punto de arder, con la cabeza enrojecida por la rabia y las venas del cuello hinchadas y marcadas por debajo de la piel. Llevaba las botas sin acordonar y la camisa medio abierta por el pecho. Formaba la peor versión que había visto Alfredo de él.

—No, mi capitán, no he oído nada —mintió.

—Estos hijos de puta del Polisario han puesto unas bombas en la cinta transportadora. ¡Joder, otra vez! ¡Si por mí fuera...! —juntó las manos como si se dispusiera a ahogar a una hipotética víctima que tuviera a su alcance.

Alfredo intentó contemporizar.

—¿Pero es seguro que han sido los del Polisario, no han podido ser los marroquíes?

—Los marroquíes suelen atacarnos por la zona fronteriza, pero nunca se han internado tanto en nuestro país. Eso solo es obra de los polisarios que son unos desagradecidos con todo lo que estamos haciendo por ellos —Leopoldo negó con la cabeza, varias veces y con fuertes movimientos de cuello—. No lo entiendo, nunca lo entenderé. ¿Qué coño quieren, qué buscan de nosotros?

—Yo no entiendo de política, no puedo decirte. Ya sabes que estoy haciendo el Servicio Militar.

—No, amiguito, de eso nada —Bermejo se acercó y se quedó a escasos centímetros de su cara—. Tú no estás haciendo la mili como todos esos chavales que están ahí fuera. Tú has elegido ser oficial del Ejército español, de forma voluntaria, que no se te olvide. Que no se te olvide nunca. ¿Lo has entendido? Pensarías que así ibas a tener una mili más plácida, más tranquila, que no quemarías tus días y tus noches en una siniestra garita y que no limpiarías infames letrinas atestadas de mierda. Se ve que tus manos son demasiado delicadas para eso, como son las de todos los niños de papá. Pero eso tiene un precio, y aquí vas a pagarlo, y bien pagado. Tú no eres un militar cualquiera, y todo militar ha de estar comprometido con España, y si es un oficial, mucho más todavía.

Alfredo se cuadró haciendo sonar los tacones de las botas.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡Vete de aquí! —gritó, mientras extendía el brazo y señalaba la puerta.

A cincuenta kilómetros de El Aaiún, en dirección sudeste, un helicóptero tomaba tierra al lado de una de las estaciones intermedias de la cinta transportadora del mineral. El general Federico Gómez de Salazar era recibido por uno de los ingenieros de minas de la antigua ENMINSA, ahora llamada Fosfatos de Bu Craa Sociedad Anónima, compañía perteneciente en su totalidad al estatal Instituto Nacional de Industria. El circunstancial anfitrión tendría treinta y cinco o cuarenta años y llevaba una fuerte y tupida barba negra, muy desarreglada, al igual que el pelo, rizado y alborotado por el viento.

—General, muchas gracias por venir tan rápido.

—Es mi obligación. Dígame, ¿qué ha pasado?

El ingeniero le pidió que lo acompañara al lugar del suceso. Una de las edificaciones, en cuyo interior se encontraban los transformadores que abastecían de energía a dos tramos de la cinta, así como los depósitos de llegada y de recuperación del mineral, se encontraba absolutamente carbonizada. El aspecto de la maquinaria era dantesco y el olor a quemado, nauseabundo. Un retén de bomberos procedentes de Bu Craa acababa de apagar el incendio provocado por lo que todo chorreaba agua y nieve carbónica formando una masa acuosa grisácea y muy densa, de apariencia repulsiva.

—Ha sido a las cuatro y media de la tarde, más o menos —calculó el profesional—. Los controles remotos en la estación central de Bu Craa nos han alertado de la caída de tensión y hemos llamado por radio a la patrulla que hace vigilancia por el entorno. En ese momento se encontraban cerca de la estación número siete. Habrán tardado quince minutos en llegar y nos han advertido de lo sucedido. Poco han podido hacer los bomberos por los equipos, que ya estaban inservibles cuando llegaron. Todo apunta a que la explosión ha debido realizarse con algún artefacto accionado por temporizador, colocado quizá anoche. Ya sabemos, la oscuridad...

—¿No ha habido nadie hoy por aquí?

—Que yo sepa no, general —respondió el ingeniero, que se hallaba muy incómodo al carecer de datos concretos con los que poder ofrecer explicaciones pormenorizadas.

—¿Tampoco ha habido víctimas? —Gómez de Salazar se interesó por los más de mil ochocientos europeos que trabajaban en la mina.

—No general, en las estaciones intermedias no trabaja gente, y si lo hacen siempre es para labores esporádicas de mantenimiento. Gracias a Dios no había nadie en los alrededores.

La conversación se vio interrumpida por el ruido y la presencia de varios Barreiros. De cada uno de ellos saltaron un grupo de veinte o veinticinco legionarios que corrieron a formar. Un teniente dio novedades al coronel Timón de Lara, que había viajado en el primer camión comandando el grupo.

—Teniente, despliegue a sus hombres a lo largo de un kilómetro a cada lado de la cinta, y pida la documentación a todo saharauí que se encuentren. Al menor indicio de sospecha, actúen como dicta el protocolo.

—¡A sus órdenes, mi coronel! —voceó el teniente, a la vez que se

cuadraba con fragor.

Más despacio, el coronel José María Timón de Lara se acercó al lugar donde estaban hablando el general y el ingeniero.

—¿Qué ha pasado? ¿Otra tocada de huevos de estos moros?

El técnico y Gómez de Salazar se miraron con una inesperada complicidad.

—Parece que ha sido una bomba que instalaron anoche con un temporizador. Ha hecho explosión hace un rato.

—Con su permiso, general —se excusó el ingeniero, que no quería ser testigo de una conversación entre militares que se intuía tensa—, voy a regresar a la base, vamos a evaluar daños y ver de qué manera podemos suplir esta contingencia.

—Pues lo suplirán ustedes como la otra vez, con camiones, supongo —opinó el coronel de la Legión.

—No lo sé. Esa decisión le corresponderá a otros. Yo solo me limito a analizar datos técnicos y proponer alternativas.

Una vez que se hubo marchado el ingeniero, Timón de Lara tomó del brazo al general y le habló bajando sensiblemente el tono de voz.

—Solo necesito que me des la orden y te aseguro que en veinticuatro horas mis hombres y yo ponemos esto en solfa. Esta gente no para de provocarnos con mariconadas y sabes que todavía no ha nacido quien toque los cojones a la Legión española. Nosotros somos personas, más que de palabras y diplomacias, de hostias y fuego.

—José María, no es cuestión de que yo te dé la orden, es que a mí la orden tienen que dármela desde Madrid, y allí no dicen nada. Solo que aguantemos. Lo que no me negarás es la cantidad de armamento que está llegando al Sáhara. Eso quiere decir que España nos apoya y que no nos dejarán solos —razonó el general, firme defensor de la paz en la provincia.

—No me fío, Federico, no me fío. Madrid está lleno de políticos de corbata de seda, zapatos brillantes y misa diaria, gente que no tiene ni puta idea de dónde coño está el desierto. Ninguno sabe tratar a esta gentuza como nosotros, los legionarios, que solamente ven aparecer las siroqueras y ya palidecen —sonrió, con malicia, mientras se palpaba con la lengua los dientes superiores—. Somos peores todavía que los guardias civiles para los gitanos. Tú sabes cuál es el ambiente que hay entre los jefes y oficiales destacados aquí, en el Sáhara, no hace falta que tenga que venir yo a contártelo. ¿No es verdad? La gente está harta, Federico, muy harta de aguantar, de contemporizar

ante tanto atropello y provocación.

—Me lo imagino, pero nosotros somos soldados, José María, que no se nos olvide, soldados que reciben órdenes. El Ejército español, ahora y siempre, está sometido a lo que el gobierno decida.

—Si las órdenes nos las dan hombres, me callo. Pero si son nenazas, lo que habrá que hacer será cursarnos nosotros mismos nuestras propias órdenes, órdenes de hombres que están en pie de guerra dispuestos a morir por España.

El general miró la expresión de odio que poseía el rostro de Timón de Lara y sintió miedo, por muy superior que fuera de él.

—Regreso a El Aaiún. Voy a hablar con Cuadra Medina y después con Fernández Vallespín. Vamos a ver qué me dicen.

—Si los militares tenemos que depender de los políticos, mal vamos. Mira lo que nos ocurrió en la Cruzada. ¿Por qué triunfó? Porque el Caudillo puso a los políticos en su sitio, que no es otro que delante de un pelotón de fusilamiento y con los ojos vendados, y tomó las riendas del país con mano firme, él y el resto de generales que tuvieron los huevos de alzarse ante el caos.

—Lo dicho, José María. Regreso. Mañana te cuento —resolvió. El gobernador no quería perder un instante más manteniendo aquella cargante conversación.

—A sus órdenes, mi general —Timón de Lara dio un paso hacia atrás y se cuadró ante su superior.

# La confesión

A pesar de ser de noche, los ojos de Elvira iluminaban la conversación con inusitada fuerza gracias a la viva emoción del recuerdo.

—Nunca vi más feliz a Ruperto que cuando nació Alfredo —confesó la anciana.

Las dos mujeres se encontraban sentadas en el banco que había junto a la piscina, después de cenar. La anfitriona se había echado un chal de lana por los hombros y Sagrario llevaba una camisa de manga larga y unos vaqueros. Solo se escuchaba el lejano sonido de algún coche pasar por la carretera que comunica Turrillas con Lucainena de las Torres y el ligero rumor del viento que provocaba un perceptible aumento de la sensación térmica de frío.

—Era la primera vez, además, que le veía llorar de alegría ¡Cómo estaba! —recordaba la mujer, muy emocionada, acompañando sus palabras con una sonrisa que se había instalado en su cara de forma permanente—. Me llevó a la clínica del Loreto un ramo de flores que no entraba en la habitación. Ruperto siempre fue una persona muy detallista y recuerdo aquello como si fuera ahora mismo. ¡Qué hombre! Desde siempre Alfredo fue un niño muy reservado, muy callado. Reía de una manera muy especial, con una carita que infundía a la vez cariño y pena. Empezó con unos movimientos torpes y muy imprecisos. En eso le ganó su hermana, que es dos años más joven. Violeta era mucho más activa que él a su edad, y no paraba. Alfredo, al contrario, era muy tranquilo, y también muy imaginativo, mientras que su hermana era muy alocada, nada reflexiva. Podía pasarse las horas jugando con grandes piezas de madera de colores y te construía igual una casa que te formaba una figura.

Sagrario envolvió una de las manos de Elvira entre las suyas y siguió escuchando:

—Tengo que reconocer que ahí fracasé como madre. Nunca se llevaron bien entre ellos. Ya sabemos que todos los hermanos discuten, que se pegan

incluso, pero aquella relación no era la normal entre seres criados en el mismo vientre. Él la ignoraba y ella le hacía la vida imposible. Cuando no le estaba pegando por detrás se chivaba de faltas que decía que había cometido pero que el pobre hijo nunca había hecho. Yo las tuve muy serias con Violeta desde bien pequeña. Pero Alfredo era un chico muy dulce y muy cariñoso. A veces se subía en mis rodillas y me contaba cosas del colegio, ya bien mayor. Violeta no lo soportaba. Tenía celos enfermizos de su hermano y sin razón. Nosotros les dimos a los dos la misma educación —aseguró—, y nunca les faltó nada. A los dieciocho años ambos tenían carné de conducir y hasta coche, en una época en la que la mayoría de los jóvenes carecían de él. Ruperto trabajaba como un mulo pero obtenía muy buenos ingresos con la fruta y las hortalizas, y podía permitirse muchos caprichos para nosotros dos y para los niños.

La mujer se levantó un momento y se quedó mirando al infinito. La noche era hermosa, sin luna pero con todas las estrellas tan próximas que parecía que podían alcanzarse con la mano. Sagrario no recordaba haber visto anteriormente una atmósfera tan limpia y pura como la que envolvía a Orquídea Real.

—Vamos a sentarnos otra vez, que me canso.

Regresaron al mismo lugar donde se encontraban y, después de un par de minutos de silencio, la anciana continuó desahogándose:

—Al contrario que su hermana, que solo pensaba en moda, en ponerse ropa nueva y cara, en engatusar a su padre para que se la comprara, y en divertirse viendo cómo los chicos iban detrás de ella, Alfredo fue un estudiante excepcional. Lo llevamos al San Estanislao de Kostka y enseguida destacó como un alumno ejemplar. Sacaba matrícula en todas las asignaturas menos en gimnasia, ahí bajaba un poco, pero tenía tanto amor propio que a veces se marchaba al Parque del Oeste a correr como un desesperado para superar luego las pruebas que le ponían. Era un muchacho muy introvertido, siempre pegado a sus libros de geología y empeinado en formar una gran colección de minerales: «Después de la del Museo, la mía va a ser la colección de minerales más importante de España», me decía con trece o catorce años —rememoraba la mujer, con una sonrisa que a veces se tornaba en una expresión lánguida y melancólica—. Los domingos por la mañana eran los únicos momentos que Ruperto tenía libre. Algunas veces nos marchábamos los cuatro al campo y, para fastidio de Violeta, se pasaba la mañana entera buscando

piedras que luego limpiaba con cuidado en la cocina, clasificaba en una caja y exhibía con orgullo en una estantería enorme que tenía en su dormitorio.

Al llegar a ese punto, la mujer volvió a quedarse callada y Sagrario, tal y como había decidido, se mantuvo de igual manera.

—Cuando entró en la facultad su padre le compró un Renault 8 y se marchaba él solo muchos sábados y domingos a recorrer los campos en busca de minerales. Prácticamente no tenía amigos y su mundo eran sus piedras, sus discos de música clásica y ver películas en el cine o en la televisión, las de la segunda cadena de entonces, que eran un poco raras. Él decía que eran más cultas. No sé.

Sagrario se moría de ganas de preguntar dónde estaba Alfredo ahora y qué eran esos *christmas* que conservaba en su habitación, pero optó por seguir escuchando lo que quisieran contarle.

—Para no perder el tiempo, quiso hacer las Milicias Universitarias, que era una posibilidad que tenían los estudiantes universitarios de compatibilizar el Servicio Militar con la carrera. Estuvo destinado en La Granja, en Segovia, y después lo mandaron a Canarias, ¡malditas islas Canarias! —exclamó, con rabia—. Siempre las odiaré, a ellas y al año 1975. No tendrían que haber existido, ni las unas ni el otro.

Volvió a quedarse callada. Con la voz a punto de quebrarse, continuó hablando:

—Por supuesto, y como habrás imaginado ya, mi hijo es ese joven tan guapo que tengo puesto en la puerta de la entrada y en mi mesilla.

Después del paréntesis, la mujer volvió al hilo de la conversación que mantenía.

—Para entonces su hermana andaba buscando novio. Violeta tenía muy buena visión de futuro, sí, ¡claro que la tenía! No quería un hombre con quien compartir su vida sino un tonto que la mantuviera y para eso tuvo buen ojo. Conoció al pánfilo de Rogelio, que era en ese momento un aplicado estudiante de medicina, como otros muchos, pero este tenía algo que no tenía la mayoría: ser hijo de unos señores de mucho dinero. Su padre también era dentista y su madre había nacido en Alemania. Yo la conocí, una mujer guapísima, por cierto.

La anciana se notaba fatigada. Rescatar tantos recuerdos semienterrados le ocasionaba un cansancio mental que provocaba la extenuación psicológica.

—¿Te importa que nos retiremos? Por lo menos yo. Me encuentro agotada.

—Claro, Elvira, claro. Vamos adentro.

Caminaron las dos hasta el vestíbulo, momento en el que una de las asistentas se encargó de la señora acompañándola a la habitación y preparándola para dormir.

Sagrario fue a la cocina y se sirvió un cubalibre. Era el segundo que iba a beber en Orquídea Real pero no tenía sueño y quería seguir disfrutando de la belleza de la noche, uno de los principales atractivos de la vida en aquella mansión. Y pensó, claro que pensó. Pensó en Alfredo, en la imagen que le había transmitido su madre, y también en su mente hubo hueco para Violeta, la clase de ser que era y que había sido desde pequeña «la gente evolucionamos muy poco —pensaba—. Como somos de niños seremos de mayores».

En el momento de meterse en la cama, la joven solo tenía un pensamiento, uno solo: ¿dónde estará ahora Alfredo?

## La madrugada

Se despertó con un zarandeo nervioso, agitado, compulsivo, y por una voz desgarrada que chillaba, fuera de sí:

—¡Sagrario!, ¡Sagrario!, ¡despierta, por el amor de Dios, despierta, hijita!

La joven encendió la luz cuando pudo zafarse de aquellas manos que limitaban sus movimientos, y comprobó horrorizada que Elvira la reclamaba desaforadamente. Tenía parte del camisón manchado de sangre y temblaba como si estuviera aterida de frío. Los ojos, que habían ganado en diámetro, estaban a punto de salirse de sus órbitas y la boca no paraba de llamarla y de urgirle a que se despertara. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Sagrario salió al corredor y chilló, todo lo fuerte que fue capaz:

—¡Avisad al doctor Viciano, que venga rápidamente!

Mientras, Elvira daba vueltas por la habitación, girando sobre su propio eje, despacio, buscando no se sabía muy bien qué ni a quién. Los brazos se encontraban extendidos en ademán de querer agarrar algo o a alguien, y los hombros iniciaron un ligero movimiento oscilatorio.

—¡Sagrario, Sagrario! ¿Dónde estás? —pedía, como haría una ciega que solicita amparo a la única persona sobre la tierra que puede dárselo.

La joven la agarró por las muñecas y se situó delante de ella:

—Estoy aquí, Elvira, por favor, tranquilícese —le imploró—. No pasa nada, ha debido de tener una pesadilla.

—No es ninguna pesadilla, Sagrario, quiero que me traigas a mi hijo, quiero que me traigas a Alfredo.

Sagrario no sabía qué hacer e intentó calmarla de nuevo ofreciéndole una silla que había frente al escritorio de su habitación. Desde la puerta, dos mujeres contemplaban la escena, expectantes. Una de ellas informó que el doctor ya había sido avisado y que se había comprometido a llegar a Orquídea

Real en menos de media hora.

—Sagrario, tienes que marcharte a buscar a mi hijo, no sé dónde está pero tú me lo tienes que traer. Me están engañando, llevan toda la vida engañándome y no puedo más, no puedo más —súbitamente, la mujer se levantó de nuevo y caminó deprisa hacia ningún sitio. Al llegar al centro de la habitación, se giró y volvió a chillar:

—¡Alfredo, Alfredo! —los ojos los tenía cerrados y los dedos contraídos formaban puños como si fueran dos mazos.

A la joven la situación la superaba y no podía aplacar a la anciana. Estaba fuera de sí, incapaz de razonar o escuchar.

—Por favor, siéntese, tranquilícese —le rogó de nuevo, sin éxito—. ¡Vosotras dos, dejad de mirar y traed una tila!

Las dos mujeres desaparecieron correteando camino de la cocina.

—No me agarres te digo, déjame, ¿es que no comprendes, hijita, es que no lo comprendes? ¡Quiero que me traigas a Alfredo! ¡Quiero tenerlo a mi lado!

La anciana no encontró mejor bálsamo que el beso que le dio Sagrario en la mejilla. Regresó de nuevo a la silla y empezó a calmarse. Su respiración fue espaciándose y la joven supuso que su corazón volvía a latir con normalidad.

La infusión le sentó bien. La fue tomando a pequeños sorbos, siempre sentada en la misma silla de donde no se había movido, y permaneció sin hablar hasta que se oyó el lejano sonido de un coche que frenaba con estrépito.

—¿Quién viene? —preguntó, sobresaltada, mientras se incorporaba de nuevo.

—Es su amigo el doctor. He pedido que lo llamen.

—¿Para qué va a venir? ¿Para lo de siempre? Él no va a traerme a Alfredo, tienes que ser tú, tú vas a ser quien me lo traiga. Quiero que te vayas de esta casa por esa puerta y no regreses hasta que lo traigas, del brazo o de las orejas, como puedas, pero quiero tenerlo de nuevo a mi lado, ¿entiendes? Toma el dinero que necesites, vende si es preciso una casa o todas, o esta Orquídea Real que no tiene sentido si él no la habita, y tráemelo —escupió Elvira, enrabiada y con más fuerzas que nunca. La joven se impresionó de aquella energía, de aquella claridad dialéctica y cómo planteaba lo que para ella era una certeza.

Sagrario asentía sin saber qué más hacer. Ella nunca había vivido anteriormente una situación así. Carecía de la experiencia vital necesaria para afrontar esos desconocidos e inciertos escenarios. Solo se limitó a sujetarla

por los brazos con delicadeza y a acariciárselos con los pulgares.

Ambas mujeres oyeron cómo se cerraba la puerta de entrada a la mansión. Instantes después, el doctor Viciano hacía su aparición en la habitación de Sagrario, resoplando. Llevaba puesto un pantalón vaquero desgastado, una camiseta muy vieja y calzaba zapatillas de estar por casa. No le había dado tiempo a nada más. Llegaba sin peinar y sus ojos no podían ocultar que hacía muy pocos minutos estaban cerrados.

Entre los dos acompañaron a Elvira a su habitación. La anciana sintió el cariño con el que era tratada y se mantuvo en silencio todo el tiempo, dócil, como un perrillo que obedece a sus amos sabiendo que hacen lo mejor para él. Con ayuda de una de las asistentes, la asearon y la cambiaron de ropa. Del pequeño maletín el doctor extrajo una ampolla, una jeringa y una aguja. Aplicó el contenido con suavidad.

—Elvira, eres una chica muy rebelde —la regañó, en voz queda, mientras recogía el material empleado—. De todas mis amigas, eres la más revoltosa. Esto me lo vas a pagar invitándome a unas buenas migas, que sé que las haces muy bien pero nunca me llamas cuando las cocinas —el médico guiñó un ojo a Sagrario. Esta correspondió con un gesto cómplice.

La mujer pareció no escuchar al doctor y solo se limitó a pronunciar un nombre, un nombre de varón. Andrés y Sagrario se miraron. Aquel negó con la cabeza.

—Ahora vas a estar tranquilita. Necesitas dormir un rato largo —aseguró a la paciente, que tenía los ojos cerrados y respiraba con normalidad.

Diez minutos después la pareja estaba tomando café en la cocina. Los dos se encontraban muy tensos ante la situación vivida.

—Andrés, siento mucho haberte llamado a esta hora.

El doctor tomó la mano de la joven y la apretó con suavidad.

—Para eso estamos los médicos rurales. Nosotros no hacemos nunca operaciones en quirófanos rodeados de numerosos equipos, ni damos conferencias o clases en la facultad, ni escribimos libros, ni saldremos jamás en televisión, pero estamos al lado de los enfermos cuando realmente nos necesitan —contó, con orgullo, cerrando los ojos y asintiendo con emoción—. Y, déjame que te diga una cosa, el verdadero sentido de mi vocación, porque este trabajo es vocacional, que no se nos olvide, lo saco en momentos como

estos, no cuando te mandan una caja de botellas de aceite, una banasta de tomates o un cordero recién sacrificado como regalo por Navidad. No, es aquí, de madrugada, en el domicilio de alguien que necesita algo que yo puedo darle. Es ahí. Es aquí.

El médico apuró el café y lo paladeó con ganas. Aquella bebida caliente le había sentado especialmente bien.

—Parece que ha vomitado sangre.

—Claro que ha vomitado sangre —corroboró el doctor, sin mostrar dudas en su rotunda afirmación—. Menos mal que son cantidades pequeñas, por lo menos por ahora. Un día vomitará la que no tiene y Elvira se nos habrá acabado. Y sucederá en cualquier momento.

—¿Y por qué no se la ingresa?

—Porque lo que tiene es incurable, y ella no quiere prolongar su existencia. Hay que respetar la voluntad del paciente.

Sagrario dio un sorbo a su café y tomó fuerzas para sacar la idea que no se le iba de la cabeza:

—Ha hablado de Alfredo. Me ha dicho que lo busque y que se lo traiga.

El doctor la miró con una expresión que se le quedó grabada a la joven. Le pareció que se le saltaban las lágrimas.

—Alfredo... ¡pobre Elvira! Creo que más que un médico rural lo que nuestra amiga necesita es un psiquiatra. Para los males del cuerpo más o menos me apaño, pero yo no sé curar las enfermedades del alma. Esas tienen mal apaño y, desde luego, yo no soy el más indicado ni para diagnosticarlas ni para tratarlas.

—Tú sabes quién es Alfredo. ¿No?

—Claro que sé quién es Alfredo. Te recuerdo que conozco a la familia desde 1977, cuando vinieron a vivir a Turrillas, y sé todo.

—Yo también sé quién es Alfredo, me lo contó ella, pero necesito saber dónde está ahora su hijo.

El médico se llevó la taza a la boca sin reparar en que ya se había terminado el café. Sagrario hizo ademán de servirle más pero él negó con el dedo índice.

—No sé si irás a la Iglesia, pero seguro que sabes lo que es el secreto de confesión. Pues a nosotros también nos pasa, y lo que me cuentan los pacientes no sale por esta boca. Presentaría mi renuncia en el Colegio de Médicos si alguna vez osara cometer ese sacrilegio.

Sagrario acompañó al doctor al coche.

—Ahora estará durmiendo muchas horas. Esta tarde regresaré y a ver si convengo a una amiga enfermera para que venga a Orquídea Real, por lo menos que tenga a un profesional a su lado.

Despidió al médico y consultó la hora. Eran las seis de la mañana y en unos minutos comenzaría a clarear. Entre los sucesos vividos y el café ingerido se encontraba completamente despejada. Sabiendo que Elvira iba a estar atendida, tomó la decisión de ducharse y ponerse en carretera. Calculó que llegaría a Madrid al mediodía. «Luego llamaré a Miguel, y si tiene alguna comida de trabajo, que la anule. Me tiene que explicar de una vez qué pasa con Alfredo y dónde está —pensó para sí, con absoluta determinación—. De hoy no pasa», aseguró.

# 15 de septiembre de 1975

Alfredo se encontraba desesperado. La inacción le corroía las entrañas hasta el punto de sentirse un mueble más de los que, desparejados e inservibles, poblaban el acuartelamiento en el que se sentía confinado. El general Gómez de Salazar, con el cual no había vuelto a cruzar palabra, le había concretado que a finales de semana llegaría a El Aaiún la fuerza operativa que colocaría las minas y, efectivamente, el domingo catorce aterrizaron en el aeropuerto de la capital varios aviones de transporte del Ejército del Aire en los cuales viajaban desde la Península las tres compañías de zapadores anunciadas. Por otro lado, y esta vez por barco, fueron llegando al cuartel de Artillería un buen número de palés en cuyo exterior se leía la palabra *DANGER*, y debajo la traducción del vocablo tanto en español como en hassanía. Las minas que enviaron para atender las colocaciones más orientales llegaron directamente a Smara vía aérea.

Llevaba en la provincia desde el veintiuno de agosto y veía cómo las promesas que le hicieron en un primer momento se habían incumplido, no ya porque no le hubieran dado permiso desde entonces, sino porque se avecinaba un largo periodo de aislamiento en el desierto colaborando en la distribución de los malditos artefactos. Recordó que el general había calculado que la misión se cumpliría en un plazo cercano a las tres semanas. Tres semanas más sin ver a Pino, ni siquiera poder hablar con ella. Lo había intentado y era imposible. La demora en las líneas impedía cualquier comunicación directa. Siempre estaban las cartas, y a ellas se aferraba como si fueran la única boya que se avista en un enrabiado mar azotado por una fuerte marejada. Se le llegó a pasar por la cabeza pedirle que viniera a disfrutar con él algún fin de semana y alojarse en el Parador, que era el único establecimiento hotelero que cumplía unos requisitos mínimos de seguridad e higiene, pero tardó segundos en desterrar tan desafortunada ocurrencia. El Aaiún era una ciudad en desbandada y peligrosa. Las colas que se formaban ante la oficina de Iberia llegaban a la calle y la gente pujaba por obtener un pasaje a cualquier precio.

En los comercios empezaban a escasear comestibles y productos básicos a la vez que los precios se radicalizaban. En los artículos de primera necesidad, ya de por sí más caros que en la Península o en Canarias, su coste se incrementaba exponencialmente mientras que los bienes innecesarios y voluminosos, como electrodomésticos o televisores, se vendían a precios de saldo. Eran artículos que nadie compraba porque el Sáhara había pasado a ser una enorme sala de espera, y en las salas de espera nadie hace vida, solo matan el tiempo como pueden. Se llegaba a hablar de que cerrarían incluso los clubes de alterne, algo que inquietó a la tropa porque constituía una de las pocas atracciones de la capital y el lugar más indicado para ahogar penas. Un simple paseo por El Aaiún se había convertido en algo incómodo. Era habitual encontrarse con patrullas legionarias que realizaban cacheos violentos a saharauis, o los detenían para registrarlos en plena calle y sin miramientos.

Uno de los datos que más le sobrecogió fue cuando el capitán Bermejo, con quien parecía que las relaciones habían vuelto a la normalidad, contó que estaban arribando al aeropuerto varios aviones militares cargados con más de mil quinientos ataúdes con la única intención de desenterrar de los camposantos católicos a los fallecidos en el Sáhara y enviarlos a Canarias. Por lo que le especificaron, las personas que realizaban aquella ingrata y macabra labor eran soldados destinados en el batallón disciplinario de Cabrerizas y legionarios que cumplían distintas penas.

Dado que no tenía servicio alguno que cumplir, el alférez intentaba llenar las horas leyendo lo que tenía a su alcance ya que no quería acudir ni al cine ni a la piscina. Una tarde tuvo la desgraciada idea de regresar al Casino de Oficiales. Allí se topó con un capitán legionario que le recriminó que fuera un señorito, que era una vergüenza que el Ejército español regalara la estrella de seis puntas a universitarios que no tienen *ni puta idea de nada*, escupió, y que él había servido en Ifni y que era uno de los supervivientes de Edchera, y que si lo dejaban, marcharía con su compañía sobre Marruecos y que acabaría con ellos *en unas horas*, concretó.

—Además, me parece que tú eres un espía de Gigi.

—¿Perdón? —Alfredo no entendía lo que decía aquel oficial que se encontraba prácticamente borracho.

—Sí, tú eres el espía de Gómez de Salazar, eso se dice por ahí —aseguró, moviendo la boca con dificultad y sudando copiosamente—. Nadie sabe qué has venido a hacer aquí, a África. Eres el único *imeco* que hay ahora en la

plaza y eso tiene que ser por algo. Mira, le dices a Gigi que si nos deja, los de la Legión somos los que más huevos tenemos. ¿Entiendes, chaval? Hu-e-vos —deletreó, intimidando con el índice que apuntaba hacia arriba pero con la lengua medio trabada, los ojos vidriosos y el pulso acelerado y discontinuo.

No volvió nunca más a un lugar tan hostil para él como era ese Casino.

El lunes quince de septiembre un soldado de Infantería llegó al cuartel donde pernoctaba el alférez Amorós y le pidió que lo acompañara al edificio de Gobernación. Después de los saludos de rigor, Federico Gómez de Salazar le presentó, muy cortante, al comandante Torres.

—A partir de ahora, se pone usted a sus órdenes.

—A la orden de vucencia, mi general —fue la lacónica respuesta de Alfredo.

El comandante Arturo Torres era una persona de importante estatura a quien el uniforme de jefe le caía con inusual acierto. Cuidaba su imagen como pocos militares, por lo que llevaba el pelo y el bigote perfectamente recortados y siempre arreglados con esmero. Sus ojos eran fríos y distantes, e infundían desasosiego, como si con ellos fuera capaz de anular la voluntad de su interlocutor.

—Torres, el alférez Amorós es un magnífico topógrafo, y va a ser de mucha utilidad para la misión que se les ha encomendado.

—Eso ya lo veremos —contestó el comandante Torres, en un tono muy desabrido y nada amistoso—. ¡Vamos, en marcha! No hay tiempo que perder.

Dos horas después, Alfredo se encontraba a bordo de un Land Rover en compañía de otros tres oficiales, todos profesionales, y un soldado conductor, siguiendo a varios camiones con tropa y material rumbo al puesto fronterizo de Tah, lugar donde establecerían el cuartel general operativo para la colocación de los artefactos en la primera área de actuación.

Nada más llegar, miembros de una compañía de intendencia sirvieron el rancho para la tropa y una comida un poco más especial para el comandante y los oficiales, entre los cuales se hallaba el alférez Amorós. Torres no desperdiciaba ni un minuto de su tiempo, y aprovechó el momento de la comida para impartir órdenes a sus hombres.

—Vamos a trabajar continuando la línea oeste-este, es decir, los primeros artefactos los pondremos en las proximidades de la playa y seguiremos hasta

aquí, hasta Tah, para continuar después por el este. Los sesenta mil explosivos están repartidos en ochenta y cinco palés que han llegado al Sáhara: sesenta a El Aaiún y veinticinco nos esperan en el aeropuerto de Smara. Esos los distribuiremos desde allí —especificó—. En cada palé hay setenta cajas con diez unidades en cada caja.

—Perdón, mi comandante —preguntó Alfredo, con cierta timidez—, ¿cuánto pesa cada mina?

—Las minas pesan menos de ciento cincuenta gramos —dijo—. Quiero que usted y todos los soldados conozcan lo que tienen en la mano, y que sepan dos cosas, que si se tratan según el protocolo son piezas muy seguras. Pero también quiero que tengan presente que son artefactos que explotan, y que causan mucho daño, y quiero que vean cuánto dolor son capaces de causar. Habrá una lección práctica que nadie olvidará. Con total seguridad.

## 16 de septiembre de 1975

Obedeciendo las órdenes del comandante, los soldados de las tres compañías se distribuyeron en grupos y trasladaron hacia el este de Tah las cajas con los explosivos ayudados por varios camiones Reos de tres ejes llegados desde El Aaiún.

Antes de aquello, Torres impartió una clase que Alfredo supo que nunca se le borraría de la mente.

—A ver, dame el dromedario más viejo, o uno que esté enfermo —ordenó el comandante a un suboficial de los *Nómadas* que los habían acompañado. Antes había mandado formar a las tres compañías que se mantenían en posición de descanso, así como a los legionarios que les prestaban protección.

El sargento se apeó de su dromedario y comentó algo con un soldado nativo. Entre los dos seleccionaron a uno de los doce que utilizaban. El animal elegido tenía muy poco pelo exhibiendo numerosas calvas a lo largo de su piel. Sus andares eran muy pausados. Todos supusieron que aquel dromedario sería muy viejo.

—Quítale la silla y mantenlo bien sujeto.

El comandante se dirigió a una de las cajas y comprobó los números de serie que figuraban en uno de los laterales. Seleccionó una en concreto y la abrió con cuidado.

—En cada una de estas cajas de madera tenemos diez unidades. Llevan un pasador que actúa de seguro. Si no se quita el pasador, la mina no estalla en ningún caso, ni aunque se le diera un golpe.

Para demostrar con hechos sus palabras, cerró el puño y golpeó el artefacto con fuerza, ante la mirada estupefacta de los soldados y sin poder evitar que se oyera algún murmullo.

—¡Silencio! —chilló, con fuerza—. A ver, vosotros tres, que parece que os ha sorprendido esto.

Los tres soldados señalados se dirigieron despacio al lugar donde los había llamado el comandante, visiblemente asustados.

—Vamos, id abriendo estas cajas y haced como yo.

Dando ejemplo, el comandante quitó el pasador de una de ellas, se agachó, cavó con una pequeña pala un hueco de unos diez centímetros de profundidad por veinte de ancho, y depositó la mina con cuidado.

—¿Habéis visto? Pues ahora seguid vosotros. Quiero que cada uno coloque un explosivo, por esta zona —con el dedo índice marcó un rectángulo de un metro de lado por tres o cuatro de ancho.

Los soldados fueron cavando los hoyos y quitando con precaución los pasadores. El comandante, agachado en el suelo como ellos, fue mostrándoles a cada uno cómo se quitaba el seguro.

—Con la mano vamos a taparla pero sin tocar el percutor. ¡Vamos, con cuidado!

Diez minutos después, las cuatro minas estaban colocadas aunque se podían distinguir con nitidez gracias a los pivotes que sobresalían claramente del terreno.

—Aunque ahora parece que se ven demasiado y que no van a hacer efecto porque el enemigo puede distinguirlos claramente, os aseguro que en un par de días, a poco viento que haga, quedarán semienterradas por la arena, y en ese momento se habrán convertido realmente en armas mortíferas. Y no digamos si llueve algo. En ese caso, el barro será nuestro mejor aliado. ¡Vamos, fuera todos! —ordenó, ayudado de aspavientos con el brazo.

Miró al sargento de los *Nómadas* y le pidió la cincha del dromedario.

—¡Esta cuerda es muy corta! ¡Vamos, añadirle dos o tres metros más!

Uno de los soldados nativos corrió a cumplir la orden del comandante. Nada más ponerle el suplemento, el saharauí acarició el cuello del animal imaginando su trágico final.

—¡Ven aquí, ven conmigo! —ordenó Torres al dromedario. El pobre animal parecía saber cuál sería su destino y se movió con docilidad sin mostrar resistencia.

El militar rodeó la zona minada y se colocó frente al dromedario. Ahora lo único que los separaba era el lugar donde estaban semienterradas las cuatro minas. Soltó un poco de cuerda, se alejó esos dos metros que había pedido y tiró con suavidad.

—¡Ven, ven con papá!

El animal comenzó a avanzar dócilmente hasta que una de las patas delanteras pisó uno de los detonadores.

El espectáculo fue horripilante. La fuerte y seca explosión había arrancado de cuajo la pata delantera derecha hasta la altura del cuerpo, y el animal pegaba unos brincos endiablados con los otros tres miembros, mientras chorreaba sangre profusamente y emitía unos chillidos enloquecedores. El comandante intentaba hacerse con él pero no lo conseguía. Era imposible domar a aquella fiera que agonizaba. En unos instantes, el animal se derrumbó a plomo aunque no cesó en los aullidos que aterraban a los soldados todavía más que la mera visión de la despiadada mutilación del miembro.

Torres desenfundó la pistola y disparó dos veces a la cabeza del animal. El silencio volvió a resonar en toda la zona casi con la misma fuerza que los aullidos. Ni los zapadores, ni los legionarios, ni los miembros de las Tropas Nómadas, ni los de la compañía de intendencia ni el alférez Amorós emitieron sonido alguno.

Después, Torres disparó contra las otras tres minas instaladas por los soldados a modo de prueba, las cuales saltaron por los aires sin causar daño alguno. Esta vez pareció que el sonido del estallido había sido inferior.

—La lección teórica ha terminado. Mañana comenzaremos con la realidad. Si alguien tiene alguna duda, ahora es el momento de expresarla.

Tal y como imaginaba el comandante, el único que se atrevió a hacerse presente fue el suave viento de la tarde.

## El reproche

Miguel atendió la llamada de Sagrario al móvil con rutina mecánica. Después de unas palabras formales de salutación, con escaso contenido amoroso, el consultor preguntó a su novia en qué lugar de Orquídea Real se encontraba.

—No estoy en Almería. Me encuentro ahora mismo en casa.

—¿En casa? ¿En qué casa? —se sobresaltó.

—Pues en cuál va a ser, en la nuestra, bueno, en la de tu madre —remarcó, con cierto desdén.

—Pero, ¿qué haces en Madrid?

—¿Podemos quedar para comer y hablamos?

El restaurante donde se habían citado era uno de los muchos de comida rápida frecuentado por personas que solo tienen disponibles unos minutos al mediodía y que han de regresar de nuevo al trabajo. La calle Orense de Madrid estaba plagada de ellos y Sagrario se desplazó hacia uno de los que se encontraban más próximos al despacho en el que trabajaba Miguel, donde ya habían comido alguna vez. Cuando el consultor llegó, Sagrario ya se encontraba atendida. Levantó la mano para llamarlo y al llegar a la mesa le dio un beso en los labios que ella no rechazó.

Miguel intuyó la gravedad del momento. La cara de su novia era una mezcla de cansancio, de contrariedad, de disgusto... No se había pintado y llevaba una camiseta cualquiera, sin ningún sentido de la conjunción ni con el pantalón ni con las zapatillas deportivas que calzaba. El pelo iba recogido en una coleta. Parecía mayor y se la veía muy desmejorada.

—¿Qué tal estás? Te he visto mejor en otros momentos.

—Gracias por el cumplido, pero llevo en pie desde las cuatro de la madrugada y he recorrido seiscientos kilómetros. Como puedes imaginarte, creo que es difícil mostrar una cara distinta.

Al margen de interesarse por su instalación en la finca, por sus avances en la administración de Orquídea Real, y por cómo pasaba los días en un lugar tan distinto a su mundo habitual, el joven le preguntó por la razón que la había llevado a desplazarse a Madrid sin avisar.

—Todo muy bien en definitiva pero, de verdad, no te he molestado para contarte cómo estoy con tu abuela y lo magníficamente que me dan de comer allí. Desconocía la calidad de la comida almeriense, es otra de las grandes sorpresas. Tu abuela tiene una cocinera estupenda que no para de agasajarme.

—Veo que recibes muchas sorpresas positivas, ¿verdad? Bueno, cuéntame, por favor.

Sagrario guardó silencio y lo miró con unos ojos distantes.

—Tu abuela está muy mal, no sé si sois conscientes en tu familia de lo grave que está.

—Creo que sí. Mi madre la llama frecuentemente y se interesa por cómo se encuentra.

La joven extendió la mano abierta y fue encogiendo dedos, paulatinamente, como si marcara una cuenta atrás.

—Violeta no llama a su madre. Desde que estoy allí, la habrá llamado dos o tres veces, nada más.

—¿Estás segura de eso? ¿No puedes equivocarte? —la cara del joven solo mostraba sinceridad.

—Tan segura como de que me lo decía ella cada vez que recibía una llamada. Se alegraba mucho cuando hablaba con Violeta, y eso me lo contó las veces que te digo, dos o tres, no puedo equivocarme en una cuenta tan sencilla.

—Pues no lo sé. Lo hablaré con ella. Algo tendrán que hacer.

—Miguel, ¿no entiendes que tu abuela está muriéndose y que vosotros no la estáis atendiendo?

—No digas eso, Sagra, yo tengo mucho trabajo y mis padres están muy ocupados. Me consta que está atendida. Tiene a un montón de gente a su servicio.

—Pero se trata de otro tipo de atención, una atención afectiva, de cariño, de la que se espera hacia alguien que te ha dado todo. ¿Eso no lo entiende tu madre? —Sagrario se mostraba impotente para explicar algo que para ella era obvio. Sentía que estaba hablando con una pared.

—Yo no puedo decir a mi madre lo que tiene que hacer, ya es mayorcita, ¿no te parece?

—Antes te habría dicho que tu madre es su única hija, pero ahora ya no puedo decir lo mismo.

El joven dejó de comer y levantó la vista del plato.

—¿Has venido a hablarme de Alfredo? —el rostro no podía reflejar más resentimiento. No estaba dispuesto a recibir más reprimendas por algo que le resultaba totalmente ajeno. Ni él tenía que responder por su madre ni había fijado unas reglas que Sagrario no quería respetar.

—No, Miguel, te equivocas, no he venido a hablarte de Alfredo, he venido para que seas tú quien me hable de Alfredo, que es muy distinto.

—Yo no tengo nada que decir sobre ese tema.

Sagrario no pudo soportar más y le retiró el plato unos centímetros, los suficientes para hacerle notar que no estaban ahí para comer y charlar distendidamente, sino para hablar de algo a lo que ella daba la máxima importancia.

—¿Me quieres decir que no tienes nada que contarme de tu tío?

—Mi tío, mi tío... —sonrió, desganado—. Mi tío ya no existe y en mi familia no se habla de él. ¿Qué quieres que te diga? Mi madre jamás me habló del tal tío Alfredo y me enteré de que existió un día por casualidad, yo no soy culpable de lo absorbente que es mi madre y de lo indolente que es mi padre, ¿entiendes eso? —Miguel intentó cuidar el tono de su voz, para no alzarlo demasiado. No lo consiguió y percibió que algún comensal los miraba—. En esta historia yo soy una víctima, no un cómplice. Métete eso en la cabeza.

—Tu abuela dice que tu tío vive. Está convencida de ello. ¿Puedes explicarme al menos dónde está ahora, qué ha pasado con él?

—No vuelvas a preguntarme por mi tío Alfredo, te lo pido por favor, Sagra, te lo pido por favor. Yo nunca he ido a tu casa a preguntar a tu padre o a tu madre si tienen hermanos y dónde se encuentran ahora. Haz tú lo mismo con mi familia.

—Ya sé que tú nunca me has preguntado por mi familia, poco te interesan.

Miguel se sintió vencido. No conseguía trasladar a su novia la verdadera situación que se vivía en su casa.

—Sagrario, te quiero mucho pero yo no puedo estar así. Parece que cada vez que hablas conmigo quieres sonsacarme algo, y esa es una sensación muy incómoda que no puedo prolongar indefinidamente. Me siento protagonista continuo de un programa televisivo de periodismo de investigación. Así no puedo seguir.

—Estoy de acuerdo, yo tampoco puedo seguir con alguien que no quiere ayudar a la única familia que tiene, a una pobre anciana que solo quiere que le traigan a su hijo, que solo quiere reunirse con él. Creo que está en su derecho.

El joven no aguantó más y se levantó violentamente.

—Sagra, entérate de una vez, mi tío Alfredo está muerto. ¿Lo entiendes? Muerto, y muerto hace muchos años.

La miró de arriba abajo y le espetó:

—Pago yo en la barra. Te veo esta noche.

Esta vez no hubo beso de despedida y Sagrario intuyó que posiblemente ya nunca más habría besos, ni de llegadas ni de partidas.

## 30 de septiembre de 1975

Lo que más impresionó a Alfredo de todas las maniobras que estaban realizando en el desierto fue ver la llegada de dos vehículos que se sumaron al convoy ya desde el primer día. Por un lado una ambulancia conducida por un soldado acompañado por un teniente médico y un cabo enfermero. En el otro vehículo viajaba un capellán que ostentaba el empleo de capitán y a quien todos llamaban *Páter*.

La colocación de los artefactos fue una continua fuente de incidencias. El desierto no era un lugar tan idílico como algunos lo habían descrito y se convirtió en una verdadera pesadilla para un buen número de zapadores. Así, uno de ellos estuvo a punto de ser engullido por unas arenas movedizas que no fueron detectadas previamente. La rápida intervención de uno de sus compañeros, ofreciéndole su cinturón para que pudiera agarrarse a él, consiguió salvarle la vida, aunque no la mente, ya que aquel soldado tuvo unos descontrolados ataques de ansiedad que provocaron que lo tuvieran que trasladar al hospital de El Aaiún, y después al pabellón psiquiátrico del hospital militar de Las Palmas. En otra ocasión se encontraron con la llegada de una manada de diez hienas que fueron abatidas por los legionarios en una escena cruda y espeluznante. Tampoco tuvo suerte un cabo zapador, que fue picado por una serpiente lefa que se introdujo en sus botas durante la noche, buscando humedad. Sufriendo unas fuertes fiebres lo trasladaron urgentemente en helicóptero a El Aaiún. Los médicos militares del hospital consiguieron que el antídoto hiciera efecto antes de que el veneno alcanzara los órganos vitales del soldado.

En lo logístico, y tal y como anunció el comandante Arturo Torres, habían empezado por la zona fronteriza situada más hacia el oeste, en la playa de Negritas, y desde allí, y siguiendo los planos trazados por el alférez Amorós, los soldados de las tres compañías de zapadores colocaban las minas guardando celosamente las medidas de seguridad expuestas por el comandante en aquella clase tan terrorífica en la cual mató a un dromedario. «Prefiero

haber matado deliberadamente a un animal que perder a un hombre —comentó en la cena de aquella noche ante sus oficiales—. Y hay cosas que entran por los ojos y por los oídos mucho mejor que si nos metemos en un aula y damos una clase teórica de tres horas».

Los servicios del topógrafo eran requeridos pocas veces, ya que los planos levantados por el alférez resultaron eficaces y no admitían dudas, si acaso, algún matiz aislado. Alfredo recordó los días de agosto cuando visitó aquellos mismos escenarios o las veces que recorrió el paralelo 27° 40' en helicóptero. Se sentía demasiado familiarizado con aquel terreno.

Los domingos veintiuno y veintiocho de septiembre, que fueron dados como jornadas de descanso, estuvieron aprovechados por el *Páter* para impartir su misa que, aunque era voluntaria, fue seguida por la totalidad de los militares. Quizá sería por lo cercana que todos veían a la muerte y su inconsciente deseo de hallarse en paz espiritual en caso de iniciar un inesperado e inmediato viaje hacia el más allá.

La seguridad de las tres compañías era prestada tanto por unidades legionarias como por *Nómadas*, cuyos miembros saharauis eran vistos con recelo creciente a medida que transcurrían los días. Las noticias que procedían de El Aaiún eran cada vez peores y se hablaba de que en la ciudad se necesitaba implantar lo antes posible una medida de fuerza para evitar la sucesión continua de atentados contra los intereses de los europeos. El comandante Torres y los mandos sospechaban de todo aquel que no fuera de la Península o de las Canarias. Se temía que pertenecieran al Polisario y estuvieran allí recopilando información o esperando el momento propicio para asestar un golpe al Ejército y quedarse con todo el armamento y material que manejaban, algo que les daría una ventaja decisiva en la lucha que mantenían diariamente contra España.

Pero también se hablaba de otro hecho, de algo que había sido una verdadera noticia sorpresa porque todo el país auguraba que Franco concedería al final el indulto, como había otorgado en otras ocasiones similares: en la madrugada del sábado veintisiete de septiembre se había pasado por las armas por cometer acciones terroristas a dos miembros de ETA y a tres del FRAP. Las sentencias se habían cumplido en Barcelona, en Burgos y tres de ellas en la localidad de Hoyo de Manzanares, en Madrid.

Una patrulla de transmisiones había establecido un puesto de comunicación con El Aaiún y conectaban varias veces al día con la capital para ofrecer el

diario hablado de Radio Nacional. Cuando los oficiales conocieron la noticia, en el desayuno de ese sábado, ninguno realizó comentario alguno. Nadie se alegró ni nadie se entristeció, pero no fue algo indiferente, como era el aburrido y repetitivo parte meteorológico de esos primeros días del otoño. En la mesa sobrevoló el miedo que los invadió como si ellos pudieran estar alguna vez ante un pelotón de fusilamiento. Franco acababa de demostrar que no estaba tan incapaz como se presumía y que su voluntad inclemente se mantenía intacta. El asunto era tan serio como para haber llegado a la pena capital; y si había pasado eso en la Península, no había razón alguna para pensar que no sucediera algo similar entre las tropas destacadas en el desierto, un desierto que estaba preparándose para una invasión mecanizada que ellos tenían que impedir.

La densidad en la colocación de las minas venía dada por la propia tipología del terreno. En las zonas asimiladas a un valle transitable, se ponía un número mayor de unidades, y en aquellas otras en las que el camino se complicaba por la estrechez o por la pendiente se ubicaban muy pocas o, incluso, no se colocaba ninguna. La dificultad fue creciente conforme se desplazaban hacia el este, dado que la elevación del terreno se hacía más patente de modo que convertía las maniobras en algo mucho más penoso y mortificante al tener que superar cotas de hasta cuatrocientos metros. Tal fue así que el comandante habló con Gómez de Salazar para pedir el refuerzo de dos compañías de Infantería que se trasladaron urgentemente desde El Aaiún a Smara.

Algo que sorprendió a Alfredo, favorablemente, fue que los campos iban señalándose con un cartel disuasorio que informaba de la presencia de artefactos explosivos, rotulado tanto en español como en hassanía. Al alférez le pareció una buena idea, aunque a algún otro militar no tanto. Había sido una orden expresa que recibió el comandante Torres con pasividad.

Lo que peor llevaba era la higiene. Habían instalado unas letrinas para que los soldados realizaran sus necesidades y él, como oficial, podía disponer de otras, algo más cómodas y un poco más nuevas. Pero allí no había duchas para nadie. Llevaba sin lavarse a fondo desde que abandonó El Aaiún y, lo peor, ya se había acostumbrado a ese estado de suciedad el cual se acrecentaba cuando arreciaban las tormentas de arena, que cortaban los labios y, además, hacían imposible la visión más allá de unos pocos metros.

Las noches eran tan tranquilas que hasta inquietaba el enloquecedor

silencio; pero extraordinariamente frías. No podía haber imaginado unos cambios de temperatura tan acusados entre el día y la noche próximos a los cuarenta grados, quizá alguno más. En El Aaiún se escuchaba a algún coche pasar por la avenida de los Tercios, pero en medio de la hammada no se oía ni el volar de un ave, ni un motor, ni una voz, ni siquiera un lamento. Él había visto llorar a soldados, en ratos libres, vagando por los alrededores, pensando que, en la hora siguiente, podrían equivocarse en el momento de quitar el pasador, o podrían tomar una mina defectuosa y que el maldito azar les estuviera esperando guadaña en mano. Ellos no eran soldados profesionales, esos muchachos eran estudiantes, tenderos, albañiles, jornaleros, niños grandes a los que habían colocado a la fuerza en el lugar más delicado y en el momento más inoportuno.

Las jornadas se iniciaban muy temprano, antes de que despuntase el sol y todavía con frío en el ambiente. Después de los desayunos comenzaban con los trabajos de colocación de los artefactos. El comandante Torres, personalmente y sin delegar en ningún oficial, revisaba las cajas e iba indicando cuáles había que poner en cada emplazamiento, después de haber analizado el plano que levantó el alférez. Ese fue un detalle que sorprendió a Alfredo, pues no terminaba de entender que tuviera que mirar los números de serie con tanta atención. En una ocasión lo sorprendió concentrado en esa labor y fue fulminado por la mirada del comandante, que lo ahuyentó como si le hubiera soltado un perro rabioso. Después de la comida se autorizaban dos horas de descanso para finalizar la jornada sobre las seis de la tarde, ya rodeados de zumbadoras moscas. Después de la siesta, los soldados de intendencia comenzaban desmontando las carpas para trasladarlas hacia el este, con cadencia diaria y siempre por una línea imaginaria situada a diez o doce kilómetros al sur de la frontera real con Marruecos.

Posteriormente a que cenaran la tropa y los suboficiales, en una jaima distinta se reunían el comandante y todos los oficiales, incluido el *Páter*. Ni en ese momento Arturo Ramos concedía un minuto a la relajación, y aprovechaba la ocasión para pedir a sus hombres que le contaran las incidencias producidas durante la jornada, así como los planes para el día siguiente. El alférez Amorós exponía lo más significativo de las características orográficas que presentarían los siguientes kilómetros que tenían que cubrir.

—Tenemos informaciones dignas de crédito —apuntó Torres— que el Polisario tiene mucho interés en negociar con España y que se prestan a

ayudarnos en la defensa del Sáhara. ¡A buenas horas! Saben que en el momento en el que nosotros nos marchemos de aquí caerán en manos marroquíes, y es ahora cuando quieren ayudarnos, después de llevar cinco años hostigándonos con una desenfrenada lucha armada. Nosotros vamos a continuar con nuestra labor y no vamos a dejar que nada, absolutamente nada, nos aparte de la misión que nos han encomendado.

Nadie apoyó o rebatió las palabras del comandante.

# La mudanza

Después de estar diez minutos deambulando por la casa, Sagrario llegó a la conclusión de que tampoco tenía tantas cosas propias en aquel lugar que ya había dejado de ser su hogar. Una parte de su armario se lo había llevado a Orquídea Real; otra parte, y no pequeña, lo mantenía en Tarancón. En Madrid solo quedaban algunos libros, ropa de temporada y varios objetos personales, incluido el caballo de Lladró al que tanto cariño tenía y que no se parecía en nada a *Calcetines*. Los muebles eran de Violeta, los cuadros eran de Violeta, los rancios adornos eran de Violeta, el menaje, la vajilla, la cubertería, la ropa de cama sobre la que hizo el amor con Miguel, las toallas... y así podría seguir enumerando cada objeto para llegar a la conclusión de que la casa era de Violeta y que el chico con el que vivía también era absoluta propiedad de Violeta, por lo menos mentalmente. Es más, si alguna vez se quedaba embarazada, el niño lo pariría ella, pero sería Violeta quien haría el resto. «¿Qué sentido tiene que sigamos en esta situación?», se preguntó de nuevo, abatida aunque sin ganas de llorar. Eso la sorprendió, que llegara a ese punto triste de ruptura de una relación estable sin soltar una lágrima. Pensó que vendrían después, que aquello no dejaba de ser una ilusión, un espejismo, y que el berrinche llegaría en algún momento posterior, cuando la entereza se diluyera y los cimientos se derritieran. No quería engañarse.

Siendo consciente de que no actuaba movida por un impulso irracional, ni que su proceder fuera consecuencia de la incómoda aunque clarificadora comida mantenida hacía dos horas, Sagrario comenzó a sacar las cosas que realmente le importaban, y llegó al muy triste corolario de que le interesaban muy pocos objetos. Escogió aquello que se había comprado y deliberadamente dejó colgado en sus perchas los regalos de Miguel. No le quería deber nada, no quería llevarse algo que tuviera que ver con él. Súbitamente se sintió extraña en una casa a la que fue a vivir por la insistencia del entonces novio,

pero que, y ahora era cuando ciertamente se daba cuenta de ello, nunca la consideró como suya. Repasó el lomo de los libros y eligió nada más que cuatro ejemplares, no le cabían más. Fue una de las renunciaciones que más le dolió. Pensó que posiblemente en un momento posterior podría recuperarlos. En la cocina terminó pronto y en el cuarto de baño tardó menos todavía. Se sentó en el sofá y consultó el móvil. Nadie la había llamado. Cerró los ojos y se dejó vencer por el cansancio. Demasiadas horas en pie, demasiadas decisiones tomadas, demasiados cambios en su vida en muy poco tiempo, demasiadas emociones... Se sintió aplastada por una granítica losa intangible que cerró sus ojos y la remitió a un sueño irrenunciable.

A las seis y media sonó el timbre de la puerta. Se despertó sobresaltada con el segundo toque. No esperaba a nadie. Acudió lo más rápidamente que pudo y preguntó. Abrió sorprendida.

—Caray, Violeta, ¿desde cuándo llamas para entrar a tu casa?

La mujer ofrecía un rostro distinto, no parecía ella. Ese orgullo, esa habitual e innata prepotencia en el semblante, esos aires, cuando no vendavales, de firme y militar jerarquía que ejercía cuando se encontraba sobre aquella tarima, eran ahora vagos recuerdos de otros momentos lejanos, casi de otras épocas. Se había puesto un pantalón vaquero que le apretaba demasiado y una blusa gris. El conjunto lo remataba con un bolso a juego con los zapatos y con una carpeta de Loewe del mismo color.

—¿Puedo pasar?

—En el Registro de la Propiedad dice que sí, que puedes pasar.

Sin mediar más palabra, Violeta entró en la vivienda y se detuvo en el salón. La mujer se movía con timidez, al igual que una visita que no cuenta con la confianza de los anfitriones. Sagrario la asimiló a un espectro, una sombra deformada de la mujer que había visto anteriormente. La recién llegada se sorprendió al ver una maleta, dos bolsos y una mochila, todo apiñado en el centro.

—¿Te vas?

—Sí, me voy. Dentro de un rato.

—Y veo que...

—Sí, has acertado, me voy para no regresar jamás —ratificó intentando que sus palabras transmitieran la seguridad que la embargaba.

La mujer paseó por el salón, extrañada.

—Si quieres, puedes abrir la maleta para comprobar que no he robado

nada.

—¡Por Dios, qué cosas dices! Yo te he tratado siempre como a una hija.

Lo último que Sagrario tenía ganas esa tarde era de discutir con alguien a quien probablemente nunca más volvería a ver, de modo que optó por callarse y sentarse en el sofá.

—¿Y lo sabe Miguel?

—Lo sabrá.

Violeta asintió.

—Veo que no le has dicho nada. Creo que estás siendo muy injusta con él. Me ha contado que habéis discutido.

—Está visto que hablar con Miguel es como hablar contigo. Es posible que no haya tenido ninguna intimidad en mi relación y que sepas todo de mí, de nosotros.

—Eso no es cierto, vuelves a equivocarte. No sé por qué tienes ese concepto de mí. No me has preguntado por qué he venido ni qué traigo en esta carpeta.

Sagrario negó con la cabeza.

—Me ha contado que le has preguntado por mi hermano.

La joven enarcó las cejas. Era la primera vez que oía a Violeta hablar en ese tono, parecido a la confesión de una culpa, a la petición de perdón.

—Es cierto. Elvira me habló de Alfredo, algo que nadie había hecho antes en Madrid.

—Fue muy doloroso, Sagrario. Es posible que tú eso no lo comprendas, igual no lo comprenderás nunca, pero lo que le ocurrió a Alfredo, y las consecuencias que aquello tuvo en mi familia, fue lo más horrible que puedas imaginarte.

La joven siguió callada. Pensaba que así obtendría más información que si hablaba.

—Fue hace mucho tiempo, en 1975, y tampoco fue aquí, en Madrid. Fue algo que ocurrió en un lugar muy lejano. No sé, ¿tienes prisa?

—No quiero quedarme aquí. Esta noche voy a dormir en un hotel, ya de camino a Turrillas. Mañana quiero estar allí de nuevo. Mi amiga Elvira me necesita.

Violeta juntó los labios y tomó la carpeta.

—Quiero contarte qué le ocurrió a Alfredo y voy a darte la respuesta a muchas preguntas que ahora estarás formulándote.

—Te escucho —fue la única respuesta de Sagrario, mientras se recostaba en el sofá y se disponía a dar oídos a algo que sonaba a confidencia.

## 3 de octubre de 1975

Arturo Torres se mostraba satisfecho porque la colocación de la totalidad de las minas antipersonas estaba a punto de finalizar. Se encontraban a unos kilómetros de Mahbes, en la zona más oriental de la frontera sahariana, lo que significaba que debían de quedar una o dos jornadas de trabajo, calculó el comandante. El único problema que se suscitaba era la proximidad con la frontera argelina, habitual refugio del Polisario y país desde donde no solo operaban con absoluta comodidad, sino del cual procedían sus principales fuentes de financiación. Por ello, se tomaron dos medidas. Por un lado se dobló el apoyo legionario con refuerzos llegados desde Smara, y por otro se redujo la vigilancia de las Tropas Nómadas. Fue una decisión que tomó Gómez de Salazar personalmente. Cada vez se fiaba menos de un cuerpo en el que un importante número de sus componentes eran saharianos y, tal y como se había demostrado muchas veces, se encontraba plagado de miembros infiltrados del Polisario. La labor que realizaban los zapadores era demasiado delicada como para que hubiera testigos de aquello.

En los soldados de reemplazo se hacía patente una fatiga tal que llevó a que el propio comandante relajara las jornadas y redujera el tiempo de actividad. El trabajo físico en el desierto era algo a lo que no estaban acostumbrados y en muchas ocasiones el teniente médico tuvo que atender mareos, náuseas, desmayos, deshidrataciones y, por supuesto, problemas estomacales, de los que prácticamente nadie se libró. Por ello, se dio la orden de adelantar la hora de finalización y prolongar los tiempos de descanso.

Un helicóptero irrumpió en el cielo. Se hizo visible por el oeste, desde la zona de El Aaiún. El comandante fue avisado en su carpa. Una vez posado, se apeó el visitante, que lo primero que hizo fue marcar una seña para que no mandara firmes a todos sus hombres.

—Buenos días, Arturo.

—A sus órdenes, mi general —Gómez de Salazar se encontraba resplandeciente.

—¿Qué tal va todo? ¿Terminaréis hoy?

—Creo que no, mi general, pero mañana sábado con total seguridad.

—Me alegro. Me han llamado de Madrid para interesarse por el asunto y les he dicho que terminábamos esta semana, por tanto, enhorabuena.

—Muchas gracias, mi general.

—¡Venga, vamos a tomarnos un café!

Entraron los dos en la carpa ocupada por el comandante, que era la única individual del campamento, y esperaron a que les atendieran los componentes de intendencia que los habían acompañado durante todo el tiempo.

—Me alegro de que no haya habido incidentes destacables, y concretamente ninguno con las minas.

—Mi general, habría sido bastante difícil que se hubiera producido alguno, tendría que ser mucha casualidad, ¿no? —el anfitrión cuidó el tono de voz, aunque estaban solos y nadie podía oírlos.

Gómez de Salazar sonrió.

—Bueno, nunca se sabe. Yo temía que se produjera alguna enfermedad grave, una autolesión o, quién sabe, algo peor todavía. No sería el primer soldado de reemplazo que se suicida en África.

Después de seguir comentando los detalles de la colocación de las minas, el comandante preguntó por la situación en la capital.

—Hace que no voy desde que nos marchamos a Tah. Creo que fue el quince de septiembre —se justificó Arturo Torres ante la pregunta formulada.

—Pues cada día un poco peor —reconoció Gómez de Salazar, sin poder ocultar su pesar—. La llegada del mes de octubre ha sentado mal a la ciudad. Al margen de una oleada de bombas que estallaron anteayer, las colas ante la oficina de Iberia son monstruosas, y también en Correos. La gente manda todo tipo de paquetes y no escatiman en el precio. Quieren sacar cuanto antes las cosas más queridas porque temen que tengan que marcharse precipitadamente de aquí y solo con lo puesto.

—Y a lo mejor no les falta razón —supuso Torres.

—Seguro que no les falta razón —corroboró el general—. De hecho, empieza a ser difícil ver niños en El Aaiún, y cada vez quedan menos mujeres. Dentro de poco hasta van a marcharse las chicas del barrio del cementerio.

Ambos sonrieron.

—Por cierto, ¿qué tal el alférez?

—¿Amorós? Bien, no puede ocultar que está asustado, pero estoy

satisfecho con él, ha colaborado con diligencia en todo lo que se le ha ordenado. Sabe muchísimo de minerales y de rocas. Bastaba que mirara al terreno para que nos indicara si había que cavar más o menos. Es una persona muy válida. Lástima que se nos vaya del Ejército. Aquí nos hace falta gente tan preparada como él.

—¿Levantó el plano? —quiso saber el general.

—Sí, por supuesto. Lo tengo aquí.

El comandante desplegó un mapa de toda la frontera donde se marcaron las zonas en las que se colocaron las minas. Además, y eso era lo realmente valioso, se habían señalado puntos rojos en determinados lugares, siempre en pasos de especial dificultad y nunca en valles, llanuras o caminos transitables.

—Esta información vale más que todas las minas juntas.

—¿Minas, de cuáles? —preguntó el comandante, a la vez que guiñaba un ojo a Gómez de Salazar.

La conversación se vio alterada por unos chillidos que llegaron desde el exterior. Los dos militares abandonaron rápidamente la carpa y comprobaron con horror que uno de los dromedarios de los *Nómadas* se acababa de soltar de los correajes y se encaminaba, desbocado, hacia una de las zonas donde sembraron minas antipersonas. El militar que estaba al cuidado del animal corría tras él pero era incapaz de darle alcance. El hombre chillaba pero la bestia, quizá todavía más asustada por los gritos, se dirigía irremisiblemente hacia un espacio mortal. Todos los militares que veían lo que sucedía dejaron su trabajo y se quedaron expectantes ante la inminente tragedia.

El dromedario atravesó la línea de seguridad, a la cual todavía no habían puesto una alambrada de señalización, y se adentró en el campo minado. Era cuestión de segundos que el pobre animal saltara por los aires. Gómez de Salazar y Torres contuvieron la respiración. Aun así, al general todavía le dio tiempo a formular una pregunta al comandante:

—¿Esa zona es...?

Arturo Torres negó con la cabeza mientras mostraba un rostro de circunstancias. El general cerró los ojos.

Sin que se produjera explosión alguna, el dromedario pisoteó el área minada en repetidas ocasiones durante su cabalgada, y se perdió despavorido por el norte, hacia Marruecos.

La perplejidad se instaló en todos los ojos que contemplaron aquello. Un animal había atravesado una zona cubierta por explosivos y no se había

producido estallido alguno. De su violento y enloquecido trote solo quedó la arena removida y las piedras violentamente levantadas así como la polvareda generada. Aquello lo vieron los soldados zapadores, sus suboficiales y sus oficiales, lo vio también el alférez Amorós, que no podía creer lo que acababa de presenciar. Y asimismo lo vieron algunos legionarios que montaban guardia.

Pero lo más trascendental fue que también lo presenciaron unos cuántos *nómadas*, personal de tropa, la mayoría saharauis.

## 6 de octubre de 1975

La labor en la frontera había finalizado. Después del laborioso y extenuante trabajo de los zapadores, solamente quedó en la zona un importante contingente de legionarios que la custodiaban y vigilaban de posibles incursiones marroquíes, quedando las Tropas Nómadas situadas más en retaguardia. Se había determinado que este cuerpo ofreciera un apoyo ambiguo, en tierra de nadie, sin aproximarse a la frontera norte pero que se mantuviera a una distancia mínima de Argelia de cien kilómetros.

Las tres compañías de zapadores más el personal de intendencia habían regresado a El Aaiún el domingo cinco de octubre, y en esa misma mañana retornaron a Madrid. El comandante Torres les anunció, bajo el júbilo desaforado de la tropa, que se les concedía quince días de permiso nada más pisar suelo peninsular. El alférez Amorós escuchó aquello con tristeza porque nadie se había dirigido a él para comunicarle esa gracia. Él también anhelaba un permiso o, mejor todavía, un retorno a Las Palmas, a su cuartel de destino, y abandonar un lugar que se había convertido en una tierra de locos, por muy hermosas que fueran algunas noches en el desierto, rodeado de una peculiar naturaleza inanimada, con la única presencia de las estrellas que brillaban como diamantes de luz helada y de una luna como jamás había visto refulgir con anterioridad, o incluso bajo una ligera neblina que se mostraba como una maternal colcha que arropaba las almas de aquellos aislados soldados.

De natural reservado y correcto, se deshizo de complejos y pidió hablar con el Gobernador.

—¿Un permiso? Claro que sí, se lo ha merecido usted, Amorós. Su entrega y valía han quedado totalmente demostradas —manifestó pomposamente Gómez de Salazar—. Únicamente que ha de esperar unos días más aquí, en El Aaiún. He de tenerle cerca porque se ha de confeccionar un plano detallado del lugar donde se instalaron las minas dado que Madrid quiere tenerlas controladas por si hiciera falta, Dios lo quiera —deseó, mirando hacia el techo—, tenerlas que quitar y dejar la frontera tal y como estaba. Eso pido

todos los días en mis oraciones. No creo que el suyo sea un trabajo complicado. Será pasar a limpio las anotaciones que realizó para el comandante Torres. Venga mañana a mi despacho a las diez y le daré instrucciones. Conociéndolo, creo que en dos o tres días podrá pasarlo a limpio dado que las coordenadas exactas de las zonas donde se han colocado las fijó usted. Será un trabajo familiar y muy sencillo para alguien con sus conocimientos y que conoce el terreno.

En Hatarrambla un hombre se desesperaba al escuchar las palabras de su correligionario.

—¿Seguro?

—Seguro, Fata, lo vi con mis ojos, nadie me lo ha contado. Cuando el dromedario desapareció de la vista de todos sin que hubiera estallado mina alguna, por mucho que las pateara, miré al comandante Torres y me encontré con que él nos estaba mirando a nosotros, a los pocos *Nómadas* saharauis que estábamos allí. Su cara era la expresión del terror. Parecía que había visto a su diablo. Y lo mismo le pasaba al General. Los dos se mostraban espantados. Se dio cuenta de que nos percatamos de lo sucedido y no sé lo que puede pasarnos.

—Tú lo has contado, me lo estás contando, y eso es lo importante —aseguró Fata uld Mohamed uld Yama—. Dentro de muy poco lo sabrá también El Gali y Luley, y no sé qué medidas tomarán pero, permíteme que vuelva a preguntártelo, ¿seguro que el animal atravesó una zona minada? ¿No puede ser que te estés equivocando?

—Totalmente seguro. ¡Pongo a Alá por testigo de que no miento ni me pude equivocar! De hecho, es algo que comentamos luego entre nosotros, lejos de sus oídos. No fue una alucinación. El animal era el que llevaba uno de mis compañeros y, no sabemos muy bien por qué, se soltó de las riendas y enloqueció. Intentó sujetarlo pero no se hizo con él y salió en estampida. Alguno corrió a ayudarlo, pero la fiera no se dejó y el pobre bicho solo vio libre la zona que estaba minada que era, lógicamente, donde no había nadie que pudiera retenerlo —el hombre se ayudaba con las manos y los dedos para complementar las explicaciones. Mientras, Fata lo escuchaba fumando un cigarrillo con una boquilla metálica—. Era un sitio muy llano, propicio al paso de personas o de vehículos, por lo que se pusieron muchas minas. Yo

mismo vi cómo lo hacían todos los soldados llegados desde la Península. El animal pateó, no sé, diez o más artefactos —calculó—, y no estalló ninguno. Todos esperábamos que saltara hecho pedazos, como me contaron que pasó el primer día, cuando el Comandante zapador mató a uno.

—Y no estalló nada.

—No estalló nada —reconoció de nuevo.

—Pero, ¿no me dices que hubo minas que sí estallaron?

—Solo estallaron las del primer día, que yo no estaba. Puede ser que hubiera de los dos tipos y que el Comandante las supiera reconocer. Yo eso no lo sé. Desde luego, las que pisó el dromedario no explotaron. Lo vieron estos ojos —se los señaló, con un movimiento nervioso de los dedos.

—Entonces, si las minas no estallan cuando se pisan... ¿para qué sirven las minas? —se preguntó Fata, a la vez que miraba la fina arena que alfombraba la habitación donde habían hablado. Tomó su taza de té, que ya se había quedado frío, e interrogó de nuevo a su compañero, esta vez solo con los ojos.

Como toda respuesta, este alzó los hombros.

## 8 de octubre de 1975

A pesar del poco tiempo transcurrido, la incidencia del dromedario que había pateado varias minas sin que estas explotaran voló a una velocidad endiablada. Lo supieron los polisarios que vivían en El Aaiún y en Villa Cisneros, en Smara y en La Güera, y también allende las fronteras saharauis: en Tinduf, en Nuakchot y mucho más allá: en París.

—No estoy acostumbrado a que me citen con estas urgencias —comentó Robert Parker, visiblemente molesto nada más llegar a la cafetería del Ritz y mientras estrechaba la mano a su interlocutor.

—Las circunstancias así lo aconsejan. No sé si se ha enterado de lo que ha sucedido al norte del Sáhara.

El musulmán le invitó a que se sentara en su compañía.

—No sé, supongo que algún nuevo altercado entre ustedes y el Ejército español —especuló el norteamericano.

—En absoluto, todo lo contrario. Allí no van a producirse nuevos incidentes, puedo asegurárselo —afirmó Hakim Adel.

Parker enarcó las cejas.

—¿Por qué me lo asegura con tanta rotundidad?

—Porque sí —zanjó el saharauí, sin querer entrar en detalles. El rostro de Hakim era la viva imagen de la desolación.

—Me imagino que tienen informantes en Marruecos e intuyen lo que se les avecina, ¿no?

—No sabemos exactamente lo que pasará, pero sí que Hassan está preparando algún tipo de concentración masiva cerca de la frontera, de eso quiero hablar.

—Cuénteme entonces —pidió Parker, a la vez que levantaba la mano y llamaba al camarero.

—¿Han suministrado ustedes las minas antipersonas a los españoles?

—¿No habíamos quedado en que era usted quien iba a contarme algo? ¿Por qué me formula preguntas?

La conversación se cortó con la llegada del empleado. Uno pidió un té bien caliente y el otro un zumo de naranja.

—Le hago la pregunta —prosiguió el saharai— porque estoy convencido de que ustedes tienen que estar metidos en eso. Dudo mucho que el Ejército español disponga de tantos fondos como para sembrar de minas una frontera de más de cuatrocientos kilómetros.

—El Estado español tiene una buena renta per cápita. No es de extrañar que dispongan de ese dinero pero, no quiero mentirle. Sí, nosotros tenemos algo que ver con ello y no queremos que Hassan entre en el Sáhara, no es bueno para la estabilidad en la zona como llevo meses contándole, por eso, vamos a decir que sí, que les hemos echado una mano.

—Me lo imaginaba. Pues bien, esas minas no funcionan.

—¿Perdón, puede explicarse?

El saharai relató a Parker el incidente del dromedario después de que el camarero les sirviera las consumiciones. Suponía que aunque había llegado a él después de varias versiones, lo expuesto se correspondería bastante con la realidad y solo tendría una ligera distorsión narrativa.

—Eso es imposible. Nos consta que el material suministrado es de primera calidad —Parker se mostró contrariado.

El norteamericano fingía extraordinariamente bien. Se le podía considerar una primera figura de las artes escénicas. *Laissa* aconsejaba la colocación de minas falsas para evitar desgracias entre la población civil que marcharía sobre el Sáhara y también para prevenir accidentes entre los zapadores españoles que las depositarían sobre la arena. Así se decidió en Londres y de esa manera lo autorizó Kissinger. Con lo que no contaban era con que aquella estudiada estrategia había sido descubierta por culpa de un inoportuno dromedario desbocado mal sujeto.

—Es una carga de ciento cuarenta gramos de trilita —precisó Parker— cuyos resultados han sido probados tanto en laboratorios como en otros conflictos bélicos.

—Pues no funcionó.

—Habrá sido alguna pieza que haya salido defectuosa.

El saharai probó el té y se dispuso a explicar su afirmación, con tristeza y abatimiento.

—Eso mismo pensamos nosotros en un primer momento, que era posible que algunas piezas estuvieran en mal estado. ¿Y sabe lo que le digo? Que la

frontera de España con Marruecos es muy grande, y que aunque ahora está vigilada fundamentalmente por la Legión, estos no pueden abarcar todos los puntos. Nuestra gente se ha desplegado por distintos lugares y se han realizado pruebas. Dado que los campos están señalizados, se han tirado objetos y se ha disparado sobre muchas de ellas sin que la mayoría haya explotado. Solo se activaban aquellas que se colocaron en sitios inexpugnables que carecen de utilidad militar y que solo pueden ser estalladas por cabras. Y no digamos aquellas que se sembraron sobre pasos de fácil acceso. De esas no hizo explosión ni una sola.

—No lo entiendo —Parker negaba con la cabeza, lentamente y con mucha parsimonia—. Las piezas enviadas estaban en perfecto estado. La verdad, no sé qué decirle. Hasta es posible que el gobierno español nos haya engañado, que haya colocado otras distintas y esté reservando las nuestras para otros objetivos.

Sin entrar a valorar esta última posibilidad que argumentaba su interlocutor, el saharai llevó la conversación al punto que deseaba:

—Tiene que entender que esto es un ultraje para nosotros, los verdaderos dueños de aquella tierra, y queremos venganza.

—¿Venganza? ¿De qué le sirve al Polisario la venganza?

—La necesitamos, ante nuestros ojos y ante los ojos españoles. Nos jugamos nuestra credibilidad.

El norteamericano intentó que el saharai se calmara. Se recostó sobre su asiento y trató de interpretar sus palabras.

—¿Y qué han pensado ustedes?

—Necesitamos su ayuda, mister Parker. Nosotros podemos cometer un atentado y tenemos suficiente infraestructura para ello, pero si ustedes nos apoyan, conseguiremos mayor precisión.

—Mi gobierno no va a autorizar el derramamiento de sangre.

—Tiene usted que explicar a su gobierno que este pueblo está herido y que quiere venganza, y que con la muerte de alguien relevante se les puede callar. Yo también tengo personas a las que responder, piden la cabeza de alguien, y tengo que dársela. Ellos no tienen capacidad diplomática. Tendría usted que oírlos. Si no hacemos algo, y muy pronto, la sangre que va a correr por El Aaiún va a provocar que sepan ustedes por qué el río Saguía el Hamra se llama así. Sangre saharai y europea, de las dos. Será una carnicería. Allí no va a librarse nadie. No cargue usted en su conciencia con decenas o centenares

de muertos. Pesan mucho, señor Parker, se lo aseguro.

El norteamericano bebió un sorbo e intentó calibrar las palabras del africano. Los habían descubierto, eso era indudable, y solo le pedía el sacrificio de una cabeza. No parecía un precio muy alto. Solo había que conocer un nombre. Lo sondeó.

—Me temo que ya tienen pensado un objetivo.

—No uno concreto, pero sí tenemos varios candidatos que nos pueden valer para abanderar la causa ante nuestra gente. Habíamos pensado en Gómez de Salazar o Rodríguez de Viguri. O Timón de Lara. Este último sería alguien muy indicado. Ya era el coronel de la Legión en 1970, cuando lo de Basiri.

—Eso es imposible. Esas personas son las máximas autoridades en el Sáhara. Quítese eso de la cabeza —las palabras del norteamericano no admitían dudas—. No se le vaya a ocurrir contar con nosotros para semejante salvajada. Y si eso pasara, aténganse a las consecuencias que tendría para todos ustedes. Ya ve lo que acaba de hacer Franco con unos terroristas. Al viejo todavía no le tiembla el pulso a la hora de mandar a alguien al paredón.

El saharauí ofreció otras alternativas que había sopesado previamente.

—También habíamos pensado en cometer algún atentado en Madrid. Hay muchos policías armados custodiando sucursales bancarias o las puertas de edificios públicos. No será muy difícil. Son objetivos vulnerables.

—Si lo que quieren ustedes es dar un golpe de efecto y mostrar una víctima ante su gente, le aconsejo que no hagan eso. Madrid no guarda relación directa con el Sáhara. Es más eficaz que se haga allí, y de todas las ciudades, El Aaiún es la más representativa.

—¿Nos van a ayudar? ¿Está el pueblo norteamericano con el saharauí?

—Claro que estamos con ustedes —respondió sin dudar—. Me tiene que dejar pensar, esto no es fácil.

Se llevó la mano a la barbilla y se quedó pensativo. Después apuró el zumo y pidió la cuenta.

—Estamos hablando de El Aaiún, un atentado mortal que ha de realizarse en breve —Hakim iba asintiendo. Se alegraba de que el gringo lo hubiera entendido a la perfección—, contra alguna autoridad militar, y si es posible alguien relacionado con la colocación de las minas, mejor, un asunto muy selectivo y que no genere víctimas colaterales, algo con lo que contentar a los suyos. ¿No es así?

—Con esa acción las minas no van a recuperar una capacidad destructiva

que nunca tuvieron, pero por lo menos vamos a poder hacer ver a nuestra gente que con nosotros no se juega. Que quien nos engaña, tiene su merecido. Y respecto al perfil elegido, sí, no lo ha podido usted resumir mejor. Si no puede ser una persona como las que le dije antes, quizá podría buscarse a alguien que hubiera estado involucrado directamente en la colocación de los artefactos. Ha sido una magnífica idea la suya, un detalle que le enorgullece. ¿De qué plazo estamos hablando?

—Me gustaría responderle que será cuestión de semanas, pero me pongo en su lugar. Me comprometo personalmente con usted a que será cuestión de días, de pocos días. ¿Le sirve?

Hakim sonrió satisfecho.

—Me sirve, mister Parker, me sirve. Sirve a mi pueblo, tendría que decir.

# 10 de octubre de 1975

Federico Gómez de Salazar acababa de recibir un mensaje que procedía de la Península, en sobre lacrado y con la orden expresa de hacerlo desaparecer nada más leerlo, sin que nadie supiera su contenido ni pudiera averiguarlo jamás. El sobre contenía también dos llaves pequeñas.

En la misma planta del edificio en el que se hallaba se encontraba trabajando el alférez Amorós y el general no entendió la extraña orden, pero tenía que acatarla como también tuvo que acatar *Laissa* cuando se la contaron en Madrid en su momento. Las instrucciones de la nota eran precisas y no admitían dudas. La leyó hasta tres veces para memorizarla con todo detalle.

Buscó un cenicero de gran tamaño, partió el papel en numerosos trozos y los prendió con un mechero. Esperó pacientemente a que se quemaran por completo y después, con ayuda de un bolígrafo al principio y después con los dedos, los fue troceando hasta que solo quedaron las cenizas. Salió de su despacho y entró en el del alférez, que se encontraba ultimando el plano en limpio que le había solicitado.

—A sus órdenes, mi general.

—Tranquilo, Amorós, continúe. ¿Qué tal lleva el trabajo?

—A punto de terminar, mi general. Calculo que esta tarde puedo tenerlo listo. Hay una cosa que no acabo de entender.

—Dígame, Amorós, dígame.

—En los planos que hemos trabajado en la frontera, el comandante Torres marcó en rojo algunas zonas donde se colocaron minas. Son zonas de difícil acceso, en ningún caso son las rutas más fácilmente transitables. ¿Sabe qué ha podido querer decir con estas marcas?

—No lo sé —contestó, rápidamente. No quería dar detalle alguno ni mucho menos indicar que en aquellos lugares era donde se habían colocado las minas verdaderas—. No se preocupe. Usted transcriba el plano con los colores originales, y ya está.

—De acuerdo, mi general.

—Por cierto, dado que me dice que va a terminar hoy, voy a gestionarle un billete para Las Palmas en el vuelo de mañana por la tarde, ¿qué le parece?

A Alfredo se le iluminó la cara.

—Fantástico, mi general, fantástico —el joven no reprimió la emoción.

—Si tiene tiempo, esta tarde o mañana compre alguna postal del Sáhara, dado que no está previsto que regrese aquí, por si quiere llevarse algún *souvenir*, o visite alguno de los dos zocos. Su misión en la provincia habrá finalizado y el resto de su Servicio Militar lo cumplirá en Canarias. Aquí siempre se le recordará.

El joven agradeció las palabras con una sonrisa y un asentimiento.

—Por cierto, tengo que informarle de una misión que tenemos que cumplir juntos, esta noche, de madrugada. Espero contar con su colaboración.

—Por supuesto, mi general, siempre a sus órdenes —el alférez estaba tan ufano que ni pensó en qué consistiría esa nueva e inesperada misión postrera.

—Vamos a quedar esta noche a las cinco de la madrugada, en punto. ¿Sabe dónde está la Autoescuela Sáhara, casi a mitad de distancia entre donde nos encontramos ahora y el cuartel donde se aloja?

—Sí, claro, he pasado por la puerta en numerosas ocasiones.

—Pues bien, allí encontrará un Seat 124 blanco aparcado en las proximidades. El único dato que puedo anticiparle es que la matrícula termina en 7. Cuando llegue, entre y siéntese en el puesto del conductor. Aquí tiene las dos llaves que necesita. Espéreme allí. Por favor, sea puntual. Y, como siempre, no hace falta que le recuerde que este asunto, especialmente este asunto —enfaticó, a la vez que golpeaba ligeramente la mesa con el dedo índice de su mano derecha—, es secreto militar. A nadie, absolutamente a nadie, ha de hablarle de esta acción que acometeremos conjuntamente.

Muy extrañado, Alfredo solo pudo repetir las instrucciones y ponerse a disposición del superior.

—Será algo corto —le adelantó, ya que lo veía de repente muy nervioso—. Vamos a ir a Daora. Es por el asunto de las minas que tan bien conoce. Estaremos de regreso a las ocho de la mañana como muy tarde. Seguro que tiene tiempo de hacer la maleta —sonrió, mientras le daba una palmada en la espalda—. Por cierto, ¿tiene despertador?

## 11 de octubre de 1975

Aunque se había puesto el despertador, y también había avisado al Cuerpo de Guardia para que lo llamaran, desde antes de las cuatro de la madrugada Alfredo ya se encontraba despierto y despejado. Con el acicate de que al día siguiente se marcharía del Sáhara, por fin, aprovechó para que le cundiera lo máximo posible, de modo que a las seis de la tarde entregaba al general Federico Gómez de Salazar los planos pasados a limpio, con indicación precisa de dónde se encontraban las áreas sembradas de minas, cada una con su color, tal y como le ordenaron. Recordó que entró en el despacho del general y le encontró muy inquieto y con un cierto aire despistado.

—Amorós, que no se le olvide que a las cinco de la mañana tenemos que vernos. Llegue puntual pero tampoco se adelante. La hora exacta del encuentro ha de observarla con la máxima precisión. Ni antes, ni después. ¿Entendido? —le recordó esa tarde el general.

Intentó tranquilizarse y optó por darse una ducha de agua caliente para atemperar el cuerpo, asearse con cuidado, repasarse el bigote y pensar, sobre todo eso, pensar en que quedaban horas para reencontrarse con Pino. Decidió que la llamaría por teléfono desde Gando, nada más bajar del avión, y le propondría verse en el mismo lugar donde quedaban al principio, en la puerta del teatro Pérez Galdós. Aquello necesitaba un adecuado ceremonial. Él volvía de una misión a la que lo mandaron forzoso y en la que trabajó con dureza y extensión horaria. Atrás habían quedado las largas jornadas, a veces inacabables, y las incidencias de diversa índole, como por ejemplo la del día en el que el comandante mató al dromedario. Muchas noches regresaban a sus oídos los chillidos de aquel pobre animal y la imagen de su pata, brutalmente arrancada de cuajo y chorreando sangre a borbotones. Tampoco había hecho amigos de ninguna clase y consumió los días en soledad, con el recuerdo puesto en la cara de su novia y en los locos deseos de volver a estrecharla entre sus brazos, a besarla hasta hartarse, y a no separarse de ella nunca más.

Al finalizar el trabajo, salió del edificio de Gobernación y caminó por la

avenida del Ejército hasta llegar a la calle perpendicular que, a la derecha, conducía a la Autoescuela. Quería familiarizarse con el lugar de la extraña cita. Buscó y no encontró ningún Seat 124 blanco. Allí había aparcados un Simca 1.200, un Renault 12 y un Renault 5 amarillo, pero no el coche que le habían dicho.

A las cinco menos cuarto de la madrugada se ajustó los cordones de las botas, se abrochó el cinturón, se miró al espejo y repasó su pelo con un peine. Durante la misión en el desierto no se lo había cortado por lo que pensó que ahora no parecía un militar. Supuso que así gustaría más a Pino, con aquel toque de paisano en su peinado. Lo saludó el soldado que montaba guardia al lado de la barrera de entrada y Alfredo correspondió.

Muy cerca de allí sonó un despertador, aunque su dueño no había dormido ni un solo minuto en toda la noche. Contempló el cenicero y pudo haber contado una docena de colillas. El general Gómez de Salazar se levantó despacio de su cama y cerró con fuerza los ojos. Se santiguó y se quedó sentado en una silla, con un vaso de agua en la mano y con el reloj de pulsera en la otra. Abrió la ventana y recibió el viento fresco de la noche y su inquietante silencio. El Aaiún dormía, aunque sabía que alguien estaría muy despierto, camino de un punto de encuentro, en búsqueda de un Seat 124 blanco.

La avenida de los Tercios era, a esa hora, un sitio inhóspito. No circulaba ningún vehículo y nadie pasaba por la calle. Hacía frío o por lo menos se lo parecía a Alfredo. Llegó a la plaza del Pilar y siguió andando hasta la calle donde se encontraba la Autoescuela. Nada más girar se tranquilizó al ver de lejos el Seat 124 blanco que le había indicado Gómez de Salazar y que lo aguardaba bajo la tenue y amarillenta luz de las farolas. Inició la pequeña ascensión hacia el lugar de la cita.

Federico esperaba sentado en la silla, con el vaso de agua en la mano, ya vacío, el reloj en la otra y la desesperación por única vestimenta. Notaba que el corazón caminaba a una velocidad autónoma y que le latía con tanta fuerza que parecía que su pecho se había convertido en una ruidosa sala de baile. Miró hacia la ventana y esperó mientras contaba segundo a segundo.

La explosión provocó que se levantara unos milímetros de su asiento, como si se hubiera sentado en una silla eléctrica y alguien hubiera comenzado a pasar corriente. Había sido brutal, mucho más fuerte de lo que podía haber imaginado. Sintió un súbito mareo y unas inesperadas náuseas recorrieron su

aparato digestivo. Se dirigió veloz al cuarto de baño y vomitó la cena envuelto en unas arcadas horrorosas que le provocaban dolorosos ascensos y descensos del diafragma. Desmadejado, sin que sus piernas tuvieran fuerzas, se dejó caer sobre la cama y mordió la colcha con fuerza. Aunque estaba solo, oyó una voz, la de su conciencia, que le llamaba al orden y corrió a vestirse tan rápido como fue capaz.

Caminó veloz hacia el lugar de donde había procedido la explosión. Alcanzó la calle por donde se llegaba a la Autoescuela y allí vio al coche que ardía con unas llamas que llegaban al primer piso del edificio colindante. El calor que provocaba el fuego se hacía patente ya desde donde se encontraba. No pudo evitar quedarse embrujado durante unos instantes por el baile multicolor que tenía delante e incluso encontró bella y embriagadora aquella imagen de desolación, con el Seat 124 carbonizado y el silencio como única compañía.

## La explicación

Sagrario no podía imaginar que Violeta tuviera una faceta como la que acababa de mostrarle, tan humana, tan sensible.

—Yo tenía entonces diecinueve años —siguió relatando, mientras adoptaba una postura corporal tensa y erguida, como si fuera una estaca clavada en el sofá. La mujer hablaba con un hilo de voz, sin altibajos en la pronunciación de los vocablos que, lentos y espaciados, salían de su boca—. Nunca se me olvidará que llamaron a casa a las nueve de la mañana. Mi padre, como era habitual, estaba en Legazpi. Ese día, ya no recuerdo la razón, yo no tenía clases y me hallaba en casa. Me despertó el teléfono. Una voz de hombre, muy serio, preguntó por el padre de Alfredo Amorós Pineda. Al decirle que no estaba, preguntaron por la madre o por otro familiar. Le pasé el teléfono a mi madre, que estaba desayunando en la cocina, y fue a ella a quien le dieron la noticia. Yo era muy joven y no tuve mejor ocurrencia que telefonar al 091, a la Policía. Ellos avisaron a la ambulancia y se la llevaron al Clínico. Estaba fuera de sí. Comenzó a chillar y se cayó al suelo, o se tiró, no lo sé, nunca lo supe. En unos minutos la casa se llenó de gente: policías, vecinos, camilleros, médicos, enfermeras, el portero... Localizar a mi padre fue mucho más complicado, ya que su trabajo era precisamente moverse por los distintos puestos y atender a los clientes. Se le telefoneó a todos los sitios conocidos y al final se le localizó en uno de los bares del mercado central. El policía que lo llamó no le dio la noticia de lo de Alfredo y se limitó a pedirle que se dirigiera urgentemente al hospital donde habían ingresado a mi madre. Allí se enteró que había perdido a su hijo, aunque no le especificaron de qué manera.

Durante toda la narración, Violeta no había mirado a Sagrario en ningún momento y mantenía la vista fija en uno de los pliegues de su blusa.

—El Estado pagó a mi padre el billete para Las Palmas porque necesitaban

que identificara el cuerpo. Debió ser horrible, ¡pobre papá! —suspiró, a la vez que negaba—. Mi madre no lo acompañó. Viajó solo y seguro que fue lo más espeluznante que vivió en toda su existencia.

Hizo un alto en la narración y se levantó. Se dirigió a la mesa donde había dejado el bolso y la cartera, y tomó esta última. Extrajo unas fotos que mantuvo con ella mientras seguía hablando.

—Nos dieron una indemnización muy elevada. Me parece que fueron tres millones de pesetas. Una barbaridad para aquella época. Sé que mi padre tuvo que firmar muchos papeles y comprometerse con un montón de obligaciones, quizá demasiadas. Desde luego, le exigieron silencio. De hecho, la muerte de Alfredo nunca figuró en los periódicos, ni hablaron de ella en el Telediario ni menos todavía en el NODO, ese mundo feliz que nos ponían antes de cada película cuando íbamos al cine.

Miró la carpeta y se la entregó a la joven como quien acerca un tesoro guardado arcanamente durante generaciones.

—Toma.

Sagrario comenzó a ver las fotografías. Eran cuatro, pequeñas, del tamaño de una postal. El objeto retratado era el mismo en todos los casos aunque tomado desde distintos ángulos.

—Es el cementerio de Vegueta, en Las Palmas. Allí lo llevaron y lo enterraron en una tumba muy sencilla. Al año siguiente, mi padre encargó ese mausoleo que ves. Debió de gastarse una verdadera fortuna, con esas columnas de mármol negro y esa figura del ángel. Bellísima, por cierto. No se lo reprocho; yo no sé qué habría hecho si a mí me pasa lo mismo, si pierdes un hijo de esa manera.

Sagrario las contempló en silencio, intentando apreciar los detalles del conjunto escultórico. Aquello era una auténtica obra de arte.

—A partir de ahí mi padre fue otro. Se despegó de mi madre y también de los negocios. Lo que ocurre, es que para estos últimos tenía una estrella, y siguió ganando mucho dinero, dinero que invertía en pisos y en locales que ahora suponen unas magníficas rentas, como seguro que ya habrás visto en los papeles de mi madre. Pero desapareció de nuestra casa. Había algunas veces que se pasaba dos o tres días sin regresar. Mi madre nunca le dijo nada, por lo menos delante de mí, y se limitaba a escuchar la radio, ver la televisión, bordar en punto de cruz y leer.

La mujer encendió un cigarrillo sin pedir permiso y aspiró profundamente

la primera calada. Hasta ese momento, Sagrario no sabía que Violeta fumara.

—¿Sabes una cosa? Yo siempre quise a mi hermano. Siempre, aunque sé que me portaba muy mal con él. Hacía perrerías en casa y conseguía que lo acusaran a él. Algunas veces vi a mi padre abofetearlo por algo que había hecho yo, pero nunca reconocí mis culpas. Pero lo quise, ¿puedes entenderlo? —Sagrario mantuvo silencio y conservó la expresión severa y concentrada con la que escuchaba todo el relato—. Sé que es difícil de comprender, pero es así. Me tienes que creer. Yo le he echado mucho de menos desde entonces. No hay un solo día que no piense en él aunque jamás lo nombremos. Ahora que recuerdo, no sé si Miguel ha visto alguna vez una foto de su tío más allá de la que tiene mi madre expuesta en la entrada de Orquídea Real o en su mesilla. Desde luego, con ella nunca he hablado de esto y a Rogelio se lo conté uno de los primeros días que empezamos a salir, pero luego no hemos vuelto a hablar. Él sabe que es mi deseo y me respeta.

—Ruperto murió cinco años después, ¿no?

—Sí, mi padre se mató en 1980, todavía no se habían cumplido los cinco años. Sé el día, pero no quiero recordarlo. Fue en el Puerto de La Ragua, uno que comunica Almería con Granada. Lo llevaron a un hospital de Almería que llaman la *Bola Azul*. Y sé lo que hizo mi madre, eso sí lo sé porque me pidió que la acompañara a otra habitación del hospital. Recuerdo a la chica. A pesar de las vendas, se intuía que era una mujer muy bella, eso sí, muy jovencita, muy pocos años mayor que yo. Tenía la cara con alguna magulladura y unos raspones, posiblemente de algún cristal que saltó en el accidente. Cuando vio aparecer a mi madre palideció, pero allí no hubo ningún grito, ni ningún reproche. Nada de violencia. Mi madre le dio un sobre con unos billetes y le exigió que desapareciera para siempre de nuestras vidas. Y así fue.

Tiró la ceniza y volvió a dar una calada. Se quedó pensativa.

—¿Tuvo algo que ver esto que me has contado de Alfredo con el traslado a Almería?

—¿Qué si tuvo? ¡Claro que tuvo, todo! Mi madre no aceptó aquello. Desde el primer día dijo que su hijo no murió en el Sáhara y que su marido se equivocó en la identificación. Recuerdo que en algunas ocasiones le recriminaba aquello: *¡A un hijo hay que reconocerlo en todas las circunstancias!*, chillaba. Mi padre callaba, siempre callaba. Es más, mi madre ni siquiera reconoce que fuera destinado al Sáhara. Niega toda la versión oficial, y también negó la capacidad de mi padre para reconocer a su

hijo. Mi madre no está en su sano juicio. Desde entonces ha ido a peor. Hoy es una caricatura de persona y, sobre todo en este tema, no se le puede hacer caso. Está fuera de la realidad, y te quiere confundir.

Sagrario tomó la decisión de no discutir con aquella mujer que se había puesto la piel de cordero. La había visto en otros momentos y no la iba a engañar.

—Y lo que dices del traslado, sí, claro que tuvo que ver lo de Alfredo para que mis padres se fueran al interior de Almería. Fue decisión de mi padre a la que mi madre no se opuso. Decía que su hijo había muerto en un entorno desértico y que él no se veía viviendo en Rosales y que, ya que no podía estar con él, sí quería vivir en un ambiente lo más parecido al que vivió en sus últimos días. También lo justificó, o completó la justificación, esgrimiendo razones comerciales. Contó que una buena parte de sus proveedores eran del Poniente almeriense, de la zona de El Ejido y Dalías, y que así controlaría mejor la calidad de los productos. Se gastó un dineral en edificar una mansión con todo tipo de lujos. Quería que mi madre estuviera en la gloria. Hasta le compró caballos, ya que ella solía montar en Puerta de Hierro. Mi madre era una gran amazona. A mí me enseñó de pequeña, pero tuve un susto y les cogí miedo.

Violeta se levantó del sofá, recogió las fotos y tomó el bolso y la cartera.

—¿Te vuelves a Orquídea Real?

Sagrario asintió.

—Termino de recoger y me voy, haré noche en ruta, así adelante.

La mujer caminó hasta la puerta de entrada y la abrió. Salió al descansillo y se volvió:

—Yo siempre quise a mi hermano. Le he echado mucho de menos. Me habría gustado tener a alguien tan bueno a mi lado. Quizá, si eso hubiera pasado, yo habría sido una mujer diferente. Y no dejes que mi madre te caliente la cabeza. Alfredo ya nunca volverá.

No esperó a que llegara el ascensor e inició el lento caminar escaleras abajo.

## 9 de octubre de 1975

El presidente ni pudo ni quiso disimular la irritación que le producía la nueva cita propuesta por el norteamericano. Se había comprometido con él que, dada la cambiante evolución de las circunstancias, cuando necesitara una reunión urgente, hablara con su secretaría para buscarle un hueco en su agenda. En aquellos días, el programa oficial de actividades lo había reducido al máximo y se mantenía, más que nunca, libre de encuentros, conferencias, discursos, inauguraciones y demás actos relacionados con su cargo. Las noticias que llegaban de El Pardo, los ecos de las repercusiones de los fusilamientos de septiembre, que habían provocado, entre otros incidentes diplomáticos, que México solicitara a las Naciones Unidas la expulsión de España de la Organización, los últimos atentados terroristas ocurridos en Madrid contra fuerzas del orden y las negociaciones de renovación de los acuerdos con los norteamericanos, tenían a Carlos Arias Navarro totalmente concentrado en labores nacionales. Sentía que sus días no los marcaba él, sino que los dirigían los demás, como si fuera un barco que se ha quedado sin timón y permanece a la deriva sobre un mar donde soplan vientos incontrolados y asesinos.

—Tengo diez minutos para usted, Parker. Espero que lo comprenda.

—Claro que lo comprendo, Presidente, y le doy las gracias por mostrarse siempre tan dispuesto a escuchar nuestros planteamientos.

A Arias le incomodaba la cargante arrogancia de Robert Parker, sus finos modales, su elegancia exquisita, su indudable atractivo personal y todos aquellos atributos de los que él carecía.

—Por favor, entremos en materia.

El norteamericano necesitó más de quince minutos para exponer detalladamente cuál era la razón por la que necesitaba entrevistarse con el Presidente y por qué se precisaba su autorización.

—¡Pero eso es cruel! —exclamó el madrileño.

—Nadie ha dicho que no lo sea, señor Arias, pero hay que analizarlo

dentro de un determinado contexto político y de unas circunstancias tan particulares como son las actuales, especialmente complicadas en el Sáhara Occidental.

—Pero no se puede hacer eso con un militar inocente, es algo que Dios no me lo va a permitir.

—Bueno, por si acaso no le pregunte. Seguro que tampoco le preguntó por cada sentencia de las que dictaba usted en Málaga, después de la Guerra Civil, lo que ustedes llaman *La Cruzada*. ¿Me equivoco?

—No es lo mismo, señor Parker. Además, no le consiento que me hable en ese tono. Esta conversación tiene que acabar.

—Lo que usted diga, señor Presidente —el norteamericano le dio la razón, mientras ambos se levantaban de sus respectivos asientos—, pero ha de acceder a mi planteamiento. Estamos hablando de un único militar. Una sola persona a cambio de tranquilizar a toda una oposición armada. ¿No le parece algo muy favorable para nuestros intereses?

Arias se quedó pensativo. Tenía tantos problemas incrustados en su cabeza, problemas que se multiplicaban como por generación espontánea, que este le empezó a parecer menor.

—¿Y con esto será suficiente? —el presidente tenía la mano ya en el pomo de la puerta.

—Por supuesto, déjelo de mi cuenta. Solo tiene que hablar con su ministro del Ejército para que autorice a sus hombres del Alto Estado Mayor. De la ejecución de la operación se encargarán las personas habituales. Será algo muy sencillo y un trabajo muy limpio.

Nada más despedir al invitado, Carlos Arias se dirigió a su mesa de trabajo. De camino, se santiguó.

# 11 de octubre de 1975

En el lugar del atentado acababa de presentarse un vehículo de la Policía Territorial que intentaba alejar a los vecinos que, curiosos, se acercaban demasiado al coche en llamas. Nada más llegar Gómez de Salazar escuchó la sirena del camión cuba procedente del cuartel de Artillería, que hacía las veces de coche de bomberos. El vehículo se detuvo a quince metros del coche siniestrado y los operarios extrajeron las mangueras a toda velocidad. Cuando el fuego se hubo extinguido solo se distinguía un conjunto de hierros retorcidos, absolutamente ennegrecidos. En su interior, sentado en el asiento del conductor, una solitaria masa carbonizada se mantenía como la imagen del esperpento.

El General ordenó que se cubriera el coche con la lona del todoterreno de la Policía Territorial, aprovechando que ya se había enfriado por el agua, para salvaguardar la imagen y la última dignidad del malogrado militar.

A los veinte minutos llegó Rodríguez de Viguri, el secretario general del Sáhara, con sus inteligentes ojos medio escondidos tras unas aparatosas gafas de concha negra. Después de los saludos de rigor, comenzaron una extraña conversación.

—¿Cuántas víctimas? —fue lo primero que quiso conocer el coronel.

—Han examinado el coche y solamente había una persona en su interior. Por el uniforme, era un militar.

—Pero el coche no es un vehículo militar.

—Sí, pero el que conducía sí era un militar, se ha verificado por el uniforme, como te digo. Bueno, lo poco que puede apreciarse del uniforme —matizó el general, que no había apartado la vista del objeto ahora tapado.

Los dos hombres se encontraban a cinco metros del automóvil. Se había ordenado acordonar la zona y prohibir la toma de fotografías.

—¿Quién crees que habrá sido? —inquirió Gómez de Salazar.

—Nunca antes tuvimos un suceso de este calibre, asesinar por medio de una bomba en un vehículo... Esto parece obra de ETA o del FRAP, pero esa

gentuza nunca ha atentado aquí, en el Sáhara. Si estamos hablando de los habituales, no se... —titubeó—, entre los marroquíes y los polisarios, me inclino más por los primeros.

—Luis, sus escaramuzas se limitan a la frontera. Si esto hubiera sucedido en Tah o en Hagunía creería que había sido cosa de los marroquíes, pero aquí, en El Aaiún... esto es obra de los polisarios. Nos enteraremos.

—Pues me niego a pensar que sea el Polisario —reconoció el secretario—. Ellos nunca han cometido atrocidades de este tipo. Además, eso parece una bomba-lapa, y ellos jamás las han utilizado.

—Ni los marroquíes, Luis, ni los marroquíes —le recordó Gómez de Salazar.

—Lo que me temo es que esto va a caldear más todavía los ánimos de nuestros hombres. Van a clamar venganza.

—¿Hablas de los militares?

Rodríguez de Viguri asintió sin palabras.

—Pues que clamen lo que quieran clamar, pero no voy a consentir ninguna insubordinación, eso puedo asegurártelo. Aquí estamos para cumplir órdenes. Yo las de Canarias y las de Madrid, y todos vosotros las mías.

Se hicieron a un lado para facilitar la llegada de una grúa.

—¿Y del militar fallecido?

—He ordenado que no se realizaran reconocimientos aquí, en medio de la calle. Me parece que el asunto requiere un mínimo de intimidad. Ya se ha avisado a dos médicos de la Plana Mayor que efectuarán la identificación, de lo que puedan identificar —el General se encontraba hundido.

Los soldados del Regimiento de Parques y Talleres acababan de subir el vehículo siniestrado a la plataforma y lentamente abandonaron el lugar.

—Cursa la orden de que a diana se realice un recuento de todo el personal. Tenemos que saber lo antes posible la identidad de la víctima. Hay que avisar a su familia —indicó Gómez de Salazar—. Seguro que no era alguien que estuviera de vacaciones porque de vacaciones no se lleva ropa militar. Además, los militares en dicha situación no andan por aquí, no se mueven de la puerta de los cuarteles, y más en estos momentos; y, por la hora, es demasiado temprano para un pernocta.

—Me imagino, Federico, que de esto guardamos absoluto secreto.

—Totalmente de acuerdo, Luis. Informaré ahora mismo tanto a Canarias como a Madrid, pero que no se diga nada en La Realidad ni en Radio Sáhara.

Háblalo con Dalmases ahora mismo. No podemos evitar que la gente lo cuente de unos a otros, pero de ahí a que la noticia se oficialice... ¡ni hablar!

El secretario asintió y, después de saludar militarmente, abandonó el lugar en su coche oficial.

El general consultó la hora y pensó para sí: «Vamos, que todavía la noche no ha terminado».

# El Regreso

Después de pasar la noche en un pequeño hostel de carretera, Sagrario llegó a Orquídea Real a media mañana. Instintivamente se tranquilizó al no ver el todoterreno del doctor Viciano, y concluyó que si no estaba el médico sería porque la salud de Elvira no lo requería.

Estacionó el vehículo delante de las cocheras, saludó al chófer y le pidió que lo encerrara. También le solicitó que subiera el equipaje a su habitación.

Se sorprendió cuando le dijeron que Elvira estaba levantada y que se había sentado en uno de los sillones del salón.

—¿Cómo se encuentra hoy la reina de la casa?

La anciana sonrió ante la llegada de Sagrario y tornó su gesto. Ahora mostraba un rostro satisfecho y agradecido.

—Me dijeron que te habías marchado.

—Tenía que resolver unas cosas del trabajo de septiembre, pero ya está todo solucionado y, en principio, no tengo que volver a Madrid hasta mediados de agosto.

Durante el viaje, Sagrario había llegado a la conclusión de que iba a omitir tanto la comida con Miguel como la larga y sorprendente charla con Violeta. No quería incomodar a su amiga.

—Me alegro, hijita, me alegro mucho. ¿Te apetece algo especial para comer? Todavía es buena hora y pueden ir a comprar lo que quieras.

La joven se alegró de que Elvira pensara en comida, esa siempre era una señal de normalidad, el bien más preciado que ahora quería para ella.

—No sé, a mí me gusta todo.

—Voy a decir al chófer que se acerque al mercado, y que vaya con la cocinera. Si ven algún pescado bueno, que lo compren. También que busquen en la bodega. Es posible que quede alguna botella de las que compraba

Ruperto.

Después de cursar las instrucciones, y una vez que se quedaron solas, Elvira pidió que la acompañara.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Subieron despacio la gran escalera y la anciana se dirigió hacia la habitación contigua a la que ocuparon Violeta y Rogelio el último fin de semana que estuvieron. Estaba cerrada. Sacó una llave del bolsillo de su bata y la abrió.

—Ven, pasa.

La estancia se encontraba en completa oscuridad hasta que Elvira abrió la persiana. Una ola de luz la inundó mostrando una pieza enorme con un mobiliario muy singular. En uno de los lados había una cama, individual, con mesilla y lámpara de noche. Los elementos se veían pobres, dispersos, como si anteriormente hubieran estado situados en una habitación con menores dimensiones. Al lado había una mesa con la foto de una joven que miraba a la cámara muy sonriente. Sobre el escritorio también se encontraba un cubilete con lápices y bolígrafos, y un original collar de plata y ébano, perfectamente estirado. Una gran estantería estaba llena desde el suelo hasta el techo con libros de diversos tamaños, la mayor parte relacionados con la geología.

Pero lo que más llamó la atención de Sagrario fueron las estanterías de cristal que había en el lado opuesto. Parecían retiradas de un museo de ciencias naturales.

—Como puedes imaginarte, esta es la habitación de Alfredo. La tengo perfectamente lista para cuando regrese, aunque me imagino que la ropa no le valdrá. Es más que probable que haya ganado alguna talla. También le pasó a Ruperto. Cuando nos casamos pesaba setenta y cinco kilos, y después se puso casi en los cien —recordó la mujer, con normalidad, al igual que haría si hablara de personas vivas—. Mira, ven a ver los minerales. Están tal cual los tenía en Rosales.

Sagrario comprobó que Alfredo era una persona no solo ordenada sino también perfeccionista. Lo tenía dispuesto como si de unos expositores de joyas profesionales se tratara. Junto a cada mineral había rotulado un pequeño cartel donde se indicaba el nombre de la pieza, la fórmula química, la densidad, la dureza y el origen. En el caso de las rocas indicaba la composición de la misma y también la procedencia.

—¿Cuántos puede haber aquí? —la joven formuló la pregunta mientras sus

ojos perplejos barrían lentamente aquellas immaculadas estanterías de cristal.

—Más de cuatrocientos. Luego están aquellas cajas que siguen sin clasificar. Contienen más minerales y rocas envueltas en papel de periódico con un rótulo por fuera. Cuando venga va a tener que dedicar mucho tiempo a ordenarlo todo. Tendremos que comprar más estanterías. Estas son de Madrid, pero me imagino que aquí, en Almería, también las podremos encontrar. Si no iguales, sí muy parecidas —aseguró, con absoluta naturalidad.

Sagrario prefirió no mirarla y seguir contemplando aquel ejemplo de pulcritud.

—Es una habitación preciosa, pero falta lo más importante —afirmó Sagrario, que quería hacer hablar a Elvira.

El rostro de la anciana se transfiguró.

—Sí, hijita, falta él. Por eso me lo tienes que traer.

Se apartó de las estanterías y se dirigió al escritorio. Tomó el marco y se quedó un buen rato hechizada con los ojos de la chica de la foto. Le pareció una criatura bellísima.

—Quieres que te traiga a tu hijo, pero para eso tienes que ayudarme. ¿No te parece?

Elvira se emocionó con esas palabras.

—¡Vaya, pensaba que nunca me lo ibas a pedir! Tengo muchas cosas que contarte.

Las dos mujeres se acoplaron dentro del salón. La señora había pedido que abrieran totalmente las cortinas y los grandes ventanales por lo que parecía que se habían sentado en el exterior. La vista era formidable, con la piscina y la zona ajardinada en primer plano, y la inmensidad al frente. Se hallaban guarecidas de los rayos directos del sol. Era un microclima ideal para poder charlar.

—Yo nunca me creí lo del Sáhara —reconoció la anciana.

—Bueno, pero eso es lo último. Tienes que empezar por el principio. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Alfredo?

—El lunes treinta de junio de 1975.

—¡Caray, qué memoria!

—Hay cosas que nunca se olvidan, Sagrario, y el último día que ves a tu hijo es una de ellas —evocó, con una acusada expresión de contrariedad—.

Fue en el aeropuerto de Barajas, después de comer. Fuimos a despedirlo los tres. Violeta tenía diecinueve años y no se me olvidará el abrazo que se dieron. Creo que nunca antes les había visto una muestra de cariño así, como si mi hija barruntara alguna desgracia.

—¿Era la primera vez que se separaban?

—No exactamente. Antes había ido a hacer la instrucción, pero eran periodos más cortos. Aquello era distinto. Se iba a Canarias, y Canarias, y más en esos años, estaba muy lejos. Todos nosotros sabíamos que se marchaba para muchos meses y que no volveríamos a verlo hasta Nochevieja, o unos pocos días antes. No estaba previsto que fuéramos nosotros ni que él viniera, por lo menos no era seguro que le dieran permiso. El trabajo de Ruperto generaba mucho dinero pero era muy esclavo, solo descansaba los sábados y las vísperas de los festivos, nada más. No disfrutaba los puentes y tampoco tenía vacaciones. No podía.

—¿Y aquél fue el último día?

—Sí, hijita, aquel fue el último día. Lo vimos marcharse con su uniforme reluciente de alférez, con su estrella bien brillante, su petate y una bolsa de deportes enorme que se compró —la mujer hizo una pausa que Sagrario respetó.

—Y a partir de entonces, ¿qué noticias tuvisteis de él?

—Alfredo es un hijo ejemplar, en todo —a Sagrario la volvió a sorprender que hablara de él en presente—, pero sí tiene un defecto, uno solo: es muy perezoso para escribir. A los pocos días recibimos una carta en la que nos contaba su llegada a Las Palmas, que estaba perfectamente instalado y que tenía muy pocos servicios. Por lo que decía, le noté muy contento, casi eufórico, y eso que acababa de llegar. Días después recibí otra, en el mismo tono. A la tercera ya nos contó.

—¿El qué, Elvira, qué les contó?

—Nos contó la razón de tanta felicidad. Había conocido a una chica que tenía un nombre muy original. Se llamaba Pino y estaba estudiando Medicina en La Laguna, en Tenerife. No es que fuera muy espléndido con la extensión de las cartas, pero yo lo calé por el tono de las mismas y sí, estaba muy contento. Nos tranquilizó mucho saber que se encontraba así.

—¿Y jamás les dijo que lo destinaban al Sáhara?

—Nunca. Es más, no dejó de mandar cartas desde Las Palmas, bueno, postales, durante todo el tiempo en el que le contaron a Ruperto que estuvo en

África.

—¿Postales? ¿Cambió las cartas por postales? —la periodista se extrañó de aquella variación en los hábitos del joven.

—Sí, y se volvió más generoso. Nos mandaba una cada dos o tres días, cuando con las cartas era una a la semana, como mucho.

Sagrario, a la vez que preguntaba a Elvira y escuchaba sus respuestas, intentaba hallar alguna pista para poder empezar a buscar a Alfredo, un hombre que estaba enterrado pero al que su madre no daba por muerto. Aquello era un imposible o, al contrario, era demasiado evidente, pero quería satisfacer la necesidad que le había transmitido la anciana en lo que se erigía como una declaración de últimas voluntades.

—Hábleme de esa chica. ¿Qué más le contó de ella?

—Nos decía que era muy guapa, muy divertida, que no paraba de reír, y que era muy feliz. Como no tenía muchos servicios en el cuartel, salían mucho juntos. Iban al cine, a la playa de Las Canteras, ¿sabías que la playa de Las Palmas se llama así? —preguntó la mujer. Sagrario asintió— y a las playas del Sur.

—¿Mandó fotos de ella?

—No, no mandó, pero tengo de cuando nos entregaron sus pertenencias. Una es de estudio. Es la que has visto en su escritorio. La tengo puesta allí para cuando vuelva. A pesar de los años que tenía cuando la conoció, Pino ha sido su primer gran amor. Ya te dije que siempre fue un chico muy introvertido, metido en sus estudios y en sus cosas, y no tuvo suerte con las chicas. Tuvo una novia que le hizo mucho daño y, creo que afortunadamente para él, se marchó con otro. Fue lo mejor que le pudo pasar —la opinión de Elvira era categórica—. Pero en Canarias conoció a alguien que lo transformó, por lo menos nunca le había visto tan ilusionado como hasta ese momento.

—Y al margen de esa, ¿tiene más fotos?

—Sí, más de media docena, y también las cartas.

—Las quiero ver, Elvira, si puede ser. Tengo que conocer a Alfredo en profundidad, y no se me ocurre mejor manera.

En ese momento llegó una de las asistentes:

—Señora, la comida ya va a estar lista. ¿Les voy sirviendo la mesa?

# 11 de octubre de 1975

A pesar de que se había decretado silencio oficial sobre la explosión del coche junto a la Autoescuela Sáhara, en todo El Aaiún no se hablaba de otra cosa que del atentado. En primer lugar porque la fuerza y sonido de la deflagración despertó a la mayoría de sus habitantes, y también por su magnitud y lo insólito del mismo. No había catenárigo, esquina, acera, tertulia, calle o mesa en la cual no se comentara lo sucedido y, lo peor de todo, con las fantasías que se desataban y que cada vez se alejaban más de la realidad. Unos hablaban de que habían muerto cuatro militares en la explosión, otros que, después del estallido, los legionarios mataron a los terroristas, otros que ardieron dos coches, otros que cuatro, que si había sido un comando de ETA, que si del FRAP, que si los marroquíes, que si los polisarios... La zona seguía acordonada y no se permitía el acceso a la misma, aunque no pudieron evitar que se llenara de curiosos y que hubiera que redoblar las necesidades iniciales de policías territoriales para cumplir las órdenes expresas dictadas por Gómez de Salazar.

El Casino de Oficiales era el epicentro más candente de todas las conversaciones. Allí sí que era un tema monográfico de charla, aunque no había unanimidad en la reacción de los militares al atentado del cual ya se conocía la identidad del fallecido.

—Pudimos ser cualquiera de nosotros —recordó un capitán de Artillería, que conocía personalmente al alférez Amorós.

—Eso es verdad, pero el que ha muerto es un *imeco* y, francamente, no me da tanta pena como si hubiera sido un profesional o un simple soldadito de reemplazo —comentó otro oficial.

—¡Vamos, no digas barbaridades! —pidió un teniente de Transmisiones—. ¿Vas a decirme que si la víctima hubiera sido un soldado de reemplazo no iba a darte pena? Ha sido un militar y un español, y con eso es suficiente.

—¿Pues sabéis que os digo? —preguntó a todos el capitán de la Legión que tuvo un día un altercado con Alfredo—, que el niño ese me caía muy mal,

que era un señorito de Madrid, que vino aquí a chivarse a Gigi de lo que hacíamos y que se pasaba todos los días metido en Gobernación. Yo creo que era un confidente y que le han ajustado las cuentas.

—Me contaron que estuvo por la frontera varias semanas, con los zapadores que llegaron en los Hércules para poner las bombas. Alguien me dijo que era topógrafo —comentó un teniente de Intendencia.

—¿Topógrafo ese? ¡A saber! Ese será uno del SEU que lo han traído aquí a realizar algo especial para Gigi. Si era *imeco* alguna carrera tendría, en teoría, pero... no sé, me suena a camuflaje —volvió a presuponer el legionario—. Me han contado que se llevaron el coche a un hangar del aeropuerto y que lo mantienen allí bajo rigurosa vigilancia. Eso es muy raro.

—¿Y el chico?

—El chico estaba destrozado, según me han dicho —intervino un teniente de Infantería, que se sumó a la conversación cuando esta ya estaba empezada—. Lo han reconocido porque en lo poco que quedó del uniforme se intuía una estrella de seis puntas. Se indagó cuántos alféreces había destinados en El Aaiún y se ataron cabos. El de alférez no es un empleo que se prodigue aquí. Además, los soldados de guardia del cuartel de la BRIPAC, que es donde se alojaba el pobre chaval, han dicho que le vieron salir un cuarto de hora antes de oír la explosión. No puede ser otro distinto que el alférez Amorós.

Todos callaron hasta que el legionario volvió a abrir la boca para malquistar al grupo con nuevos argumentos, siempre tendenciosos.

—Lo que pasa es que aquí no hay autoridad. Esto es una plaza militar, estamos en guerra contra los moros y falta carácter. No sé adónde vamos a llegar. Además, me han dicho que el Caudillo está enfermo.

—¡Cierto! Yo también lo he oído a un compañero que acaba de regresar de la *colonial* —corroboró otro oficial presente—. Estuvo en la manifestación de la Plaza de Oriente y me dijo que la voz le temblaba. Desde entonces no se le ha vuelto a ver. Aunque ni la televisión, ni la radio ni los periódicos dicen nada.

—Como no dirán lo de hoy. Parece ser que Gigi ha decretado secreto al asunto. El muy... —el legionario, a su pesar, calló el comentario final.

—Señores, nos enfrentamos a unos días muy duros aquí, en el Sáhara. Espero que sepamos estar todos a la altura de las circunstancias —sentenció Leopoldo Bermejo, el capitán de los paracaidistas que trataba habitualmente con el fallecido y que se mostró visiblemente afectado durante todo el tiempo.

—Te aseguro que la Legión sí estará a la altura de las circunstancias, como dices. No sé vosotros a qué altura estaréis —espetó al grupo, con chulería—. Y no vayáis a pensar que en Sidi Buya estamos *asirocados*. ¡Ni mucho menos! —remarcó, pegándose un ligero golpe en su sien con la mano derecha.

## El análisis

Después de tomarse una dorada al horno acompañada de una botella de vino de Laujar que todavía se conservaba en la bodega de Orquídea Real, Sagrario acompañó lentamente a Elvira a su alcoba.

—Las cartas las tengo en mi mesilla de noche. No hay semana que no las lea otra vez, tanto las cartas como las postales —subrayó—. Espera.

La anciana, con dificultad, se acercó sola a su cama y abrió el cajón. Se encontraban formando un pequeño mazo sujeto con una cinta ancha de seda rosa.

—Mira, aquí están. Trátalas como si fuera oro porque para mí valen mucho más que oro —le recordó, emocionada—. El metal puede reproducirse, sería cuestión solo de dinero; estas cartas, no.

Sagrario las abrazó con las dos manos y recordó a su amiga que las examinaría con el mayor de los cuidados.

—Pero antes de que te acuestes, si no te importa, tienes que decirme qué son esas tarjetas de Navidad.

La mujer asintió, tomó su bastón y se enganchó de nuevo al brazo de la joven. Caminó hasta el mueble donde se encontraba una colección de *christmas*.

—¿Puedo verlos?

—Sí, pero no te los lleves, mira aquí lo que quieras pero déjalos siempre en ese sitio. Los veo desde la cama y parece que él está ahí. ¡Anda!, mientras los miras, ¿por qué no dices que vengan a acompañarme al baño? Quiero ponerme cómoda antes de acostarme.

Entre tanto atendían a Elvira, Sagrario aprovechó para ir a su despacho, tomar un folio y un bolígrafo y realizar un pequeño resumen de lo que había allí: dieciséis felicitaciones de Navidad, dedicadas desde 1959 a 1974, que

era el último año, con un texto muy similar y firmadas por Alfredo en todos los casos. Los motivos eran los típicos españoles, siempre relacionados con el Misterio o con pastorcillos camino de Belén, sin que se apreciaran imágenes de origen anglosajón. Apuntó todo ello, tomó las cartas y se dirigió a la cama a dar un beso a Elvira.

—Duerme tranquila, que voy a conocer a tu hijo. Por cierto, ¿era, perdón, es guapo? Solamente he visto una foto de él.

La mujer sonrió y le señaló un cajón de su cómoda.

—Abre el segundo y llévate el álbum. Te digo lo mismo que con las cartas. Y sí, no es que sea guapo, es que es el hombre más guapo del mundo.

Sagrario se mostraba entusiasmada. A pesar de llevar unas semanas ejerciendo el rol de administradora de fincas, ella era periodista y esa profesión siempre se mantenía larvada en su interior, de modo que se enfrentaba a una labor fascinante que equiparó con un trabajo profesional que le acababan de encargar, también para desarrollar con rigor, también sujeto al cumplimiento de unos plazos. Se dio veinticuatro horas para localizar una pista que permitiera hallar el rastro de Alfredo Amorós Pineda, una persona cuya huella se perdió a mediados de agosto de 1975, fecha en la cual habló con sus padres por teléfono por última vez. A partir de ahí solo hay cartas, postales y una identificación que no es válida para Elvira; ningún contacto directo con el alférez.

A las ocho de la tarde se encontraba fatigada. Llevaba más de cuatro horas sin levantarse de su asiento. Los documentos que estaba analizando mostraban claras contradicciones. Alfredo había escrito a su familia once cartas desde que llegó a Las Palmas. La primera llevaba fecha del tres de julio y la última databa del veinte de agosto. A partir de ahí, y eso era lo sorprendente, comenzaba una serie de postales, todas con vistas turísticas de Las Palmas: la Catedral, el parque Doramas, la playa de Las Canteras, una vista nocturna de la ciudad o una imagen rancia de dos mujeres ataviadas con el traje típico, y con textos vagos en los que solo hablaba de inconcreciones: que se había bañado en la playa, que había ido al cine con Pino, aunque no especificara la película, que el tiempo era bueno, que tenía muy pocos servicios, que los quería mucho... En total contó dieciocho tarjetas, siendo la última del uno de octubre, teóricamente diez días antes de su muerte. Había por tanto un vacío de

varios días en los cuales Alfredo no escribió a sus padres, ni postal anodina, ni carta más detallada. Nada.

El análisis de los *christmas* resultó estéril. Todos estaban escritos antes del año 1975, por tanto, rompió el folio con aquella información como hacía habitualmente con los datos que se mostraban inservibles. Uno de sus primeros jefes le enseñó a centrar la búsqueda en aquello que fuera relevante y deshacerse de lo inútil.

El estudio del álbum de fotos tampoco la ayudó en exceso. Tenía razón Elvira, pensó la joven, Alfredo era un hombre muy guapo, por lo menos el Alfredo con veinte años. Allí no habría más de treinta o cuarenta instantáneas. En unas se veía a un bebé que era sujetado por una Elvira muy joven y muy sonriente, en otras salía con un señor con traje que Sagrario supuso que sería Ruperto, y en otros casos estaba con una menor que nadie negaría que era Violeta. A pesar de los pocos años, ya se intuía en la niña un gesto mohíno y antipático. Sagrario vio también fotos de Alfredo con los Reyes Magos, jugando en una piscina, en un columpio, y alguna ya de adolescente, de cuerpo entero, posando con cierto aire presumido. No había más fotografías familiares posteriores al año 1975. O bien estarían en otros álbumes o bien la madre no quiso seguir coleccionándolas. No iba a preguntárselo.

Pero lo que emocionó a Sagrario no fue ni el álbum, ni las cartas, ni las postales ni las felicitaciones navideñas. Lo que realmente ilusionó a la periodista fueron las fotos que conservaba Elvira, una de su hijo expuesta en la entrada y en su mesilla, y la de Pino en la habitación de Alfredo en Orquídea Real. En dos se lo veía vestido de alférez, con gesto serio. Una era una fotografía junto a un camión, con uniforme de paseo, y otra una instantánea en la que salía delante de algún acuartelamiento, en traje de faena, de peor calidad pero seguro que para su madre debió ser muy entrañable. Aunque el verdadero filón lo encontró en otras cuatro, en las que se lo veía junto a Pino, con una expresión radicalmente distinta, mostrando ese ánimo y entusiasmo que se traslucía en las cartas. Se veía a la pareja, tomados de la mano, delante de unos jardines, en otra sentados a una mesa con unas consumiciones, y en otra en la playa, tumbados y muy sonrientes. Ninguna de las tres era de muy buena calidad pero le resultaron válidas para conocer la fisonomía de la joven. Aunque la más valiosa era la última. Esa foto poseía algo que la convertía en la mejor pieza de todas las que habían visto sus ojos en esas cuatro horas de intenso y detallado trabajo. En esa instantánea, como todas, en

color, aparecía Pino resplandeciente y muy feliz, vestía unas sandalias cerradas con una plataforma, lo que hizo pensar a Sagrario que no debía ser una mujer muy alta, unos pantalones rojos terminados en una ligera campana, una blusa blanca algo escotada y portaba un enorme bolso azul con un aro metálico como asa. El pelo le caía por debajo de los hombros. Alfredo tenía, o tuvo, muy buen gusto. La instantánea, muy estética de por sí, añadía un elemento que valía el oro al que se había referido anteriormente Elvira: salía un coche, un Renault 5 naranja. Y una matrícula. Seguro que el fotógrafo no la incluyó adrede en el recuadro, fue una casualidad, un azar en el que nadie reparó en su momento pero que ahora, más de treinta años después, suponía que la periodista tuviera a su alcance una pista sólida para hallar la identidad de Pino. «¿Cuánto puede valer conocer la matrícula de este coche?», se preguntó con cierta malicia, como quien ha averiguado la intrincada combinación que libera una caja fuerte que antes otros muchos quisieron abrir pero se declararon incapaces.

# La matrícula

A Sagrario le enseñaron en la Facultad algo que jamás olvidó: el verdadero activo de un periodista son sus contactos. Tener personas de confianza introducidas en el Congreso de los Diputados, aunque sea un bedel, ser amigo de algún Guardia Civil o Policía Nacional, haber comido alguna vez con un Inspector de Hacienda del cual se conserva el número del teléfono móvil, o recibir información de un utillero de un club de fútbol de Primera División tenía más valor que haber cursado muchos master o, incluso, hablar varios idiomas.

Por eso la periodista tenía la buena costumbre de guardar la referencia de todas las personas que conocía y anotar su nombre y alguna reseña en su agenda, y apuntar siempre sus datos personales, y si podía ser el teléfono móvil, mejor todavía.

Recordó que una vez conoció a un joven que trabajaba en una agencia de detectives, en Barcelona. Fue en una conferencia en la que ambos coincidieron, aunque ya no recordaba ni el nombre del conferenciante ni el contenido concreto de las ponencias, aunque sí el lugar: el hotel Intercontinental de Madrid. Durante el cóctel con el que se cerró el acto tomaron juntos varios canapés y dos cervezas. El joven se hizo ilusiones de continuar después cenando con ella y tentar a la suerte. Sagrario se excusó con su mejor sonrisa y su eficacia habitual. Pero se dieron los móviles y en alguna ocasión habían hablado desde entonces para pedirse mutuos favores.

—¡Sagrario, qué alegría! —fue la respuesta inmediata de Javier Delgado, lo que denotaba que tenía guardado en su directorio el teléfono de la periodista.

Después de unos minutos de charla intrascendente, la joven le pidió ayuda, directamente.

—Necesito algo.

—Siempre necesitas algo, a ver cuándo me llamas para tomar una copa, que no me resigno a que me sigas dando calabazas —Sagrario entendió lógico el coqueteo.

—Toma nota, Javier, que esto para ti es muy fácil. Necesito que me digas el nombre y el domicilio del dueño de un coche con matrícula GC-5036-F. Es un Renault, y juraría que es un Renault 5. De color butano.

—¿Seguro que es esa matrícula? ¿No te habrás equivocado?

—Segurísimo, ya sé que es muy antigua.

—¡Por Dios, Sagrario!, esa matrícula debe ser de hace treinta o cuarenta años.

—Mínimo treinta y tres, eso te lo aseguro. Javier, si fuera fácil lo haría yo sola, por eso recorro a ti —lo aduló, como era su costumbre cuando solicitaba algo a algún amigo.

—¿Y qué me das a cambio? —tanteó el joven, sin más intención que arrancar una sonrisa a su interlocutora.

—Mi amistad eterna y verdadera.

—Bueno, no está mal, podría ser menos todavía —aseguró el investigador, con fingido pesar—. Tardaré un par de días.

—Lo quiero para mañana, Javier. ¿Tú qué me dijiste que eras en tu empresa, júnior o sénior? —le preguntó, con amistosos deseos de pincharlo.

—Llegarás lejos, Sagrario, te lo digo yo, llegarás lejos. Mañana te llamo.

La joven colgó satisfecha. Volvió a tomar la instantánea y la contempló durante varios minutos. Después escaneó las fotos y también alguna carta y un par de postales, y las imprimió, ya que quería tener copia de la letra de Alfredo.

Oyó un toque de nudillos en su puerta e, instintivamente, miró la hora, eran las ocho y media de la tarde.

—Señorita —le dijo una de las mujeres que atendía a Elvira—, la señora todavía no se ha levantado.

Sagrario se extrañó.

—¿No lleva demasiado tiempo para ser una siesta?

—Eso mismo pensamos.

—Vamos a llamar a la puerta —ordenó, con determinación.

Las dos mujeres se dirigieron a la entrada de la alcoba de Elvira junto a la cual se encontraba una asistente, con gesto grave.

Sagrario llamó, despacio y, al no recibir respuesta, golpeó la puerta con más brío. Silencio.

Giró el pomo y entró con sigilo. Se dirigió a la ventana y descorrió la cortina. Debido a la fecha del año, el sol todavía no se había escondido por lo que la estancia instantáneamente se bañó de luz. Elvira dormía sosegada. Las mujeres se miraron y la joven se acercó a la cama de su amiga. El pecho se movía acompasado con la respiración y la expresión de la anciana era de plácida relajación. La movió con cuidado y la llamó por su nombre. Elvira no abrió los ojos. Con un poco de más ímpetu, y elevando el tono de voz, repitió la misma operación obteniendo idénticos resultados. Se asustó. Su amiga no respondía.

—¡Vamos a llamar al doctor Viciana! ¡Inmediatamente!

## 10 de octubre de 1975

El general Gómez de Salazar acababa de despachar con el alférez Amorós. El topógrafo le había asegurado que finalizaría el trabajo por la tarde, de modo que todo discurría según el calendario previsto. Después de consultar la hora, salió a la calle y declinó la seguridad que le ofrecía su Cuerpo de Guardia.

—No hace falta que vengáis conmigo —había pedido al teniente que había formado a la guardia.

Salió a la calle y subió la cuesta que comunicaba la avenida del Ejército con el Parador. Al entrar torció a la derecha y, después de saludar en la recepción, se dirigió hacia el salón decorado con exquisito gusto con motivos árabes, en el cual predominaban las tonalidades oscuras. Solamente había dos personas, que estaban esperándolo con una cerveza en la mano. Se levantaron y lo saludaron con respeto porque, aunque iban vestidos de civiles, eran militares de rango inferior.

—Mi general, ¿podemos hablar aquí con confidencialidad? —preguntó uno de ellos, cuidando el volumen de su voz.

—Absolutamente, pueden estar ustedes bien tranquilos.

—¿Puedo preguntarle si ya ha deshecho el mensaje que le hemos entregado?

—Sí, lo he quemado y he pulverizado las cenizas —confirmó la máxima autoridad militar en el Sáhara.

—¿Dónde está ahora Amorós? —quiso saber el otro militar llegado a El Aaiún.

—En un despacho de Gobernación, ultimando el trabajo que le había encargado. Cree que lo terminará esta tarde. Espero que sea así. Tal y como decía el mensaje, lo he citado para esta madrugada donde me indicaron. ¿De verdad, es necesario esto? Es un hombre muy joven, demasiado... además, no es un militar profesional. No sé si tenemos derecho a hacer lo que estamos haciendo —dudó, revolviéndose en el asiento, como si este estuviera cubierto de espinas que no le permitieran acomodarse con naturalidad.

—Yo tampoco lo sé, mi general —vaciló el primero que habló—, pero las órdenes de Madrid son tajantes y a ellas nos debemos. No hace falta que se lo recuerde.

—Ya lo sé. Cuando ustedes eran unos niños con pantalones cortos yo ya tenía estrellas en mi uniforme, sé muy bien lo que es la disciplina militar, pero esto es un desatino. Por cierto, ¿lo conocen ustedes?

—Si se refiere en persona, no mi general, no lo conocemos en persona, pero hemos visto fotos y con eso es suficiente. En estos casos, la relación personal no beneficia a la misión, todo lo contrario. Cuanto más aséptico se sea, mejor.

—Si no le importa, querríamos contarle las ordenes que nos han trasladado, para cumplirlas nada más acontezca la explosión.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de un camarero:

—Buenos días, don Federico, ¿le traigo alguna cosa?

El general pidió una cerveza bien fría. Esperaron a que el empleado se marchara y continuaron hablando con el mismo tono de voz.

—Tendrá usted que personarse pronto. Resultaría muy extraño que llegara a los dos minutos, pero no debe tardar más de diez o doce dado que la Autoescuela está muy cerca de su casa, y entra dentro de toda lógica que el Gobernador del Sáhara corra a ver qué ha sucedido al escuchar una explosión como la que está prevista, ¿no le parece?

Gómez de Salazar asintió.

—Es muy importante que cubran el vehículo lo antes posible una vez queden apagadas las llamas. Los cálculos de carga están bien hechos y se ha probado ya con un coche similar en un cuartel, pero preferimos que quede todo tapado, aunque siempre después de que lo vea alguien, a ser posible, un saharai.

—Acudirá una patrulla de agentes de la Policía Territorial de las que hacen ronda nocturna por la plaza del Pilar y la avenida de los Tercios —explicó Gómez de Salazar—, y que la mayoría de sus miembros son nativos. Siempre hay una en esas inmediaciones. Seguro que serán los primeros en llegar. Sus Land Rover llevan capota. Ordenaré que se tape el 124 con una de ellas. Después, ¿qué hacemos con el coche?

—Una vez tapado, tienen que montarlo sobre una plataforma y llevarlo al aeropuerto. Allí lo tienen que esconder dentro de algún hangar de máxima seguridad al que nadie tenga acceso.

—Tiene usted que ordenar el más absoluto secreto sobre este atentado — recordó el otro militar—. Oficialmente jamás habrá estallado un coche, jamás alguien habrá adherido una bomba-lapa en el Sáhara y, por supuesto, jamás habrá muerto el alférez Alfredo Amorós en El Aaiún.

—¿Tienen ya localizada a la familia? —quiso conocer el general.

—Perfectamente. Viven en Madrid y son una familia con mucho dinero. Él es asentador en Legazpi. Tiene una hermana dos años menor.

—Por tanto, ¿es el único hijo del matrimonio?

Uno de los militares de paisano asintió, incómodo.

—¡Pobre madre! —exclamó lastimeramente el general.

El otro también expresó su opinión al respecto.

—No más pobre que las madres de los soldados que han muerto ya en esta maldita guerra encubierta, como la madre de Ángel del Moral o de Joaquín Ibarz, por ejemplo, no más pobre que las madres de los que hoy están secuestrados por el Polisario, también por ejemplo. Es una desgracia que al alférez Amorós le ocurra lo que le va a ocurrir, y que este sea el único varón del matrimonio formado por Ruperto Amorós y Elvira Pineda, que es así como se llaman sus padres, pero no nos tiene que temblar el pulso a la hora de ejecutar una orden.

—Oiga usted —Gómez de Salazar endureció la mirada, harto de la actitud paternalista y torpemente didáctica del militar—, como vuelva a intuir que usted, que es un oficial de mierda que se encuentra dentro de la jerarquía castrense a la altura de las putas suelas de mis botas, pretenda darme una nueva lección de moralidad o de disciplina militar, le juro que lo arresto y se pasa encerrado en un castillo más de la mitad de los años que le quedan de vida. ¿Lo ha entendido? —preguntó, ofuscado y a punto de levantarse y darle dos guantazos.

El oficial tragó saliva y se limitó a asentir y a musitar un *A sus órdenes, mi general* que no llegó a oír ni su propio cuello.

—¿Tienen algo más que decirme, o me dan ustedes *permiso* para retirarme? —planteó con sorna. Ambos negaron.

Se levantó y se limpió los labios con una servilleta que arrojó sobre la mesa.

—Nos vemos mañana de madrugada en el hangar del aeropuerto. Yo acompañaré al coche. Espero que, por su bien, todo salga a la perfección.

## 11 de Julio de 1981

La pequeña familia pasaba el tedio vespertino junto a la piscina. Durante todo el día, y especialmente a esa primera hora de la tarde, la tierra que circundaba Orquídea Real ardía como una brasa que cuece y fríe todo atisbo de vida que se atreve a moverse a su alrededor. Es el momento en el que todo el mundo cesa en sus actividades e intenta paliar la canícula ocultándose del sol y esperando como pueden hasta que llega el ocaso, instante en el cual resurge la vida en la comarca.

Pero había alguien que no tenía tantos reparos con la temperatura de la tarde y se mostraba encantado de visitar Orquídea Real, sobre todo en aquella época del año. El pequeño Miguel hacía correr sus cuatro años por el jardín, persiguiendo a las gallinas, en el invernadero, en ese caso vigilado por su padre, asombrándose del tamaño de los caballos y, sobre todo, nadando en la zona donde hacía pie de la inmensa piscina que tenía la mansión de su abuela.

La familia Casado Amorós había llegado a Turrillas hacía dos días dispuesta a pasar una semana de descanso. El resto del verano lo disfrutaría en la sierra madrileña, donde el matrimonio se había construido un chalé que no gustaba tanto a Miguel como la casa de Almería, llena de atractivos para él.

Una de las criadas había preparado unos zumos que acababa de servir en una mesa de piedra que se ubicaba junto a la piscina, protegida del sol por una amplia sombrilla blanca de lona dura e impenetrable al fuego de la luz. Las dos mujeres seguían las evoluciones del niño mientras Rogelio se mantenía ajeno a lo que le rodeaba, leyendo un ejemplar de El País, debajo de un parterre a cinco o seis metros de su esposa y su suegra.

—¡Cuánto ha cambiado Miguel desde el año pasado!

—¡Ya lo creo! —respondió la madre, mirando a su hijo con orgullo cómo jugueteaba con un flotador en forma de pato, mucho más grande que él.

—¿No vais a darle un hermanito? —inquirió Elvira, bajando el tono de voz e intentando que Miguel no la escuchara.

—No, mamá. Ya no voy a quedarme embarazada, aunque soy muy joven.

Me da pereza empezar con todo aquello. Además, sabes que el parto de Miguel fue muy complicado y me da miedo meterme en otra aventura. Ya lo hemos hablado Rogelio y yo y nos quedamos solo con él —aseguró, a la vez que señalaba a su hijo con el mentón.

Después de apurar los zumos, Elvira le pidió algo que le rondaba por la cabeza desde hacía un tiempo.

—Hija, quiero comentarte algo.

Violeta la miró extrañada. Temía las ocurrencias de su madre.

—Desde que murió tu padre esta casa se me hace enorme.

—¿Te gustaría volver a Madrid? —preguntó, sin dejarla hablar ni explicarse.

—No, déjame que te cuente todo. No, no quiero volver a Madrid. Sabes por qué vinimos aquí y por qué tu padre quiso que nos desplazáramos a un lugar como Almería y edificar Orquídea Real. Yo lo entendí y lo asumí, y lo sigo teniendo tan interiorizado ahora como entonces. Regresar a Madrid sería faltar al respeto de su memoria y, especialmente, a la razón que le movió a tomar aquella decisión, la cual sigo compartiendo.

—Papá no parece que sintiera mucho aquello, a juzgar por lo que ocurrió después.

—Violeta, no consiento que hables así de tu padre. Para juzgar ya está Dios, y ni tú ni yo, y menos en este lugar, vamos a poner en entredicho sus últimas actuaciones, especialmente la última, que me imagino que es a la que veladamente te refieres.

La hija se ahorró las palabras y siguió mirando las evoluciones de su pequeño, mientras continuaba escuchando a su madre.

—No hay día que no me despierte y no me acuerde de tu hermano, nada más abrir los ojos. Espero que jamás te pase a ti una tragedia así, pero no asumo que Alfredo no esté entre nosotros. Todo fue demasiado irreal, aquel silencio oficial, tanto dinero de indemnización, todo tan extraño, tan sorpresivo...

—Mamá, pero papá viajó a Las Palmas y...

—Sí, ya sé lo que vas a decir. Aun así. Además, yo nunca hablé con él de aquello. Jamás.

La hija se volvió extrañada a su madre.

—¿Nunca hablasteis de aquello?

Elvira negó con la cabeza.

—¿Qué quieres, hija, que le hubiera pedido que me detallara? ¿Crees que para él hubiera sido algo positivo? Sé que en algún momento me puse un poco nerviosa y dije cosas y lancé acusaciones que jamás debí decir. A un padre no se le puede culpabilizar de nada respecto a su hijo, y menos que no reconociera un cuerpo. Dicen que la muerte cambia el semblante de una cara y la convierte en irreconocible. Que no tiene nada que ver un muerto con un dormido, aunque ambos tengan los ojos cerrados. Ruperto conocía a Alfredo igual de bien que lo pude conocer yo. Espero que algún día Dios me perdone por aquello.

Volviéron a quedarse mirando al pequeño protagonista de la tarde y Elvira aprovechó para realizar la petición a su hija que tanto había pensado.

—Me gustaría que me hicieras un favor.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó, cansada e indolente, sin ganas de corresponder.

—Sabes que tu hermano tuvo una novia en Las Palmas.

—Bueno, mamá, tanto como una novia... se vio con una chica de la que guardaba unas fotografías, poco más —opinó Violeta.

—Tu hermano nunca fue tan querido por una mujer como lo fue por aquella chica.

—Normal, en cuanto le hiciera alguna pregunta, vería el percal y lo quiso atar.

—¡Basta, Violeta! ¡Basta ya! —Rogelio levantó la vista del periódico, sorprendido por el elevado tono de voz de su suegra, una mujer muy sosegada que nunca perdía las formas—. Contigo no se puede hablar. No solo no escuchas sino que piensas que todos se mueven por los mismos patrones que tú, y eso no es así. En la vida no todo es el dinero.

—Mamá, en la vida no todo es el dinero cuando lo tienes. De todas maneras, ¿qué ibas a pedirme?

Elvira la miró y sintió que se encontraba ante una extraña, que aquella no podía ser a quien había llevado en su vientre durante nueve meses, quien mamaba de sus pezones provocándole unos dolores horrorosos que la mujer aguantó con estoicidad, y a quién creía que había educado en unos valores que nunca entraron en ella. Solo se movía por el interés, haciendo del dinero el eje de su miserable universo. Iba a pedirle que le buscara a aquella chica canaria, que intentara localizarla, que tampoco habían pasado tantos años, solo seis y, por tanto, no sería muy difícil hallarla, y que le gustaría mucho conocer a una

persona que podría haber sido su hija política, la madre de otros nietos. Elvira hubiera sido muy feliz reconstruyendo aquel verano de su hijo en Canarias, desde que llegó un uno de julio hasta que todo terminó, hasta el día en que regresó Ruperto de Las Palmas, un Ruperto callado, distante y abstraído. Un hombre que jamás volvió a asemejarse, siquiera, a la sombra de quien fue.

Pero calló todo aquello. Hablar con su hija era discutir, estrellarse contra un muro insensible a los sentimientos. Se lo había manifestado ya suficientes veces. No quería una nueva demostración.

La noche había cubierto Orquídea Real de un invisible tamiz de tregua y placidez. Miguel había cenado en la cocina, temprano, donde más le gustaba de toda la casa, un lugar en el que las mujeres al servicio de su abuela le hacían cucamonas, le gastaban bromas y le daban todos los caprichos que se le antojaban a su infantil e inquieta mente.

Los tres mayores compartieron mesa más tarde, cuando el joven protagonista ya se había acostado. No hubo tema de conversación alguno sobre la mesa. Silencio. Rogelio no entendía la razón de aquel mutismo pero supuso que obedecería a las palabras agrias que, seguro, se cruzaron las dos mujeres a primera hora de la tarde, junto a la piscina.

Una hora después de desearse las buenas noches, la puerta de la habitación de Elvira recibió dos toques de nudillos, discretos, casi inaudibles. La señora autorizó la entrada. Violeta se encontró a su madre leyendo un libro con la única iluminación de la lamparita de su mesilla.

—No te esperaba. Pensaba que me traían la última pastilla del día —tras la fatídica muerte de su marido, el doctor Andrés Viciano le había prescrito unos relajantes musculares para conciliar el sueño con facilidad. Dada la ausencia de contraindicaciones mostrada, el médico continuó recetándoselos y la paciente tomándolos sin faltar un solo día.

—¿Te manda muchas cosas el doctor?

—Alguna, alguna —la mujer no quiso ofrecer a su hija más explicaciones. Le extrañaba mucho su presencia en la alcoba ya que era muy corta en cariños y más todavía en demostraciones afectivas.

Violeta se acercó y tomó una silla, no sin antes pedir permiso. Un observador ajeno pensaría que la fría y formal relación existente entre aquellas dos mujeres no se correspondía en absoluto con el ascendente que

figuraba en el Libro de Familia.

—Mamá, quizá antes no he sido del todo correcta. No me gusta que tengas de mí ese concepto. Eso no es verdad. Valoro muchas más cosas en la vida que el dinero: la familia, el trabajo, los amigos...

Elvira se sorprendió del tono empleado por su hija. Esa moderación en el lenguaje y en las formas no le ocultaban las aviesas intenciones que escondía. La conocía demasiado bien como para engañarla con unas palabras teóricamente sentidas pero muy mal fingidas. La dejó continuar.

—Me gustaría que me contaras lo que ibas a decirme, que te he cortado. Era algo relativo a aquella mujer que conoció Alfredo en Las Palmas.

La mujer apartó el libro de su regazo y lo colocó en la mesilla de noche. No se fiaba en absoluto de su hija, tenía que reconocerlo interiormente, aunque jamás lo insinuara a un tercero pero, en aquella cuestión, tampoco tenía otras ayudas. Ante el silencio de Violeta, que aparentaba no solo atención sino también interés por las palabras de su madre, Elvira fue detallando lo que deseaba que hiciera con aquella chica.

—Mamá, eso es muy difícil —rebatíó, después de escucharla pacientemente, simulando prestar una consideración capital—. Solo sabemos su nombre. Tenemos algunas fotos pero, ¿qué quieres que haga, que vaya con ellas a Las Palmas y me ponga en medio de la calle a intentar reconocer a todas las mujeres que pasen por allí y que tengan entre veintiséis y veintiocho años? Y eso suponiendo que esa chica tuviera una edad similar a la de mi hermano.

—No sé, hija. Tú eres joven y puedes moverte mejor que yo. Además, Pino estudiaba medicina en La Laguna. A lo mejor, y por mediación de Rogelio, podéis buscar a alguna doctora con ese nombre.

—Mamá, tampoco sabemos si se llamaba realmente así o era un apodo que utilizaba Alfredo. Es más difícil de buscar que una aguja en un pajar.

—Hija, no me entiendes —Elvira notó la congoja y la dificultad al hablar. Estaba a punto de estallar en un llanto que estaría equidistante entre la melancolía y la impotencia, pero quería evitarlo delante de la fría e insensible Violeta—. Ya sé que es muy difícil, pero quiero que lo intentes.

—Mamá, aunque la encontrara, ¿qué conseguiría con ello? Lo más normal es que esa chica haya conocido ya a otro hombre e, incluso, esté casada y con familia. Han pasado más de seis años, y eso es mucho tiempo en la vida de cualquiera con esas edades. Normalmente pasan muchas cosas en muy poco

tiempo. Fíjate por ejemplo cómo he evolucionado yo, que he pasado en ese mismo tiempo de ser una estudiante a una mujer casada y madre. ¿No te das cuenta de que no tenemos ningún derecho a desequilibrar así a una persona con historias del pasado, y además historias muy tristes? Seguro que, si quiso tanto a Alfredo como dices, también sufrió. Es posible. ¿Le vamos a hacer revivir todo eso y, lo más importante, con qué fin, qué vamos a obtener nosotros de positivo?

—Es que yo quiero saber lo máximo sobre los últimos días de mi hijo. ¿Qué hizo, qué pensaba, si se acordaba de nosotros, de su casa...? Intentar obtener alguna información de los militares es imposible. Nadie va a contar lo que aconteció en Las Palmas.

—En eso estoy de acuerdo, ni en Las Palmas ni en El Aaiún.

—¡Alfredo nunca estuvo en El Aaiún! —chilló, a la vez que se incorporó levemente, demostrando poseer unas fuerzas internas que no conocía ni ella misma—. ¡Aquello fue un engaño! Tu hermano nos mandó postales desde Las Palmas, nunca envió correspondencia desde el Sáhara. ¿Quieres que te las enseñe? —los ojos de la mujer se clavaron en los de Violeta como dos punzantes dagas de fuego.

—Mamá, tranquilízate, por favor. Nada vas a conseguir alterándote.

La mujer cayó de nuevo sobre la cama, vencida, definitivamente derrotada. Cerró los ojos y comprendió que se encontraba sola, sola de nuevo ante sus pretensiones.

Se oyó un toque de nudillos en la puerta. Le traían la pastilla recetada por el doctor Viciano. Se la tomó con un vaso de agua y volvieron a quedarse solas.

—Gracias, hija, sé que lo has intentado pero lo que he pensado es imposible —la mujer creyó que la mejor manera de terminar aquella conversación era dándole la razón. Era su única hija y no podía enfrentarse a ella toda la vida por algo que todos consideraban como una empresa inverosímil—. Tienes razón. No se puede ser tan egoísta y si consiguiéramos localizar a esa chica, seguro que solo le causaríamos daño. No tengo ningún derecho a hacer eso con ella, aunque solo sea por el respeto que le debo por haber hecho tan feliz a Alfredo. Te confieso que también se lo propuse a tu padre —Violeta elevó las cejas como nunca antes había hecho—. Sí, fue a los dos años, poco antes de venir aquí, a Almería. Y me vino a decir lo mismo que tú, que aquello no nos conduciría a algo que mereciera la pena. Y me dijo

también lo que más me dolió porque era verdad —la hija guardó silencio—: que, aunque encontráramos a Pino, Alfredo jamás regresaría con nosotros.

Elvira agradeció que su hija se marchara y la dejara sola. Era como mejor se lloraba.

Violeta regresó triunfadora a su dormitorio, donde la esperaba Rogelio, despierto y expectante. Era la primera vez que dormían los dos solos, ya que Miguel estrenaba habitación en Orquídea Real, contigua a la de sus padres, una habitación *de mayor* que hizo las delicias del pequeño.

—¿Qué tal te ha ido? —quiso saber el marido, que se había metido en la cama con una novela que tenía a punto de finalizar.

—Mi madre quería lo que me había imaginado, que buscara a la chica aquella de Canarias, a la tal Pino —le contó, cuidando el volumen de voz y después de cerrar la puerta. No quería que nadie la escuchara.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he puesto todas las pegadas del mundo. Ella había pensado que hasta tú podrías hacer una gestión en el Colegio de Las Palmas, por el nombre y la edad.

Rogelio se quedó pensativo. Asintió.

—Sí, es posible. Sabiendo la edad, podría hacer alguna llamada. No sería muy difícil —supuso.

—Ya lo sé, pero le he dicho que es imposible, que allí debe haber miles de médicos con ese nombre. No sé si se lo ha creído pero así ha quedado el tema.

—Se te ve victoriosa.

—Claro que lo estoy. ¿Te imaginas que damos con ella y nos encontramos con que mi hermanito la dejó embarazada y ahora Miguel tiene un primito de cinco años? No, Rogelio, quiero que el día de mañana todo esto sea para mi hijo, no para un desconocido.

—Piensas en todo, Violeta.

—Pienso en lo que me interesa, Rogelio.

La pareja se dio un largo beso que animó al marido. Dejó el libro sobre la mesilla de noche y rodeó el cuerpo de su mujer.

—¡Espera! —pidió ella, sonriente—. He estado de tiendas. Si me das diez minutos te enseño lo que me he comprado, pero puesto, que estas cosas quitadas no dicen nada. ¿Te parece? —se acercó de nuevo a su esposo y le dio

un largo beso—. Pero a ver si te portas, que a veces te pones un poco bruto y como despiertes al niño se nos acaba la fiesta.

# El hospital

Nada más llegar el doctor Viciano a Orquídea Real y reconocer a Elvira, solicitó telefónicamente una ambulancia urgente para trasladarla a Almería. La mujer se encontraba en coma y el rostro del médico ya respondía la pregunta que, por mecánica, le hizo Sagrario:

—¿Cómo está?

—Mal, muy mal —contestó con poca voz y mucho desánimo.

Los dos se encontraban en la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital de Torrecárdenas, en la capital. Andrés Viciano acababa de salir de hablar con su colega y este le había informado de la situación del ingreso con todo detalle.

—Se encuentra muy mal, Sagrario. Tenemos que informar a su familia.

La joven se soliviantó.

—¿A qué familia, a la que no tiene?

—Sagrario, no seas así. Elvira tiene una hija, un yerno y un nieto, no lo pongas difícil —el doctor intentó hacer razonar a su interlocutora. Entendía su posición y la agria crítica hacia Violeta y los suyos, pero las circunstancias le obligaban a ponerse en el otro lado de la balanza.

—Yo no lo pongo difícil, ellos ya lo pusieron difícil. ¿Sabes cuántas veces llamaba Violeta a su madre? A ver ¿cuántas crees? —la joven nunca entendió el abandono afectivo al que sometían a Elvira.

El doctor se encontraba muy violento, no quería ningún tipo de enfrentamiento aunque comprendía la ira de Sagrario. Ante la pregunta de la joven, el médico negó con la cabeza.

—Una o dos veces por semana, como mucho. Una hija sin ocupaciones. A su madre, evidentemente a su única madre.

Andrés agarró la mano de Sagrario, que sufría un acceso de rabia

producida por la apática actitud de Violeta.

—Algún día entenderás que las relaciones familiares son las más complicadas de llevar, se mezclan muchas cosas, hasta intereses económicos, pero tenemos que ser comprensivos.

—Tú haz lo que quieras, yo desde luego no voy a llamar a nadie.

—¿Ni a tu novio?

Sagrario mantuvo silencio. Calló lo primero que le vino a la mente, que no era otra cosa que contarle que ella ya no tenía novio, que aquello se había acabado, que no soportaba vivir con una descabezada marioneta.

La pequeña discusión se vio interrumpida por una llamada. Tomó su teléfono móvil y, antes de pulsar el botón verde, miró en la pantalla la hora y el nombre del remitente. Eran las diez y media de la noche. Era Javier Delgado.

—No te quejarás de la rapidez en la gestión. Esto va a costarte muy caro.

—Lo siento, Javier, no estoy para bromas. Acabo de tener un problema personal y no me encuentro de humor. ¿Has averiguado algo? —preguntó al investigador, cortante.

—Lo siento, Sagrario. Espero que ese problema tenga solución. Sí, he encontrado lo que me pediste. Tengo el nombre de quién fue el propietario de ese coche que, efectivamente, era un Renault 5 que se matriculó en febrero de 1975 y se dio de baja en...

—Por favor, Javier, ahora no me interesa saber cuándo ni quién lo dio de baja. Solo quiero que me digas a quién pertenecía en julio y agosto de 1975.

—El dueño del coche en esa fecha era su primer propietario, un hombre llamado Rafael Ramos Cabrero, que vivía en la avenida Mesa y López 9 de Las Palmas —respondió tan rápido como se lo estaban pidiendo.

—Espera, que voy a apuntarlo —Sagrario sacó de su bolso una agenda y un bolígrafo—. ¿Me lo puedes repetir?

El contacto volvió a hablar, esta vez más despacio para que su amiga tomara nota con comodidad, y le comentó un dato que dejó a Sagrario pensativa:

—Hay algo curioso. Ese coche fue transferido a otra persona a finales de ese año. Esa otra persona no tiene coincidencia alguna de apellidos. Rafael Ramos se deshizo definitivamente de ese vehículo solo ocho meses después de comprarlo.

Mientras, el doctor Viciano se encontraba ante la disyuntiva de la

obligación de llamar a la familia o no avisarles dado el bajo concepto que tenía de ellos. La joven tenía razón, él pensaba lo mismo, pero no por eso debía eludir el deber que le imponía su condición de médico de una persona mayor y, además, absolutamente dependiente.

—Se te ve contenta, Sagrario. Parece que esa llamada te ha cambiado el semblante —comentó al verla, todavía con el móvil en la mano.

—¿Puedo preguntarte algo confidencial, Andrés?

—Claro, pregunta lo que quieras, si no lo puedo responder, seguro que lo entenderás.

—¿Te pidió alguna vez Elvira que le buscaras a su hijo?

—Sí, tengo que confesarlo. Pero fue hace muchos años, de hecho todavía vivía su marido. Fue él mismo quien la hizo entrar en razón. Le recordó que había tenido que identificar el cadáver y que desde ese día no había vuelto a dormir igual, que sufría continuas pesadillas y que no había noche en la que no se le apareciera aquella imagen.

Andrés Viciana percibió que la muchacha le estaba oyendo pero no escuchando.

—¡No me digas que también te lo ha pedido a ti!

La joven dudó. Después de unos instantes reconoció que sí, que se lo había solicitado, y que iba a hacer lo imposible por contar a Elvira algo distinto a lo que se le había contado hasta ahora.

—Andrés, yo ya sé que no voy a poder traer a su hijo, las evidencias son indiscutibles, pero sí quiero contarle cosas nuevas. Si me puede oír, claro. ¿Despertará?

El doctor se encogió de hombros, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Los creyentes decimos que solamente Dios lo sabrá.

Sagrario miró el reloj.

—Son las once menos cuarto. Si no me necesitas aquí, voy a volver a Orquídea Real.

Llegó casi a las once y media y entró en la cocina a tomar algo de fruta. Contó al personal del servicio la situación de la señora y les pidió que continuaran todos con sus quehaceres habituales porque el estado de Elvira podía experimentar un cambio, en cualquier sentido y en cualquier momento.

Desde que había hablado con Javier Delgado no albergaba otra idea en su

cabeza. Sabía que el aeropuerto de Almería tenía poca actividad pero no así los de Málaga o Alicante, que eran de los que más viajeros movían en la Península a excepción de Madrid y Barcelona, y que no se encontraban excesivamente alejados de Turrillas.

Entró en Internet y buscó vuelos con Las Palmas. Halló uno que salía de Málaga al día siguiente a la una del mediodía. Compró el billete con la ayuda de su tarjeta de crédito y se retiró a su habitación no sin antes llamar al doctor para preguntar por Elvira y contarle el viaje que iba a emprender:

—Tendré el móvil conmigo en todo momento. Si sucede algo, por favor, avísame —le rogó.

Al día siguiente había que madrugar y sería una jornada, seguro, de demasiadas emociones.

## 12 de octubre de 1975

Fata todavía se mostraba eufórico, no podía contener su alegría. Uno de los policías territoriales que viajaba en el primer coche que llegó al lugar del atentado era uno de sus hombres que, como una parte importante de los polisarios, se encontraba encuadrado dentro de ese cuerpo, al igual que sucedía con los *Nómadas*.

Le había contado que cuando oyeron la explosión se hallaban patrullando por la avenida de los Tercios.

—Nada más escuchar el bombazo —narraba el hombre, con un tono de voz muy bajo, como hacía siempre que hablaba de algún asunto que consideraba delicado—, el cabo ordenó al conductor que se dirigiera a toda velocidad al sitio de donde había procedido el sonido. El resplandor del fuego fue nuestro mejor guía.

—¡Cuenta! ¿Qué más? —pedía, ansioso por recibir toda la información.

—El espectáculo era aterrador. Las llamas alcanzaban los tres o cuatro metros de altura. Intentamos apagar el fuego con el extintor que llevamos en el Land Rover pero aquello era imposible. No había quien se acercara al coche porque desprendía un calor insoportable, además de que temíamos que se produjeran más explosiones. Desde la radio llamamos a la base y contamos lo que había sucedido. Fueron ellos quienes avisaron al retén con el agua, que tardaron muy poco en llegar.

El hombre hablaba a Fata y a otros cuatro polisarios en la casa del primero, en Hatarrambla, rodeados de mujeres y de algún niño. En la misma estancia también había dos cabras negras, que no paraban de moverse e intentar mordisquear todo lo que podían.

—¿Y tú viste quién estaba dentro?

—Yo no le vi la cara porque estaba carbonizado, pero sí puedo asegurar que allí había una persona, sentado en el asiento del conductor, y creo que era un alférez, porque cuando terminaron de extinguir las llamas pude distinguir una estrella en una de las hombreras, ya no sé decir si de seis o de ocho

puntas, pero que había solo una estrella era seguro.

—Se dice que ha sido el alférez topógrafo que colaboró con los zapadores en poner aquellas minas que no funcionaban.

—¿No había allí también un comandante? Los comandantes también tienen una estrella —preguntó otro de los asistentes.

—Sí, aquello lo dirigió un comandante, pero de esos no queda ninguno en el Sáhara, todos se volvieron a la Península, incluido ese comandante que dices, y hace ya unos días de eso. No, el muerto es el alférez, es seguro, me lo ha confirmado hoy uno de los compañeros que está de guardia en Gobernación.

—Bueno, ¿y qué pasó cuándo llegó Gigi? —quiso conocer Fata.

—El general llegó cuando los bomberos terminaban de apagar las llamas, y se puso a dar órdenes enseguida. Dijo que se quitara la capota al Land Rover y que se tapara con ella el coche quemado, para que nadie viera el cadáver y menos hacerle fotografías, y ordenó su traslado al aeropuerto, donde allí debe seguir; coche y muerto.

—Tengo que reconocer que me hubiera gustado matarlo y no esperar a que alguien hiciera por nosotros lo que es nuestra obligación como país que queremos ser —opinó Fata—, pero estoy satisfecho y me alegro del apoyo de los norteamericanos. Se han puesto en nuestro lugar y han matado a uno de los grandes artífices del engaño de las minas. Con el Polisario y con el Sáhara no se juega —sentenció, muy solemne.

—Y a partir de ahora, ¿qué va a pasar? —el más joven de los asistentes se encontraba absolutamente perdido.

—Pues no nos queda otra opción más que esperar a que España cumpla sus compromisos y organice lo antes posible el referéndum. Tienen el censo, tienen la determinación de las Naciones Unidas, la obligación de defendernos de Marruecos hasta que llegue el momento y la voluntad de dejar esto, deseo que han manifestado en público en numerosas ocasiones y desde hace mucho tiempo... no les falta nada más que alguien dé esa orden —extrajo en conclusión el anfitrión.

—Lo que no sé es quién va a dar esa orden. Me han dicho que en Madrid no se habla de otra cosa que de la salud de Franco. Parece ser que está muriéndose pero que no quieren decir nada. No se le ha visto públicamente desde el uno de octubre, en una manifestación que hubo allí —comentó uno de los saharauis que estaba a las órdenes de Fata.

—En nuestro caso no nos queda más alternativa que esperar a que nos den nuevas órdenes. Me consta que están realizándose importantes avances en el extranjero para nuestra causa y que en breve el Tribunal de Justicia de La Haya fallará a nuestro favor, en contra de Marruecos —aseguró—. Nosotros jamás hemos dependido de nadie, y menos de un país que todavía no tiene ni veinte años de antigüedad.

# El asilo

El aeropuerto de Gando recibió a la taranconera con un día espléndido, muy luminoso. Acostumbrada a viajar, llevaba solo una pequeña maleta con lo imprescindible para pasar un par de días fuera de su casa. Intentó también incluir dentro de su equipaje una buena dosis de suerte, pero ello hubiera supuesto tener que abonar un notable exceso de peso. Sagrario sabía que se enfrentaba a una empresa tan difícil como inútil y desagradable. Llegaba con la intención de remover el pasado, y eso puede ser susceptible de abrir heridas cuando no rencores o nostalgias, sentimientos igual de dañinos. Pero la certeza de que iba a ayudar a una amiga la compensaba de todos los inconvenientes a los que se enfrentaría. Y la obsesión. No podía ocultarlo, por lo menos para sí. Sabía que se había obsesionado con Alfredo, con su pasado y sus interrogantes, que miraba continuamente sus fotografías y que se preguntaba a todas las horas del día por su destino. Su historia le atraía como las pocas veces que se había encontrado prendida por un libro cuya trama roba el sueño y anula hasta los pensamientos más elementales. Y solo quieres leer, leer y nada más que leer para saber más del protagonista y, sobre todo, conocer el desenlace de la historia.

A la vez que compró el billete a Las Palmas, únicamente de ida, también reservó en un hotel de la calle Fernando Guanarteme. Después de tomar posesión de la habitación, preguntó en recepción por la dirección que le había facilitado Javier Delgado, y se dirigió hacia ella sin saber muy bien ni cómo afrontar la conversación, aunque había pasado una buena parte del viaje, tanto en el coche hacia Málaga como en el avión, enfocando la reunión en función de quién fuera su interlocutor. El principal problema al que iba a enfrentarse era que no sabía a quién hallaría. Incluso era posible que allí ya no le pudieran dar cuenta de Rafael Ramos Cabrero, el propietario del Renault 5 retratado en

aquella fotografía tan reveladora.

La avenida Mesa y López era una de las mejores vías de la ciudad por la calidad de sus comercios, por la animación de sus aceras y por la amplitud de su calzada.

Se encontró con el portón abierto y accedió a la zona de los buzones con expectación: «¡A ver si hay suerte!», se deseó. Y la tuvo. En uno de ellos halló un nombre que la llenó de esperanza: Yaiza Bencomo Marrero, viuda de Ramos.

Subió exultante. Llamó al timbre pero la puerta que se indicaba en el buzón no se abrió. Volvió a llamar varias veces con idéntico resultado. En ese momento, llegó un ascensor al descansillo y una vecina con cara extrañada apareció tras la puerta metálica. Preguntó si la podía ayudar.

—Quería hablar con doña Yaiza.

La mujer, con un fuerte acento local, la informó de que ya no vivía en ese domicilio, que desde hacía varios años residía en un centro de mayores.

—Tengo un mensaje importante para Pino. Ella y mi madre tuvieron mucha relación hace muchos años y querría hablar con ella —esa era una de las salidas que tenía preparadas.

—¿Pino, la niña?

Sagrario procuró contener la emoción.

—Bueno, lo de niña... Según me dijo mi madre, Pino puede tener ahora casi los cincuenta y cinco años.

Para dar mayor veracidad a su argumento, y tranquilizar a la vecina, Sagrario extrajo de su carpeta las fotos que había escaneado e impreso en Orquídea Real. La vecina las sujetó con la mano, algo temblorosa, y las miró con detalle mientras mostraba una enternecedora sonrisa que no disimuló.

—¡La niña...! hace ya muchos años que no la veo, pero para mí siempre será la niña. Yo la conozco desde que nació.

—¿Y sabe dónde puede estar ahora Pino?

La vecina cambió la expresión.

—Eso será mejor que se lo cuente su madre.

—¿Dónde puedo ver a Yaiza? He venido a Las Palmas por trabajo y me ha dicho mi madre que no me fuera sin saludarla. Si no puede ser a Pino, me tendré que conformar con conocer a su madre.

—Yo la visito todo el rato. Está en San Lorenzo. Somos muy amigas y yo no tengo nada que hacer. Está a veinte minutos de aquí. Si quiere, dejo estas

cosas y la acompañó.

Sagrario esperó a la mujer en el portal y a los diez minutos ambas tomaban un taxi hacia una dirección que la vecina facilitó al conductor.

El asilo era un anodino edificio moderno e impersonal de dos plantas que se levantaba en la carretera de Almatriche. Durante el trayecto la periodista intentó sonsacar información pero no lo logró, por lo menos no a su satisfacción. Solo consiguió averiguar que la madre de Pino llevaba tres años allí, que se quedó viuda hacía diez o doce, y algún otro dato irrelevante adicional. No fue capaz de saber dónde se encontraba su hija.

La vecina entró con la familiaridad que adquiere el visitante habitual y saludó a las personas de la entrada. Después buscó en uno de los patios interiores hasta que la encontró con la vista.

La madre de Pino era una mujer que tendría setenta y cinco años. Por los rasgos de la cara, de tez morena, con labios gruesos y grandes ojos almendrados, debió de ser una mujer muy guapa. Sonrió agradablemente y con dulzura ante la llegada de su amiga.

—No te esperaba hoy.

—Ya sabes, Yaiza, que de vez en cuando tenemos novedades en esta vida. Mira, voy a presentarte a Sagrario, estaba llamando a la puerta de tu casa y me he ofrecido a traerla. Quiere hablar contigo cosas de la niña.

La mujer miró a la recién llegada con un rostro desconcertado.

—¿Nos conocemos?

—No, Yaiza, no nos conocemos. He venido a Las Palmas a hablar de Alfredo.

La vecina se extrañó pues no era eso lo que le había contado; y cuando iba a intervenir, Sagrario le rogó silencio con la mano.

La anciana no sabía a quién se refería.

—Alfredo, el novio que tuvo Pino en su juventud, cuando estudiaba Medicina —recordó, mirando exclusivamente a la madre.

Inmediatamente Yaiza cambió el semblante, en cuanto el ayer regresó a su hoy.

—Perdona, hija, pero han pasado tantos años... Claro, el novio aquel al que mataron en África. ¡Pobre!

Sagrario percibió, no un pinchazo en el corazón, sino el mortal impacto de un acerado estoque que le atravesó el cuerpo desde el pecho hasta la espalda.

# La charla

Intentó rehacerse del golpe que acababa de recibir aunque era algo previsto. En verdad ella no se cuestionaba la muerte de Alfredo, porque era una evidencia que nadie con lógica podía discutir, pero siempre mantuvo la lejana esperanza de que los hechos fueran distintos, que hubiera algo nuevo, quizá un error administrativo, una mala interpretación... Pero la espontaneidad de aquella mujer había dinamitado ese pequeño y frágil castillo de naipes que había levantado Sagrario en los últimos días con los planos, el forjado y el cemento de la ilusión de Elvira.

—Lo sé Yaiza, pero han pasado muchos años y aquello fue una cosa muy turbia. Violeta, su hermana, me contó que murió en el Sáhara, pero en unas condiciones muy extrañas.

La anciana asintió levemente con la cabeza.

—Nunca vi a mi hija más feliz con un chico como con aquel topógrafo de Madrid. ¿Sabías que era topógrafo? —Sagrario sonrió como toda respuesta. Le encantaba cruzar información y confirmar datos— ¡Madre mía! Mi pequeña entraba en casa y me contaba que iban juntos al cine, a la playa, que paseaban, que era un chico muy guapo, muy romántico, muy galante, muy detallista... todo eran parabienes. Era una cría feliz, feliz como yo nunca lo fui con su padre. Nos quisimos, pero nunca con ese furor. Hasta que un día llegó a casa con la cara enrojecida, *enchapada*. Lo primero que pensé era que Alfredo le había pegado, pero no, aquel muchacho debía ser un cacho pan. La razón de aquel berrinche era que lo destinaban al Sáhara. Debió ser por el otoño de 1975, poco antes de la Marcha Verde y de lo de Franco. Allí vivían en una situación de guerra, no sé muy bien si en guerra contra el Frente Polisario o contra el propio Hassan, o quizá contra los dos, pero la realidad era que en la televisión no nos contaban toda la verdad. Mi marido tenía un negocio naviero y estaba

muy bien informado. De hecho, viajaba a Villa Cisneros cada dos o tres meses. De ahí el sofoco de mi hija.

Sagrario se sorprendía de la claridad mental de Yaiza y de su memoria. Le hacía gracia el acento tan marcado que tenía, al igual que su amiga, muy distinto del suyo. Se la veía a gusto contando aquello por lo que, como siempre, optó por mantenerse en silencio y dejarla hablar.

—Inmediatamente yo pensé en la madre de Alfredo. A mí Dios no me dio hijos varones pero sí una hija, y sé lo que es llevar contigo una vida. Sé la sensación de notar en tu vientre a alguien que un día se hace patente y te avisa de que está ahí y que depende totalmente de ti, solo de ti. ¿Tú tienes hijos? No, eres muy joven todavía. Por eso yo pensé en esa madre, ¿Elvira puede ser que se llamara? —Sagrario mostró un rostro de satisfacción, como confirmación a las palabras de Yaiza— y se me ocurrió una idea que parece ser que llevaron a cabo. Le dije a Pino que si era algo que iba a durar unos cuantos días, pocas semanas en definitiva, que compraran postales de Las Palmas, que las escribiera Alfredo, que les pusiera fecha futura con una diferencia de dos o tres días, y que mi hija las echara en el buzón con esa cadencia para que figurara el matasellos de aquí. Así la madre las recibiría en Madrid como si su hijo siguiera en Las Palmas y no en un polvorín. Luego, cuando regresara a Madrid, que contara si quería dónde estuvo, pero que fuera cuando lo tuvieran ya en casa y supieran que jamás regresaría allí. Recuerdo la cara de mi niña cuando se lo conté. A los dos les pareció buena idea y eso fue lo que hicieron. ¡Pobre mi niña! No paraba de ver los telediarios y de oír la radio a todas horas. ¿Y los periódicos? —preguntó ella misma—. Los devoraba. Buscaba noticias sobre el Sáhara, y descansaba cada vez que finalizaban las crónicas. No quería ni leer ni escuchar el nombre de Alfredo. Decía que si no había noticias sobre él es que eran buenas noticias; realmente lo pronunció en inglés pero me dijo lo que significaba en español —aclaró la anciana—. No sé si te he dicho que Pino ya hablaba el idioma a la perfección.

—¿Y entre ellos se escribían?

—Mucho, muchísimo. Ella le ponía una carta diaria y él también le escribía, por lo menos al principio, pero luego se marchó de maniobras al desierto y ya le adelantó que no le escribiría en un tiempo, te debo de estar hablando de finales de agosto de aquel año, ya que dos o tres semanas después Pino empezó con los viajes a Tenerife, para continuar Medicina.

La mujer pidió un vaso de agua y su amiga, que se mantenía como una

silenciosa espectadora, se lo trajo solícita. Después, continuó con la narración de sus recuerdos:

—Pino estaba enamoradísima y solo vivía por y para él. Tanto que cuando dejó de recibir cartas empezó a flaquear; se quedó como un palo. La cara se le consumió y la ropa se le caía. Venía a Las Palmas cada viernes a última hora de la tarde y se pasaba todo el fin de semana en casa, metida en su cuarto, releyendo las cartas una y otra vez. Su padre y yo dijimos que la viera un médico, pero ella nos respondió que la única cura que necesitaba era recibir noticias de Alfredo. Y así fue. Recuerdo que un día mi marido subió a casa con una carta procedente del Sáhara. Llamamos al colegio mayor de Tenerife y Pino enloqueció. Perdió un día de clase y regresó el jueves para leerla lo antes posible. No se me olvidará su expresión cuando salió de su cuarto después de haberla leído. La criatura lloraba sin cesar, pero ahora lloraba de felicidad. Le decía que le daban permiso y que regresaría a Las Palmas en dos o tres días. Lo que no sabíamos ninguno era que, muy posiblemente, cuando le llegó la carta él ya estaba...

La mujer se quedó callada y la vecina le agarró la mano. Miró a Sagrario condescendentemente y apartó el pelo de la cara de Yaiza.

—Aquello que le ocurrió al pobre Alfredo fue una brutalidad. Una brutalidad —remarcó—. Nunca ha querido mi hija a un hombre como quiso a aquel muchacho. Perdona que antes no me acordara, pero han pasado muchos años sin que alguien pronunciara ese nombre.

Después de unos instantes de silencio, Sagrario se atrevió a preguntar:

—Y cómo se enteró Pino de...

—Por la Guardia Civil —súbitamente, la mujer recobró la entereza—. Nunca se me olvidará. Fue el domingo doce de octubre, por la mañana. En la televisión ponían un partido de tenis que estaba viendo su padre, no me acuerdo entre quién era. Yo acababa de regresar de misa y Pino estaba en su habitación haciendo lo de siempre: estudiar. Una pareja llegó a casa y preguntó por ella. Su padre y yo nos asustamos mucho. Pensamos que igual se había metido en algún lío en la Facultad. Salió la pobre hija al rellano y allí le dijeron que si conocía a Alfredo Amorós Pineda. Recuerdo la cara que mostró cuando dijo que sí, que le conocía mucho y que qué pasaba con él. Le pidieron que los acompañara, que tenían que hablar con ella. Su padre se fue también con ellos a la Comandancia de aquí, de Las Palmas.

Se volvió a hacer otro silencio. La anciana poseía en ese momento un

brillo especial en los ojos. Los recuerdos la estaban revitalizando y en minutos perdía años. Sagrario habría jurado que Yaiza no se encontraba ahora en aquel asilo sino que se había trasladado con nitidez de nuevo a su piso, en compañía de su marido y de su única hija, más de treinta años atrás.

—Cuando volvieron a casa Pino se metió en su cuarto y estuvo un día entero sin salir, ni se marchó a Tenerife. Temíamos que cometiera una chifladura pero, gracias a Dios, lo único que hizo fue llorar. Al día siguiente me decía que ella era una viuda, que jamás volvería a salir con alguien y que nunca se casaría. Su padre me contó que lo primero que tuvieron que hacer los dos fue firmar un montón de papeles donde se comprometían a no revelar jamás la información que les iban a dar. De hecho, no hablé de ello en mucho tiempo. A ti, por ejemplo —miró a la vecina, que asintió a sus palabras—, te lo conté solo hace unos pocos años, antes de venir aquí. Parece ser que en los enseres de Alfredo encontraron muchas cartas de Pino, con sus sobres y sus remites, y que entendieron, y con razón, que tenía que ser su novia, por lo que también había que contarle a ella lo sucedido y hacerle preguntas. Mi marido me dijo que les enseñaron una foto del coche donde lo mataron y que a mi niña le dio fatiga. Tuvieron que recostarla y llegaron a llamar a una ambulancia. Cuando llegó ya había recuperado la consciencia y no hizo falta nada, pero para ella debió ser el momento más duro de toda su vida. Ver que a tu novio lo han matado y que ahora es un cuerpo carbonizado...

Con la misma tranquilidad con la que se había expresado, unas lágrimas asomaron tímidas a los cansados ojos de Yaiza. Lentas, fueron recorriendo unas mejillas coloreadas por el sol y arrugadas por los años. La vecina sacó un pañuelo y se las limpió. Sagrario esperó un poco para formular la gran pregunta por la que estaba esperando desde que llegó. Cuando la anciana se tranquilizó, se armó de valor y le planteó:

—¿Y Pino?

—Mi niña... pobrecita. De alguna manera, Pino enloqueció, pero enloqueció de una forma muy extraña.

—¿Qué quiere decir extraña, Yaiza?

—Porque se hizo adulta en muy pocos días. Nosotros pensamos que aquello iba a despistarla de sus estudios y de hecho estuvo unos días en casa sin ir a sus clases, pero conseguimos que retornara a su vida habitual. Se marchó a Tenerife pero no regresó el viernes siguiente, sino que vino un martes o miércoles, a mitad de semana. Nos asustamos. Dijo que tenía que

hablar con nosotros.

La mujer comenzó de nuevo a llorar. Sagrario se sintió culpable de alterar de aquella manera la paz cotidiana de una mujer que ya vivía tranquila con su pasado, asumiéndolo y conviviendo con él el tiempo que le restara de vida.

—Nos dijo que se marchaba de casa, que ella no seguiría viviendo en Las Palmas porque no habría sitio donde ir en el que no hubiera estado ya con Alfredo. Que la arena de la playa de Las Canteras, que los bancos de la plaza de San Telmo, que las flores del parque Doramas, que las butacas del Pérez Galdós o del cine Cuyás o del Rex, o del Capital, y que cualquier escaparate de la calle Triana le iban a recordar a él y que así no podría vivir el resto de sus días. Nos contó que tenía solicitada una beca para marcharse a estudiar a Estados Unidos y que se la habían concedido. Mi hija llevaba uno de los mejores expedientes académicos de la Universidad y, creo que ya te lo he dicho, hablaba muy bien inglés —se enorgulleció.

—Se fue rápido entonces —supuso Sagrario.

—En una semana. Fue a no sé dónde de Las Palmas y vino con un billete para Nueva York y un montón de papeles, todos en inglés. Le hicieron un examen médico muy exhaustivo, y se nos marchó.

La mujer negó con la cabeza y repitió las últimas palabras varias veces, cada vez bajando más el tono de su voz hasta quedarse musitándola, como si rezara una oración. Después se encogió de hombros.

—Pero debió ser para bien, porque es feliz allí. Rehízo su vida. Se casó y tuvo tres hijos, y hoy es una eminente doctora en San Francisco, no sé en qué hospital, aunque me lo ha dicho muchas veces, no soy capaz de recordarlo —admitió, esbozando una nostálgica sonrisa—. Hace unos años perdió a su marido, que era de Texas, pero no se ha vuelto a casar. Vive consagrada a sus hijos y a su trabajo.

—¿La ve con frecuencia?

—La veo muy poco. A mi marido le aterraba el avión, es más, nunca se subió a uno. Siempre que íbamos a la Península, incluso para nuestra luna de miel, viajábamos en barco, que era donde se sentía feliz y seguro. Por eso nunca fuimos a visitarla aunque ella ha venido muchas veces. La última el verano pasado, que vino con Pat, el pequeño. Un chaval muy gracioso que habla el español a la perfección pero con un acento muy extraño —la mujer comenzó a sonreír de nuevo—. Estuvieron una semana y fui muy feliz.

—Yaiza, ¿tiene alguna foto de Pino y de su familia?

—Sí, en mi habitación, pero antes tengo que hacerte yo alguna pregunta. Me has dicho que querías hablar de Alfredo. ¿Por qué? ¿Quién eres y qué te trae aquí exactamente? —las preguntas de la mujer demostraban de nuevo el magnífico estado mental en el que se hallaba.

Sagrario volvió a enseñar las fotografías que tenía de Pino, las cuales no había mostrado a Yaiza pero sí a la vecina. Las miró con interés pero no con sorpresa ya que conocía todas las instantáneas. Se entretuvo especialmente en las que se veía a Alfredo vestido de militar. Seguía muy emocionada.

—Yo era la novia de Miguel, el hijo de la hermana de Alfredo. Si este viviera, habría sido mi tío político. Hablo en pasado de esa relación porque ha terminado. Yaiza, he venido a Canarias porque Elvira está muriéndose, y quiere saber algo más de Pino, de la mujer que hizo tan feliz a su hijo. Quiero verla y que me cuente algo que nunca le hayan contado: lo que hablaba con Alfredo, anécdotas, si tiene alguna foto más... cosas así. Ya sabemos que jamás podré devolverle a su hijo, pero se trata de paliar su zozobra.

—Sagrario, eres una persona muy noble. Lo que estás haciendo alguien te lo tendrá que pagar algún día, es cuestión de tiempo. Venga, ayudadme entre las dos y vamos a la habitación.

## La recaída

El doctor Viciano cumplió con su obligación moral y avisó a la hija de Elvira. Ocho horas después de haber hablado con ella por teléfono se presentaban el matrimonio Casado Amorós y Miguel por la puerta del hospital. Rogelio no podía ocultar su cansancio y Violeta su irritación.

—A ver, Andrés, ¿qué le ha sucedido a mi madre?

Aquella fue la primera pregunta que formuló al médico. Lo que incomodó al facultativo no fue el contenido de la misma sino la manera de cuestionar la situación, como si le culpabilizara por el estado en el que se hallaba Elvira.

—Violeta, tu madre se encuentra muy mal.

—¿Muy mal? Nunca nos habías dicho que se encontrara *muy mal*. Ella presumía de gozar de una magnífica salud —la contrariedad de la mujer era patente, incluso notaba que aquel hospital no era un lugar para ella, poco selecto, demasiado popular. No podía mostrarse más violenta y áspera.

—Bueno, sabes que a veces tendemos a subestimar la realidad. Elvira es una mujer muy optimista y es posible que no quisiera ver el lado negro que tienen las cosas —comentó el doctor, ya que su paciente le había prohibido trasladar a su familia su verdadera situación.

—Pero, ¿qué le pasa exactamente?

—A tu madre le suceden dos cosas, casi igual de importantes. La primera que tiene ochenta y ocho años. La segunda que a Elvira le pueden quedar semanas, difícil; o días, quizá más fácil. Tiene un corazón muy fuerte, pero el resto del cuerpo está muy deteriorado.

—¿Y Sagrario, dónde está? —preguntó, a la vez que miraba hacia todos los lados, en una batida ocular impulsiva y nerviosa.

—Sagrario se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿No estaba trabajando aquí, para ella?

Además, recibía un sueldo —miró a su hijo esperando una confirmación que no llegó.

—Se ha marchado unos días. Ha ido a Canarias.

—¿A Canarias? —Violeta pegó un chillido. Varias personas giraron la cabeza.

—Sí, eso me dijo —corroboró el doctor, asintiendo.

—¿Y se puede saber a qué ha ido a Canarias?

El médico se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí preguntar a una persona mayor de edad por qué hace las cosas —Andrés Viciana se sentía atosigado. No soportaba la violencia verbal de la hija de su paciente.

Violeta miró a su marido, que eludió sus ojos, y después a su hijo. Miguel se encontraba vacío de ideas. La mujer tomó el brazo de su esposo y se lo llevó a un aparte:

—¿A cuento de qué se habrá ido esa a Canarias?

Rogelio no estaba dispuesto a escuchar una nueva cadena de razonamientos de su mujer, ya llevaba oídas demasiadas reflexiones a lo largo de su vida, la mayoría retorcidas y notoriamente sesgadas frente a la realidad.

—No lo sé, Violeta, no sé a qué ha podido viajar Sagrario a Canarias. Y tampoco me importa. Esa persona debe desaparecer de nuestra vida. Si estaba en ella era por la relación que mantenía con nuestro hijo, exclusivamente por esa razón. Si ese noviazgo ha muerto, ha muerto también esa chica. No quiero volver a oír su nombre, no me interesa. Lo que tienes que hacer es pensar exclusivamente en Elvira. Ya has oído al doctor. Tu madre está muy mal y será difícil que regrese a Orquídea Real. Y entre tanto esté en el hospital, nosotros estaremos con ella y no necesitamos para nada a esa individuo, por tanto, *¡Adiós Sagrario!* —el odontólogo se mofó de la situación con un extraño acento en la exclamación y una despedida marcada con la mano derecha.

—Te fías demasiado, Rogelio. No se puede ser tan confiado.

—Desconfías demasiado, Violeta —replicó—. No se puede estar tan amargada.

Después de permanecer unos minutos en la sala de espera, el médico comentó que en una hora podría pasar a verla una persona.

—Violeta, creo que es mejor que entres tú —opinó el doctor Viciana.

Los tres se marcharon a la cafetería para hacer tiempo. La mujer se mantenía en silencio mientras Rogelio mordía con ganas un bocadillo de jamón. Miguel buscaba en su móvil algún SMS que no llegaba.

—¿Y tú, no sabes nada del viaje de Sagrario a Canarias?

El joven negó con la cabeza y siguió dando vueltas a la cucharilla dentro del café con leche.

—Mamá, Sagrario y yo...

—Sí, ya sé que se ha marchado. Pues mejor, que se vaya. El mundo está lleno de chicas. Ella no deja de ser una más.

Ninguno de los dos hombres respondió. Después de unos minutos de silencio, Violeta se llevó la palma de la mano a la frente con cierta violencia, como si hubiera obtenido la solución a un complicado acertijo.

—¡Ya está, ya sé a qué ha ido a Canarias!

—¿A qué, mamá? —preguntó Miguel, fatigado y hastiado con la situación y con los desafortunados comentarios de su madre.

—Ha ido a buscar a la novia aquella que tuvo mi hermano. Pino me parece que se llamaba.

—¿Y por qué va a ir a buscar a esa Pino? —indagó el marido, más movido por la curiosidad que por el interés real que tuviera en todo aquello.

—Porque es periodista y querrá saber lo que no le corresponde. Claro, ha ido a buscar a esa chica y no quiero que remueva en la historia de mi hermano. Ya te conté hace años por qué.

Rogelio la escuchó y siguió con su bocadillo.

—¿Y tú —se volvió hacia Miguel—, no tienes nada que decir?

—Mamá, es evidente que esa chica ya no tiene nada que decirme.

El joven se levantó y se dirigió de nuevo a la salita de espera, sin terminarse el café. No encontró un lugar más alejado de su madre para pasar el tiempo.

# Las fotos

Subieron las tres a la habitación de Yaiza. La estancia era muy grande y luminosa, pero desangelada y minimalista. Un lugar de paso donde los inquilinos no vivían allí muchos años, solo los que restaban hasta que perdían la conciencia o les fallaba el corazón. Aun así, la madre de Pino la había decorado con gusto, colocando varios cuadros y muchas fotos, todas ellas en marcos plateados. Tendría más de la docena, de distintos tamaños, de varias épocas y con diferentes protagonistas. También se veían varios cojines que debían ser de su propiedad, a juzgar por los bordados y trabajados que estaban, y dos plantas que alegraban y humanizaban un poco aquel lugar.

—¿Te gustan las fotos? A mí me encantan —reconoció la anciana, a la vez que se sentaba en un sillón orejero—. Si quieres, voy a irte diciendo de quiénes son.

Con paciencia, Yaiza fue detallando cada instantánea con la sonrisa dibujada en su cara, una expresión que no abandonó en muchos minutos. La vecina, como en todo momento, siguió mostrándose expectante y muy interesada por todo lo que hablaban. No en vano las visitas a su amiga estaban habitualmente teñidas de monotonía. Lo que estaba sucediendo ese día rompía la regularidad y convertía el momento en extraordinario.

Las primeras que le enseñó fueron las de sus tres nietos, dos chicas y un chico, que era el pequeño. En esa fotografía salía también el marido de Pino, un hombre con unas gafas muy grandes y un pelo abundante y muy rizado. Después le mostró una instantánea en blanco y negro de un matrimonio que paseaba por la calle agarrados del brazo:

—Estos éramos mi marido y yo, cuando ya estábamos prometidos —precisó. Después, pasó a contar cómo lo conoció, el tiempo que estuvieron de novios, el trabajo que tuvo y su dolorosa última enfermedad. La joven se

mantuvo en silencio y dejó que se explayara. Tenía que darle confianza y una de las mejores estrategias para ello era escucharla mostrando interés y que nunca se notara que este era fingido.

A continuación estuvieron comentando una foto que a Sagrario le resultó familiar.

—Esta se la hizo su padre, el día de su cumpleaños. ¿A que Pino está guapísima? —era la que también había visto en Orquídea Real, en la cual la joven vestía los pantalones rojos y el bolso azul, junto al Renault 5, aquella que le sirvió para descubrir una matrícula que se reveló como una pista definitiva.

Yaiza se quedó un rato mirándola. No se cansaba de ver aquella estremecedora imagen de su hija. Sagrario percibió que la mujer se emocionaba.

La siguiente fotografía llamó especialmente la atención a la periodista. Era Pino, de novia, con un vestido blanco un tanto anticuado para su gusto, junto a tres jóvenes que iban muy conjuntadas, completamente de rosa, tanto los zapatos como los pequeños bolsos, tocados y, por supuesto, los vestidos largos.

—Este fue el día de la boda. Lástima que no pudiéramos ir. Esas son amigas tuyas de allí, que fueron las testigos. Ya ves, todo muy americano —comentó la mujer, sin dejar de sonreír, al igual que la vecina.

Sagrario se centró en la foto de novia y la escrutó con detenimiento. Sí, realmente aquella mujer era tan guapa que parecía una modelo. No le extrañó que Alfredo se enamorara tanto de ella como le contó Elvira.

—¡Qué pena que no pudieran ir! Me imagino que fue por el miedo a volar de su marido —la anciana asintió, resignada— ¿Vinieron aquí en el viaje de bodas?

—No, se marcharon a Hawai. Parece ser que es algo muy típico allí. La mitad de los novios se van a Hawai y la otra mitad a Las Vegas —volvió a sonreír—. Aquí nos pasaba lo mismo, una gran parte de las parejas de la Península se venían aquí, a Canarias, de luna de miel. Madrid, Sevilla o Valencia deben de estar llenas de niños canarios.

La joven dejó el marco de nuevo en la mesita y respiró profundamente.

—Yaiza, Elvira vive en Almería desde hace muchos años, no sé si desde dos o tres después del fallecimiento de su hijo. Me ha pedido que le contara la verdad, y lo voy a hacer.

Sagrario detalló la situación de la madre de Alfredo y la negación de la realidad en la que vive desde entonces. Le contó que ella nunca creyó que viajara al Sáhara y uno de los argumentos en los que basaba esa afirmación eran las famosas postales.

—Igual hicimos mal —temió la anciana—. Es cierto que estábamos engañando a una familia, pero a mí se me ocurrió aquello porque supuse que esa madre sufriría mucho si en ese momento hubiera sabido que a su hijo lo destinaban a un lugar como era el Sáhara en esos días. Las noticias que nos llegaban eran de que estaban en guerra. Y no solo por lo que oyéramos en los informativos sino por lo que nos contaba la gente que viajaba allí. Las Palmas tuvo siempre mucha relación con la provincia. Ten en cuenta de que todo el comercio con el Sáhara partía de aquí. No había televisor, pastilla de jabón o coche que se vendiera en África que antes no hubiera pasado por nuestra isla. Incluso, la flota pesquera que faenaba en sus bancos era de aquí y de Lanzarote. Nuestra economía dependía en gran medida de la suerte de la provincia. Por tanto, era algo que se sabía por la calle, no necesitábamos a los periódicos que, como siempre ha pasado, nos contaban lo que querían.

—Hicieron lo que pensaron que era mejor para ella. Si ustedes ya sufrían, ¿por qué trasladar inútilmente esa angustia a otras personas? —argumentó la joven para intentar tranquilizarla y quitarle aquel peso de la conciencia que parecía soportar todavía la mujer.

También contó que su salud había empeorado y que el desenlace podía ser cuestión de días.

—Voy a decirle una locura, Yaiza. Yo sé que Alfredo está muerto y, además, que está enterrado aquí en Las Palmas —la mujer levantó las cejas. No conocía ese detalle—. Nadie va a retornarle a la vida, pero a Elvira quiero contarle cosas distintas, algo que nadie le haya contado jamás. He adquirido un compromiso personal con ella y por eso he viajado hasta Canarias. Yaiza, tengo que ver a su hija, hablar con ella, me tiene que contar muchas cosas, de Alfredo, de aquellos días que vivieron juntos y que, a la postre, fue lo más bonito que le ocurrió a aquel muchacho. Ya sé que hoy Pino lleva una vida muy distinta y que esto puede hacerle daño. Recordar no siempre es bueno pero Elvira está muy enferma y el tiempo corre en mi contra. No voy a tener muchas más oportunidades de hacer algo que ella nunca olvidará. Tiene derecho a morirse feliz y todos podemos hacer mucho por ello.

La mujer la escuchó con suma atención. Sagrario lanzó la pregunta

definitiva:

—¿Podría ir a ver a Pino?

# Los preparativos

Sagrario se alegraba de la suerte que le rondaba desde que pisó la isla. Había encontrado sin dificultad a la madre de Pino, que además había colaborado al máximo debido en parte a su extraordinario estado mental, a pesar de su edad, y había obtenido también la colaboración de la vecina. Su hijo trabajaba en una agencia de viajes de Las Palmas, y gestionó con celeridad un billete para el primer vuelo que saliera hacia San Francisco, con escala en los aeropuertos de Barajas y en el John Fitzgerald Kennedy de Nueva York. Y, por añadidura, había hablado con Almería y tenía buenas noticias. El doctor Viciano la había informado de que Elvira se mantenía estable y no se preveían cambios inmediatos en su estado.

Contaba todavía con unas horas hasta que saliera su vuelo y decidió aprovechar el tiempo visitando uno de los lugares a los que jamás acudía. No lo soportaba, pero quería ver con sus propios ojos lo que le había enseñado Violeta en fotos.

Preguntó en las oficinas del cementerio de Vegueta por la ubicación de la tumba de Alfredo Amorós Pineda, y el mustio empleado que la atendió le facilitó las coordenadas correspondientes.

En presencia, el mausoleo era mucho más espectacular que el que se apreciaba en las fotografías que le facilitó la madre de Miguel. El conjunto ya impresionaba nada más tenerlo delante. Detrás de una lápida de granito negro con el nombre del finado y sus años de nacimiento y defunción, se levantaban dos columnas con capiteles dóricos, realizadas en el mismo material, que escoltaban a un inmenso ángel de mármol blanco con las alas extendidas y las manos juntas, mirando al cielo e implorando por el alma del fallecido.

Sagrario se sentó sobre la lápida contigua y permaneció allí unos minutos intentando desgranar las emociones que llevaba vividas desde que llegó a

Orquídea Real. Si no se hubiera producido el despido, seguiría trabajando en el periódico y tendría una existencia tranquila y estable, pero gracias a aquel desgraciado golpe del destino la vida le había colocado dentro de una agitada y sinuosa espiral de experiencias que, seguro, nunca olvidaría. Pero, sobre todo, pensó en la desgraciada suerte del pobre Alfredo, en la vida que construía llena de esperanzas y de proyectos con una mujer que estaba irremisiblemente enamorada de él, y que la fatalidad de una bomba anónima y cruel destrozó para siempre, y no solo una vida, sino muchas otras vidas. Aquel artefacto truncó el equilibrio de los seres que lo rodeaban, tanto de sus padres, que ya no fueron los mismos, como de su hermana, que cargó con el peso de una conciencia que la trastornó y la convirtió, todavía más, en un ser tirano y nocivo para su entorno.

Y también truncó los días de Pino, de aquella estudiante tan ilusionada que cambió su vida por completo, alejándose, huyendo más bien, de su querida isla para olvidar aquello que, seguro, su mente nunca desterró por completo. No siempre los kilómetros acaban con las ansiedades. A veces, estas se incrementan con la distancia y las convierten en obsesiones insuperables y corrosivas.

Sagrario temía que, tal y como había pasado en Las Palmas, su presencia y su embajada en Estados Unidos reabrieran las heridas más profundas de alguien que vivía una existencia nueva y, supuso, equilibrada. Yaiza le había facilitado la dirección de la vivienda en Fulton Street 923, en la ciudad de San Francisco, y el nombre del hospital donde trabajaba Pino, en el vecino Sausalito.

—Adiós Alfredo —se oyó decir a sí misma, a la vez que se levantaba despacio y con respeto para abandonar el camposanto—. Sé que tu cuerpo está aquí, pero jamás te marchaste del alma de tu madre. Si fuera creyente, diría que pronto te reunirás con Elvira, por siempre, para siempre.

## 12 de octubre de 1975

Ruperto Amorós era un muerto errante. Después de darle la noticia del fallecimiento de su hijo, le pidieron que tenía que reconocer el cuerpo ya que era preceptivo que un familiar allegado testificara la identidad para continuar con los trámites legales. Le ofrecieron todas las facilidades y lo transportaron en un vehículo militar a la base aérea de Getafe, donde un Aviocar del Ejército del Aire lo trasladó en tres horas y media a la base de Gando, en la isla de Gran Canaria.

Nada más aterrizar, alguien de uniforme se acercó a recibirlo a la escalerilla del avión:

—Buenos días, don Ruperto. Mi nombre es Carlos Junquera, y soy capitán de Infantería. Lo primero que quiero transmitirle es nuestro hondo pesar por el fallecimiento de su hijo en acto de servicio. Le ruego acepte el más sentido pésame en nombre del Ejército español.

Ruperto ni lo escuchó. Parecía un títere pálido y sin voluntad. Los músculos de su cara se habían atenazado ofreciendo una suerte de parálisis provocada por la tensión de las últimas horas.

Lo condujeron en un coche hasta un hangar apartado y discreto donde dispusieron una habitación que no mostraba signos externos de ser utilizada como morgue.

El hombre se dejó guiar hasta el lugar donde estaba su hijo y notó que las piernas no lo sostenían cuando tuvo delante de sí un féretro de madera de pino, muy claro y brillante, recién barnizado, con una cruz dorada en la tapa sobre la que destacaba un Cristo yacente metálico. Estaba cerrado. En la estancia también había otros dos oficiales que no fueron presentados por el que hacía de anfitrión.

—Don Ruperto, déjeme primero que le cuente qué ha sucedido en el Sáhara. ¿Quiere sentarse? ¿Le apetece un vaso de agua?

Junquera relató que el alférez Amorós había sido objeto de un brutal e infame atentado con bomba-lapa que habían adherido a los bajos del vehículo

que habitualmente utilizaba. Le contó también que la acción criminal había sido realizada de madrugada cuando se disponía a prestar un servicio especial en compañía de una importante autoridad de la provincia.

—¿Quién? —preguntó Ruperto, en la primera palabra que pronunciaba desde que se había bajado del avión— ¿Quién fue?

El capitán miró a los dos tenientes y se alegró secretamente de que el hombre hablara. Era el primer paso para conseguir la mínima comunicación que deseaba mantener con él.

—No lo sabemos todavía, señor Amorós. La autoría del salvaje acto terrorista se está investigando por parte de una comisión creada al efecto por el general Gómez de Salazar —mintió, con la naturalidad habitual—, ya que no ha sido reivindicada todavía. Pensamos que es obra del Frente Polisario. Esta gente tiene una idea equivocada de lo que está realizando el gobierno español por ellos, y piensan que van a obtener su libertad por la vía de la lucha armada cuando España está preparando un referéndum que, si lo desean, les concederá la identidad de país independiente siguiendo el mandato de las Naciones Unidas y con reconocimiento internacional. Es un asunto que permanece bajo el secreto del sumario abierto por la jurisdicción militar competente y no está cerrada ninguna línea de investigación. Se está estudiando la filiación de varios soldados destinados en El Aaiún procedentes de Las Vascongadas, por si la organización ETA pudiera estar también implicada. El Estado español no escatimará medios para poner ante la Justicia a los autores de este cruel asesinato.

Después le informó de que se había acordado desde el Gobierno mantener en secreto este atentado para no enturbiar más aún la compleja situación política y militar en la provincia.

—Su hijo, como topógrafo, colaboró en el reforzamiento de la frontera ante una eventual invasión de Marruecos. Como ve, la situación del Ejército en el Sáhara es muy complicada. No hemos conocido un escenario peor desde la Guerra Civil.

—Entonces, la muerte de mi hijo va a quedar en el anonimato —extrajo en conclusión el padre de Alfredo.

Junquera miró de nuevo a los otros dos oficiales, que se mantenían en silencio, y respiró profundamente.

—Don Ruperto, el Ejército nos pide sacrificios, sacrificios en la vida, y también sacrificios en estos momentos —el capitán del Alto Estado Mayor

medía cada palabra que pronunciaba y evitaba enunciar aquellas que pudieran causar especial dolor.

El hombre probó un sorbo del agua que le habían llevado y asintió, con la vista clavada en el ataúd, de donde no la había apartado en ningún momento.

—Estoy autorizado a informarle de que el Ministro ha aprobado una indemnización muy superior a la estipulada en estos casos, en atención al empleo de alférez que ocupaba su hijo, aunque sabemos que no hay dinero en el mundo capaz de paliar el dolor que están padeciendo usted y su familia.

Uno de los dos oficiales se levantó y facilitó a Junquera una carpeta.

—Aquí tiene el documento que ha de firmar, y en el que presta conformidad a la identidad del fallecido con el reconocimiento visual del cuerpo. No obstante, quiero advertirle de algo —el capitán guardó un medido silencio—. El cadáver de su hijo quedó muy desfigurado por la explosión y el consiguiente fuego posterior. Solo quiero anticipárselo. Existe una alternativa, porque nos ponemos en su lugar, de que prefiera firmar sin necesidad de abrir el féretro.

Los tres oficiales del *Alto* miraban a Ruperto, que se mantenía inmutable, con un suspense que se volvía enloquecedor. Nadie podía intuir cuál sería la reacción de aquella persona en la décima de segundo siguiente.

El hombre dejó la carpeta en la silla vacía que tenía a su lado y se levantó:

—Ábranla.

Con suavidad, el capitán Junquera trató otra vez de disuadirle de sus intenciones.

—Don Ruperto, me permito proponerle de nuevo la posibilidad que le he apuntado hace unos instantes. La explosión fue brutal, y el vehículo estuvo en llamas durante muchos minutos —el padre continuaba de pie, firme como un roble, al lado del féretro el cual acariciaba con suavidad con las yemas de los dedos de su mano izquierda—. Quizá sería más aconsejable que mantenga otra imagen de su hijo, la que tiene de él, no la actual. Es posible que si levantamos la tapa se lleve una impresión de la que no se va a recuperar en la vida. Por lo que sabemos, tiene usted una mujer y una hija a las que tiene que dedicar a partir de ahora la totalidad de su cariño. Piénselo, de verdad.

—¡Ábranla! —elevó el tono de voz. Ante la pasividad del oficial, Ruperto se volvió y clavó sus vengativos ojos en los huidizos de Junquera.

Los dos oficiales que se habían mantenido en silencio se miraron y se pusieron en pie para cumplir la orden que Junquera les acababa de cursar con

un movimiento de cabeza. Un instante antes de que abrieran la tapa, uno de ellos se acercó a los interruptores de la luz y apagó dos de las tres secciones que iluminaban la estancia, la cual quedó hundida en una suave penumbra que el padre agradeció.

Ruperto permaneció varios minutos delante del ataúd, en posición de firmes, con los brazos caídos, hacia la espalda, y las manos entrelazadas. Se santiguó despacio y se volvió hacia los tres militares.

Firmó todos los papeles que le pusieron delante y pidió que lo retornaran lo antes posible a Madrid.

—Como ha dicho usted hace unos minutos, tengo allí una mujer y una hija que me necesitan.

Uno de los tenientes le facilitó la enorme bolsa de deportes verde que ellos mismos le habían comprado a Alfredo antes de marcharse a Canarias.

—Tenga. Estos son los objetos personales de su hijo.

Ruperto no dio las gracias y abandonó la estancia sin dirigir la mirada a nadie.

## 29 de octubre de 1975

Fata sentía que no era la misma persona. Había perdido lo más anhelado que podía quedarle: las ganas de luchar. Se veía sin fuerzas. Solo quería quedarse en su casa, acariciar a sus hijos y tomar el té que le preparaba su mujer con una pequeña hoguera que había improvisado en el patio y a la luz de unas velas, ya que los apagones habían regresado a los barrios musulmanes. Un té que, quizá muy pronto, hasta se lo acabarían quitando.

Los acontecimientos estaban sucediéndose a una atropellada velocidad, y no había jornada en la que no se hablara de algo nuevo, y no solo por lo que estaba ocurriendo en El Aaiún. El día anterior el Gobernador había decretado el Estado de Sitio y el Toque de Queda para toda la población civil desde las seis y media de la tarde hasta las siete de la mañana. Eso quería decir que, en ese lapso, nadie podía salir a la calle salvo que portara un permiso especial, y los vehículos tenían que circular a veinte kilómetros por hora y con la luz interior encendida. Los legionarios y también soldados de reemplazo aislaron con alambradas los barrios musulmanes de la ciudad, como el suyo o el del cementerio. Sentía que los trataban como animales que precisan ser estabulados para que no puedan abalanzarse sobre sus pastores, o como leprosos contagiosos esperando la muerte lenta y despiadada con que castiga el olvido.

Durante el día la situación no cambiaba mucho. Los legionarios se empleaban con dureza contra todos los nativos, que eran parados, identificados y cacheados casi en cada esquina. Para un autóctono, recorrer una pequeña parte de la ciudad se convertía en un calvario de humillaciones cuando no de brutalidades físicas. El diario La Realidad había suspendido su publicación y los saharauis de las Tropas Nómadas y de la Policía Territorial habían sido desarmados y licenciados. El Ejército no se fiaba de la población nativa y aquella fue la mayor muestra del alejamiento que se había producido entre las dos comunidades, ya claramente enfrentadas entre sí desde mucho tiempo atrás. Los comercios se quedaron sin comestibles que vender y se

hacía muy difícil encontrar algo para alimentar a la familia en unas calles donde la inquietante presencia de los tanques imponía su indiscutible y aterradora autoridad. También prohibieron la venta de gasolina a los saharauis para impedir su movilidad. Fata llegó a la conclusión de que no los encarcelaban a todos porque no había celdas suficientes en todo el Sáhara, pero aquello era vivir una situación muy similar a la de permanecer en un inmenso presidio del cual no podían huir, como si les hubieran acoplado unas enormes pesas a los tobillos o, peor todavía, inmovilizado con grilletes encadenándolos a las puertas de sus casas.

Las noticias que llegaban allende los límites de la ciudad no vaticinaban nada positivo para su pueblo. La frontera estaba protegida por unas minas inexistentes y el Ejército realizaba unas labores de protección en las que nadie confiaba. A juzgar por lo sucedido con las minas antipersonas, ningún saharauí podía asegurar que todo el despliegue militar no fuera más que un inmenso plató cinematográfico construido en cartón-piedra con un acabado muy bien logrado.

En Tarfaya estaba concentrándose un colosal contingente de marroquíes llegados desde todas las partes del país que ya alcanzaban las varias decenas de miles de personas, gentes desocupadas o sin actividad conocida que habían seguido las órdenes de Hassan que no solo era su rey, sino también su líder religioso. Por tanto, no se desplazaban porque se lo pidiera la máxima autoridad política y militar de su país sino porque así se lo ordenaba directamente Alá, cuyas palabras escuchaban a través de los labios del monarca alauí. Aquella concentración, a la que ya se conocía periodísticamente como *Marcha Verde*, contaba con el apoyo norteamericano, tal y como pudieron corroborar los hombres del Polisario infiltrados en Marruecos. Incluso muchos manifestantes marroquíes portaban, junto a la enseña nacional, la bandera de las barras y estrellas.

—Nos han engañado —repetía una y otra vez Fata—, mientras miraba desconcertado a su mujer.

La semana anterior el ministro José Solís había viajado a Marrakech en lo que se había interpretado por los saharauis como el inicio de una pública declaración del deseo de iniciar una negociación bilateral por parte de España, en contra de las resoluciones de las Naciones Unidas, que siempre habían abogado por exponer y tratar la situación colonial en el marco de la Asamblea General. Dos días después fue Ahmed Laraki quien visitó Madrid

dentro del marco de unas negociaciones realizadas a espaldas de su pueblo.

—Están repartiéndose nuestro país, Nizam. Mañana seguirán arrancando nuestra riqueza para enviarla muy lejos de donde vivieron nuestros antepasados. No sé cómo hemos estado tan ciegos. Marruecos jamás iba a consentir que nos independizáramos, y España, que acabaría marchándose de aquí, no iba a ser capaz de ceder a las presiones de las Naciones Unidas. Además, los Estados Unidos y la OTAN, con Francia a la cabeza, tienen mucho interés porque aquí no se cree un país tutelado por Argelia. Alguna vez lo hablé con Hakim, pero no me creyó —recordó, completamente abatido—. Las ayudas que nos dieron, como las banderas y las pancartas para recibir a la comisión de las Naciones Unidas, o el explosivo para la cinta transportadora, fueron maniobras dirigidas para incomodar todavía más a los españoles y que estos, al final, sirvieran el Sáhara a Marruecos en bandeja de plata. Nos han utilizado —sentenció, a punto de llorar.

—He oído que el Tribunal de La Haya les ha dado la razón —se atrevió a comentar la mujer.

—No, no te equivoques. He leído periódicos españoles y dicen que Hassan ha interpretado el dictamen como le ha dado la gana, tergiversando su significado real. El Sáhara Occidental nunca fue de ellos, como han asegurado desde Holanda, pero él ha engañado a su pueblo. Además, les engaña no en su nombre, sino en nombre de Alá ya que en todas sus alocuciones siempre introduce frases del Corán que vienen a colación. Está muy bien asesorado. Ese hombre es lo peor que nos ha pasado. Asimismo, Franco está muriéndose, si no se ha muerto ya. Igual, si hubiera estado él con otra salud, con otros años...

—Es posible que sea por eso por lo que Hassan ha organizado la Marcha Verde —quiso la mujer extraer en consecuencia.

—No lo sé, no creo. Mucho dinero ha invertido aquí el Estado español y, de momento, poco ha sacado. Nosotros hemos tratado de impedirlo para mantener al máximo nuestra riqueza. Hay quien dice que suponen unas reservas de diez mil millones de toneladas. Además, y como le pasa al petróleo, su precio está al alza. Cada vez hay más habitantes en el planeta y los fertilizantes son necesarios, incluso imprescindibles, para los cultivos. Esa ha sido la verdadera razón por la que los marroquíes están aquí, por los malditos fosfatos. Junto a los de Casablanca, Safi y Máscalas, con los de Bu Craa se consolidarán como el primer país exportador del planeta. Tendrán el

monopolio del producto junto a los Estados Unidos de Norteamérica y a la Unión Soviética. Y también está la pesca, aunque eso es más difícil de cuantificar para nosotros puesto que lo que opera aquí es la flota canaria.

—¿Y los cascos azules? ¿No van a mandar las Naciones Unidas a los cascos azules para supervisar el referéndum si España se va? Lo he oído en la radio.

El hombre abrazó a su esposa que lo sostuvo en silencio, cualidad que era considerada como una virtud para la mujer saharauí.

—Dudo mucho que, de verdad, fueran a consentir que nos independicemos algún día. Las Naciones Unidas mirarán hacia otro sitio. Seguro. Hay demasiados intereses en Nueva York como para pensar en nuestro pueblo. Te recuerdo que Estados Unidos tiene derecho de veto en el Consejo de Seguridad del cual es miembro permanente.

Fata apuró el té y suspiró.

—Creo que esto es una obra de teatro, y nosotros somos el personaje desgraciado, ese que, en la escena final, acaba muriendo entre los aplausos de los espectadores mientras baja el telón.

# The house

Dos escalas, cuatro aeropuertos visitados en otros tantos husos horarios distintos, y un destino que aguardaba a Sagrario como si fuera una anhelada playa después de una eterna travesía a nado, donde sintió en algunas ocasiones que las fuerzas iban a fallarle irremisiblemente quedando atornillada al sillón de cualquier sala de embarque. Ya no anhelaba ni siquiera una cama, sino que su cuerpo solo pedía un lugar tranquilo y silencioso donde poder dar una cabezada de un par de horas.

Por eso lo primero que hizo cuando llegó al aeropuerto de San Francisco fue pedir al taxista que la llevara al hotel, situado en la parte alta de la ciudad, cerca del Ayuntamiento y a diez minutos de la vivienda de Pino, por lo que había calculado gracias a Internet. No quería presentarse ante ella sin haber descansado porque, en ese estado, no podría ni razonar. Llamó a España y habló con el doctor Viciano. Este le contó que Elvira proseguía ingresada en el hospital, en estado estacionario, y que Violeta había exigido que la trasladaran a Orquídea Real. Él, como médico, no podía oponerse siempre que estuviera bien atendida y asistida por un equipo de enfermería todas las horas del día. La informó de que el traslado se realizaría esa misma tarde en ambulancia y bajo su supervisión.

En el taxi también recibió una llamada, un telefonazo imprevisto y por tanto engorroso. Miró la pantalla. Era Miguel. Aunque en un primer momento quiso interesarse por ella, a los treinta segundos Sagrario supo que el objetivo real de la llamada era conocer sus movimientos.

—Estoy haciendo lo que me dicta la conciencia —le explicó, intentado que sus palabras no traslucieran animadversión hacia el muchacho. Lo consideraba una víctima más de su madre. Pero no albergaba dudas sobre el futuro de su relación, y así se lo transmitió en una contundente declaración—: Miguel, mi

vida ya es solo mi vida.

—Pero estás removiendo en la historia de mi familia. ¿Con qué autoridad lo haces? ¿Qué derecho crees que tienes como para meter las narices en nuestras cosas?

—Lo hago porque estoy cumpliendo el deseo de una amiga, no tengo ningún interés en rebuscar en vuestra familia. Todo lo relacionado contigo me resulta indiferente. Solo quiero contarle a Elvira cosas nuevas —pensó decirle que ella hacía lo que ellos deberían haber hecho hacía décadas.

—¿Hablas de mi abuela como de tu amiga?

—Sí, de tu abuela, de mi amiga Elvira.

—Eso es algo que te has inventado tú. No hay testigos de ese mandato que te has sacado de la manga.

Sagrario sabía que estaba hablando con Violeta pero con la voz de su hijo. Se imaginaba la situación, como si estuviera asistiendo a un teatro de variedades donde sale al escenario un muñeco histriónico con un ventrílocuo detrás, muy sonriente y con la boca entreabierta, haciendo esfuerzos para que no se noten los sonidos guturales que otorgan a la marioneta una voz y una personalidad tan falsas como patéticas en ocasiones.

—No te preocupes, Miguel, que dentro de poco voy a terminar. Estoy en Estados Unidos donde voy a entrevistarme con alguien.

—¿En Estados Unidos? Pero, ¿con qué derecho...

Sagrario pulsó el botón rojo del móvil y bloqueó el número de Miguel. Los de Rogelio y Violeta nunca los tuvo y solo mantuvo el del doctor Viciano. Quedaba unida por tanto con Orquídea Real solo a través del teléfono del médico.

Con lo que no contaba la joven era con que iba a meterse en la cama a las cinco de la tarde y que sus ojos se volverían a abrir a las diez de la mañana. Se levantó alterada y con la sensación de haber perdido el tiempo. Quiso creer que el problema era que no había puesto el reloj en hora pero comprobó, con la televisión de la habitación y con su recuerdo, que lo había actualizado en la escala de Nueva York, por lo que terminó admitiendo que había dormido diecisiete horas seguidas. Nunca antes le había sucedido algo así.

Pidió al recepcionista del hotel que le confirmara la dirección que buscaba y este le facilitó un plano de la ciudad en el cual marcó la ruta que debía

seguir.

Sagrario solamente había visitado la costa Este de los Estados Unidos. Conocía Nueva York, Boston y Filadelfia, pero la costa Oeste se abría ante ella como un mundo por explorar... aunque sabía que tendría que ser en otra ocasión. Ahora no iba a poder visitar la prisión de Alcatraz ni encontraría tiempo para pasear a bordo de sus famosos tranvías. Recorrer la tortuosa calle Lombard o el variopinto Chinatown no entraba dentro de sus planes próximos. «Tiempo tendrás, Sagrario, tiempo tendrás. Eres muy joven», se consoló, mientras caminaba por Turk Street.

Llegó al 923 de Fulton Street y se detuvo unos instantes admirando la fachada. Era realmente hermosa. Se trataba de una edificación unifamiliar de madera, por lo menos aparentemente, de tres alturas más un remate abuhardillado que le otorgaba un envidiable aire acogedor. Las ventanas con sus visillos blancos, la escalinata de entrada con su barandilla de pilares torneados y su escalera lateral metálica de emergencia formaban un conjunto armónico de una singular belleza. Con decisión llamó al timbre y esperó. En unos segundos abrió la puerta un joven de unos veinte años, moreno, vestido con una camiseta del equipo de baloncesto de los Warriors y con unos vaqueros muy anchos y desgastados. Le sorprendió que llevara puesta la gorra, a pesar de estar en un interior. Todo aquello no le pudo resultar más americano. Parecía que aquel joven había salido de un anuncio promocional del país. Se sintió atraída por sus ojos, que eran una traslación de los ojos de Pino.

Sorpresivamente, no fue la recién llegada la primera persona que habló, sino el anfitrión:

—¿Sagrario? —preguntó, con un acento híbrido entre canario y norteamericano.

—Sí, soy yo. ¿Es esta la casa de Pino Ramos?

—Soy el hijo pequeño de Pino, me llamo Pat. Mi abuela nos mandó un correo electrónico a través del hijo de su vecina, en Las Palmas, anunciándonos tu llegada. Mi madre calculó que llegarías ayer por la tarde, incluso telefoneó al aeropuerto para enterarse. ¿Estás bien? ¿Ha habido algún problema? Tienes cara cansada.

—Sí, estoy bien. Es que tuve un problema... bueno, más que un problema... —vaciló.

—Ese problema se llama *Jet Lag*, ¿no? —sonrió, con cierta malicia—. No

te preocupes, le pasa a todos los viajeros que vienen desde Europa. A nosotros también nos pasa cuando vamos allá. Yo mismo lo padecí el verano pasado, cuando viajé con mi madre a Las Palmas. Mi madre tiene mucho interés en verte. ¿Quieres pasar?

Sagrario accedió a la vivienda y se sorprendió de su amplitud y decoración, con un toque de principios del siglo pasado que le encantó.

—Ven a la cocina. ¿Quieres un café, una Coca Cola?

La joven sonrió con el segundo ofrecimiento.

—Si tienes un vaso de agua, te lo agradecería.

—Aquí bebemos poca agua. En los restaurantes el agua mineral es más cara que la Coca Cola y nadie la pide, pero nosotros siempre tenemos en casa. Mi madre no bebe otra cosa.

La cocina, tal y como había visto en el recibidor y también por lo poco que intuyó del salón, cuya puerta estaba abierta, era una pieza de grandes proporciones donde todo poseía una dimensión superior a las conocidas por ella: el horno, la placa, la nevera de doble puerta... Se sentó en un taburete y dio un trago mientras que el joven la curioseaba con cierta indiscreción. La periodista sintió que la escrutaban como si fuera una extraña pieza de museo.

—Tienes un nombre muy inusual aquí. En España la mayoría de las mujeres os llamáis como vírgenes. Mi madre, por ejemplo; y tú también.

—Costumbres —se limitó a responder—. ¿Puedo ver a tu madre? —. Sagrario no había viajado hasta un lugar tan lejano para perder el tiempo en banalidades.

—Mi madre está en el hospital, trabajando. Me pidió que si llegabas por la mañana te llevara allí, ya que hoy no tiene operaciones programadas y podrá atenderte con tranquilidad. Si no, puedes esperarla en casa. Sale a las cinco y tarda poco más de media hora en venir.

—Si podemos ir ya, lo prefiero.

—¡Claro! Voy sacando el coche.

# The Hospital

El coche de Pat era un Ford Mustang rojo que a Sagrario le pareció enorme e impropio para una persona tan joven.

—Me encantan los coches antiguos —reconoció el conductor, mientras el vehículo recorría la concurrida 101—. Este me lo compré al entrar en Berkeley. Estudio finanzas y quiero trabajar de *Business Developer*. Me has pillado de vacaciones. Todavía me quedan diez días —contó con satisfacción.

La periodista escudriñaba todo lo que aparecía delante de sus ojos, que era un conjunto de estímulos imposibles de retener en tan poco tiempo. Le habría encantado haber ido tomando fotos para perpetuar aquellas vistas, pero no quería ofrecer una imagen lúdica que no se correspondía con la realidad de su viaje, ni tampoco de su ánimo. Ni siquiera ante un joven como Pat. Aun así, se fijó especialmente en la lejana isla de Alcatraz que, emergiendo a través de la bruma por el centro de la ensenada, sabía que se convertía en el objetivo permanente de todas las miradas y de la totalidad de las cámaras fotográficas.

Lo que no pudo evitar fue emocionarse cuando vio que la carretera terminaba de bordear la bahía y que, de forma irremisible, cruzaría el archifamoso Golden Gate.

—Tenemos suerte —comentó Pat—. Ahora no hay niebla. A primera hora de la mañana o por la noche suele bajar y no se ve nada.

Sagrario mantuvo silencio mientras recorría uno de los puentes más afamados del mundo.

Diez minutos después de atravesarlo llegaron al plácido y recogido Sausalito, y de ahí al Prima Medical Group, una edificación muy moderna diametralmente alejada de la idea que Sagrario tenía de un centro médico español. Sin parangón con los grandes hospitales de numerosas plantas y con un aspecto similar al de una inmensa y blanca caja de cerillas, el lugar al que Pat la conducía se parecía más bien a la sede de una universidad o de un

centro de investigaciones. Con unos tejados grises de fuerte pendiente, la construcción estaba llena de ventanales que ofrecían una visión muy estética y plácida del enclave, lleno de vegetación y tranquilidad.

Aparcaron en una de las plazas exteriores y se encaminaron hacia el vestíbulo principal.

—¡Vamos! Voy a ir llamando a mi madre, para que sepa que ya estamos aquí —propuso, a la vez que cerraba las puertas del coche.

Tomó el móvil y mantuvo una breve conversación, en español.

—Me dice que vayamos a la cafetería, que baja en diez minutos.

Esa espera a Sagrario se le hizo eterna, aunque le hacía gracia lo que contaba Pat. En el trayecto había hablado de la universidad, de la vida en una ciudad con tantas cuevas... A ella, como buena periodista que se consideraba, le hubiera gustado preguntarle sobre su vida personal y su relación con su madre. De quién era hijo, cómo era su padre, si su madre se acordaba de España, de su abuela Yaiza y, por supuesto, lo que más le gustaría preguntarle era si le decía algo el nombre de Alfredo.

Cerró los ojos y pidió perdón a todos los Santos del martirologio, incluso a sus padres por lo que iba a hacer, que no era otra cosa que una invasión armada en la intimidad de la persona que tenía delante, pero no pudo resistirse:

—¿Y Alfredo?

—¿Alfredo, quién es Alfredo? —Pat, se mostró extrañado, intentando hacer memoria.

—¿No te dice nada ese nombre?

El joven volvió a tomarse unos segundos para responder, negó con la cabeza, se encogió de hombros y confirmó con la palabra.

—No era nada, solo una curiosidad —Sagrario trató de restar importancia a la pregunta e intentó que no se notara la decepción que acababa de sentir por la respuesta del joven. Parecía sincera. No tenía sentido alguno pensar lo contrario.

En ese instante apareció por su espalda alguien que provocó que Pat se levantara. Por imitación, ella hizo lo mismo.

—Mamá, esta es Sagrario.

Se volvió y no pudo reprimir un sobresalto. Comparándola con la joven que sonreía junto al Renault 5, se encontró con que la persona que tenía delante se diferenciaba muy poco de la que posó para aquella fotografía. Las

más de tres décadas transcurridas solo habían otorgado a Pino un aire maduro muy atractivo sin perder ni un adarme de la ineludible belleza que formaba parte de su ser, con la misma naturalidad que un pavo real posee un bello plumaje o que un águila esgrime un vuelo majestuoso y solemne. Así era Pino, sublime, encantadora. Solo unas pequeñas arrugas en las proximidades de los ojos y quizá algún kilo de más evidenciaban que habían pasado más de treinta años entre la foto y el presente. Llevaba una bata blanca desabotonada, por donde asomaba una camisa verde manzana. Completaba el conjunto unos pantalones negros y un fonendoscopio colgando del cuello.

Se dieron la mano.

—¿Sagrario? No te imaginaba así —confesó la doctora Ramos, tal y como figuraba en la tarjeta de identificación que llevaba prendida del bolsillo superior izquierdo de su bata.

—Pues sí, soy Sagrario. Me alegro mucho de verte.

—Y yo también, no puedes imaginártelo. El correo electrónico de mi madre era tan breve y enigmático —a la vez que pronunciaba la última palabra, marcó con los dedos índice y anular de ambas manos el gesto de poner comillas— que tuve que llamarla. Y fue cuando me contó tu visita al asilo. ¿Qué tal la viste? No voy desde el verano pasado, aunque hablo con ella con mucha frecuencia.

—Me encontré con una persona con una gran memoria y que parece gozar de muy buena salud, por lo menos en apariencia. Además, es una mujer estupenda. Pasé con ella un rato encantador.

—Sí, lo sé. A pesar de la distancia, estoy en contacto continuo ella. Hablo habitualmente con el médico del asilo y me mantiene al día. Hasta se me ocurrió la idea de traérmela aquí, a Estados Unidos, pero ella no quiere abandonar su isla. Dice que allí nació y que allí quiere que la entierremos —la doctora se encogió de hombros mientras sonrió—. Ya sabes, cosas de mayores.

—Mamá, yo me voy. He visto que has traído el coche.

El joven se despidió y las dos lo vieron marchar.

—Este es el pequeño y el único chico —aclaró—. Tengo dos hijas algo mayores que él.

—Lo sé. Guapísimas, por cierto. Tu madre me enseñó las fotos. ¿Qué años tienen?

—Samantha tiene veintiocho años y Madison veintiséis —Sagrario echó

cuentas rápidas y comprobó que la mayor había nacido en el año 1980 o 1979, como pronto.

—¡Siéntate, mi niña!, tienes que contarme muchas cosas. ¿Cómo está Elvira?

Sagrario sintió aquella pregunta como si hubiera escuchado un bocinazo en un sueño, una sorpresa a destiempo que te levanta de la silla despertándote súbitamente de un plácido descanso.

—¿Elvira, la madre de Alfredo? —la taranconera se quedó incrédula.

—Sí, claro, la madre de Alfredo. Creo que la mujer está muy mal.

—Elvira está muriéndose.

El rostro de Pino acusó la afirmación de Sagrario. La doctora le agarró la mano.

—¿Qué estás diciendo, mi niña! No sabía que estuviera tan mal. Claro, tiene ochenta y ocho años. Pero, ¿estás hablándome de que le puede quedar muy poco tiempo?

La joven asintió sorprendida de que supiera con exactitud los años que tenía ahora la que pudo ser su suegra. Teóricamente habían pasado treinta y tres años desde que dejó de tener relación con Elvira, si es que alguna vez la llegó a tener. Además, «¿por qué sabía que vivía y que estaba mal de salud?», se preguntó. No se conformó con quedarse con la duda e inquirió a la doctora Ramos.

—Es una historia muy larga. Tenemos que hablar, y bastante. Por Violeta no te pregunto porque sé que ese bicho sigue bien viva y haciendo de las suyas. Hay cosas que no cambian... —negó con la cabeza.

Miró el reloj y comprobó que eran las once y media de la mañana.

—Aquí se come muy pronto respecto a España. Eso fue una de las cosas a las que más me costó acostumbrarme cuando vine aquí, incluso siendo de Canarias, donde todo es *una hora menos* —rememoró una cierta nostalgia—. Hago demasiadas horas extras en este hospital y voy a realizar una gestión. Es posible que comamos juntas y que luego no tenga que volver. Nos tenemos que contar muchas cosas.

Se despidió y quedó en regresar cuarenta y cinco minutos después. Sagrario se encontraba ya eufórica. Ahora sí tenía algo nuevo que contar a Elvira. Había estado con Pino, con el gran amor de su hijo, con aquella que le hubiera dado nietos, otros nietos, con aquella que hubiera hecho que un día se vistiera de madrina para acompañar al altar a su primogénito. Estaba con Pino

Ramos, la mujer que alegró los últimos meses de vida de quien siempre sería su niño.

Mató la espera paseando por los cuidados jardines del hospital que tenían una magnífica vista sobre la lejana bahía de San Francisco, la cual se encontraba moteada de pequeñas embarcaciones que entraban y salían de una de las radas más renombradas en los atlas. A lo lejos se apreciaba con claridad la recortada figura del Golden Gate y volvió a quedarse fascinada con el paisaje.

Tal y como le había adelantado, Pino llegó al punto de encuentro a las doce y media, muy sonriente.

—¡Arreglado! Tenemos todo el día para nosotras. ¡No sé si será suficiente!

La anfitriona la llevó a comer a un restaurante de los muchos que había en Fisherman's Wharf, donde tomaron un bocadillo de pan de masa agria con gambas cocidas frías que no gustó demasiado a Sagrario, acompañado de una Coca Cola. Durante el almuerzo comentaron asuntos intrascendentes, tanto de España como de la vida en Estados Unidos, hasta que Sagrario pidió que le contara cosas que luego pudiera trasladar a Elvira.

Para situar a la doctora, la periodista intentó reconstruir toda la información que le habían suministrado. Le habló de lo que Violeta le contó, de la explosión del coche donde se encontraba Alfredo y del cementerio que ella misma visitó.

—¡No me digas que también has estado en el cementerio! Es impresionante el mausoleo que mandó construir Ruperto. ¡Pobre hombre! Yo estuve una vez allí, hace muchos años. Sigue mi niña, por favor, que te he interrumpido.

Le siguió hablando de las postales y también de las tarjetas de felicitación de Navidad —Pino sonrió, con cierta nostalgia.

—Elvira dice que su hijo no ha muerto, que lo siente vivo, y me ha pedido que lo busque. Había tanta pena y angustia en sus ojos que, aunque la relación con su nieto ha terminado, no he querido eludir esa responsabilidad, y hasta aquí he venido. Creo que buscando un fantasma.

Pino sonrió de nuevo.

—Si te parece bien, ahora vamos a marcharnos al parque Lafayette, uno de los más tranquilos de San Francisco, y allí te cuento yo. Hasta ahora solo has hablado tú.

Veinte minutos después, y acomodadas en un amplio banco de madera bajo la sombra, las dos mujeres se encontraban con el confort necesario; la una para hablar, la otra para escuchar una increíble historia, un relato que daría, por sí solo, para escribir un libro o filmar una película. O ambas cosas.

—Sagrario, los hechos se contaron de una determinada manera, pero no sucedieron así. Lo primero que tienes tú que saber es toda la verdad —comenzó diciendo Pino—. Escúchame, por favor.

# 11 de octubre de 1975

Aunque se había puesto el despertador, y también había avisado al Cuerpo de Guardia para que lo llamaran, desde antes de las cuatro de la madrugada Alfredo ya se encontraba despierto y despejado. Intentó tranquilizarse y optó por darse una ducha, asearse con cuidado y pensar, sobre todo eso, pensar en que quedaban horas para reencontrarse con Pino.

A las cinco menos cuarto de la madrugada se ajustó los cordones de las botas, se abrochó el cinturón, se miró al espejo y se repasó con un peine. Al salir, el centinela lo saludó y él correspondió.

La avenida de los Tercios era, a esa hora, un sitio inhóspito. No circulaba ningún vehículo y tampoco pasaba nadie por la calle. Hacía frío o por lo menos se lo parecía a Alfredo. Llegó a la plaza del Pilar y siguió andando a buen paso por la avenida de la Marina hasta la calle donde se encontraba la Autoescuela. Nada más doblar la esquina se tranquilizó al ver el Seat 124 blanco que le había indicado Gómez de Salazar. Inició la pequeña ascensión hacia el lugar de la cita.

Según iba aproximándose le pareció ver que en el asiento del conductor había alguien. Se inquietó. No era eso lo que le había indicado el general. Miró hacia todos los lados y sintió un inesperado escalofrío. Se empezó a encontrar incómodo. Continuó dando pasos, cada vez más lentos y cautelosos. El conductor, vestido con ropa militar, se mostraba inerte y con los brazos caídos sin apoyar las manos en el volante. También le pareció distinguir que se hallaba ligeramente ladeado, como si no fuera capaz de mantener la verticalidad de su tronco. Intentó distinguir su cara pero las duras sombras de las farolas se lo impidieron. No lo consiguió hasta que estuvo a muy pocos metros del Seat.

Y entonces fue cuando reconoció con certeza lo que allí había. No podía ser verdad, aquello era una visión, un mal sueño convertido en una horrorosa realidad, incluso hasta pensó que era una maldita broma que alguien le estaba gastando.



## 10 de octubre de 1975

Parecía que ya lo había tomado por costumbre.

—¡Joder, Parker! ¿Cada vez que me traiga a una mujer a la habitación del Don Juan vas a aparecer tú a joderme el desayuno?

Al diplomático le dieron ganas de abofetearlo, pero se contuvo por varias razones. La primera porque no estaban solos; en la cama se apreciaba un bulto debajo de las sábanas. La segunda porque se encontraba en un décimo piso, y la habitación tenía ventanales demasiado grandes y cristales excesivamente frágiles. Y la tercera, la más importante, porque Nick Ross era un hombre mucho más curtido que él, y también mucho más fuerte, por lo que llevaría con certeza la opción perdedora. Optó por amedrentarlo e imponer su autoridad con la mirada y con las palabras, o mejor dicho, con la ausencia de palabras.

—Di a esa chica que se vaya, que tenemos trabajo.

—¿Otra vez vas a mandarme al Sáhara?

—Sí, pero esta vez será algo muy distinto. Te espero en la cafetería en quince minutos, que aquí huele que parece una leonera. Y, por favor, lávate.

Al final no fueron quince los minutos que tardó Buby en bajar sino doce. Parker se alegró interiormente de mantener el ascendiente necesario para dominar a alguien tan peculiar como Nick Ross, un hombre capaz de todo, fiel como un labrador retriever y a la vez fiero como dóberman. El piloto pidió una cerveza para despejarse de la resaca del día anterior mientras que el diplomático se tomó otro café solo.

—Vas a tomar un taxi que te lleve a Gando. Allí estará esperándote un avión militar con una carga muy especial. En el Sáhara tendrás que hacer algo parecido a una selección de personal —sonrió, socarronamente—. Te ayudará un oficial de la Legión.

—¿Estás diciéndome que ahora tengo que ponerme a entrevistar a gente para un determinado trabajo? —Ross se mostraba sumamente extrañado de las medias palabras de su interlocutor. No eran sus formas. Como a él, sabía que le gustaba la claridad en la exposición. Aquel suspense le escamó.

—No te preocupes, que la selección de personal resultará muy sencilla, ya que el trabajo que el seleccionado tendrá que desempeñar será estático. Solo tendrá que ponerse al volante de un vehículo —Parker lo intentó pero no consiguió reprimir una nueva sonrisa.

—¿Al volante de un vehículo, de un coche?

—Sí, de un coche.

—¿Me quieres decir que tengo que hacer una selección de personal para que alguien se siente en un coche y se quede quieto?

—Sí, se tiene que quedar muy quieto... Pero, no te preocupes, que todos los candidatos que van a presentarte serán personas muy tranquilas —volvió a sonreír. Parecía que era ese su estado natural de aquella mañana—. De eso puedes estar bien seguro.

El piloto torció la cabeza y lo miró de nuevo en profundidad. No parecía que tuviera delante a alguien de la seriedad innata de Robert Parker.

—¿Puedes decirme de una vez qué coño de operación tengo que hacer?

El diplomático comenzó a especificar la misión. Poco a poco, los ojos de Nick Ross empezaron a tener vida propia. Al concluir la exposición, el piloto se apartó lo que pudo de la barra y vomitó la cerveza que acababa de tomar, toda la cena del día anterior y el alcohol que había ingerido a lo largo de las últimas horas. Parker se alejó para no ser salpicado. El camarero se interesó por el cliente y se ofreció para prepararle un té.

—No se preocupe por mi amigo —aseguró Robert Parker, intentando restar importancia a la embarazosa escena—. Parece ser que le ha sentado mal el postre de la cena de anoche, pero pueden estar ustedes tranquilos. Ya le he pedido que no solicite el libro de reclamaciones. Espero que me haga caso.

# 11 de octubre de 1975

Alfredo no pudo reaccionar. Sus piernas se clavaron en el suelo como si fueran dos columnas fijadas con unos cimientos de hormigón armado. Notó que el corazón se le aceleraba y que unos escalofríos, potentes y maléficos, recorrían su cuerpo al igual que una letal corriente eléctrica.

Iba a echar a correr en la dirección que traía cuando oyó una voz nueva que preguntaba por él. Un tono, seco y cortante, con un inequívoco tinte conminatorio:

—¿Alférez Amorós?

Detrás de unas sombras apareció un militar, un teniente que le pedía confirmación de su empleo y su apellido.

Alfredo apenas consiguió mascullar una respuesta afirmativa. Seguía aterrado, con la vista fija en la barbaridad que había dentro del vehículo.

Junto a la primera persona apareció también un coche, un Land Rover cubierto por una capota que circulaba muy despacio. Distinguió que el conductor era otro teniente, también con uniforme de campaña. Le acompañaba un hombre vestido de paisano, parecía alguien fuerte y alto. El primero le invitó a subir al vehículo que acababa de llegar.

—¡Acompáñenos, alférez!

—He quedado con el general Gómez de Salazar —alcanzó a decir—. No puedo moverme de aquí.

—Por eso mismo. Acompáñenos. Es una orden.

—Le repito que no puedo, estoy obedeciendo una orden superior.

El teniente que había aparecido primero desenfundó con ligereza su pistola y lo encañonó sin miramientos, sujetando el arma con los dos brazos extendidos. Alfredo distinguió con nitidez el macabro círculo del cañón y sintió que sus piernas iniciaban un leve temblequeo. Nunca antes en su vida había estado en la trayectoria de disparo de un arma de fuego.

La voz del teniente que le apuntaba no admitía dudas: firme y seca, directa y amedrentadora.

—A veces no hay que ser tan estrictos con las ordenanzas —el oficial desconocido volvió a hablar, en un tono sosegado y pretendidamente cordial—. Se lo pido por última vez, alférez. No complique usted las cosas más de lo que ya están.

Alfredo subió dócilmente al todoterreno y montó en el asiento trasero, tal y como le indicaron. Los dos tenientes subieron también al vehículo y el paisano se apeó y se agachó al lado del Seat. Se entretuvo unos minutos. Se levantó veloz y saltó al interior del coche:

—¡Arranca, rápido!

Por el acento, Alfredo supo que aquel hombre no era español. El conductor metió primera y los neumáticos emitieron un chirrido desagradable, dejando en la atmósfera un efímero olor a quemado.

—Tenemos dos minutos —advirtió el civil.

Con todo El Aaiún en silencio y prácticamente a oscuras, los focos del vehículo atravesaban poderosos la avenida de la Marina hasta llegar a la cuesta del Parador. Una vez coronada, bajó veloz hacia el aeropuerto. Antes de llegar, la quietud de la capital se estremeció con el espeluznante sonido de una explosión que a Alfredo le pareció brutal. Los dos hombres se miraron, satisfechos, mientras que Nick Ross, que se había quedado sentado al lado del alférez, permaneció en silencio y con la vista al frente. Su cara se mostró impasible.

Al llegar al aeródromo, el vehículo se detuvo ante una puerta metálica que se abría en el muro de separación, a doscientos metros al oeste de la entrada principal. Alfredo volvió la cabeza y pudo ver, a través de la pequeña abertura trasera de la capota del vehículo, la luz que provocaban las llamas de la explosión. Entendió que habían hecho estallar el Seat.

El conductor condujo hasta un hangar pequeño, donde introdujo el todoterreno. Una vez cerrada la puerta, encendieron la luz y el alférez consiguió ver con detenimiento el rostro de las dos personas que lo tenían secuestrado y del que colocó la bomba. Junto a ellos había otro militar que los estaba esperando, que fue quien habló.

—Todavía no os puedo dar la enhorabuena. Ahora nos dirán qué trabajo habéis hecho y entonces será el momento de descorchar el champán. ¿Usted bebe? —le preguntó a Alfredo un hombre que vestía uniforme de capitán del Ejército de Tierra, del arma de Infantería. No lo había visto con anterioridad.

—¿Pueden decirme qué ha pasado?

—No se preocupe, ahora se lo explicarán con todo detalle. Tendrá que esperar... —el capitán aprovechó para consultar su reloj de pulsera— media hora, quizá un poco más. Póngase cómodo y descanse, que la noche va a ser larga, se lo aseguro.

Los tres militares se pusieron en una esquina a cuchichear mientras Alfredo los miraba perplejo, sin entender nada de lo que sucedía: qué hacía él ahí, qué había sido esa explosión, quiénes eran exactamente esas tres personas y dónde se encontraba el general Gómez de Salazar, el cual se suponía que le estaría esperando junto al vehículo que acababa de estallar. Nick Ross permanecía sentado en un banco alargado. Sostenía en sus manos una revista pornográfica que giraba de vez en cuando, conforme iba pasando las páginas.

A las seis de la madrugada el capitán empezó a ponerse nervioso. Miraba alternativamente tanto a su reloj como a la puerta de entrada. Se sentó y levantó varias veces. En alguna ocasión miró a Alfredo con unos ojos vacíos e inexpresivos.

A las seis y diez unos tímidos nudillos sonaron en la puerta. Los tenientes se pusieron en guardia pero el capitán les mandó sentarse de nuevo.

—¿Quién es?

—Soy el general Gómez de Salazar —se oyó decir desde el otro lado de la puerta. Los oficiales que estaban en la sala conocían esa voz, y el capitán y los dos tenientes se relajaron, mientras que Alfredo se alegró sobremanera, incluso llegó a sonreír.

Abrieron la puerta y los cuatro lo saludaron militarmente. Nick se había quedado adormilado. Alfredo vio al general con un rostro tenso pero satisfecho, algo que lo tranquilizó.

—Dejaos de formulismos. Carlos, mi más sincera enhorabuena, a ti y a tus hombres —señaló con la cabeza a los dos tenientes y al norteamericano, que se estaba desperezando.

—¿Podría contarnos algo? —preguntó el capitán, que había visto la salvación psicológica con la llegada del general.

—Os confirmo que el éxito ha sido absoluto. Cuando llegué a la Autoescuela ya se había presentado una patrulla de la Policía Territorial y, tal y como había ordenado el día anterior, la misma estaba compuesta en su totalidad, cabo incluido, por saharauis. Las llamas provocadas por la explosión alcanzaron los tres o cuatro metros de altura —el general contaba el suceso con tanta vehemencia y detalle que parecía revivir una película que

hubiera visto la tarde anterior en el cine Las Dunas—. El resultado quedó lo suficientemente aparatoso como para fingir un acto terrorista pero, a la vez, se permitía distinguir todavía la existencia de un conductor en su interior. Los artificieros realizaron un magnífico trabajo de preparación del explosivo, y vosotros, con la colocación, también. Además, hay que contar con la premura de tiempo con que habéis hecho todo.

Los tenientes sonrieron orgullosos.

—El conductor ha quedado destrozado e irreconocible. No obstante, todavía se aprecia su complexión y una pequeña parte del uniforme, la necesaria. No ha fallado nada —remarcó, de nuevo, esta vez mirando al piloto, que ya se había despejado y mostraba una cara como si no entendiera ni un solo vocablo de los que allí se estaban pronunciando—. Tal y como me imaginaba, al poco llegó el coronel Rodríguez de Viguri y hablé con él. Le prohibí que difundiera públicamente la noticia y se comprometió a ello. Había que aparentar la necesidad de guardar un secretismo pero ya me encargué de que eso no fuera así con la llegada de los agentes de la Policía Territorial. Los saharauis no llevarán cámaras de fotos pero tienen ojos, ojos para ver y lengua para hablar. En estos momentos la noticia debe conocerla ya medio El Aaiún, y dentro de una hora, todo el Sáhara, aunque jamás se hable de ello ni en los textos impresos ni por las ondas oficiales. El trabajo ha quedado perfecto. ¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó, levantando el brazo en ademán de brindar con una imaginaria copa que tuviera en la mano.

—Perdón, mi general, ¿y yo?

Todos se miraron. Por jerarquía, Gómez de Salazar sabía que le tocaba a él dar la noticia.

—¿Usted? Alférez, usted está muerto, mi alférez. Lo ha podido comprobar con sus propios ojos. ¿No es así?

Al igual que le sucedió cuando vio a un nauseabundo cadáver descompuesto sentado en el asiento del conductor, Alfredo pensó que seguía dormido y que todavía quedaba un tiempo para despertarse e iniciar una jornada habitual.

—Sí, sé que le va a resultar extraño, pero usted está muerto. Es más, se ha visto usted mismo hace unos minutos, sentado al volante y vestido con el uniforme de alférez, ¿o es que no lo recuerda? —inquirió, hincándole unos ojos serios y rotundos. Aquello no era ninguna broma. El general, que acababa de lanzar un brindis simulado, hablaba con absoluta seriedad.

—Pero mi general, ese no era yo, ese era...

—Sí, ese era un muerto, uno que ya estaba muerto y que ahora estará más muerto todavía. Es de los que han exhumado del cementerio para enterrarlos en Las Palmas y no dejarlos aquí cuando nos vayamos, o cuando nos echen, para ser más exactos. Este amigo nuestro —señaló al norteamericano que lo miraba en silencio— tuvo que hacer el desagradable trabajo de seleccionar a un fallecido de su misma complexión y vestirlo con el uniforme de alférez. Eso dirán los *Territoriales* que han visto el coche en llamas cuando vayan a sus casas, que ha explotado un vehículo con un alférez en su interior y, dentro de un rato, cuando hagan recuento de efectivos después del toque de diana, se llegará a la triste conclusión de que el fallecido es el alférez del Ejército de Tierra don Alfredo Amorós Pineda, natural de Madrid, hijo de Ruperto y de Elvira... vamos, lo habitual en los casos de defunciones en actos de servicio.

Alfredo sintió que le costaba respirar y que sus pulsaciones se aceleraban hasta el punto de pensar que su corazón iba a estallar. No fue capaz de controlar su cuerpo por lo que no llegó a ser consciente de cómo sus setenta kilos se desplomaban en silencio sobre el suelo. El alférez era ahora un guiñapo desorientado e inerte, sin identidad, sin presente y sin futuro.

Entre los dos tenientes y el capitán lo levantaron y lo recostaron sobre un banco corrido. Le desabotonaron la camisa y le pusieron los pies en alto. Uno le mojó la cara con agua para que pudiera volver en sí. Le dejaron tranquilo durante unos minutos hasta que, por propia iniciativa, se incorporó quedándose apoyado en la pared. Por la expresión de los ojos todos comprendieron que el alférez había regresado a la vida.

Gómez de Salazar se encontraba sentado a su lado. El brazo derecho abrazó los hombros de Alfredo, que se mantenía en silencio.

—A veces la Patria nos exige unos sacrificios que van más allá de la vida, como nos comprometemos cuando juramos bandera, y más si estamos hablando de un militar que no es un soldado de reemplazo cualquiera —le recordó el gobernador—. Por decisión propia, tú eres un oficial y has de asumir las consecuencias. España nos pide que vistamos un uniforme, eso sí es obligatorio, pero pertenecer a la escala de mando no es algo impuesto, es un acto voluntario por el que tú te decantaste, libremente y sin coacciones de ninguna clase, como hemos elegido todos los que estamos en esta habitación.

Alfredo lo escuchaba con los ojos fijos en el suelo, hipnotizado.

—Eres un hombre joven pero paradójicamente, aunque estés muerto, tienes

derecho a vivir tu propia vida. Tú has muerto hoy, y has muerto porque diremos que en un vehículo del Ejército de Tierra unos polisarios han colocado una bomba-lapa, cosa que creerán porque los *Territoriales*, que han visto el coche en llamas y a ti dentro, se lo contarán a todo el mundo. Esa será la forma que tendrán los norteamericanos de quedar bien con los polisarios, que querían venganza por el engaño de las minas antipersonas que fueron descubiertas por el maldito dromedario desbocado. ¿Lo recuerdas? Y todos tan contentos. Son los chanchullos de la política que los militares nos vemos obligados a admitir, aunque no nos guste, te lo confieso. Hay que evitar derramar sangre española, esa es la principal premisa y, si es para esa empresa, siempre me encontrarán el primero, dispuesto a colaborar. El plan me pareció muy cruel, pero podía ayudar a salvar muchas vidas. Y por eso accedí a colaborar con entusiasmo. Mi responsabilidad no es defender la vida de un hombre, sino de veinte mil hombres, y pido continuamente fuerzas a Dios para acometer ese objetivo con limpieza. Detrás de esos muchachos hay otras veinte mil madres que rezan, y no dejo de pensar ni un solo minuto en ellas. El día que me marche de aquí, porque seré el último soldado español en abandonar este trozo de tierra tan querido, me tengo que quedar con la conciencia tranquila del deber cumplido.

—¿Venganza, minas antipersonas? Mi general, ¿de qué está hablando?

Gómez de Salazar miró a los tres oficiales y asintió.

—No estaba previsto, pero entiendo que no hay problema en contarle a un muerto cuál fue el móvil de su asesinato.

# 11 de septiembre de 1975

El desconocido se presentó con su habitual estilo y distinción:

—Comandante, mi nombre es Robert Parker y soy norteamericano. Siento no poder revelarle ningún dato adicional respecto a mi cargo o mi misión dentro de esta operación.

El comandante del arma de ingenieros zapadores Arturo Torres, que vestía de uniforme, estrechó la mano del civil. Por su parte, el capitán Carlos Junquera se cuadró ante su superior.

—A sus órdenes, mi comandante.

La reunión se mantenía en uno de los cuarteles ubicados en el oeste de Madrid, junto a la carretera de Extremadura, en la zona conocida como Campamento. El general Arozarena lo había llamado urgentemente para ordenarle que asistiera a ese encuentro con dos personas que nunca antes había visto. “Uno será un militar español y el otro un ciudadano norteamericano”, le llegó a especificar, y que siguiera sus instrucciones porque eran órdenes de obligado cumplimiento.

Después de explicar al comandante la colocación de las minas entre la frontera administrativa, esto es, el paralelo 27° 40', y la frontera *logística* o *militar*, situada diez kilómetros al sur, en una zona que se conocía como *Línea de Disuasión*, Robert Parker abordó la materia más delicada: las características de las minas antipersonas:

—Comandante, de común acuerdo con su gobierno, se ha decidido que la mayor parte de las minas que van a colocarse en el desierto serán simuladas.

Arturo Torres lo miró desconcertado. Después puso los ojos en el capitán Carlos Junquera, que se mantenía impasible, como si los dos hablaran un idioma desconocido para él.

—¿Cómo que simuladas, qué quiere decir con eso?

—Disculpe mi español, igual cometo alguna inexactitud con el significado correcto de las palabras. Serán simuladas, falsas, que no cumplen su teórica función. De mentira. ¿Está bien dicho así?

—Está usted explicándose a la perfección. ¿Me quiere decir que el Ejército español va a defenderse del marroquí con la instalación de minas que no explotan cuando se pisan?

Torres buscó la mirada del capitán Junquera como quien necesita hallar una explicación lógica. Precisaba la ratificación de un compatriota ante semejante desatino.

—Sí, mi comandante. El propio general Gómez de Salazar se lo explicará cuando llegue al Sáhara.

—Pero eso... es un engaño, una falta gravísima a nuestro uniforme y a lo que representamos.

—Eso es actuar con inteligencia, comandante Torres. Su gobierno ha decidido marcharse de la provincia. Saben que los saharauis no los quieren, y se demostró con la visita de la comisión de las Naciones Unidas en el mes de mayo pasado. Y lo último que se desea es que este absurdo conflicto se cobre más vidas españolas de las que ya lleva contabilizadas. Y tampoco se deben producir bajas marroquíes.

—¿Cómo que no deben producirse bajas marroquíes? Sigo sin entender.

Carlos Junquera pidió a Parker silencio con la mano.

—Mi comandante, el *Alto* se ha puesto de acuerdo con el DGED marroquí. Esto es, el general Arozarena tiene hilo directo con el coronel Dlimi, jefe de sus servicios secretos.

—¿Un general hilo directo con un coronel?

—Mi comandante, desde los últimos atentados que efectuaron contra el rey Hassan II, el monarca ha eliminado el empleo de general. Ya no hay generales en el ejército marroquí, el grado más alto es el de coronel —explicó el capitán, muy disciplinado.

—Arturo, la Marcha Verde es un montaje, una fachada. Es un paripé. ¿Se dice así? Hay un acuerdo secreto entre los dos gobiernos. Marruecos no va a realizar la invasión efectiva del territorio español, solo pisarán, como mucho, esos diez o doce kilómetros que le hemos dicho, esa *Línea de Disuasión*, ni un centímetro más.

Minutos después de que el comandante asumiera la vergonzante misión que le estaban ordenando, Robert Parker le explicó que la mayoría de las minas antipersonas que se habían llevado al Sáhara eran falsas, también le indicó que había un determinado número de unidades que sí eran verdaderas y que tendría que ingeniárselas para explotar por lo menos una, para intimidar a los

soldados y simular ante todos, Tropas Nómadas incluidas, que las minas eran auténticas, por si alguien tuviera alguna duda.

—Solamente necesitamos que estalle una. Nadie va a ir pisando el resto para comprobar su autenticidad —le recordó Parker—. Y no se olvide que es muy importante que en la demostración se asegure de que estén presentes varios *Nómadas*. Con dos o tres será suficiente. Después se lo contarán unos a otros.

—¿Y cómo las distinguiré?

—Externamente todas son iguales. Tienen la misma apariencia, el mismo color y el peso exacto. En unos casos están llenas de explosivo y en otros de plomo. Solo se diferencian por el número de serie. Es un conjunto de diez dígitos. Las que contienen dos ceros consecutivos son las auténticas. El cero es el número que más se parece a una calavera, por eso lo hemos hecho así, como una especie de regla mnemotécnica. No se preocupe, se distinguen fácilmente. Las falsas no llevan ningún cero en su numeración. Es imposible que pueda haber error.

—Las simuladas se colocarán en los lugares de más fácil acceso, como caminos o llanos, y las verdaderas se sembrarán en sitios escarpados, por aquellos por donde no pueda pasar casi ni un animal, y mucho menos una persona o un vehículo. Hemos conseguido los servicios de un eficiente topógrafo militar que ha levantado un magnífico plano de toda la frontera, y que lo acompañará en todo momento —Junquera procuró tranquilizar a su comandante.

## 11 de octubre de 1975

Alfredo Amorós no podía creer lo que le acababa de contar el general Gómez de Salazar.

—Entonces... las minas...

—Hijo, las minas no funcionan —el General encendió un cigarrillo e intentó disfrutar con la primera calada—. De las sesenta y una mil que se han colocado, no llegan a quinientas las que son verdaderas. No recuerdo la cifra exacta, pero por ahí andan.

El alférez volvió a mirar al suelo e inició con la cabeza un nuevo movimiento de negación que pareció no tener fin.

—Pero yo... mi madre... —balbució, a la vez que seguía negando.

—Eso es lo peor de todo, Amorós, no voy a ocultártelo. Mañana daremos la noticia a tus padres e incluso tendremos que traer a algún familiar, quizá será tu padre, a identificar el cadáver. Será en Las Palmas, adonde llevarán tus restos. Intentaremos que firme el reconocimiento del cuerpo sin levantar la tapa del ataúd, para evitarle una impresión que lo acompañará de por vida, lo sabemos —el lamento del general era sincero. Siempre supo que, del plan que le habían trasladado desde el *Alto*, ese era el punto más delicado—. No será el primer padre que pasa por ese trance, y seguro que no será el último.

—Haré todo lo posible porque quien venga firme sin reconocer el cuerpo, no te preocupes —intervino el capitán del Alto Estado Mayor Carlos Junquera.

—A tus padres se les hará entrega de una cuantiosa indemnización, tampoco te preocupes por ello —aseguró el general.

—Pero esto es imposible, yo no puedo morir, tengo que estar en mi casa, con mis padres, mi hermana, mi vida, mi novia...

—¿Crees que querían morir los compatriotas que han entregado su vida a nuestra Patria? —preguntó el capitán—. Piensa en cuántos se han dejado la sangre y las ilusiones en esta arena que ahora nos obligan a dejar, a regalar a Marruecos. Piensa también en cuántos guardias civiles y policías armados

están siendo asesinados en la Península, y militares e inspectores. ¿Recuerdas el asesinato del almirante Carrero Blanco? Allí no solo murió el presidente del gobierno, también asesinaron a dos policías, uno de ellos era íntimo amigo mío. Y lo de ellos fue una muerte verdadera. Seguro que a cualquiera les encantaría estar en tu sitio, dispuestos a iniciar una nueva vida y no pudriéndose en un hoyo.

—Pero esto es imposible, no puede ser verdad —Alfredo seguía negando con la cabeza, cerraba los ojos, se removía inquieto en su asiento. El general miró a los tres oficiales y les ordenó con los ojos tranquilidad.

—Iniciarás una nueva vida, en otro país y con otra identidad —comenzó a explicar Gómez de Salazar—. No te faltará de nada, solo que te pondremos dos condiciones: la primera es que jamás podrás regresar a España, en toda tu vida —enfaticó—. La segunda es que nunca, nunca, nunca podrás ponerte en contacto con alguien que te hubiera conocido con anterioridad, por ningún medio. Ahí se incluye a todas las personas que te puedan conocer, sin excepción: padres, hermana, amigos... ¿Te imaginas el choque que sufriría tu madre si un día te volviera a ver vivo después de haberte enterrado? La impresión podría costarle la vida. No le puedes hacer eso ni a ella, ni a tu padre ni a tu hermana.

—Siento decirte —terció de nuevo Carlos Junquera—, que si nos enteramos desde el Alto Estado Mayor de que has incumplido esta orden vitalicia, te ejecutaremos.

Alfredo levantó la cabeza como si le hubieran llamado con una desagradable campana.

—Bueno, yo no quería ser tan directo como lo ha sido el capitán —reconoció Gómez de Salazar—, pero a veces es mejor no andarse con eufemismos. Los del *Alto* son así de claros —el Gobernador esbozó una sonrisa de compromiso—. Aunque tú no los veas, su gente siempre estará a tu alrededor, vigilándote. Pero también te aseguro que no serás el primero que estás en esa situación. Pasa en todos los países, incluso en los que dicen ser democráticos. Pero nosotros no somos asesinos y no queremos que ningún compatriota pierda la vida, y menos aún a manos españolas. Es una cuestión de preservar los altos intereses del Estado. Para los saharauis, tú fuiste el alma de la colocación de las minas, ya se encargaron de pregonarlo a sus correligionarios los *nómadas* que os acompañaron al desierto, y estás pagando por ello.

El alférez miró a los oficiales y contó cuatro pistolas. Con una sola le bastaría, con una sola bala tendría suficiente.

—De quien querría hablarte es de Pino, tu novia. Sabemos que mantienes una relación afectiva con una estudiante de Medicina que vive en Las Palmas, Pino Ramos. ¿Quieres que hablemos de ella?

—¿Qué le pasa a Pino? —preguntó, sobresaltado.

—Nada, no te preocupes —lo tranquilizó el general—. Ella está perfecta, aunque dentro de unas horas no tanto. La vamos a informar de lo sucedido. Dentro de unos minutos —Gómez de Salazar consultó su reloj de muñeca— se confirmará que el cuerpo que se encontraba carbonizado en el coche siniestrado era necesariamente el del alférez Amorós, destinado en el cuartel de Parques y Talleres de Las Palmas y trasladado temporalmente al Sáhara. Después se recogerán tus cosas para hacérselas llegar a tus padres y, entre ellas, se encontrarán algunas cartas recibidas de esa chica.

—¿Y eso, cómo lo saben? —Alfredo se sorprendió de tener fuerzas suficientes para lanzar una pregunta en tono de exigencia.

—Bueno, no te preocupes por eso —respondió el general, mientras le daba un par de suaves golpes con su mano en el hombro—. Siempre lo negaremos, pero en el Ejército, la intimidad no existe. Es normal, tenemos que saber siempre quién viste nuestro uniforme cuando se ocupa un puesto relevante, como es el tuyo, y hemos de comprobar hasta sus objetos personales, no te enfades por ello.

Alfredo volvió a mirar al suelo, se encontraba cómodo así. El general continuó hablando:

—Sabemos que está muy enamorada de ti y que se llevará el disgusto de su vida, pero queremos contarte algo. No voy a preguntarte si tienes tiempo para nosotros porque sabemos cuál es tu estado actual pero, ¿te apetece seguir escuchándonos?

## 12 de octubre de 1975

—Ábranla.

Con suavidad, el capitán Junquera trató otra vez de disuadir al padre de Alfredo.

—Don Ruperto, me permito sugerirle de nuevo la posibilidad que le he expuesto hace unos instantes. Es posible que si levantamos la tapa se lleve una impresión de la que no se va a recuperar en la vida.

—¡Ábranla!

Los dos oficiales, que se habían mantenido en silencio, se miraron y se pusieron en pie para cumplir la orden que Junquera les acababa de cursar con los ojos. Un instante antes de que abrieran la tapa, uno de ellos se acercó a los interruptores de la luz y apagó dos de las tres secciones que iluminaban la estancia, la cual quedó hundida en una suave penumbra que el padre agradeció, aunque, lejos de ser una medida enfocada a la consideración y a salvaguardar la intimidad del delicado momento, había sido una orden anterior de Junquera si la apertura del féretro se consideraba inevitable. La consigna era clara, si no se le conseguía convencer y, al final, había que abrir la tapa, era imprescindible que hubiera la mínima iluminación posible, para que fuera más difícil todavía realizar un correcto reconocimiento del cuerpo.

Ruperto permaneció varios minutos delante del ataúd. Los oficiales del *Alto*, que se encontraban ubicados a la espalda del padre de Alfredo, se mostraban inquietos, intentando disimular la preocupación que los invadía.

Firmó todos los papeles que le pusieron delante y pidió que lo retornaran lo antes posible a Madrid.

Abandonó la estancia sin pronunciar palabra alguna. Sabía que, a partir de ese momento, le quedaba vivir con la mayor de las penitencias a las que un hombre podía enfrentarse. Había sido un cobarde, y lo reconocía, pero fue incapaz de mirar el interior del féretro. Suponía que su hijo habría quedado horriblemente destrozado tanto por los efectos de la onda expansiva como por los del incendio posterior, tal y como le habían explicado, y no fue capaz.

Aquella carga la llevaría de por vida porque jamás podría contárselo a nadie, y mucho menos a Elvira o a su hija. Prefirió, durante los instantes que estuvo allí, delante del cuerpo, cerrar los párpados y regresar a la rosaleda del Parque del Oeste y agarrar de nuevo la pequeña mano de un Alfredo que abría los ojos a la vida, y dejar que su mujer los retratara con aquella Leica que se compró nada más nacer el primogénito, para atesorar los mejores recuerdos de su familia.

## A get-together

Sagrario no podía creer lo que había escuchado de labios de Pino.

—Así fue, mi niña, por lo menos es lo que me contó Alfredo —le aseguró la doctora Ramos—. Todos lo pasamos muy mal. Fue horrible, mis peores días. Yo era muy joven y vi cómo el mundo se me venía abajo. Dice mi madre que pensaron que iba a suicidarme. Para ellos fue su mayor disgusto. Y en casa de Alfredo... Elvira casi enloqueció, y su padre se deschavetó. Todos dicen que ya no fue el mismo, que desatendió los negocios y que se trastornó. Respecto a Violeta... de esa me da igual. Dudo que sufriera. Se quedaba como única heredera, que era lo que realmente le importaba.

—¿Pero podía el Estado hacer lo que hizo con Alfredo?

—No sé si podía pero lo cierto es que lo hizo y, además, irrevocablemente. Ten en cuenta que en ese momento en España había una dictadura que, en contra de lo que algunos indocumentados han dicho después, hasta el último momento ejerció la represión más feroz y el absoluto control de los medios de comunicación. La realidad era que no había marcha atrás. Me imagino al pobre Alfredo, cuando viajaba en el todoterreno camino del aeropuerto, detenido por aquellos dos tenientes, y oyó la explosión, una explosión que iba a acabar con su vida aunque él no tuviera ningún *arañaso*. ¡Paradojas de la vida!

Las dos mujeres se quedaron en silencio durante unos instantes.

—Yo creo que todo fue por los fosfatos. Los norteamericanos no iban a consentir que el Sáhara se independizara. Su población era muy escasa y, por tanto, muy vulnerable ante cualquier presión o injerencia externa. Se encontraban muy poco preparados, incapaces de administrarse, y cuando estás en esa situación, seguro que alguien viene a... *ayudarte*. Y esa ayuda habría venido desde Argelia, que ya financiaba al Polisario desde su creación; y

Argelia estaba apoyada, a su vez, por la Unión Soviética de entonces. ¿Iban a consentir eso los Estados Unidos? No, mi niña, los conozco muy bien, llevo muchos años viviendo aquí y sé lo que digo. Ellos jamás pierden, y los fosfatos suponen mucho dinero, los fosfatos y la pesca —añadió—, como para dejarlos en manos ajenas, y Hassan II era uno de sus principales aliados, como lo era España, pero no lo habría sido nunca una hipotética República Saharaui. A ellos, en realidad, les daba igual que el Sáhara Occidental fuera de uno o de otro, de España o de Marruecos, pero lo que no iban a consentir era lo que querían las Naciones Unidas, que fueran independientes. Luego vino la Marcha Verde, que la organizó también este país en el que ahora nos encontramos, la interminable agonía de Franco, la juventud e inexperiencia del entonces Príncipe, y el resultado final es el que nos dice la historia y que todos conocemos.

Después de escuchar la sintética e inteligente exposición de la canaria, Sagrario se interesó de nuevo por la verdadera razón que le había llevado a recorrer muchos miles de kilómetros en tan poco tiempo:

—Pino, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Quizá después, mi niña, porque todavía no hemos terminado. ¿Quieres que siga?

## 21 de octubre de 1975

Ese martes amaneció con los rumores disparados sobre el empeoramiento de la salud de Franco. Ya no se ocultaba a la opinión pública que el Jefe del Estado padecía una afección gripal que le obligaba irremisiblemente a permanecer recluido en su residencia de El Pardo, y que se había visto obligado a suspender todos los actos oficiales previstos para los próximos días.

Por su futuro, por sus padres, por ella misma, porque era su deber... por todas aquellas razones que nadie le enumeró pero que sabía que estaban presentes, Pino regresó a la Facultad. Sin ganas, destrozada psicológicamente, sin fuerzas, demacrada, sin ilusiones, pero regresó. Dada la ausencia de noticias oficiales sobre el fallecimiento de su novio, y para justificar su deteriorado estado físico, su ánimo decaído y los días que estuvo sin acudir a las clases, a sus amigas y compañeras les contó una versión radicalmente distinta de los hechos: durante su estancia en El Aaiún, su querido y amado Alfredo había caído en los brazos de otra mujer, de una *astróloga*, que era como llamaban en el Sáhara a las jóvenes europeas en edad de encontrar novio, hijas de militares en su abrumadora mayoría, muchachas que perseguían las estrellas de un uniforme, de ahí ese curioso apelativo.

Tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para escuchar impasible cómo lo insultaban y recriminaban su ceguera: «¡Vamos, cambiarte a ti por otra! ¡Ese chico está loco! ¡No sabe lo que se pierde! ¡Seguro que la otra no vale ni una décima parte que tú!», decían en la cafetería y en los pasillos, en el autobús y en el comedor, en el colegio mayor y en el aula antes de empezar las clases. Ella ratificaba las palabras de sus amigas con un fingido convencimiento e intentaba encontrar un lugar en soledad para llorar tranquilamente y desahogarse.

El veintiuno de octubre Pino había tenido solo tres clases, siendo la última la de oftalmología. Sobre las doce y media caminaba sola por el campus de La Laguna, hacia su colegio mayor, cuando se acercó un coche sin distintivos del

cual se bajó un hombre de edad indefinida y aspecto ambiguo, que le mostró discretamente una placa:

—¿Es usted Pino Ramos Bencomo? Tiene que acompañarnos.

La joven se descompuso. En alguna ocasión se había sumado a alguna algarada organizada en una Universidad donde eran habituales las revueltas estudiantiles. No militaba en ningún partido pero eso no era óbice para que la pudieran llevar a alguna comisaría y la interrogaran, como le había sucedido a muchos compañeros. Aun así, pensó que la llevaban detenida por algún error. Así lo hizo saber.

—No se preocupe, señorita, no hay ningún cargo contra usted. Esté tranquila —pidió el desconocido que le había exhibido la placa y que se sentó junto a ella en la parte trasera del vehículo. Delante, al lado del conductor, viajaba otro hombre que no se giró en ningún momento.

El vehículo se dirigió al aeropuerto de Los Rodeos y entró directamente en la pista de aterrizaje, sin pasar control alguno, lo que sorprendió sobremanera a Pino. Se detuvieron ante un avión que llevaba serigrafiado en el fuselaje la bandera de los Estados Unidos de Norteamérica. A Pino le pareció un aparato muy extraño, completamente distinto a los aviones comerciales, con las alas muy altas y apoyado en multitud de ruedas.

—Tiene que subir a ese aparato. Ahora le dirán.

—¿Subir a un avión? —la joven quiso pedir explicaciones.

El copiloto se volvió y clavó sus fríos e inexpresivos ojos en los asustadizos de la joven.

—¿No nos hemos explicado bien?

De la cabina se apeó un hombre muy alto vestido con un uniforme que nunca había visto con anterioridad. Después supo que era un Mayor del Ejército Estadounidense.

—Señorita Pino, acompañeme, por favor —el militar era muy correcto y hablaba un español básico pero con un fuerte acento—. Le prometo que esta noche estará usted de vuelta en Tenerife. Estamos a su servicio.

El vuelo duró más de tres horas y se le hizo incomodísimo porque el aparato era de carga, y los pocos asientos que se utilizaban para el escaso pasaje que podía viajar no gozaban de las comodidades de los aviones comerciales. Además, era muy ruidoso y sufría continuos envites por las turbulencias que soportaba. En aquel trayecto no viajó nadie más que ella. Ciento ochenta minutos en soledad en los que le dio tiempo para desarrollar

demasiados razonamientos. Se aterró al recordar el silencio oficial por la muerte de su novio y pensó que ella también podía engrosar una lista de desaparecidos ante la opinión pública. Nadie sabía que se encontraba allí. Si no regresaba les podrían contar a sus padres cualquier versión que, dada la sumisión general de la población ante el poder político del país, tendrían que creerse sin poder investigar. Se sintió objeto de un secuestro, de un educado y refinado secuestro pero, en definitiva, se vio privada de libertad. Eso era algo incómodamente cierto. Intentó dormir pero fue incapaz de conciliar ni una efímera cabezada.

Tomaron tierra en un aeropuerto lleno de aparatos militares, tanto aeronaves de transporte como cazas y helicópteros. Preguntó a una de las personas de la tripulación dónde se encontraba y recibió el silencio como única respuesta. No supo si la persona que tenía delante hablaba español o si, por el contrario, no quería responderle. Intentó reconocer el sitio pero no fue capaz. Era lógico, Pino nunca antes había abandonado el archipiélago y carecía de referencias externas.

La condujeron a un moderno y aséptico edificio de dos plantas donde la recibió una mujer negra que vestía un uniforme militar de chaqueta y falda que le quedaba algo apretado. Le mostró una sonrisa formal y de cumplido:

—Bienvenida a Torrejón de Ardoz —la saludó, en perfecto español—. Estamos a veinte kilómetros de Madrid y esto es una base aérea española de utilización conjunta. Acompañeme por favor, será cuestión de unos minutos.

Sin oponer resistencia, Pino, que seguía portando su bolso y su carpeta con apuntes, siguió a la mujer que la condujo por un largo pasillo, con puertas cerradas e iluminado exclusivamente por la claridad que se colaba a través de los cristales esmerilados que lo flanqueaban, hasta llegar a una inhóspita habitación, donde había una solitaria máquina de café y varias sillas de plástico.

—Espere un momento, por favor.

La joven tomó asiento en aquel lugar que parecía la salita de espera de un consultorio médico y que solo estaba decorada con láminas de paisajes norteamericanos, como la Estatua de la Libertad, el Capitolio de Washington o el Monte Rushmore en un baldío intento de ofrecer un poco de calor a la estancia. Transcurridos no más de cinco minutos entró una pareja de mediana edad seguidos de un hombre de unos sesenta años. Los dos más jóvenes vestían ropas informales mientras que el mayor llevaba un impecable traje gris

marengo.

—Señorita Pino —comenzó diciendo el hombre más joven, en un español muy forzado—, sabemos que recientemente ha vivido usted una desgracia. Estamos al corriente de lo que le ha ocurrido a Alfredo, su novio —la muchacha se tensó en su asiento—, pero a veces las cosas no son como parecen.

Pino miró alternativamente a los desconocidos sin comprender el verdadero significado de lo que había oído.

—Perdone, no le entiendo.

—Es posible que haya habido un error. ¿Ha visto usted escrito en algún lugar el nombre de Alfredo? ¿En algún periódico, en algún informativo de la televisión... lo ha escuchado por la radio?

Ella negó con la cabeza, sin pronunciar palabra y absolutamente confusa y desorientada.

—Tenemos una noticia que darle —comentó la mujer, que no había hablado hasta ese momento—, pero le pedimos que tenga calma y no se altere.

Bastó escuchar esa súplica para que el corazón de Pino comenzara a latir con fuerza. Su frente se perló de pequeñas gotas de sudor.

—Ha de ser fuerte y esperamos que aguante bien las impresiones. Ya le ha dicho mi compañero que la realidad no siempre es como nos la cuentan.

La norteamericana se levantó y se dirigió a la puerta por donde había entrado. La abrió y, sin moverse, pidió por señas a alguien que entrara.

En el momento en el que apareció Alfredo, Pino se agarró al asiento, inconscientemente se echó hacia atrás y comenzó a negar con la cabeza y a emitir un susurro inaudible.

—No, no, no...

En su cara se marcó la expresión del horror más exacerbado e inició un temblor incontrolado, como si la hubieran metido en una cámara frigorífica de congelación. Negó de nuevo, una, dos... ocho veces hasta que su pequeño cuerpo pegó un salto y se colgó del cuello de Alfredo, que trató de calmarla. Sí, era él, era su piel, su calor, su olor. Sí, era él aunque vistiera distinto, aunque todavía no hubiera pronunciado palabra alguna. Pino lo besó y él la correspondió. Se abrazaron con fuerza, con tanta fuerza que el hombre sintió que le costaba trabajo respirar. Ella le agarraba la cara a dos manos y lo besaba sin cesar, se había enajenado, su actitud no respondía a la lógica porque nada era lógico. Le palpaba las orejas y la nariz, le revolvía el pelo, se

separaba de él unos centímetros y volvía de nuevo a estrechar su cara contra la suya. Le acarició los labios con los pulgares y también las cejas, y repasó lentamente su barbilla, con mimo. Parecía una ciega escrutando con el tacto unas facciones que le pertenecían. Aquella era una cara que se había aprendido de memoria. Aquella era la cara de Alfredo Amorós. Aquella era la cara de su novio. Aquel era su novio, era Alfredo, no cabía duda alguna. Tenía delante de ella, rodeado por sus brazos, a alguien que ya no existía, que había muerto en algún lugar innombrable de África, alguien a quien jamás volvería a ver. Pero aquello era verdad, era una realidad tangible confirmada por sus cinco sentidos.

—Por favor, siéntense, tenemos que hablar —pidió con corrección el hombre del traje, que se había mantenido en silencio todo el tiempo.

Cogidos de la mano, y algo más tranquilos, Pino y Alfredo intentaron escuchar atentamente cómo Robert Parker, que nunca llegó a identificarse, explicaba la situación y la opción que ofrecía a la canaria:

—Estamos actuando así porque no podemos consentir que se derrame sangre inocente. Nuestro equipo de psicólogos ha estudiado la actitud de Alfredo durante tres días y ha llegado a una conclusión muy negativa, y no queremos que nadie se quite la vida —el topógrafo se mantenía en silencio, solo cruzaba con Pino alguna mirada cómplice—. Por eso está usted aquí.

—Perdón, ¿qué me ha dicho? ¿Podría repetir todo? —preguntó Pino, consciente de no haber escuchado ni una sola palabra.

El hombre propuso a sus compañeros abandonar la habitación.

—Señor Amorós. El asunto se lo hemos explicado a usted en detalle. Por favor, cuénteselo a la señorita Ramos con sus propias palabras. Nosotros estamos en la habitación contigua. Creo que es mejor que se entiendan entre ustedes, los dos solos. Si tienen alguna duda, por favor, estamos aquí para resolvérsela.

Una vez que se fueron, la pareja volvió a besarse, esta vez sin tanta pasión pero con mucho más cariño, más calmados. Disfrutando del momento. Ella no paraba de acariciar la cara de Alfredo, que tenía un mal aspecto, muy pálido y con unas ojeras muy marcadas fruto de la tensión, las pocas horas dormidas, las cavilaciones y la inapetencia, pero era él, de eso no le cabía duda alguna. Esas manos que la agarraban, esos muslos sobre los que ella tenía los suyos,

eran de su novio. Sin dudar.

—Pino, me tendieron una trampa y me encuentro en una situación fuera de la ley e incluso fuera de la vida —comenzó diciendo.

Después de detallar lo sucedido en la larga madrugada del sábado once de octubre, hacía tan solo diez días, y de confirmarle que él jamás volvería a ver a sus padres y a su hermana, ni regresaría a su casa, ni siquiera a España, le habló de su situación:

—Yo dije que para vivir así, prefería morir, y que en cuanto pudiera, me suicidaría. Me hicieron muchas pruebas y muchas preguntas, de todo tipo, incluso varios test muy extraños, con cuestiones muy raras. También me enseñaron tarjetas con manchas para que les contara qué veía y me llegaron a poner una inyección que me dejó somnoliento mientras me interrogaban. Han llegado a la conclusión de que voy a quitarme la vida. Es cierto, lo voy a hacer —las tajantes y seguras palabras de Alfredo resonaban en aquella fría habitación como una profecía apocalíptica—, en cuanto tenga ocasión, salvo que me metan en una cárcel de por vida y con las manos atadas. Por eso me han planteado algo en lo que tú tienes mucho que ver.

Pino callaba mientras acariciaba la cara de su novio con extrema dulzura, como si tuviera entre sus manos una delicada y frágil figura que se puede quebrar con una ligera brizna de viento.

—Yo no voy a separarme de ti, desde ahora mismo, te lo juro —sentenció la canaria, a la vez que comenzaba una nueva sesión de besos y caricias. Las explicaciones cesaron durante unos minutos en los que la pareja se entregó a otro tipo de lenguaje.

—Van a crearme una identidad nueva en Estados Unidos. Un nuevo nombre y un pasado completo: padres ficticios, familia simulada, un lugar de nacimiento falso, una juventud que nunca existió... Solo van a respetarme la profesión y el físico, por lo menos la mayor parte. Si tú quieres, y para que estemos siempre juntos, podrías venirte allí, conmigo. Ellos te pagarían la continuación de tus estudios en una buena universidad. Me han dicho que en la que tú elijas pero que, a ser posible, sea en la costa Oeste, para estar todavía más lejos de España. Te asesorarán. Conocen tu expediente académico y dicen que eso facilitará la explicación que tendrás que dar a tus padres. Yo les dije que hablabas muy bien el idioma y se alegraron muchísimo de ello. Dicen que así será más coherente cuando lo cuentes en tu casa, si quieres contarlo.

—Yo nunca me separaré de ti, ya te lo he dicho, y haré lo que sea para

estar contigo toda la vida —ratificó Pino, que no apartaba ni un instante sus ojos de los de Alfredo—. Soy consciente de lo que me dices, que es una decisión trascendental para toda la vida y que debería pensarlo con calma, pero tú eres el primer hombre a quien he querido y no deseo separarme de ti. No quiero conocer a nadie más.

Después de unos nuevos besos, Alfredo continuó con la explicación:

—La idea que tienen es que digas en tu casa que te marchas a Estados Unidos ya que te han concedido una beca que tenías pedida desde hacía tiempo, porque piensas que la enseñanza en ese país es mejor que la existente en España. Y que has aceptado porque tienes que dar a tu vida un cambio radical, que no puedes seguir viviendo en Canarias sin mí. Será algo muy creíble. Tú sí podrás venir a España a ver a tu familia siempre que quieras. Eso sí, cuando nos casemos, si quieres casarte conmigo —ella le dio un nuevo beso, como confirmación a sus palabras—, no podrán venir tus padres ni nadie de tu familia, sí amigos que conozcamos allí, pero nadie que sepa o pueda saber quién soy yo en realidad. Alfredo ha muerto con todas las consecuencias, y habrá nacido una persona con un nombre todavía por decidir.

Ella lo miró como si fuera alguien distinto.

—¿Y esa nueva persona tendrá tus mismos ojos, tus mismas manos, tendrá también tu voz y también me generará igual felicidad que el Alfredo que murió en el Sáhara?

Él asintió, con una cierta expresión lastimera.

—Si es así, sí, me interesa esto que estás contándome. Sí, Alfredo, sí, quiero seguirte allá donde tengas que irte. He pasado en unos minutos de ser una joven viuda desgraciada a una mujer increíblemente feliz con el futuro más ilusionante, y eso te lo debo a ti.

## The rest

La doctora siguió hablando:

—Contrariamente a lo que juré en ese momento, sí volvimos a separarnos, además ese mismo día, pero fue por muy poco tiempo. A mí me llevaron de vuelta a Los Rodeos y llegué a tiempo de dormir en el colegio mayor. Nunca nadie tuvo conocimiento de aquel fugaz viaje a Torrejón de Ardoz. Ni mis padres, ni mis compañeros ni mis amigos. Nadie. Solo Alfredo, y ahora tú —rió de nuevo—. Al día siguiente fui a la Facultad, aunque creo que aquellas clases fueron en las que menos atendí de toda la carrera. Regresé a Las Palmas y les conté a mis padres lo de la beca. Ellos, ¡pobres!, por supuesto se lo creyeron. Era cierto que mi expediente académico era de los mejores y sabían que tenía un buen nivel de inglés, por lo que el montaje funcionó dado que todo tenía credibilidad y las piezas encajaban con bastante lógica. La verdad es que estos americanos lo organizaron muy bien, hay que reconocerlo. Me pagaron en Berkeley los cursos que me quedaban hasta finalizar la carrera.

—Si no fuera porque detrás de esta historia que estás contándome hubo muchas lágrimas y personas que han sufrido y siguen sufriendo mucho, como es el caso de Elvira, sería para aplaudir a la persona que urdió el plan —opinó Sagrario, que admiraba la calma con la que la canaria le contaba todos aquellos hechos literalmente increíbles.

—Siempre se dice que la realidad supera la ficción —concedió Pino—, y este es uno de esos casos, mi niña. Si esto lo hicieran película, seguro que los críticos dirían que el guionista ha tenido un exceso incontrolado de imaginación, y que la historia es inverosímil.

—¿Y cuándo os volvisteis a reunir?

—A los diez o doce días, aquí, en San Francisco. En el aeropuerto estaba esperándome Louis Sherman, natural de Austin, texano tanto él como toda su

familia, y empleado en la municipalidad de la ciudad como ingeniero, aunque su trabajo real era de topógrafo, su verdadera pasión profesional. Lo de hacerlo natural de Texas fue una idea muy acertada, dado que en ese Estado hay mucha gente que solo habla español y, en 1975, Alfredo no tenía tan buen nivel de inglés como para figurar ante sus compañeros que era de otra parte del país. Yo lo hablaba mejor que él —aseguró, con algo de orgullo.

La doctora siguió narrando la parte de la historia ya netamente norteamericana.

—Nuestros hijos nunca han sabido la verdadera identidad de su padre. Nos dieron la casa que has visto, preciosa. En San Francisco hay muchas casas así.

—Así que lleváis en Estados Unidos desde... —Sagrario comenzó a calcular.

—Desde el setenta y cinco, treinta y tres años hará en octubre. Nos casamos en una ceremonia preciosa en la iglesia católica de la Madre Dolorosa a la que asistieron todos los amigos que ya habíamos hecho aquí. Nada más llegar a Estados Unidos ya estuvimos viviendo juntos, lógicamente, pero no contrajimos matrimonio hasta que no terminé la carrera. Afortunadamente, mi padre tenía miedo al avión y me dijo que no podía venir. Nunca entendió, ni él ni mi madre, que no nos casáramos en España, pero les dije que este país me había acogido con los brazos abiertos y que estaba muy mal visto que no me casara aquí siendo texano mi marido. Se lo creyeron, o fingieron creérselo, los pobres —admitió, con una sonrisa preñada de recuerdos entrañables—. La verdad, si no hubiera sido así, no sé qué hubiéramos hecho.

—¿Te acuerdas que iba a formularte una pregunta?

—Claro que me acuerdo, además sé muy bien qué pregunta quieres hacerme, mi niña. Me vas a preguntar por Alfredo y por dónde se encuentra ahora, ¿verdad? —Sagrario agradeció que fuera ella quien sacara el tema.

La doctora miró el reloj.

—Vamos al coche. Tenemos quince minutos de carretera y todavía hay que salir de San Francisco, que es como un embudo de tráfico —admitió, mostrando un gesto de fastidio.

El Mercedes 320 de la doctora tomó la autopista 280 hacia el sur. Veinticinco millas después dobló a la izquierda y dos minutos más tarde se

detuvo en un pequeño aparcamiento. Sagrario supo enseguida en qué lugar se encontraban.

—Ven, acompáñame.

El paisaje invitaba a la quietud, a la reflexión y al recuerdo. Sobre una pradera muy cuidada asomaban unas pequeñas lápidas verticales de medio metro de altura, la mayoría de granito, todas con inscripciones en caracteres sencillos. En algunos casos también había muñecos de piedra o animalitos. Supuso que pertenecerían a niños. Pino caminó despacio por un sendero pedregoso hasta que llegó a una determinada fila. Se detuvo en la cuarta lápida y se santiguó. Sagrario, que la había seguido en silencio, se situó a su lado y leyó la inscripción: *Alfredo. 11 de octubre de 1975 – 8 de noviembre de 2003*. Quien leyera aquello entendería que el difunto falleció con veintiocho años. La madrileña esperó a que Pino finalizara la oración. Se santiguó de nuevo.

—Ven, vamos a sentarnos. No te preocupes, es costumbre aquí, todos lo hacen.

Las dos mujeres se situaron sobre la hierba, seca a esa hora por el calor.

—Me preguntabas por Alfredo, pues aquí es donde está, te lo puedo asegurar. Ni sus hijos lo saben. La verdad, Sagrario, es que me alegra mucho tu llegada —confesó, presentando un gesto especialmente solemne—. Llevo toda la vida ocultando esto, y me apetecía compartirlo con alguien pero no tenía con quien. Con los chicos, obviamente, es imposible. Ellos jamás podrán saber nada, y no hay nadie más aquí, en Estados Unidos, que me entendiera, y eso que tengo muy buenas amigas, pero esta es una historia no sé si muy complicada o muy bonita, o muy triste... no sé, es mi historia, una historia secreta que es difícil compartir. Eres como una enviada de alguien supremo que ha venido a liberarme de un peso que ya no cargaré en exclusiva.

La doctora interrumpió sus palabras y sacó un pañuelo de su bolsillo. Quedó unos minutos en silencio, contemplando de nuevo la sencilla lápida que honraba el nombre del que fue su gran y único amor.

—Creo que no hay nadie en el mundo que tenga tres tumbas —continuó, visiblemente repuesta—. Una en Las Palmas, la que has visto, donde está enterrado alguien que ya estuvo sepultado anteriormente en El Aaiún, quizá algún legionario muerto de un navajazo durante una reyerta, creo que era algo muy habitual en el Sáhara, por lo que me contó mi padre. Otra en el cementerio de San Francisco, en un columbario, con el nombre de Louis Sherman, con la misma fecha de defunción pero otra de nacimiento, la real de Alfredo. Ahí es

donde nuestros hijos creen que está, pero en ese lugar no hay nadie enterrado, detrás de aquella placa hay una urna llena de arena. No están sus cenizas. Él me pidió, en los últimos días de su enfermedad, que lo enterrara con su nombre verdadero, y tuve que concederle ese deseo.

—¿De qué fue?

—De leucemia, mi niña —respondió, con la tranquilidad que solo otorga el tiempo y la completa asunción de una tragedia—. No toleré ninguno de los dos trasplantes de médula que se le realizaron. Mis compañeros no pudieron hacer nada. Fue horrible. Pero no me he quedado con eso, de verdad, Sagrario. ¿Ves?, ahí pone que el fallecido tenía veintiocho años cuando murió, y es verdad que fueron veintiocho años netos en los que fuimos muy felices, muchísimo. Al principio solo nos teníamos el uno al otro, pero luego fuimos haciendo amigos, mejoramos el idioma, nos integramos mejor, cada uno en su trabajo, vinieron los niños, hicimos más amistades... este es un país muy abierto y nuestros días tuvieron magia. Nos reíamos a todas horas, por todo y de todo, hasta de nuestro pasado. Hablábamos mucho de España. Me contaba una y otra vez cómo era su barrio, su casa, su cuarto, con su impresionante colección de minerales. Vivimos juntos la llegada de la Democracia, la aprobación de la Constitución, el Mundial del 82, los Juegos Olímpicos de Barcelona... Él me contaba muchas cosas del Sáhara, de los días en el desierto y, sobre todo, de las noches, con un cielo como decía que jamás volvió a ver, lleno de estrellas, de aquellos *diamantes de luz helada*, como las definió, que tanto le fascinaron y que nunca olvidó. Era un nostálgico y no dejaba de pensar en aquellos días tan distintos que vivió en ese entorno que lo volvió un hombre más sencillo, con menos necesidades porque no tenían nada; la tierra y el cielo, sin más.

Volvió a marcar otra interrupción. Respiró profundamente.

—Viajamos mucho —la doctora prosiguió hablando; se sentía feliz con la evocación de los recuerdos más bellos de su vida—, tanto por Estados Unidos como por Europa, aunque nunca fuimos a España. Recuerdo que el pobre se medio disfrazaba cada vez que llegábamos a un sitio turístico «no sea que me encuentre a alguien que me reconozca», decía —Pino no consiguió reprimir una sonrisa al recordar la anécdota—. Como tuvimos que mandar alguna foto a mis padres, aunque eran muy pocas, siempre que se retrataba se ponía unas aparatosas gafas con cristales sin graduación y una peluca de pelo rizado, como si viniera de un país afroamericano. Los chicos se reían mucho con él.

Además, alterábamos su estatura y hasta su complexión física. ¡Pobre mamá, todo se lo creyó! Sí, mi niña, estuvieron muy bien esos veintiocho años — asintió sin poder reprimir unas lágrimas que volvieron a bañar sus mejillas—. Otra vez... vas a decir que parezco una pibita.

Regresaron al coche y pararon a los cinco minutos a tomar un café.

—No creas que nos despegamos de España, a pesar de todo —siguió comentado, sentadas a la mesa de un Dennys que habían encontrado al lado de la carretera—. Los americanos no se mostraron pejugeras durante mucho tiempo. Creo que al cabo de cinco o seis años dejamos de tener noticias tuyas, quizá alguno más. Al principio fue horrible —reconoció, mientras se mordía ligeramente el labio inferior y negaba ostensiblemente—, con amenazas claras de que nos matarían si alguien se enteraba. Sí, nos lo dijeron con todas las palabras —aseguró aunque sin mostrar ni una expresión de miedo ni de rencor. El tiempo había desdibujado las sensaciones personales y la doctora solo recordaba desapasionadamente la literalidad de unas palabras que ahora le resultaban ajenas—. A veces llegaban por casa unos señores muy siniestros, siempre venían de dos en dos, como las parejas de la Guardia Civil, pero muy desagradables. Nos hacían pregunta tras pregunta, para pillarnos, y no paraban de recordarnos nuestras obligaciones. Siempre eran distintos, para que no pudiéramos tomar confianza con ellos. Se pasaban media hora y después se marchaban. Al cabo de varios meses, alguien regresaba otra vez, y así durante un tiempo. Al principio fue muy agobiante, pero terminamos por acostumbrarnos y Alfredo y yo ya hacíamos bromas sobre la visita de aquellos personajes. Pero entre la consolidación de la Democracia en España, el cambio de presidente de aquí, que se pasó de un republicano como era Ford a un demócrata como Carter, y todo lo que ello conllevó, sus propios problemas, su participación en múltiples guerras... Alfredo Amorós Pineda y Pino Ramos Bencomo dejaron de ser objeto de persecución y nunca más volvimos a saber de ellos. Supusieron, y con razón, que no íbamos a aparecer por España a saludar a un conjunto de personas que le creían muerto, y nuestro expediente se traspapelaría en algún archivador olvidado. Eso no quiere decir que yo me desligara de lo que consideré mi obligación como madre, que esa es otra historia.

La doctora apuró una de las tortitas que había pedido y siguió contando aspectos de su vida que guardaba ocultos. Sentía que con cada palabra emitida experimentaba una nueva liberación.

—Sin que él lo supiera, contraté a un despacho de abogados. ¿Conoces Ariel Golan Partners? —Sagrario asintió sin palabras—. Están en muchos países. Tienen oficina en Madrid, en la Castellana; y aquí, por supuesto. Quería saber en todo momento cuál era el estado de salud de Elvira. El día que ella faltase no iba a consentir que la herencia de los muchos bienes de sus padres fuera solo para Violeta, una canalla; que mis hijos eran tan nietos de Ruperto y Elvira como los que tuviera ella, y que lucharía por su bienestar económico. Lo siento, mi niña, pero no me da la gana —sentenció—. Sé que, cuando llegue el momento, tendré que meterme en juicios, líos, pruebas... me da igual. La ciencia, y lo sé por la práctica, ha avanzado muchísimo y la genética más todavía, y demostrar hoy unos vínculos familiares es bastante sencillo y, además, son pruebas irrefutables que cualquier juez aceptará porque van avaladas por informes técnicos periciales que no dejan hueco ni a la duda, ni al error, ni siquiera a la interpretación.

—¡Dios mío!, con todo lo que me has contado, ¿qué le digo yo a Elvira si llego a verla con vida?

Pino sonrió con nostalgia.

—Elvira es para mí un ser muy especial. Nunca la llegué a conocer en persona, pero he oído hablar de ella toda la vida. Alfredo no paraba de contarme cosas de su infancia y de los paseos con sus padres por aquel Madrid de los años sesenta que lo vio crecer: los elegantes cines de la Gran Vía y de la calle Fuencarral, el Bernabéu adonde le llevaba su padre en alguna ocasión, las iluminaciones de la Plaza Mayor en Navidad, el estallido de luminosidad de la primavera en el Parque del Oeste... En una ocasión me llegó a plantear haber viajado a la capital, medio ocultos e incluso de noche, para recordar su casa, pero le convencí de que podía ser peligroso y que lo único que conseguiría sería hacerse daño. Me dio la razón. Solía fiarse de mi criterio como yo del suyo. Ya te digo, estuvimos muy unidos, quizá porque supe lo que fue llorarle. Antes te dije que pocas personas tienen tres tumbas, y también tendría que añadir que pocas veces el mismo hombre habrá sido llorado en dos ocasiones por la misma viuda. Dos muertes para una sola vida.

La doctora volvió a perderse en sus recuerdos y Sagrario aprovechó para apurar los brownies rellenos de crema que había pedido. Las emociones le habían generado hambre.

—A Elvira dile que me has visto, que estoy viuda porque me casé con un estadounidense llamado Louis ya fallecido, pero que nunca olvidé a Alfredo,

que fui muy feliz con mi marido pero que mi corazón siempre tuvo un hueco para su hijo, un hueco que el tiempo no consiguió llenar, por mucho que pudiéramos amarnos Louis y yo, y que, si volviera a nacer, me volvería a enamorar de Alfredo porque fue la mejor persona que he conocido en mi vida. Mi niña, díselo así.

Se despidieron en la puerta del hotel de Sagrario.

—Me ha gustado mucho hablar contigo, me has hecho recordar cosas que tenía guardadas en el subconsciente y que es bueno airear porque son los recuerdos que cimentan nuestro presente, eso dicen por lo menos mis compañeros de psiquiatría. Como no tenía con quien, muchas veces me marchaba a pasear yo sola y lo contaba en voz alta. No hace falta que te diga que mis hijos... bueno, que ellos...

—No, Pino, no hace falta que me digas que esto que me has dicho morirá conmigo. Además, es una historia demasiado hermosa y demasiado trágica como para que alguien la entendiera.

La doctora se acercó a la mejilla de Sagrario y le dio un beso.

—Te diría que te quedaras unos días aquí, con nosotros, en mi casa. Te presentaría a mis hijas, que todavía viven conmigo, pero entiendo que tienes una misión que cumplir y andas apurada.

—Voy a gestionar ahora mismo el primer vuelo que salga hacia España, pues deseo llegar lo antes posible a Almería. Creo que el crédito de la VISA todavía me lo permitirá —sonrió.

—Me tienes que hacer un favor. Cuando veas a Elvira, le coges la mano, y le dices que la he querido toda la vida, que me dio lo mejor que he conocido. ¿Lo harás, mi niña, lo harás?

## 8 de noviembre de 1981

La conversación que mantuvo con su madre en el mes de julio había causado en Violeta un efecto mucho mayor del que pensó en un primer momento. Elvira, sin imaginarlo, había despertado en su hija un efecto que no podía calificarse solo como *curiosidad*, sino que recibía unos calificativos mucho más alarmantes: interés, inquietud, preocupación...

Aunque nunca había entrado a cuantificar el patrimonio de sus padres, dado que era la única heredera y, por ende, su hijo el día que ella faltara, Violeta comenzó a tasar los bienes que serían suyos, por lo menos mentalmente. Y fue cuando se agobió como nunca antes lo había hecho. Sumó, sumó, y sumó y comprobó lo que había, y no solo por las propiedades inmobiliarias, sino también por las rentas que generaba ese importante capital sustentado en bienes raíces. La política inversora visionaria de Ruperto le había llevado a reinvertir los continuos beneficios de su actividad mediadora en la adquisición de pisos en la zona norte de Madrid que, afortunadamente para ella, era la que más se revalorizó. Pero el asentador no solo compraba pisos, sino que también los alquilaba y generaba renta instantánea, mensual, líquida, jugosa... rentas con las cuales obtenía más fondos con los que realizaba nuevas adquisiciones. ¿Y si su hermano, al que siempre consideró poco espabilado, un tanto simple, nada rodado en las experiencias de la vida y sin bagaje en conquistas amorosas, hubiera caído en brazos de una mujer que hubiera realizado algunas preguntas intencionadas, esas que se hacen simulando inocencia, como a qué se dedican tus padres, dónde vivís, u otras más sibilinas?

Después de pasar varias noches despertándose de madrugada sin ser capaz de volver a conciliar el sueño, Violeta llegó a la conclusión de que así no podía seguir y que tenía que averiguar un dato para evitar que la duda la corroyera hasta el final de sus días: ¿dejó su hermano embarazada a la tal Pino de la que tanto hablaba en sus cartas, con tanta pasión y enamoramiento?

Se fijó el objetivo de conocer a aquella misteriosa muchacha y su circunstancia. Aquel propósito que se había marcado había que afrontarlo con paciencia, inteligencia y discreción. No había prisa. Estábamos en el año 1981 y, de haber nacido vástago, este tendría cinco años, aproximadamente. Por

tanto, el asunto demandaba tranquilidad y precisión, pero no requería urgencia.

Lo primero que hizo fue analizar exhaustivamente las cartas que su hermano les había enviado, allá por el verano de 1975. Se buscó una excusa sentimental para que su madre se las prestara sin escamarse y examinarlas durante un fin de semana que se desplazaron desde Madrid a Orquídea Real.

—Mamá, ¡cuánto echo de menos a mi hermano! —le aseguró, casi con ojos llorosos cuando se situó delante de todo aquel material—. Creo que no voy a moverme de esta mesa durante toda la tarde. ¿Te importa distraer tú a Miguel?

Para su desgracia, Alfredo hablaba continuamente de Pino pero nunca mencionaba ni su apellido, ni su dirección. Ni en las cartas ni en el conjunto de postales anodinas que le dio por escribir en los últimos días que estuvo con vida, con absurdos motivos de Las Palmas cuando él ya se había marchado al Sáhara. Pero sí encontró un dato que le resultó determinante entre las pertenencias que trajo su padre cuando fue a reconocer el cuerpo: la matrícula de un Renault 5 que aparecía en una foto en la que Pino se mostraba muy sonriente. Se presentó en la Dirección General de Tráfico, en la calle Cea Bermúdez, y allí preguntó, con una sonrisa meliflua y la adecuada caída de ojos. El empleado que la atendió se fue dócilmente al ordenador y le facilitó los datos de matriculación del automóvil así como el nombre de su primer propietario: Rafael Ramos Cabrero. Y una dirección, en Las Palmas. No le costó mucho más trabajo averiguar en el Registro Civil que la esposa de Rafael se llamaba Yaiza Bencomo Marrero. Por tanto, ya tenía el nombre de la chica y sus dos apellidos: Pino Ramos Bencomo, y la dirección.

Violeta ideó un artero plan estructurado en varias fases incluyendo una última que contemplaba, incluso, su desplazamiento a Canarias; pero entendió que por teléfono, y desde Madrid, podía obtener información suficiente antes de buscar una excusa adecuada ante Rogelio para marcharse de su casa durante dos o tres días.

Ajustando fechas y por la edad, si Pino, que según contaba su hermano era una magnífica estudiante, hubiera seguido cursando medicina, haría entre dos y cuatro años que habría finalizado la carrera, de modo que la facultativa tendría que haberse dado de alta en un colegio profesional para no incurrir en el delito que supondría ejercer la medicina sin estar colegiada. La estrategia era interesarse por el domicilio de la doctora Pino Ramos Bencomo, ya que llamaba de parte de los laboratorios Bayer para darle una noticia del máximo interés profesional: la iban a invitar a impartir unas conferencias muy bien

remuneradas en Barcelona y necesitaban su dirección personal o profesional. Los dos colegios de Canarias dieron resultados negativos, por lo que probó después, también sin éxito, en el de Madrid, en el de Barcelona, en el de Valencia y en el de Bilbao, por ese orden. Nerviosa, Violeta continuó con las gestiones telefónicas por Sevilla, Málaga, Zaragoza, Santander, Murcia y Valladolid. Su irritación crecía mucho más todavía que la factura del teléfono que llegaría después de tantas conferencias, pero se tomó aquello como un inexcusable reto personal y no pensaba detenerse hasta no dar con el lugar donde trabajara aquella presunta cuñada que tanto la inquietaba. Después de telefonar a los colegios profesionales de las quince provincias más pobladas de España, continuó con las siguientes, en orden decreciente de número de habitantes y cada vez con menor esperanza. Después de una semana de pasarse varias horas al día marcando números, contando la misma historia que casi al final terminó creyéndose, y recibiendo respuestas amables pero negativas, llegó a la descorazonadora conclusión de que Pino, o bien se había muerto; o bien no había terminado la carrera, algo impensable para una estudiante tan brillante como decía su hermano que era; o bien no ejercía y por eso no se había colegiado. Este último factor tampoco lo consideró. Le resultaba insólito, y lo decía por los compañeros de estudios que conoció de su marido, que una persona estudiara una carrera tan exigente durante seis años para después no ejercer.

Y también había otra posibilidad: que Pino Ramos Bencomo no residiera en España. Para ello nada mejor que enviar una carta al domicilio que había obtenido en Tráfico:

*Querida Pino, espero que a la recepción de la presente te encuentres estupendamente. Yo también estoy bien, gracias a Dios. No sé si te acordarás de mí. Me llamo Carmen López y fui compañera tuya de Facultad, aunque solamente fue en primero y segundo porque después tuve que regresar a Madrid por motivos familiares. Dentro de unas semanas voy a viajar a Las Palmas acompañando a mi marido y me gustaría que nos pudiéramos volver a ver. Me haría mucha ilusión recordar aquellos años que pasamos juntas en Canarias y...*

Escribió varios borradores intentando crear una expectativa en la destinataria pero sin revelar dato alguno que pudiera ser falso. Decidió adoptar un tono informal y omitió, expresamente, nombres de profesores o de compañeros que podrían haber dejado al descubierto su engaño. Después la

pasó a limpio cuidando al máximo su caligrafía. La metió en un sobre con un remite que nunca antes había puesto: el nombre ficticio y genérico de *Carmen López* y su dirección real con especificación del piso. La echó al buzón y cruzó los dedos.

La espera se le hizo insoportable, aunque solamente tuvo que aguardar diez días. Una mañana, al regresar de la peluquería, el portero le indicó que el cartero le había entregado una carta dirigida a su piso pero con un nombre que él desconocía:

—Doña Violeta, ¿conoce usted a *Carmen López*? Han traído esta carta con la dirección exacta de su casa. Iba a devolverla, pero primero quería preguntárselo a usted.

Tardó unos segundos en reaccionar: “*Carmen López, Carmen López...*”

—¡Sí, Carmen! Es una amiga nuestra, de Almería, donde vive mi suegra, que iba a venir a pasar unos días con nosotros y por eso le pedí que pusiera la dirección de mi casa. Pero no ha podido venir. Se la haremos llegar.

Intentó disimular sus nervios y, cuando se metió en el ascensor, dio la vuelta a la delgada misiva y comprobó, extrañada, que aquella carta no la remitía Pino Ramos, sino Yaiza Bencomo, su madre o una tía. La abrió en el mismo vestíbulo de su casa, sin dejar todavía el bolso ni quitarse los zapatos.

*Querida Carmen: Por lo que veo, no sabes que Pino se marchó a vivir a Estados Unidos en el año 1975. Le he puesto tu carta, sin abrir, en otro sobre más grande y se la he remitido a su actual domicilio pero, como tardan mucho en llegar, me permito ponerte estas líneas para advertirte de esa posible tardanza.*

*Recibe un afectuoso saludo. Yaiza Bencomo.*

La firma de la madre de Pino ponía fin a una pesadilla que ella sola se había creado. Era una información tan magnífica que Violeta necesitó leer la carta tres o cuatro veces para interiorizar su verdadero y definitivo significado.

Aquella noticia suponía la terminación de un proceso con una consecuencia lógica, cabal y, sobre todo y lo más trascendental, única. Si Pino se marchó de España en 1975 significaba que, aun en el caso improbable de que se hubiera quedado embarazada de su hermano y Miguel tuviera un primo en América, la canaria se había desentendido de todo emprendiendo una nueva vida hacía casi seis años, alejada de su pasado y de aquella posible relación, de modo

que su hijo no tendría rival alguno a la hora de repartir una cuantiosa herencia.

Violeta nunca tuvo noticias de Pino. Si la carta de *Carmen López* llegó a su destino, si fue leída por la doctora española, si fue respondida y la misiva se perdió en algún barco que atravesaba el Atlántico fueron datos que a ella le trajeron sin cuidado. El objetivo de la búsqueda se había cumplido. Al final, aquella petición de ayuda que le había solicitado su madre en el mes de julio se había convertido, cuatro meses después, en un bálsamo para ella misma. Pensó que eran paradojas del destino, siempre caprichoso, siempre imprevisible.

# El encargo

Lo primero que Sagrario hizo nada más llegar a la terminal de Málaga fue telefonar al doctor Viciano para interesarse por la situación de Elvira. Se tranquilizó cuando habló de ella en presente. La última vez que había hablado con él fue desde el aeropuerto de San Francisco y le dijo entonces, hacía de eso dos días, que la paciente había sufrido un empeoramiento y que el desenlace podría acontecer en unas horas. Había tenido suerte, todavía podía verla con vida, aunque supuso que no con consciencia.

Se encaminó a Orquídea Real pues sabía que no podía perder ni una hora en ir a un hotel, asearse y mostrarse presentable ante las personas que, con total seguridad, se encontrarían allí. Solo le importaba Elvira y nada más que Elvira.

En el momento en que su coche llegó a la explanada junto a la entrada de la mansión, el jardinero corrió a abrirle la puerta y la saludó cariñosamente.

—¿Cómo está la señora?

—Es mejor que pase usted —se limitó a decir.

Miguel se acercó a su exnovia y le dio un beso en cada mejilla.

—Me alegro que hayas venido. La abuela está muy mal.

Sagrario suspiró: «todavía vive», pensó.

Entró en la vivienda y se dirigió a la habitación de Elvira. El vestíbulo se encontraba lleno de personas desconocidas, gentes de la comarca que se habían acercado a la casa. La matriarca llevaba varias décadas viviendo en Turrillas y se había convertido en una persona muy popular a la que todo el mundo conocía, y todos querían estar ahí, en Orquídea Real, para cuando llegara el momento del inminente desenlace.

Sagrario subió las escaleras y accedió a la estancia. Estaba en penumbra. Aun así, pudo distinguir la silueta de Violeta, que permanecía sentada en un

sillón, descalza y con los pies en alto apoyados en una silla. La joven se acercó a la cama y contempló el cuerpo de Elvira, solo cubierto por una ligera colcha. Respiraba con serenidad. Una máscara de oxígeno le regalaba el poco de vida que todavía disfrutaba. Junto a la periodista llegó también otra persona. Violeta se levantó nada más verla entrar.

—Ven, por favor, acércate —pidió Sagrario a su acompañante en voz muy baja, casi por señas.

Pino se aproximó al lecho y agarró con suavidad la mano de la anciana. Violeta se acercó a Sagrario y preguntó por la identidad de aquella mujer a la que no podía ver con nitidez dada la escasa luminosidad reinante en la estancia. La joven propuso que salieran al vestíbulo. Una vez fuera, la hija empleó su habitual tono acusador.

—¿Se puede saber quién es esa mujer que ha venido contigo y que está ahora con mi madre? Además, ¿quién es ese? —Violeta señalaba a un desconocido.

Respondió un joven moreno vestido con ropa deportiva:

—Me llamo Pat —contestó, un tanto asustado por el tono que habían empleado con él—. Soy hijo de Pino.

Violeta enarcó las cejas con dureza.

—¿Pino? ¿La canaria? —inconscientemente, comenzó a mover la cabeza, como si tuviera un súbito acceso de frío.

Pat asintió, temeroso.

La madre de Miguel miró en profundidad al joven durante unos segundos que al norteamericano se le hicieron eternos. El hijo de Pino sintió angustia ante unos ojos que parecían los de un cirujano que está seccionando a su víctima sin anestesia. Con violencia, se volvió hacia Sagrario:

—A ver, ¿qué hace Pino en mi casa, por qué ha venido a España?

—¿A España? ¿Por qué sabías que Pino vivía fuera de nuestro país?

—Si te parece, voy a contarte mi vida. Lo sé y basta. A ver, ¿qué hacen en mi casa?

—Te recuerdo que esta todavía no es tu casa, es la casa de Elvira, por lo menos hasta que ella nos deje.

El doctor Viciano y Rogelio salían de la cocina alarmados por los gritos que estaban oyéndose en una casa en la que el silencio había sido la música exclusiva de los últimos días. Sagrario los dejó y subió de nuevo a la habitación de su amiga.

Pino se había sentado en una silla, al lado de Elvira, y proseguía aferrada a su mano.

—Has tenido muy buena idea, mi niña —musitó—. Si no hubiera venido, me habría arrepentido toda la vida. Cuando te dije que le dieras un recado a Elvira me respondiste que, en vez de dárselo tú, se lo diera yo. Y eso he hecho ya. Tenías razón.

Mientras, en el vestíbulo, Pat era interrogado por Violeta, que lo seguía mirando con una expresión entre aterrada y perpleja. Esos ojos, esa forma de la boca... ese maldito aire familiar que desprendía aquel crío... El joven les había contado a todos que era hijo de Pino y de Louis, un ingeniero texano que había muerto hacía cinco años. Le preguntó también si tenía hermanos y respondió que sí, que tenía dos, mayores.

—¿Mayores? ¿Cuántos años tienen? —pidió, exigió precisión.

—La mayor veintiocho y la siguiente veintiséis. Yo tengo veintitrés.

—¿Y tu madre tiene más hijos, hijos mayores que vosotros? —inquirió, nerviosa y tan tensa que parecía explotar.

—No, mi madre solo nos ha tenido a nosotros tres. ¿Por qué me pregunta eso?

Violeta no respondió. Echó cuentas y respiró tranquila, aunque le incomodaba la cara de aquel muchacho, y mucho. Después de volver a sostener la mirada durante unos instantes, comenzó a negar con la cabeza con muy poco convencimiento. Súbitamente, se llevó el puño a la boca a la vez que emitió un pequeño chillido que provocó que todos se volvieran hacia ella. Pero no, aquello no podía ser. Ese chico no le había mentado en la edad, y si lo había hecho había sido por uno o dos años nada más. Sí, nada más. Si había dicho que tenía veintitrés años, habría nacido en 1985. No tenía cara de tener más edad. Y a su hermano lo mataron en 1975, diez años antes. Pero esa expresión de la cara...

Arriba, en la habitación de Elvira, Pino se transformó en mensajera de Alfredo y se acercó a su madre, e hizo aquello que él nunca pudo hacer y que hubiera deseado con todas las fuerzas del mundo: besarla. La anciana permaneció inmóvil. Dado su estado de salud, era posible que no hubiera sentido nada.

O quizá sí.

## Nota del autor

La operación *Laissa* se diseñó en Londres por expertos militares norteamericanos e ingleses, y fue financiada por Arabia Saudita y por Kuwait. Contó con la aprobación personal de Henry Kissinger que fue informado en Tel Aviv, tal y como se indica en la novela.

*Diamantes de luz helada* es una versión libre de los hechos y está basada en los acontecimientos que ocurrieron tanto en Madrid como en el Sáhara Occidental a lo largo del segundo semestre de 1975. De los personajes reales que aparecen en la novela se ha realizado una interpretación personal, tanto de sus conductas como de sus actuaciones, sin que tengan que ver con la realidad específica de cada uno. Concretamente hablo de Federico Gómez de Salazar, Carlos Junquera, Ricardo Arozarena, Luis Rodríguez de Víguri, Carlos Arias Navarro, Carlos Fernández-Vallespín y José María Timón de Lara. Por cierto, este último fue ascendido a General justo en noviembre de 1975 y fue llevado a un destino tan poco vinculado a la Legión como fue el de Gobernador Militar de Gerona. Si ellos son citados, y no otros, es porque accidentalmente en esa fecha se encontraban ocupando destinos que han encajado en la trama, y ofrecen al lector una visión más próxima a la realidad en la que se desarrolla el argumento de la novela. Los considero “elementos históricos circunstanciales”. Después de las lecturas consultadas, tenemos que llegar irremisiblemente a la conclusión de que la figura apaciguadora y moderada del general Gómez de Salazar, que permaneció en la plaza hasta los últimos momentos de administración española, resultó clave para evitar el derramamiento de sangre que, a mi juicio, hubiera sido inútil dado que el destino del Sáhara ya estaba marcado. La historia todavía le debe aquel servicio a la Patria.

No me consta que se colocaran en la frontera minas simuladas o falsas,

pero sí está documentado que se rotularon zonas con la advertencia de la existencia de unas minas que, en la realidad, no se habían colocado. El responsable real de la colocación de los artefactos fue el coronel Aramburu Topete, quien años después ocupó la Dirección General de la Guardia Civil, no el ficticio comandante Arturo Torres citado en la novela.

Se ha alterado la fecha del atentado a la cinta transportadora entre las estaciones 7 y 8. En la realidad se produjo el 18 de octubre de 1974, y no cuando se indica en la novela.

El 14 de noviembre, justo una semana antes del fallecimiento del dictador, se firmaron en la capital de España lo que la historia ha llamado *Los acuerdos de Madrid*, que no fue otra cosa que el regalo al Reino de Marruecos de la administración del Sáhara Occidental. A partir de ese momento, el reino alauí tenía la obligación de cumplir las resoluciones de la ONU relativas a la convocatoria de un referéndum sobre la autodeterminación del territorio el cual, hasta la fecha, sigue sin haberse producido.

Cuando estuve visitando la ciudad de El Aaiún, Laayoune en marroquí, en mayo de 2017 y con el objeto de conocerla para documentarme para escribir esta novela, tuve la oportunidad de entablar conversación con varias personas que vivieron la época española. Uno de ellos, cuyo nombre guardo en el anonimato, calificó de *Explosión* la llegada del ejército de Hassan II a la ciudad a finales del año 1975, nada más abandonarla nuestro país. Nunca se me olvidarán aquellos ojos cansados que recordaban ese hecho como, seguro, uno de los peores de su vida. No quise que me lo detallara porque ya me había informado por otro conducto de lo sucedido y de cómo actuaron en aquellos primeros momentos las tropas marroquíes, y no deseé que el recuerdo lo acobardara de nuevo.

En el *Dramatis Personae* que figura al principio del libro, y adrede y con el único objetivo de no desvelar ningún dato fundamental al lector, he omitido la filiación exacta de algunos personajes. Así, hablo de “Alfredo”, del que digo únicamente “Alférez del Ejército español”, o Louis Sherman, que catálogo como “ciudadano norteamericano”.

Y que no se nos olvide que *Diamantes de luz helada* es una novela.

# Bibliografía y agradecimientos

Para realizar la tan imprescindible labor de documentación se ha requerido la consulta de numerosa bibliografía relativa a la zona y a la época. Para no hacer esta relación excesivamente larga, voy a destacar aquello que más información me ha reportado: Juan Segura Palomares *El Sáhara, razón de una sinrazón*, el de Tomás Bárbulo *La historia prohibida del Sáhara Español* y el de Vicente Almerana *Los Servicios de Inteligencia en España*. En este libro se nos cuenta, por ejemplo, los contactos permanentes que mantuvo el general Arozarena con los servicios secretos marroquíes a través del coronel Dlimi en los días de la Marcha Verde.

Por la singularidad de los autores, también tengo que destacar el libro escrito por el periodista Pablo Ignacio Dalmases *Huracán sobre el Sáhara*. Dalmases fue el director de Radio Sáhara y del diario La Realidad. También he de nombrar el importante trabajo de Jaime de Pinies *La descolonización del Sáhara: un tema sin concluir*. El señor Pinies fue embajador español ante las Naciones Unidas y nos cuenta cómo él, a pesar de ser la voz de nuestro país en el mayor foro internacional de debate político, desconocía los movimientos del gobierno al que representaba.

Finalizo esta brevísima relación con los dos trabajos más completos consultados: *Agonía, traición, huida*, de José Luis Rodríguez Jiménez, y *Sáhara español, el último reemplazo*, de Xavier Gassió.

Ellos contaron la realidad, yo he escrito la ficción.

Para situar la trama en su contexto temporal y obtener información adicional, he consultado los diarios *ABC*, *La Provincia*, *La Realidad*, así como la revista *Interviú*.

Sin olvidar que si hay algún error, el autor es el único responsable, quiero agradecer expresamente a Diego Saavedra, Juan José Olalla, Antonio Méndez

y Lola Cabrera el tiempo que me han dedicado contándome numerosos detalles y anécdotas tanto del Sáhara como de Las Palmas.

Y, aunque deberían ser los primeros, agradezco especialmente a Magdalena Cenjor, Rosario Sánchez, José Antonio Arenal, Javier Díaz, Eugenio González y Jorge Mora la paciencia que demuestran cada vez que se enfrentan a un nuevo manuscrito como lectores cero y sus siempre acertadas indicaciones y sugerencias.

Pero todo esto no tendría sentido si no estuviera detrás una persona dispuesta a regalarme su tesoro más preciado: su tiempo. Lector, tú permites que un libro tome forma, que se finalice, que se perpetúe en el tiempo. Cada vez que abras sus páginas, Sagrario, Elvira, Pino o Violeta volverá a la vida, a esa vida que solo tú haces posible. Por todo ello, recibe el testimonio de mi eterna gratitud.

Esta novela está dedicada a todos los militares españoles que estuvieron destinados en el Sáhara y, especialmente, a los soldados de reemplazo.

Carboneras / Las Rozas, agosto de 2017